

ARTURO BORDA

# EL LOCO

TOMO II

**H. MUNICIPALIDAD DE LA PAZ**

BIBLIOTECA PACEÑA

\*

La Paz – Bolivia - 1966

Publicación dirigida por:

ALCTRA CARDONA TORRICO,

Directora General de Cultura de la H. Municipalidad  
de La Paz.

**IMPRESO EN BOLIVIA — PRINTED IN BOLIVIA IMCKKCHOS  
RESERVADOS DE LA H. MUNICIPALIDAD DE LA PAZ**

**PRIMERA EDICIÓN SEPTIEMBRE DE 1966 impresores:  
"Talleres Gráficos Bolivianos" — La Paz — Bolivia**

**Publicación auspiciada por el señor  
General de Brigada Don ARMANDO  
ESCOBAR URIA, H. Alcalde Municipal  
de La Paz y Presidente del H. Consejo  
Municipal de Cultura.**

# *LA MISERIA*

## I

El viento de la noche silbó un lenguaje que yo entiendo: habla de amor; era el ansia en las cabañuelas, el gemido en los templos y las carcajadas en los prostíbulos.

El viento de la noche cantaba al amor: ¡Amor! ¡Amor!

Y al influjo del arrullo ese comencé a dormir y soñar.

## II

Se diseña fantásticamente en las brumas un cuartucho iluminado con luz eléctrica. Hay coquetería en el color y disposición de los cortinajes que decoran el recinto. La puerta, vieja y llena de rendijas, se halla ligeramente entornada.

Nana dormita en una cuja de doble cuerpo. Luci, que va echando las cartas mágicas sobre un pequeño trípode, se refleja en el espejo del lavabo, en el cual se mira de vez en vez.

A la izquierda de la cama hay una ventana con los vidrios quebrados. Dos sillas desvencijadas. En la percha cuelgan matinees, blusas, faldas y batas multicolores, ya de seda, de encajes o moaré, mientras que yacen en desorden en el sofá, enaguas, medias, calzones, saboyanas y li-gapiernas.

Frente al lecho se ve una vidriera que da acceso al salón.

El viento silba. Hace frío.

—¿Duermes, Luci?

—No, Nana.

—¡Jesús! ¿Qué dice el viento? ¿Entiendes, Luci?

—No sé; pero silba tristemente.

—Te digo, Nana, que este solitario se ha emperrado: los naipes traen sin cesar dos sotas y la muerte. Dos horas que tú duermes y dos horas que la baraja no varía. Estoy inquieta, Nana.

Mejor será que durmamos. Nade viene y la noche está fría.

—¡Por Dios, Luci! ¿No oyes? ¿Eres sorda? El viento canta; quiere hablar.

—Pobre Nana. Estás nerviosa y el ajenjo...

Duerme. Después de todo estamos tan cansadas que no podríamos ni sonreír tanto nos han pisado los hombres, que...

Duerme, Nana.

—¿Oíste, Luci?

—No, hija: no oigo nada.

—Sí, Luci: te digo que alguien viene, quizá la redención.

—¡Aja, já!

—Sí, Luci. ¿No oyes el viento?

—¡Ah, Nana... Pobrecita niña. ¿Que venga, dices? ¡Bah!... No, no esperes. Como a tí me trajo el hado; y los hombres sebándose en mi carne, se revolcaron en mí hasta el hartazgo. He sido magullada sin compasión, con asco y desprecio y con la desesperación satánica; y yo esperando siempre, como tú, en vano y en silencio. Más que tú he oído millares de veces, Nana, la siniestra canción de los vientos, cuando la miseria me azotaba a través de mis santos andrajos... Pero un día... Un día, Nana... ¡Aja, já, já! ¡Já, já, já! Nana... El hampa...! ¡Ah!, sí. Es verdad, el viento está cantando al amor: ¡Amor! ¡Amor!

—¿Dónde canta, Lucí, el viento?

—¿Dónde ha de ser si no es en la calle, en los alares y en las madre selvas del balcón?

—Ah!... ¿No canta aquí, Luci?

—No, hija. Pero duerme: mañana hay que trabajar rudamente: es el descanso hebdomadario... ¡Aja, já, já! Descansa: estás mareada todavía.

Tal dijo y hubo un intervalo de silencio durante el cual se oía el barajar de las cartas mágicas de Luci. Luego se reanudó la conversación.

—¡Luci! ¿Ya no canta el viento?

—Sí, Nana; ya no canta.

—¿Luci?

—¿Qué, Nana?

—Te digo que alguien viene. He oído en el viento de la noche una voz que me llama: —¡Nana, Nana!...

—No hables así. No sé qué tiene tu voz. Me das miedo.

—¿Luci?

—¿Nana?

—Quisiera llorar: quiero amar. Luci: no soy mala. Te digo que no soy mala, Luci.

—Bueno, Nana: no embromes más. Me has puesto triste y estos malditos naipes siempre dan dos sotas y la muerte... Estoy inquieta ya. Ahora sí que quiero whisky. (Cantando y sirviendo copas)

"Eres whisky el rey  
entre los licores...".

—No bebas, Luci; tengo miedo...

—No, Nana. (Declamando)

"No bebo por el gusto de beber,  
bebo porque en el fondo de mi ser  
tengo algo que adormecer".

Salud, Nana. ¡Bebe, Nana!

—Salud, Luci; pero no te vayas. No te vayas; tengo miedo de quedar con mi dolor a solas. ¿Luci?

—¡Hola, Nana!

—(Nana, cantando)

"Tengo pena, tengo el alma  
toda llena de amargura".

¿Luci? ¡Luci!

—(Lucy, lanzando una estrepitosa carcajada) Es que

todavía eres nueva; espera y verás cómo después te salen callos en el alma, en el corazón y en la carne, y a ver ¡que soplen los vientos! ¡Já, já, já!

—¿Han vuelto, Luci, los vientos? ¿Están cantando en la madreSelva?

## EL LOCO

—Cállate, Nana, que así me reventarás los nervios. No sé qué diablo tienes esta noche: parece que te conjuraste con mis malditos naipes para querer adivinar no sé qué, cuyo presentimiento me subleva. Cállate, por favor, Nana.

Así hablaban las dos infelices, cuando de pronto se oyó, en la escalera que crujía, unos pasos torpes y pesados, por lo cual las dos mujeres, prestando atención reanudaron la charla.

—Siento, Luci, que se acerca en el misterio no sé qué que me estremece. Yo tiemblo...

—Yo también; pero ahora nada de niñeras. Ahí viene más gente y hay que trabajar y gastarse.

—Pero ya estoy rendida, Luci. Todos esos hombres quieren... Estoy rendida. Once brutos borrachos he recibido hoy.

—¿Y yo, hija? Pues no hay más: ¡aguantar!

—Quisiera morirme, Luci.

Entre tanto los pesados y torpes pasos se habían detenido ya en la puerta, la cual se abrió repentinamente y de par en par, cediendo al empellón de la juventud borracha que entró en tumulto al dormitorio. Y aquella fue una algazara de la que no pude entender ni una sola letra. Mas, vi que también entraron con ellos dos hombres de luto, taciturnos y pálidos, los cuales hablando en voz baja fueron directamente a sentarse en el sofá, sobre las ropas en desorden.

Después llegaron más mujeres, tan fatigadas como Luci y Nana, pero riendo y dando saltitos menudos. Acto seguida abrieron el salón y lo iluminaron. Y ahí fue el estallar del tumulto: repiqueteo de castañuelas al son de la charanga, danzas y cantatas, y jaleos y besos. Después, acá y allá, manoseos obscenos, jadearse, crujir de catres y cristalería que se rompe. Una tempestad.

ARTURO BORDA

En medio de aquella barahúnda vino Nana, ligera a modo de una cervatilla, y, emocionada, temblorosa, dijo:

—¡Luci! Oí su voz: es la que me llamó esta noche en el viento. ¡El es! Pero, míralo: ¡tan hurraño, tan triste, tan pálido! ¿Viste, Nana, sus ojos tan negros y profundos, cuando al llegar apenas si nos miraron en un relámpago?

—Sí, Nana. Y yo te digo que al otro lo conozco, no sé dónde, pero recuerdo haberle visto, aunque ahora, como lo ves, sólo parece una sombra.

—No sé qué relación hallo, Luci, entre las sotas, estos hombres y la muerte agorera del solitario. Comienza a inquietarme seriamente tu obstinación por el lúgubre canto de los vientos de la noche.

—Hay algo en esta noche, Luci, y tú no me creías. El viento de la noche ha cantado al amor: ¡Amor! ¡Amor!... Y una voz me llamaba: ¡Nana, Nana!...

Tal hablaban las dos. Entre tanto el estruendo de la bacanal arreciaba semejando una tormenta; era una bulla satánica: jaleo, música y peroratas; juramentos, eruptos y blasfemias. ¡Qué sé yo! Un cataclismo.

En eso Nana se fue al balcón. Y, dejando entornada la ventana, regresó al instante, trayendo dos ramas del florecido lazo de amor.

—¿Dónde fuiste, Nana? ¿Qué es eso?

—Madreselvas. La enredadera ha florecido en esta noche. Esta es para mi amado y esta otra para el tuyo.

—¿De veras, **Nana**?

—Qué raro... Esta mañana yo misma regué la maceta y no tenía flores. ¡Estamos en invierno! Es admirable.

—Sí, Luci. Pero el viento de la noche cantaba al amor y el solitario daba sotas y la muerte.

## EL LOCO

—Oye, Nana. ¿Sabes lo que hablan allá los dos, tan quietos como momias incas?

—No lo sé. En el instante que pasé próxima a ellos, estaban mudos.

—Advierte, Luci, que desde que ellos nos miraron una vez, agudamente, ya no se fijan más que en nosotras. ¿Quieres que vayamos a ellos? ¿Quieres, Luci?

—No, Nana; tengo miedo, más que cuando era virgen. No sé...

—Yo también, pero... ¿Vamos? No sé qué me atrae en ellos. ¿Vamos? Quiero ir y sin embargo...

|—¡No, por Dios!

—¿Por qué?

—Porque yo que le amo ya a ese... Soy puta, Luci! ¡Luci! ¡Luci! \_\_\_\_\_

—No llores, Nana. Yo también soy, mas... ¿Acaso es un milagro? No lo sé, pero me siento renacer pura en un amor tan grande... No, no me comprendo.

—¿Oyes tú lo que dicen los dos? Hablan en voz baja. ¿Oyes?

—Hablan tan quedo que con esta bulla maldita esa conversación es incomprendible.

—Te digo que me siento rendida como nunca, Nana. Si él me amara...

—¿No te decía, Luci, alguien viene en el silencio de la noche, quizá mi redención...? Y tú me hablaste de callos en el alma, en el corazón y en la carne...

En eso los dos hombres misteriosos, pálidos y de luto, mirándolas fijamente a Luci y Nana, dijeron:

—.. .Lucí y Nana: es la hora sagrada.

Al oír aquello temblaron desde los huesos las dos hetairas. Y la ventana se abrió de par en par al soplo del huracán helado y mortal. Entonces los dos hombres taciturnos salen al balcón y se pierden en la sombra, entre las madre selvas.

Afuera se oye el lejano y tétrico gemir del viento que va enmudedeando poco a poco.

En el salón se ve el ondular de las sedas y gasas al ir y venir de la carne femenina, elástica y serpentina, que se retuerce en la contextura ansiosa del macho, al son del tango fornicador. Hay lujo de tules, de arlequines y nieblas; de vaho y armonía de circo en carnaval; luego chillidos mujeriles que tajan el sordo rumor de la ebria muchedumbre, la cual hierve y fermenta en lujuria, mientras que detona alegremente el champaña al descorcharse.

Y, ostentando recios fajos de billetes, vienen, huyendo de la gresca varios borrachos. Las solicitan a Luci y Nana, manoseándoles el sexo y los pechos, mientras muerden sus labios furiosamente; pero ellas han caído ya en una tristeza profunda: no ven, no oyen, no sienten. Están muertas. Y sin embargo fueron pasto de lascivia.

Entre tanto, en el salón la algazara era satánica: estrépito de botellería que se rompe, música, besos, danzas, bofetones y gritaría.

\*

Al otro día el entierro de Luci y Nana fue tan triste que me indignó profundamente. Los sacrilegos al ver el féretro pasaron sonriendo. Hacían el duelo no más que las reclusas y a coche cerrado a la hora del almuerzo. Las calles estaban desiertas, el sol caía a plomo y en el ambiente había sopor.

III

Cuando desperté, el viento de la noche aun cantaba al amor: — ¡Amor .¡Amor!

## EL LOCO

Lo que frecuentemente da a la miseria una hipócrita ficción de opulencia es cierto hábito de costumbres decentes, propias de la cultura intelectual y moral, lo cual ante las gentes suele constituir con mucha frecuencia algo así como un baldón. Por eso aquella pobreza... para poder vivir disimulada, sin el cilicio de la burla, tiene que ocultar su educación en la ostentosa brutalidad que sugieren el hambre y el harapo, porque sino su refinamiento significaría a las gentes algo como una fragante joya aromada en la mugre. Tal desvaloriza a entre ambos.

Yo sé. Ayer no más tuve ocasión de ver en un caramanchel, que algunos afortunados dandies se burlaban de un miserable que, cansado, con trazas de gran señor gastaba alegre su salario en misérrimos placeres.

En la naturaleza hay tres clases de filtraciones: en el éter el agua que llueve la nube; en la tierra el agua que borbota la vertiente, y en los vegetales el agua que después de dar linda flor da en el fruto de su dulce zumo.

Mientras el chic, la elegancia, la distinción, no salgan de la íntima bondad del alma, es inútil estar estudiando los gestos que tal cosa significan, pero que no son; y si no observe cada uno las disimuladas fallas de gestos en la intención de los nobles de secular estirpe.

A propósito recuerdo lo siguiente: \*

La mañana estaba estival y mi alma, sin saber por qué, había despertado alegre, con esa alegría omnipresen<sup>a</sup> te de las intuiciones infantiles.

Así me fui a pasear hasta el anochecer. Todo me parecía hermoso. En mis ojos bailaba la naturaleza, cantando en mi oído.

Mas, al llegar a casa vi una escena que me puso herético y de mal humor.

\*

El ricachón que tiene su palacete en el callejón del Ahorcado, con un puntapié lo echó de la acera a media calle a un pordiosero valetudinario, todo porque le había pedido una caridad. Y pasó de largo, inflando idiotamente su pecho.

Pues ese limosnero es un individuo inteligente y de vasta ilustración. Le conozco desde hace años. En una ocasión me contó que estando estudiando con lámpara una noche un asunto de muchísima importancia, como la nueva orientación de las finanzas nacionales, se promovió en la vecindad un gran alboroto, por lo que salió de golpe a la noche lóbrega y fría. Y caminaba y *caminaba* siempre a tientas, sin darse cuenta de que la gota serena le había robado la vista. Un día al bajar la escalera de su casa falseó en el primer tramo y rodó hasta el último. A consecuencia de ello quedó paralítico.

Perdió su fortuna y es pordiosero.

Me reconoce por el eco de mis pasos y su afán es pedirme un revólver. Quiere morir. Es tan grande su tristeza...

Estoy seguro que ese cobarde millonario que lo estropeó tan villanamente no vale el pingajo más miserable de sus harapos.

\*

Llego a casa. Me tumbo en cama y me pongo a pensar.

\*

El deseo o una especie de necesidad de cantar claro, es decir, de expresar lo que siento, lo que sé y lo que veo, y, por otra parte, la falta de tiempo, la urgencia de arañar el garbanzo en miserables ocupaciones, y esta rebeldía que tengo clavada en mí, desde la coronilla a los pies, como si fuese una barra de inflexible acero, impidiéndome la más leve inclinación, tratan de reventar los inquietos anhelos de mi alma.

## EL LOCO

Y los días que se van y la esperanza que se muere. Y la rabia con que se retuerce el ideal, impotente ante la vida envidiosa y bárbara^

Es verdad que así, sin querer, a pesar de los más simpáticos esfuerzos por acallar toda protesta, por justa que sea contra el hado, contra la vida o los hombres, el corazón concluye por odiar a los bienaventurados que sin esfuerzo comen el pan ajeno, durmiendo sin la espina del mañana, dándose libremente a pensar en la belleza, el amor y la libertad... ellos!

Sí, sin querer se les odia a los hartos y simuladores en arte, o ciencia, que con alma de agua, sin olor, color ni forma, están alquilándose para cobrar el olor, color y forma que les imprima quien harte sus tripas y dé escenario a su exhibición.

Pensando de tal manera, imagino que sueño.

\*

Cansado de andar inútilmente de Herodes a Pilatos, en busca de trabajo, entro a casa, renegando y...

En mi cama está sentada la Miseria, esperándome con los brazos cruzados, envuelta en su amplio manto andrajoso y maloliente. Democrada y pálida, me mira sonriendo.

YO (sorprendido y fastidiado)

¿Qué haces aquí? Vete. Sal inmediatamente.

ELLA (sonriendo siempre)

Qué gracioso... ¿Para qué? ¿Acaso no estoy bien aquí? Estás cursi. Además, eres mi elegido. Te amo, lindo Loquito.

YO (iracundo)

Y Yo te detesto. ¡Fea, canalla, sucia! ¡Afuera!

**ELLA (a carcajadas)**

Eso no es absolutamente un inconveniente. ¿No sabes que soy la eterna decepcionada? Hasta ahora no encontré quién me quiera; todos me aborrecen y de muerte. Pero ¡ay! de quien me aficiono: mis brazos son largos y fuertes, y mi olor es pegajoso y penetrante.

**YO (impotente e impaciente)**

Hasme el favor de irte. Irritas mis nervios. Por tí no puedo hacer nada. Y me moriré de viejo sin un día de sosiego y sin colmar ninguna de mis aspiraciones. ¡Canalla! Eres la única causa de mi eterna derrota. Me avergüenzas. ¿Por qué me sigues como querida hambrienta, perra celosa?

**ELLA (sonriendo tristemente)**

Eso tampoco es una novedad para mí ni para nadie. Pero no me iré, porque te amo y quiero poseerte íntegramente. Soy celosa y tengo que alejarte de todo el mundo. Ojalá mueras en mis brazos. Moriremos juntos. Te amo, Loquito. No quiero que ni siquiera te mire nadie. Haré que tu pensamiento, aunque sea por odio, no se aparte ni un instante de mí. Así será mientras vivas y aun después. ¿Por qué te desesperas? A mis adorados tiene mucho que agradecer el mundo. Tu destino soy yo; y si algún día fueres algo, será única, exclusiva y absolutamente por mí. Sábelo bien.

Y, si dudas, mira allí, cómo ante el asombro y admiración del mundo mis elegidos mueren en mis brazos impulsando el progreso a la vez que dando gloria a sus nombres.

Entonces vi que emergiendo de la noche de los siglos aparecieron andrajosos, mendigando en vano de puerta en puerta su diario mendrugo, saliendo de las cárceles, del vaho de las guillotinas, de la sombra de las horcas, del exhalar deletéreo de los venenos y, de las ondas de los mares y de los ríos, los ahogados, así como del relámpago de

## EL LOCO

los puñales los asesinados y los más de la locura en las re~torciones del hambre; eran: Homero y Cristo con Cervantes y Colón, seguidos por Leopardi, Foseólo y Dante y Ma-quiavelo, Tasso, Parini, Goldoni, Palissy y Palestrina, que iban como escoltados de Servet, Campanella, Malesher-bes, Lavoisier, Bailly, Rousseau, Gutenberg y Bacon, a los que seguían Horacio Wells, John Ficht, Chatterton, Gerardo de Nerval, Jorge Wirsung y Faline Lebon con Pedro La Ramee, Sauvage y Camoens, y mil más; y como anduvieran en trcalada y hallasen al paso sus estatuas en multitud, se detuvieron primero sorprendidos, reconociéndose, luego sonrieron con un indecible gesto de desprecio. Pero reaccionando al instante destrozaron a pedradas sus propias estatuas. Mas, cuando proseguían su camino con gesto de inexpresable asco, las gentes, indignadas ante tal acontecimiento, aglomerándose en muchedumbre a palo y piedra les volvieron a dar muerte, entonando hosannas a los gloriosos nombres de sus víctimas; con lo que desapareció la visión.

## LA MISERIA (muy alegre)

Ya ves cómo la gloria de sus nombres a mi costa llena el mundo, repitiéndose de boca en boca.

Y así diciendo se levantó como un rayo. Me abrazó envolviéndome en su harapos manto. De esa manera for- cejeando caímos en la cama. Se enroscó tanto y con tanta fuerza en mí, que como lluvia de espinos desapareció en- sumiéndose en mis poros.

\*

Desde entonces por ninguna manera puedo quitarme el hedor de la mugre que me irrita la pituitaria. Y donde quiera que yo iba en busca de colocación o donde había alguna posibilidad de mejoramiento, ahí saltaba la infame desde mis huesos a semejanza de un sudor rabioso, revistiéndome con toda la inmundicia de sus harapos, por lo que, roja de vergüenza mi cara, caía humillada sobre mi pecho, poniéndome en fugar; entonces hasta las canalle-rías de todas las plebes se creían con derecho a manosear-

## ARTURO BORDA

me, porque en su estupidez se creían más ricos que mi alma y porque me vieron entre ellos, como el último, pretendiendo mejorarlos.

Y así, a manera de un nuevo judío errante, huía de todas partes en busca de un mendrugo que roer, mientras la Miseria me sobreexcitaba, haciéndome cosquillas con sus dedos descarnados.

En esa ocupación me dormía hasta roncar. Estando en eso aparecen un día de brazo dos figuras que llegan apresuradas a mí.

LA TRISTEZA (majestuosamente ataviada y vestida de negro, tomando entre sus perfumadas manos mi palpitante corazón)

A tí, pobre corazón, víctima de la maldita Miseria, mi mejor beso. Sí, pobre corazón.

EL ENSUEÑO (elegantemente vestido, y simpático, acariciando amablemente mi cabeza)

Aunque te roa la hedionda Miseria yo ungriré de óleo santo tu cerebro. No habrá poder humano que iguale su potencia. Toma el secreto de la Poesía y la Verdad que robé para tí.

Pero, mientras los hombres cultos largaban su carcajada, despertó indignada la Miseria y emprendió a araño con la pareja, la que a su vez defendiéndose daba duro.

Mientras estaban peleando, yo quise aprovechar la ocasión y me puse a escribir. Mas, hercúleo y enorme...

EL TIEMPO (empujándome sin cesar)

¡Andando, Loco! ¡Andando, andando! No hay cómo perder ni un solo momento. La Muerte viene a carrera. ¡Andando, andando!

## EL LOCO

### LOS GOBIERNOS Y

LA SOCIEDAD (**persigiéndome al verme pasar a carrera, resistiendo a un cuerpo invisible como el huracán**)

¡Corre, Loco! ¡Pobre Loco! ¡Corre, corre, corre, Loco revoltoso, malhechor, anarquista! ¡Corre, corre hasta reventar! ¡Desgraciado! ¡Pobre hombre! ¡Corre, corre...!

LA MUERTE (**invisible y matándose de risa, con voz que habla en mi oído y que parece un eco lejano**)

Es inútil, Loco, el afán del Tiempo; yo llego cuando quiero y donde me da la gana. Sospecho que el único objeto del Tiempo, empujándote a todo correr, es anularte, rompiendo tus nervios y tu corazón. Créeme; yo no tengo ningún interés en que vivas ni en que mueras. Yo soy la absoluta desinteresada. ¿Comprendes lo que oyes? Soy la Muerte.

LA MISERIA (**desde mis huesos**)

Me alegro. Ya ves: nadie te quiere. Y así no podrás nada, Loco. Aquí, entre tus tuétanos, estoy muy cómoda. Me parece estar en un palanquín chino. Oye, Tiempo: empuja más rápidamente. Ahora, Loco, todo tu tiempo tienes que consagrarlo a mí y nada más, porque yo seré le causa y el hecho mismo de tu cansancio y tu falta de tiempo. Soy porfiada como nadie. Pues ¿por qué me quisiste echar de tu casa?

**YO (colérico)**

¿Sí...? Pues si tu afán es poner todo en mi contra, haré, por lo mismo, lo más grande posible, para que mueras de rabia. ¿No sabías que si vos eres porfiada yo soy testarudo?

LA VOLUNTAD (**chiquilla ágil, delgadita y dura, saltando en mis hombros, como una amazona**)

## ARTURO BORDA

¡Bravo! Eso es de hombres, Loco, aunque te crean el loco más loco. Ahora toma. Te regalo esta navaja. Ya sabes para qué. Nada de temores.

Y mientras yo iba a carrera, resistiendo inútilmente al Tiempo que me empujaba sin tregua, abrí la navaja y le corté un dedo.

EL TIEMPO (furioso, deteniéndose un instante para curarse)

Espera, Loco animal. Los segundos que pierdas los recobrarás a carrera tendida, votando los bofes.

De esa manera mientras él se curaba yo escribía con la sangre del dedo amputado que después me lo comí.

En seguida el tiempo torna a empujarme con toda su fuerza rabiosa.

De tal manera, cansado y renegando, voy escribiendo una que otra cuartilla, de las que ya tengo algunas que la Miseria avergonzada hace por arrebatármelas; pero inútilmente porque se las entrego a mi perrazo el Secreto-fiel, que lo llevo invisiblemente encadenado.

LA VIDA (amenazadoramente)

Todo eso es en vano, Loco. No estás luchando únicamente con *esas* formas secundarias; es conmigo con quien has de habértelas. Ya sabes. Y para seducirme y gozar mi plenitud de inauditos deleites hay que ser mansito, ceder a mis necesidades. Conmigo no valen las fanfarronadas, ni aun siendo de los locos. Mansito, ¿eh? ¿Comprendes?

LA VOLUNTAD (viendo que yo no podía hablar con la rabia)

Hola, señora puta... Conque... ¿de esas tenemos con los desgraciados? Pues no esperes que te seduzca con la más ligera seducción, ni con la más leve cortesía el Loco. Acabas de echarle un reto; y aceptará únicamente por asentar sus tacones en tu garganta y cantar sobre tí su

## EL LOCO

gloria, echándote horrores por los que temblarás. Y será para que el mundo entero te use como a vil prostituta, manejándote a puntapiés. Por tal manera te dominará para que estés a las órdenes de todos los humildes redimidos: los rebeldes.

Y ahora, Loco, vamos a sangre y fuego contra todo el mundo, ya que cada segundo habrá de ser para tí un suplicio y un sarcasmo.

### LA SENSUALIDAD (**adivinando tristemente su abandono**)

Mi desesperación, Loco, será tu martirio.

### LA VOLUNTAD (muy apurada)

¡Mátala! ¡Mátala, Loco! Es la zancadilla de la Vida. Todo en ella es la seducción obsesora y subyugante.

Por lo que abriendo nuevamente la navaja la despanzurro sin compasión.

### EL AMOR (escondiéndose asustado en mi corazón)

De hoy más mi cantar será un suspiro mudo de agri-dulce melancolía.

### LA LÓGICA (que paso a paso va observando todo)

Así es. Ahora no admirarse de nada, Loco. Y antes de enfurecerte cuida que tus dedos no tiemblen.

\*

Viejo ya, andando lentamente una tarde, las manos cruzadas hacia atrás, llevo encadenado a un Secretofiel, que trae en la boca todos mis manuscritos. Nos siguen el Ensueño, la Tristeza, la Lógica y la Voluntad. En medio camino, saltando de unos matorrales, junto a una fontana, se incorporan la Poesía y la Verdad. Se oye, sonando no se sabe dónde, la risa de la Muerte.

Sin advertir vamos entrando insensiblemente **en una** región rocallosa y oscura. Enormes pedrones derrumbados por los siglos forman por todas partes grandes grutas o túneles. Hay humedad y hace frío, como si estuviésemos ascendiendo las altas cordilleras andinas; pero la atmósfera se hace cada vez más pesada. Los líquenes y la grama dan majestad al conjunto que a medida que avanzamos se vuelve solemne, envuelto en silencio sepulcral.

Me parece un sitio por el que pasé ya. Estoy queriendo recordar cuándo, cuando al doblar el codo de una enorme roca veo que se halla en agonía la Miseria, completamente esqueletizada, tendida en la arena. Más allá se halla también el Tiempo, con estertores. La Poesía me hace notar al fondo, en el sitio más lúgubre, a la Vida que se revuelca boqueando.

Mirando ese cuadro, hacemos alto. Tomo asiento en un pedrón. La Voluntad, la Tristeza, la Poesía y el Ensueño me rodean. Mi enorme Secretofiel, sin soltar el legajo, se detiene también y gruñe mirando de reojo a la Miseria; luego meneando la coja me mira y salta alegremente, haciendo mil **morisquetas**.

### **YO (sereno o cansado)**

Quieto, Secretofiel.

Y bajando la cola entre piernas, se echa a mis pies. Con la cabeza sobre las patas, gruñe cada vez más furioso, mirando siempre de reojo a los agonizantes.

### **LA TRISTEZA (tomando asiento a mi izquierda)**

Ahora es posible que me abandones, Loco. Ya pasaron tus tiempos difíciles. El hombre es ingrato por naturaleza, y la Alegría, mi enemiga, es el Olvido. En sus brazos morirás.

### **YO (pensando)**

**Es verdad, mi hermosa Tristeza; pero a tí te debo mi más dulce cantar, el narcótico de mi vejez. Te amo,**

## EL LOCO

pues, tanto que si no duermo en tu regazo el dolor me despedazará.

### EL ENSUEÑO (**jugando en la arena con su bastoncito de junco**)

Lo que es, mi querido Loquito, como quiera que la privación causa apetito y pronto ya será tuya la Fortuna, te acompañaré únicamente hasta que haya muerto la Misericordia.

### YO (**enfático**)

Jamás, mi consolador Ensueño; tú cobijaste mis más inauditas fantasías, las que no podrán subsistir si no es a tu abrigo.

Por lo que sonriendo el simpático Ensueño, pone su mano en mi hombro. Y, por tal acción, dejando laxamente paralizado mi cuerpo, en cálida onda hace subir toda mi energía a mi cabeza, cuya musculatura se crispa entornando mis ojos, mientras que mi imaginación, como víbora de azogue, empieza a correr las circunvoluciones cerebrales, despertando mis facultades intelectuales y morales que saltan a cada palpito de mi corazón, ocasionando una maravillosa batahola, a semejanza de un hervor de colmena, la que al fin rompe sus limitaciones y se desborda en catarata de imágenes e ideas que la soberana Voluntad seriamente las ordena con mano firme, mientras que la Lógica va enumerándolas a modo de los versos de un poema divino.

### EL ENSUEÑO (**retirando de mi hombro su mano**)

Gracias, mi querido Loco.

### LA IMAGINACIÓN (**altanera**)

Mátate de risa, Loco, de todo el mundo físico, intelectual o moral, porque absolutamente no tienes de qué agradecer a nadie ni nada. Basta que yo me mueva, que ya tienes para burlarte de la humanidad. Y yo apenas dependo de tus propios nervios y de la laxitud de tu carne

en la cama. Y si no di tú. Ni siquiera necesitas beber alcohol, porque si lo haces me precipitas en vorágines tales que no hay fuerza viva capaz de ordenar lógicamente las fantasías que despierto. Tu fuerza, Loco, está en tí, tal como estás. Que los impotentes roben al alcohol y mil otros excitantes, está muy bien, ya que eso es también otra forma de la simulación. Sólo se da lo que se tiene; y el que da sin tener, es que roba.

**LA LÓGICA (agitando la cabeza, como quien amenaza)**

Eso es bien cierto. Pero por tí es loco el Loco; y si no fuéramos yo y la Voluntad, ya le hubieras precipitado al patíbulo o al manicomio.

**LA VOLUNTAD (azuzando al perro)**

Es verdad. Y ahora ¡Pesca! ¡Pesca! ¡Sus! ¡A la Miseria, Secretofiel!

Y sacudiendo el pellejo salta rápidamente el perra-zo. Luego meneando la cola me mira de reojo, ladeando la cabeza.

Estoy triste. La Tristeza se había dormido en mi hombro.

Pero el animal se impacienta ya y rompiendo la cadena se lanza sobre la Miseria que está dando las últimas boqueadas. Le muerde la garganta dando con su cabeza, de izquierda a derecha, un sacudón terrible, con lo que se encoge ella nerviosamente, como defendiéndose con los pies y las manos, para quedar rígida al momento. El Secretofiel con las patas y a dentelladas le rompe el esternón y las costillas, rasgándole después el vientre. Y mientras saltan las tripas que se las traga el perro, del vaho que se eleva en forma de nebulosa, se materializa lentamente la soberbia Fortuna, la cual viene a carrera con los brazos abiertos y me abraza dándome un beso en la frente.

**LA VOLUNTAD (tomando del brazo a la Fortuna se la lleva hacia atrás)**

## EL LOCO

Ahora tú te vienes con nosotros, para alegrar la vejez de nuestro Loco. Desde hoy estás a mis órdenes.

Asintiendo risueña hace una venia. Entretanto el perro, tranquilamente echado, agarrando con sus patas la última costilla que, ladeando la cabeza, la quiebra entre sus enormes colmillos, y blanquea satisfecho los ojos, como quien se amodorra ahito.

LA LÓGICA (dirigiéndose primeramente a la Fortuna y luego a todos)

Pues bien. Tú te encargas de la publicidad de este libro. Y ahora en marcha todos.

\*

Tomo del brazo, a la izquierda, a la Tristeza, y a la derecha al Ensueño. Vamos en silencio, borrachos en torbellinos de reflexiones. La Poesía y la Verdad nos siguen hablando en secreto; a continuación, charlando animadamente, la Lógica, la Fortuna y la Voluntad. El Secretofiel, sin querer soltar los manuscritos, corretea en todo sentido, como si vigilara que nadie falte. Cada vez que llega delante levanta su cabeza, mirándome mientras camina de lado, cual si bailara.

De tal manera poco a poco fuimos saliendo de entre las húmedas gargantas de granito ennegrecido, hasta que al dar la vuelta una encañada nos hallamos en un claro del bosque, donde a pleno sol mañanero nos esperaba cantando la Alegría, rolliza, despreocupada, casi desnuda, entre nubes de mariposas y libélulas, escoltada por pavorreales, ruisseñores y calandrias, y por alondras y colibríes. La umbría estaba totalmente florecida. Y nos pusimos a bailar al pie de una cascada.

YO (a la Lógica, descansando un momento)

Dime ¿por qué insulté tanto a todo y todos si al fin es bella la vida? Siento un ligero pesar ¿por qué?

LA LÓGICA (**meneando la cabeza**)

¡Hum...! ¡Oh!... Zoncerías. Mira dónde estás.

\*

En eso me parece que despierto de una especie de sueño, aunque no he dormido.

El sol había saltado ya.

\*

Estoy alegremente inquieto. Mi corazón está saltarín y mi alma quiere cantar sus esperanzas acerca de que mis ilusiones sean pronosticas. Y como supongo que ya poseo una fortuna, digo que hoy no me levanto; puedo y tengo perfecto derecho para quedarme todo el día en cama. Me invade, pues, una pesadez de mil quintales de plomo y...

Todo el día me quedé en cama, pero en ayunas. Si yo tuviese fortuna no sería así. ¡Claro! Pero, maldita suerte, parece que siempre todo tiene que sucederme al revés.

\*

Pues bien. Ahora, por las reacciones naturales de estos mismos contrasentidos de realidades o fantasías que al fin detesto por igual en medio de mi aburrimiento y cansancio de esta vida perra, siento de veras con todo el alma que el referido millonario no lo haya muerto de un puntapié al pordiosero. Mas. desde hoy he de llevar una navaja bien fila para que en la primera oportunidad él mismo se degüelle. Y cómo me alegra desde ya verlo patalear a modo de perro. Es muy interesante ver saltar el chorro de sangre del cogote, y más, claro está, de un desgraciado que se libera, ya que no tiene nada que esperar de la vida si no es la certeza de una seguidilla de mayores males.

Ciertamente que para un corazón fatigado en el dolor y ultrasensibilizados los nervios, todo espectáculo de miseria es algo así como una puñalada en una náusea, re-

## EL LOCO

pugnan, pero cuando se ha vivido la verdadera miseria; mas, cuando es un simulador, entonces es muy agradable entonar lindas odas a la desesperación de todas las miserias, contemplándolas tranquilamente desde la opulencia.

Pero nuevamente ya estoy con el chisporroteo del pensamiento.

### I

Llega un tiempo en que fatigados el cerebro y el corazón nos hunde en la tristeza más triste la desesperación de no poder hallar nuevos motivos de belleza o nuevas bellezas que cantar; y entonces sentimos un formidable deseo de odiar a todos. Mas, no obstante nuestros propósitos, nos hallamos dulcemente atraídos nuevamente en amor hacia todos y todo.

¡Vida estúpida!

### II

Quisiera cantar. Quiero cantar. Más aún, debo cantar lindamente, hermosamente, algo sublime, porque toda mi naturaleza lo exige imperativamente de modo urgente y sin embargo en mi alma sopla un viento glacial que viene de mi razón; además, mi memoria no recuerda el léxico propio y taumaturgo. Y a pesar del hermetismo de mis labios oigo emerger de mis profundidades espirituales un absurdo tarareo ^asal monosilábico, somnífero, lento y triste.

### III

No sé si sufro, amo o gozo; dijérase que estoy en una mezcla de ambas tres.

Pero en verdad ¿para qué escribo estos disparates? ¿Es el signo de mi fastidio? Para mí en verdad que en este momento es un placer aunque es también una necesidad, ya que se produce casi siempre en la desesperación de una especie de basca del hastío que lo siento no ya sólo en mí,

sino que en el aire mismo y en todo cuanto me rodea. De ahí esta urgencia imperiosa de echarme y cerrar los ojos. Y eso no hay que confundir con el cansancio o el sueño; es simplemente la crisis de un desequilibrio de la fuerza: absorción cerebral y relajación muscular. Pero frecuentemente sucede que de ese estado de reposo me paso al sueño más profundo, casi hipnótico. Después sucede que cuando despierto ha desaparecido ya todo ese fabuloso mundo de maravillas entre las que fulgulan algunos destellos de optimismo, el cual comprendo que sólo es el resultado de una condición física externa, y sus placeres son tan efímeros como en las alegrías; en cambio que el placer de la tristeza no tiene más limitación que la vacuidad del hartazgo.

IV

La perfección es la limitación del progreso, sólo que lo tremendamente difícil está en averiguar cómo y cuándo se cumple la perfección ¿acaso no más que en un estacionarismo? ¿Entonces la perfección concluye con la vida?

V

Y de todo lo que más amaban mi sangre o mi alma y mi inteligencia, formé un día una mullida alfombra en la que mi yo se dio a danzar alegremente, zapateando sin cesar como un sádico placer de venganza al son del canto en coro de mis ayeres.

VI

Mi propia risa me despertó.

En la tierra el alma de la roca es el hierro y la piel de la roca es el hielo.

VII

Todo lo que hay de noble y grande en nosotros y en el momento en que se manifiesta, cuando podríamos atraparlo, entonces se conflagran todas las circunstancias de los misterios de la vida celosa, por eso cuando anotamos só-

## EL LOCO

lo el recuerdo, es tan pálido como la luz de la luna para darnos idea de la del sol.

### VIIH

La luz del sol siempre acusa día. Y no se crea que es broma: es un proverbio cósmico.

### IX

Las personas listas para la zalamería están siempre igualmente listas para trocarla repentinamente en injurias. Ultrajes y mimos les parece uno.

### X

Todas las tardes, cuando declinaba el sol y avanzaba inmensa sobre la casona solariega la sombra de la montaña y pasaban recogándose cansados los labriegos, la abuela sentada en su gran sillón, mientras duraban los largos crepúsculos, en medio del solemne silencio de los montes me contaba la historia de sus ciento y tantos años, de los cuales había actuado activamente durante cien en los incidentes más sensacionales de la República; y se animaba con una misteriosa vitalidad, reviviendo en los cálidos tintes de su relato su inquietante pretérito. Sabía los detalles más nimios de los hechos más notables, aquellos por los que los historiadores se desviven para poder explicar racionalmente tantos sucesos inauditos. Mientras tanto yo anotaba algo en mi libreta de cuentas. Ella: —¿Está usted escribiendo?— Yo: —Sí, señora.— Y continuaba satisfecha, admirándose de que ningún historiador hiciese mención de esos datos tan necesarios. Así. Mas cada vez que yo anotaba algo en mi diario, ella no dejaba de apuntar alegremente, repitiendo que era la última sobreviviente que podía dar testimonio de la coordinación histórica. Entonces, para certificar que sabía muy bien lo que decía, aseveraba nuevamente en estos infalibles términos: —Mi padre me contaba que su abuelo le había referido que cuando Fulano, Zutano había hecho tal cosa, siendo que Perengano el día tantos de tal mes del año tal. Etc., etc.—

De esa suerte hasta que al anochecer, relatándome todos los días la vida y milagro de todos, se dormía tranquila-

mente. La última vez, después de decirme: —Esto no más, es, señor, todo *lo* que sé, lo que he oído y visto.— E intrigada al fin me pidió mi libreta; luego después de hojearla me la devolvió visiblemente disgustada, diciendo: —¿Qué es esto?— A lo que repliqué: —Es el recuerdo de algunas bellezas que he podido sorprender.— Entonces ella preguntó: —¿Y dónde ha escrito usted lo que le he contado?— A eso le contesté: —No he escrito nada.— Ella: —¿Por qué— Yo: — Porque no son cosas que me interesan. Sólo me preocupa lo que me agrada.— Y se puso quieta y grave. Mas, en lo profundo de su ser he notado un enorme olaje de disgusto como estregándose en los escollos; pero no volvió a hablar hasta que se murió. De esa manera se acabó la tradición. Por lo que hace a mí, diré que he sentido una verdadera alegría, porque ahora yo sólo soy el poseedor de esos secretos, de los que no quiero decir ni diré ni una sola sílaba. Esto puede ser muy cruel pero ¿a mí que me importa, si sólo en el<sup>1</sup> o hallo la belleza, en éste caso especial? Si relato lo que me contó, desaparece ella, en cambio que ahora se le siente y ve, y, sobre todo, se siente la tristeza en que se muere esa pobre señora que no ha dejado un retrato de la belleza de su juventud, ni un canto de amor y que a trueque sólo sabía historia. Pero yo no tengo la culpa de que eso no me guste. Pues no me gusta.

\*

Luego, durmiéndome, por fin, con la tristeza de los desalientos, recuerdo que salí fastidiado a matar mi tedio, cuando al ir despreocupado, arrastrando los pies, tropiezo con un envoltorio que lo alzo al punto, el cual lo descubro tras de una puerta de calle; ¡seis mil pesos en tres fajos de a dos mil! Entonces en una súbita alegría siento saltar del fondo de mí la idea de publicar en libro mis legajos de cuartillas. Así henchido, pues, del más loco entusiasmo, corro a la más cercana imprenta; pero al pasar el dintel tropiezo, caigo y despierto, revoleándome rabioso en mi lecho.

\*

Y pienso que al hacer la vivisección de mi mal, siento que en él desaparece el dolor que me ocasiona. Por tal

## EL LOCO

razón no dejó ese quehacer a fin de no darle tiempo a reaccionar. He ahí el terrible fondo de mis nirvanas, acaso imprevistos himnos de gloria: el éxito de las indiferencias o de la rabia o tristeza de mis fracasos.

### EL HALLAZGO Y JOLGORIO

Acabo de hallar en la calle un billete fuerte de banco. Antes de cogerlo miré rápidamente por los rabillos de los ojos para cerciorarme de que nadie me atisbaba, luego lo alcé, estrujándolo, a fin de ocultarlo en mi mano. Y proseguí mi camino, pero muy abochornado.

Después de trastornar la primera esquina entré en una puerta de calle. Sólo ahí vi que efectivamente era un billete de banco. Mi corazón palpitaba con violencia.

En el primer Banco que encontré hice el cambio por moneda níquel, una parte, y la otra en billetes menores.

Es curiosa y ridícula la impresión que he sentido del dinero. Desde luego la sensación física del peso metálico en los bolsillos del armador, en la parte de las ingles, es perfectamente sensible. Además, me siento como si hubiese comido mucho. ¡Qué sarcasmo! Y me parece que todo el mundo sabe que tengo dinero, el cual lo hallé en la vía pública, o creo que, si no saben, lleguen a saber en virtud de la transmisión del pensamiento, en fuerza de la idea que quiero ocultar. Experimento también un fuerte impulso de ir a depositar mi hallazgo en la comisaría, hasta que el dueño lo reclame. Pero pienso que absolutamente no tengo obligación de proceder así ya que ese dinero lo debo a algo más que a mi simple trabajo: al acaso del destino. Acerca de la moralidad de esta cuestión ya pueden disertar largo y tendido cualesquiera acaudalados sin llegar a comprender que por falta de un céntimo pasa el pobre las horcas caudinas mil veces al día. Y...

Pero ya comienzo a renegar. Y yo que estaba tan contento ...

¡Uf! Hay que dejar que pase este fastidio. Sí, así, de modo que uno medite sólo en cosas agradables; por ejemplo: en el hallazgo. ¡Claro! Eso entusiasma.

Es seguro que cuando repentinamente se tiene dinero...

¿Cómo fue?...

¡Ah! Ya recuerdo. Me pareció que había engordado súbitamente, sin embargo de que momentos antes el hambre me apretaba lastimándome el estómago, como si se congelara; mas, de pronto la columna vertebral se me contrajo haciéndome elevar el pecho. Cuando cambié el billete en el Banco, recibí el dinero sin contar y lo eché rápidamente a los bolsillos. Ahora mi respiración es profunda. He levantado mis ojos de frente a los hombres, mientras que mis pasos son largos y seguros. Y todo esto me sucede involuntariamente. Hasta mis carnes me parecen más duras. Tengo una vaga idea de sentirme inmune contra la adversidad.

He llegado a casa.

Vacíó en la cama las monedas y juego con ellas, pretendiendo aventarlas con mi soplo. Me encanta el brillo del níquel reluciente. Casi me siento criatura. Soy feliz y no sé en qué invertir el dinero; pero debo gastarlo. ¿En qué? Ya veremos.

¡Oh, el níquel! Cómo reluce con apagado brillo de cristal y qué canto el de su son argentino.

Yo soy niño.

\*

Todo el día he pensado en éste pensamiento de Jesús:  
**...sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas.**

La Biblia es uno de los libros más admirables: **por** donde se abra siempre se halla algo profundo.

Pero la verdad es que no hay libro sagrado que no sea grande.

## EL LOCO

Yo quisiera escribir la **Biblia que ha de** necesitar la humanidad.

\*

Tengo dinero y toda mi preocupación es gastarlo, a pesar de que entonces justamente se me despierta el deseo de los minones y mi cerebro se pobla consiguientemente con fantasías encantadoras: a las mujeres bellas que veo imagino instantáneamente haberlas hecho soberanas de mi imperio de incomparables sibaritismos. Y es lo curioso que mientras se suceden tales fantasías voy sacando mi fortuna moneda a moneda, sin reflexionar en el gasto. Así, satisfecho en tan bello mareo malgasto por último lo que ahorro privándome de lo muy necesario. Después, cuando ya es imposible hacer las cuentas, entonces es el querer recordar el cómo fue. En tales instantes tengo la impresión de que todo ha sido un maravilloso ensueño. Pero lo que me da la medida de mi situación es ese como agigantarse de los menesteres más humildes que me faltan. Y sabiendo que todo remordimiento es perfectamente inútil, me satisfago fantaseando en los éxitos que pude haber alcanzado invirtiendo bien mi oro. En eso se me ocurre querer recordar céntimo por céntimo todos mis gastos, lo cual ya es imposible.

La última vez que tuve dinero fue hace pocos días, del hallazgo, y lo invertí, como siempre, irrazonablemente. Compré un canario, nada más que por verlo volar libremente en el azul. Pero he ahí que el animalucho, tan pronto como lo largo, revolotea apenas y cae como si estuviese herido por su propia libertad. De tal modo que quedó lindamente burlada mi esperanza, lo cual me indignó. Pero a pedradas conseguí que por miedo a la muerte recobre su vuelo. Y se fue alegre, trinando ufanamente. Se iba, se iba hasta que desapareció en la celeste inmensidad.

Otro efecto curioso que he notado, cuando poseo dinero, es que para hacer el pago de lo que compro lo hago instintivamente cohibido, sin embargo de que siento el gran placer de pagar. Esto me sucede al principio; después, en virtud del hábito, pierdo la emoción. Cosa, por cierto,

## ARTURO BORDA

muy sensible para mí, porque al fin y al cabo la emoción es un deleite.

*Al manejar los billetes me parece que es muy señorial el estrujarlos a puñadas, de la manera como manejan en los burdeles los tahúres, para pagar como quien hace una villana merced. Es muy posible que ello sea el impulso natural e inconsciente de la revancha; pero pronto me avergüenzo.*

Y cuando sólo poseo cuatro reales paso días y aun meses enteros pensando en qué los invertiré útilmente. Cuando he hecho el gasto es evidente que ha sido previo el considerar más minucioso.

Otra cosa que he observado en tales casos es que con sólo el hecho de pagar por servicio o mercancía se puede sublevar la dignidad del vendedor, porque todo pago implica autoridad. La moral de tal fenómeno es: —Sirva bien y rápido, para eso se le paga.— Cuando compro servicio o mercancía me gusta decir mentalmente: —¡Eh! ¡Yo pago!— Y lo hago con tanta satisfacción... Qué diablos, no es poca cosa ordenar que se ejecute aquello que tiene que hacerse queriendo o sin querer: pero indudablemente que no se mueven ni mis ojos ni mis labios.

Seguramente que yo sería el mejor de los burgueses. \*

Apago la vela y un rayo de luna entra hasta mi lecho. El sueño me rinde.

Oigo la banda del circo que funciona en el barrio. Irrumpe una salva de aplausos.

Ha silenciado la música y suena una voz atiplada, en falsete. La muchedumbre ríe a carcajadas. La banda toca alegremente una marcha.

Poco a poco me voy adormeciendo.

## EL LOCO

### I

Veo una misérrima criatura que en el laberinto de la vida busca, lleno de fe, la fortuna, el amor y la gloria.

Ha corrido todos los albures; y la fortuna, el amor y la gloria le han mentido.

Después, así, sin fe ni esperanza, cayó en la hornaza de los vicios, purgando su ilusión primera.

\*

Pasaron los tiempos y un día resurgía con el corazón macerado en el infinito amor y en la misericordia a seres y cosas, no obstante de que su tristeza era caótica.

Y dedicóse a divertir a los hombres, retorciendo su más loca carcajada.

Fue payaso, el más raro que se viera, porque su risa tenía... un fin: despertar la nostalgia por las venturas idas. Por eso lloraba y reía a la vez. Era un payaso sentimental y cruel a la par que provocaba la risa para cortarla repentinamente con su burla cáustica.

Y así, en medio mismo de su soberbia humillada sabe que por misericordia la farándula no le echa de la carpa ni le quita el pan, porque a pesar de todo dice cosas tan tristes y además hace reír...

\*

Grandes y resinosos hachones iluminan el toldo. En la multitud hay el ansia silenciosa de las espectaciones. La banda ejecuta su clásica marcha de circo.

Sin volteretas, y sí, más bien, paso a paso sale el payaso enharinado, ridículo y humilde, cantando con voz monótona y risible:

## ARTURO BORDA

Los rigores  
en sus albores  
alumbraron  
de mi cuna la adversidad.  
Eco en infausto día  
me dio su poder:  
en mí se reconcentran  
Arlequín y Amaranta;  
liviana y arrepentida,  
la de Magdala halla su eco en mí;  
Iscariote, discípulo y traidor,  
lo mismo que Mesalina,  
la impúdica;  
María, la célica,  
tanto como Longino y Judas.  
Mi carcajada es la vorágine  
en la que se funde todo goce o dolor.

A reir tocan. ¿Oís? Mi  
car jada es...

Y hubiera seguido cantando su letanía, a modo de los  
poetas modernos, si alguien desde la galería no le grita:

—Silencio, payaso. Harto viejo es el mundo para dar  
oído a lamentos y penas. Ríe, payaso: ese es tu destino; para  
eso pagamos.

Y, con el gesto y postura de un imbécil, desató su llanto  
al punto que en el paroxismo de su dolor estalló en una  
carcajada neurótica. Y reía y reía hasta que de pronto se  
desplomó hipando su atracada congoja, mientras que su cara  
pintarrajeada hacía gestos horripilantes y ridículos, por lo cual  
la concurrencia aplaudió de modo frenético, vociferando de  
entusiasmo, pidiendo el bis, en la creencia de que aquella  
agonía era el chiste.

En la helada llanura corre despavorido el payaso. Las  
multitudes le persiguen rechiflándole. El tumulto acrece  
semejando el bramar de los mares y el mugir de los aqui-  
lones.

## EL LOCO

Pero de pronto se detiene el incomprendido, y, lanzando una estridente carcajada, cual jamás diera, rompe los tímpanos de sus perseguidores.

La multitud retrocede cobardemente.

Entonces, accionando iracundo, habló en esta forma:

—¡Oh, gentes! Gentes... la risa más dolorosa, eco de vuestra existencia, ya no habrá de acelerar el ritmo de vuestros corazones.

Dijo, dio una voltereta y desapareció, mientras que la multitud clamaba. Y yo desperté.

## II

Oigo que en el circo del barrio no ha concluido todavía la función. La concurrencia está aplaudiendo y la banda toda una galopa.

La luna difunde en mi estancia su apacible claror. Por afinidad pienso es mi Luz De Luna.

## SPORT

Los humildes me dan asco así como los déspotas, y los altivos provocan mi desprecio; la indiferencia de éstos me hiere tanto como el servilismo de los otros.

A las gentes sólo podría tolerarlas a condición de que supiesen ser en el instante preciso lo que mi estado del momento solicita, según los cambios voterios de mi alma. Como eso es difícil, si no imposible, pues, ahí queden ellos. Por lo demás, como tampoco puedo poner mi espíritu al diapasón del de ellos, resulta que sustrayéndome les evito mis impertinencias tanto como a mí el disgusto de rolarme con quien detesto.

Cómo quisiera escribir única y absolutamente para la juventud de mi patria, para formar de ellos hombres de acero y roca. Y a fin de que me lean los muchachos —el futuro— domeñaría mi soberbia aun a pesar mío, rogán-

doles den su atención para las consejas o parábolas que les iría contando de altivez y rebelión. Por tal manera un día mi lar sería...

¿Y qué me importa mi lar?

Sin embargo yo forjaré un libro que sea curtiembre de espíritus. Apropósito. El músculo endurecido en el sport es duro sólo para el sport, porque está entrenado eventualmente, con la intermitencia de nada más que la distracción; y la dureza y fuerza jamás va de afuera a dentro, sino que sale de la idea, del pensamiento, del deseo; en cambio que el músculo endurecido en el trabajo es duro y resistente para el sport y el trabajo, porque el **hábito**, el entrenamiento permanente, sale de más adentro que de la piel, de más hondo que de los músculos, de más profundo que de los huesos y de los tuétanos, viene del constante esfuerzo de la resistencia diaria; de manera que el hombre de bronce, el hombre de hierro, el hombre de roca, no está en el hueso ni está en el músculo, está en la voluntad, está en el sufrimiento, en la capacidad espiritual a la resistencia del dolor, moral, al decaimiento anímico, la formidable resistencia al desaliento. En todo sport la resistencia a la fatiga, a la derrota, es de violento esfuerzo instantáneo con largos intervalos de tregua hasta la fatiga; y en el trabajo la resistencia del esfuerzo al desaliento y la derrota es permanente, segundo a segundo, en el sueño y en la vigilia. De manera, pues, que la voluntad del trabajador, y cuanto más sufrido, es mil veces más fuerte que la de todos los sportmen o deportistas, o aun más claramente, jugadores, y tiene todavía un millón de veces más de fuerza que el repentino esfuerzo de los ambiciosos mis-

Ahora y apropósito quiero indignarme y despotricar contra algo iniquitoso del siglo, contra el avance brutal que está adquiriendo el culto del músculo. Conozco directamente o por referencia de la prensa extranjera, hombres verdaderos biül dogs o mastodontes que sólo en virtud de su natural brutalidad adquieren **gloria, honor**, fortuna y bienestar en todos los pueblos, desde la ínclita Grecia y la culta Francia hasta en la Patagonia, no faltando pueblo en el que se erija monumentos en cuerpo presen-

te a esos pobres de espíritu reducidos a simples masas musculosas; y no obstante, por oposición... No digo nada.

\*

Imprescindiblemente debo referir hoy las pesadillas que tuve anoche a causa del albañil que cayó ayer delante de mí, rajándose el cráneo en el filo de la acera, por lo que ciertamente que ni me moví, porque al instante comprendí que ya no había que hacer nada. Los sesos que se le habían saltado le palpitaban todavía a cada respiración. Se aglomeró la gente y en una frazada lo llevaron al hospi-tl. Con tal motivo toda la tarde se quedó grabado en mi recuerdo un bulto que con rumor de soplo cae sordamente a mis pies, quedándose inmediatamente inmóvil.

Es el caso que durante la noche mis pies se agitaban automáticamente; el corazón me palpitaba con violencia, tanto que le oía palpar cual si estuviese debajo de mi almohada. Así, sin poder hallar sosiego, me revolcaba en cama, cada vez más inquieto, hasta que de pronto, cuando pude conciliar el sueño...

Inmediatamente se me presentó el albañil. Venía agonizando, en una camilla que andaba por sí misma. Llegaba deshecho el cráneo, y, los sesos que le temblaban como gelatina, iban incrustados de esquirlas. La camilla andaba con lentitud trágica y ridícula, moviendo de modo cómodo sus patitas de madera. Cuando estaba cerca de mí, el albañil se incorporaba desde medio cuerpo, por lo que su cráneo, ensangrentado y hecho añicos, se le caía a un lado a modo de como caen los turbantes suavos, con la diferencia de que en aquella blandicie llevaba mechones de cabellos en pedazos de hueso. Uno de los ojos estaba reventado y el otro le colgaba. Traía aplastada la nariz, los labios hinchados y desgarrada una de las mejillas. Su cara era una combinación de ocre, lilas, mordorés, grancées y bermellones. Así me miraba un momento; después, pretendiendo sonreír, hacía un gesto macabro y una extraña reverencia, por lo que los sesos colgaban sobre la cara. Entonces quería hablar, pero su voz era un ronquido tan tremendo, que yo despertaba horrorizado.

## ARTURO BORDA

Eso me sucedió tres o cuatro veces.

Como se comprenderá, la cama llegó a serme un suplicio. Sofocado y con el corazón que pretendía romperme el pecho a fuerza de latigazos, intenté vestirme mil veces para salir a vagar los suburbios o a campo traviesa, o ir a matar mi desesperación en cualquier prostíbulo; pero a duras penas tenía ánimos para revolearme en el lecho.

Mientras tanto amanecía. Oí el argentino cantar de los gallos y el raspado de las escobas en el corredor. El ruido de las pajas en los ladrillos me rizaba los nervios; sin embargo, cansado al fin, me dormí.

Yo estaba corriendo desesperado a esconderme en los rincones, porque la escoba, una escoba enorme que se movía por sí misma, me perseguía furiosamente, raspando el suelo a grandes impulsos, y cuando lograba pescarme, de cada sacudón que daba me hacía saltar de cualquier agujero. Inmediatamente y con la velocidad de un ratón acosado, iba a ocultarme en los sitios más apartados; no obstante la escoba ya estaba detrás de mí, empeñada en echarme al basural. Cuando me supuse más seguro, oculto en un buen escondrijo, la escoba me raspó los ojos, por lo que desperté gritando ahogadamente.

\*

La cabeza me ardía y me daba vueltas, enorme y pesada.

La aurora había concluido. La mañana era fresca.

De tiempo en tiempo sentía desvanecimientos que pasaban rápidamente. Las pulsaciones en mi cerebro se hacían dolorosas. Quise arrancarme el corazón y la cabeza que me dolían sin dejarme punto de sosiego. Entonces, pensando que me sentarían muy bien los viajes, pasó por mi mente la idea de que los vientos marinos me restablecerían de mi larga convalecencia. A eso se asoció la idea de las diversiones y los placeres: imaginé mujeres más hermosas que las sircasianas; pero tuve repentinos miedos ante el alarido insaciable de las epilepsias.

Y así, pensando en cien mil tonterías, esta vez que dé profundamente dormido.

Incorporándome lo más rápidamente que pude me puse el sombrero, tomé el bastón, y salí. Cerré con llave la puerta. El corredor, vetusto, desenladrillado, con sus barandas de madera carcomida, tallada y mugrienta, temblaba todo él.

Desciendo la escalera. Al pisar el último escalón...

Me hallé en alta mar, navegando en un velero bajel. Las aguas estaban inmóviles, reflejando el azul sin nubes, a semejanza de un espejo. No había viento y, no obstante, el barco iba con las velas hinchadas, cortando a toda rapidez las aguas, sin dejar estela.

No se oía más ruido que mi acezar. La impresión de silencio era tan enorme y solemne que hasta el palpar de mi sangre me causaba miedo.

La infinita monotonía del azul reflejado en las aguas inmóviles, fundiéndose con el cielo en los horizontes, me obligó a cerrar un instante los párpados.

Al abrir los ojos me hallé en un arenal ilimitado, sobre un león negro, que iba devorando leguas y más leguas, hasta que, rendido, cayó y...

Y resulté en un aeroplano. Tal era la velocidad con que la nave hendía los azules, que supuse estar inmóvil, no obstante que a mis pies pasaban ciudades, montes, ríos, llanos y mares, cual si fuese en una cinta cinematográfica.

De pronto la barquilla se deshace como el humo. El terror me paraliza al sentirme caer en los hielos árticos, por donde a la sazón pasaba, y...

\*

Y despierto violentamente sacudido por una contracción nerviosa, igual a como cuando se siente una descarga eléctrica; pasada la cual caí otra vez en el sueño, en el que...

Súbitamente me encuentro al lado de un manantial, a la sombra de los naranjos y las magnolias. Así, aspirando el aire embalsamado, me inclino a beber en la vertiente. Pero mirándome, quedo horrorizado, porque me falta la cabeza. Instintiva y rápidamente se alzan mis brazos, palpando mis manos en vez de mi cabeza sólo el aire; luego en mi cuello se empapan en sangre.

Me incorporo, echando a correr; pero...

Al dar el segundo paso resulto en una ciudad populosa ¿acaso Tokio, New York o Berlín? La multitud, indiferente y en silencio, me abre paso. Sigo corriendo.

Y resulto en una enorme cancha, donde los futbolistas se divierten con mi cabeza, la cual en el momento rasga silbando el aire; luego cae, rebota y se escabulle entre las piernas, más ligera que una anguila, para volver a ser lanzada inmediatamente de un puntapié al espacio.

Ello me indigna a la vez que me entristece. Por eso me entrometo en el match que ya es un mare magnum en el cual todo el mundo toma parte. Mi cabeza rueda, pues, entre millares de pies que se agitan tijereteando a más y mejor. Corro sudoroso, fatigado, en pos de ella, hasta que al fin la cojo. Pero ella se enfurece y me muerde en los brazos, en el pecho y en las manos, lo cual me subleva, obligándome a tomarla por los cabellos. Y suspendiéndola

un tanto, de un puntapié la despacho por los aire.

r..

Tan pronto como la vieron, los jugadores se le fueron encima.

Mientras que sucedía eso, el dolor de los mordiscos recibidos se me hizo agudamente insoportable, cual si mis dientes hubiesen inyectado ponzoña en mi carne. Por esa razón la venganza me impu'só hacia ella, que en tal instante era zarandeada de lo lindo, pasando de pie a pie. íbamos, ella silbando en el aire, de un extremo a otro de la cancha, y yo, desalado, buscándola desorientado en todos sentidos, ansioso de atraparla nuevamente y destrozarla a pisotones; mas, ella parecía burlarse, multiplicándose infinitamente.

## EL LOCO

De esa suerte es como si hiciera siglos que voy en pos de mi cabeza, con la que la humanidad se divierte. Corro sin descanso, yendo y volviendo en todas direcciones, hasta sentir un malestar profundo en el corazón, en los pulmones y en el estómago, el cual se me contrae helado y vacío al hipo de las náuseas, las que por último me arrastran las entrañas, con las que en un vómito sale por mi gaznate mi corazón, a modo de un escupitajo.

En el desierto empieza el crepúsculo más lúgubre. La espectación de cielo y tierra es solemne; parece que los horizontes se hubiesen elevado para contemplar la lucha más horrorosa que jamás vieron ni verán los siglos.

El gentío ha desaparecido.

En la soledad viene mi cabeza dando saltos menudos, casi triscando, siniestra, fatídicamente; viene con la melena hirsuta y alborotada, frunciendo el entrecejo; las cejas están oblicuas, desorbitados los ojos y la boca chueca, mostrando su dentadura amarillenta que rechina.

Tal se va aproximando a mi corazón que se desangra en la arena.

Mi cabeza se acerca gruñendo y haciendo gestos; empuja y muerde a mi corazón que palpita angustiosamente; pero él se ladea de pronto, escupiéndole en los ojos un chorro de sangre que se coagula al instante.

Así, luchando se van acercando a mi cuerpo rendido.

De pronto mis manos a modo de flecos de carne, levantándose atrapan a mi corazón y mi cabeza. Esta comienza a morderme, castañeteando alegremente su dentadura, cual una tijera de peluquero, mientras mi corazón se baña en sus vómitos. Mis manos, a su vez, dan una seguidilla de bofetones a guisa de latigazos. ¡Cómo suenan esos bofetones en mis mejillas y en la blandice de mi corazón!

Entretanto mi alma, elevándose en el vaho de mi sudor y de mi sangre, oscila hincada en el firmamento, los brazos en cruz. Ora en silencio, mirando la inmensidad.

Mientras sucedía eso, mi cabeza me mordió en el sexo, dando sacudones de perro rabioso; pero el falo se alargó instantáneamente dentro de mi boca, para salir por la garganta. Después de lo cual se anudó. Luego continuó alongándose a modo de serpentina o culebra que se desenvuelve, para sujetarme los pies, desde las rodillas, semejando una venda o grillete. Acto seguido se internó en mi corazón, entrando por la aorta, para salir por la carótida. Y se anudó por segunda vez, maniatándome desde las muñecas a los codos. Hecho lo cual se alargó mucho más, retorciéndose febrilmente. De ese modo se enovilló en todo mi cuerpo, estrangulándome, hasta que se internó en la tráquea para salir por los intestinos a modo de una evacuación. Así se anudó por tercera vez, para continuar enovillándose, tanto que al fin no parecía otra cosa que un hacinamiento de cables o serpientes en letargo.

Hallábase en esa situación cuando mi alma, descendió de las alturas, en forma de una nebulosa, queriendo arrancar del suelo mi cuerpo, mientras que en el ambiente, se adivinaba una agitación oculta, de angustia mortal. El cielo, la tierra, todo parecía gemir. Mi alma, enorme, opalina y densa, se empeñaba desesperadamente en elevar mi cuerpo a la inmensidad; pero mi sangre, mis huesos y mis nervios, toda mi carne, habían echado ya en tierra sus más hondas raíces.

Entonces se hizo la medianoche. Y las estrellas me llamaban con su inquieto y luminoso pestañeo; pero mi alma, semejando una espira de humo, se elevó en el último vaho de mi sudor y de mi sangre, yéndose como en un sueño, allá, al infinito, donde sonriendo en un rayo de luz, me esperaba Luz De Luna.

\*

Y me pareció haber despertado, pero en agonía, con las desesperaciones de la asfixia; el atolondramiento por zafar de aquella angustia. No obstante no tuve ninguna idea de mi muerte; era sólo el paroxismo de la inquietud: el querer huir del instante, arañando en el aire, refugiándome no sé dónde, cuando de pronto se hizo en mí otra vez el silencio, el olvido y la sombra, hallándome...

En pleno infinito, andando sobre la eternidad. Yo iba suavemente en un soplo, maravillado, sin dolor, lleno de alegría.

Al pasar las atmósferas de cada estrella, de cada planeta o sol, me saciaba de una especie de manjar de sabor humanamente indecible.

De pronto sentí que por sobre mi cabeza pasada un planeta millares de veces mayor que Júpiter. En tal instante tuve repentinamente la conciencia de lo que significa el prodigio de la existencia: saber lo que es un mundo en el espacio.

Y pasó.

Yo le miraba irse, y le miraba tanto, que me ardieron los ojos. Quise restregármelos y no pude, porque no existían ni mis ojos ni mis manos. Tenté palparme el pecho, pero tampoco estaba; sin embargo yo miraba mis formas.

Así me detuve un segundo, sin saber qué pensar ni qué hacer.

Y me arrojé de cabeza, olvidando que me hallaba en el infinito.

De tal manera, hendiendo, surcando o singlando, me encontré en una nebulosa. El hambre me consumía. Una claridad suavísima iluminó el espacio, en el que fermentaban soles más chicos que la punta de un alfiler. Me atraganté de ellos.

Así salí de aquella zona. Luego seguí yendo en los éteres. En eso advertí que mis proporciones aumentaban de modo estupendo.

Entonces recordé haber muerto en la tierra, con una pesadilla en la que había perdido la cabeza. Al recordar ello, vi que efectivamente me hallaba decapitado, razón por la cual, acosado por un terror instantáneo me di a co-

rrer en la inmensidad, saltando de mundo en mundo y de sol en sol. Resbalé en uno para caer en otro.

Mi huida me sobreexcitó tanto que fui dando puntapiés a cuanto mundo hallaba a mi paso. Los universos se descuajeringaban y yo reía a carcajadas. Mi risa reventaba a manera de borbotones al romper la sangre coagulada en mi cogote.

Cuando así, hecho un loco, corría en la eternidad, vi arder mi cabeza en el infinito, huyendo de mí y riendo a mandíbula batiente. Bebiendo el espacio, al saltar de constelación en constelación, fui tras ella; pero, cuando iba a cogerla ya, resultó ser un sol. Me quemaba. Sin embargo me la puse al cuello. Al contacto de mi sangre adquirió tal potencia, haciendo imposible dar ninguna idea de ello.

Detúveme un momento, mirando en todas direcciones. Vi la Tierra tan allá, que más parecía sólo la imagen de un recuerdo.

En eso, impulsado por mi venganza, otra vez comencé mi carrera. A medida que me aproximaba a la Tierra, ella iba aumentando de dimensiones ante mi vista; pero, llegado que hube a cierto límite, fue decreciendo tanto más cuanto que más me acercaba. Ese incidente me hizo acelerar la carrera; pues me espoloneaba el ansia de hacerla añicos de un puntapié, a pesar de estar disminuyendo incesantemente y cada vez con mayor rapidez, burlando mi deseo. Mis nervios se crispaban de ira, por lo cual mi cabeza lanzaba tales risotadas, que los mundos temblaban en sus órbitas. Entretanto continuaba mi acelerado viaje. Cuando llegué a donde estuvo la Tierra, se había evaporado al calor de mi cabeza. Solamente quedó en el espacio mi corazón, el cual, abriéndome el tórax, lo acomodé en su sitio. Pero en eso...

\*

Me hallé desnudo sobre una helada plancha de hierro. A mis lados, viéndome respirar y abrir los ojos, estaban petrificados de espanto unos hombres con mandiles

blancos, llevando, unos, sierras, y otros, bisturíes o cloriformo. Estupefacto y con los ojos desmesuradamente abiertos me incorporé desde medio cuerpo; pero al momento caí atacado de un síncope.

## II

Cuando desperté verdaderamente, había pasado ya el día, y sentí, como siempre, que un dedo helado me apretaba el corazón, ocasionándome un malestar profundo, sin embargo del secreto placer que me producía la caída del albañil, reaccionando mi pensamiento, porque cuando le vi caer, rajarse el cráneo y saltarle los sesos, no sentí nada más que una especie de asco, acusando un poco el pliegue izquierdo nasolabial.

Esta mañana se mataban de risa en el parque unos muchachos, burlándose de la suma atención con que leían unas lindas colegialas, que de rato en rato trataban de disimular a carcajadas su rubor, pellizcándose a causa de algunas láminas coloreadas que hallaban. Cuando yo estaba pasando delante de ellas, cerrábanse rápidamente las páginas; pero en la portada pude reconocer un ejemplar de las muchas bibliotecas eróticas que de tiempo en tiempo circulan profusamente.

Con tal motivo recordé que de vez en vez las librerías situadas en las calles y plazas principales se hallan muy concurridas, sin que yo prestase mayor atención al suceso; pero un día, — disimulado entre la multitud que se apiñaba ante una vitrina, entre señoras, jovencitos, muchachas, hombres serios, soldados, sacerdotes, periodistas, etc., ya mirándose de reojo, sonriendo y codeándose, ya haciendo referencias socarronas o rumoreando sus desvergonzados juicios, — pude ver desfilar casi a todos.

Mas lo que verdaderamente una tarde me llamó la atención, fue que viniendo con toda la gravedad del caso y del cargo, los Ministros de Instrucción, de Culto y Gobierno, y los Intendentes de la Urbana y de la de Seguridad, se detuvieron a mirar los títulos de las obras que se hallaban en primer término, sensualmente ilustradas y que estaban distribuidas entre un cúmulo de revistas no me-

nos licenciosas, todo lo cual parecía autorizado, hacia el fondo, por los nombres más ilustres impresos en los enfilados lomos de una biblioteca clásica. De esa suerte mis tipos, recomendándose unos a otros los libros más lascivos, sonriendo muy discretamente, entraron a comprarlos.

De igual manera había que ver cómo llegaban en pandilla mixta los colegiales, todo encendidas de grana las mejillas, formando, al salir a la disparada de la librería, grupos compactos en torno a los lectores del libraco, buscando desesperados las ilustraciones más provocativas, tanto que se podía sentir el hinchado golpeteo de sus corazon-citos ansiosos de saber y sentir los secretos del amor, envolviéndose en un sentimentalismo de ensueño en medio de la dispersión de la voluntad en difusas imágenes lúbricas que imagina el deseo, provocando inquietantes cosquilleos de espasmo.

De ese modo la pubertad va despertando en la depravación, aguijoneada con la sugerencia de las últimas formas del goce degenerado que hurga el vicio, como queriendo arañar en los orígenes mismos de los más indecibles estremecimientos y de las más brutales sacudidas, lo cual quita toda esperanza de zafe posible de la muchachada hacia la vida hondamente activa de las altas especulaciones.

Entonces, por esa niñez sin nociones de la voluntad, he sentido la más seria pena, porque yo como nadie sé del horror de la sensualidad, aun revestida con las más brillantes galas de la poesía. Para la prueba quiero transcribir aquí estos mis tristes recuerdos que debo llamar.

#### JLA ICTERIA

Sería humano, y muy humano, que cada cual tenga su recompensa en la vida, pero no conforme a los crímenes o virtudes de sus antepasados.

Cada cual debe valer por sí.

Yo sé que puede ser un hombre de bien para mí y para mis semejantes, pero antes de respirar, acaso por la

vergüenza de mis padres o qué sé yo por qué, ellos me habían condenado a muerte; sin embargo, ya que falló el abortivo, heme en la miseria de toda impotencia, achicharradas el alma y la carne.

Así que los derechos que me resta la angurria de los hombres, debo conquistarlos a tajo de navaja. Hay que vivir.

Mas, lo malo es que no ignoro que mi ataxia y mi falta de voluntad no dependen de mí: son las eflorescencias de mi origen.

Y pensar que centenares de idiotas viven en la opulencia.

Ahora corta el hilo de mis días el vocerío de unos clubs políticos que vitorean embriagados a sus respectivos partidos, liberales, republicanos o radicales, lo mismo que a los anarquistas y socialistas, según entienden la política criolla.

Si mal no recuerdo, estamos próximos a elecciones.

Estoy casi convencido de que la vida, respecto a la humanidad, es un inmundo mercado de conciencias. Efectivamente. He visto venderse, ya sea por un título o por un miserable sueldo, a los más ilustres, a los más sabios, a los más honrados, a los que el futuro elevará su loa.

Qué banales y venales.

No sé si es más propio decir que se alquilan, conciencia y todo, o se venden; pues por nada se ponen incondicionalmente sumisos a ejecutar lo que censuraban, y todo con la sonrisa en los labios, cuando no sañudos, fingiendo olímpica indiferencia, ellos que cuando no logran su pitanza, muestran con hambriento gruñir sus colmillos, y que, en cambio, cuando logran su carroña, se agazapan a semejanza de los perros, lamiendo el zapato del que los maneja.

¿Qué idea tendrán de la altivez y de la dignidad esos 'mercenarios?

Y ellos son los representativos. ¿De qué? ¿De su cloaca? ¡Aja, já, já! Lo merecen.

Es verdad: cada cual tiene que representar a los suyos, así en las cámaras como en el gobierno. ¿No era Sancho de la Barataría? Y el representante tiene que ser necesariamente la flor más alta. Mas, cuando los que son esa flor más alta, son una perfecta vulgaridad, entonces...

Yo quisiera conocer la flor más alta de Semegambia.

Sin embargo a ratos creo arrepentirme no haber sido como ellos, y me determino a ser así, ondulante y maleable, sin escrúpulos, para gozar plenamente indigno la libertad de la inconciencia; pero entonces siento atravesar mi espíritu, de pies a cabeza, algo así como una espada que me imposibilita hacer ninguna genuflexión; razón por la cual sé que me acabaré en plena indignencia.

#### AL OTRO DÍA

Desde anoche me hallo en una alarmante vacuidad. De esa suerte observo que en las profundidades de mi subconciencia fermentan las ideas en tumulto. Y lo curioso es que cuanto más hago por descubrirlas, tanto más se ahondan en el misterio. Sólo atino a oír algo como el rumor de la espuma cuando se deshace en el silencio. No puedo averiguar qué género de ideas o sentimientos efervescen en semejante Tártaro. Mientras tanto mi conciencia se atonta contemplando la irremediable huida de las horas.

Por eso con la libreta y el papel en las manos espero pacientemente horas y años a que estallen a flor de razón esas incubaciones.

Tal estoy ahora.

¿Qué será lo que siento y pienso en la subconciencia? Mi condición me deja perplejo, porque mi conciencia

## EL LOCO

sólo sirve para fijar la resultante del proceso misterioso de mis días, los cuales me sorprenden siempre con ideas, imágenes o sentimientos, como si fuesen de una persona extraña que me va dictando, mientras que mi razón ansiosa no hace nada más que impulsar nerviosamente los giros caligráficos.

Me parece que en el mundo subliminal todo es intuiciones y reminiscencias de mundos lejanos.

He ahí cómo y por qué mi propia vida se me figura ser un otro yo que habita en los éteres.

### MEDIANOCHE

Otra vez me parece que como anoche, los clubs políticos se han reunido en la vecindad. Son unos loores estentóreos que rompiendo la calma nocturna me ocasionan no sé qué estremecimientos, verdaderos escosores, los cuales me recuerdan los tremendos calambres que me producía la icteria.

\*

Apropósito. Ese recuerdo me raspa el alma, porque es la execrable pornografía, no obstante de haber sido fatal, es decir, por el escosor que me ocasionaba la piojera. Aquella icteria a causa del abatimiento en la mugre, es un símbolo de cómo al fin la miseria arrastra al ser hacia el paroxismo inconsciente en las depravaciones. Así que, ahora que se me fija el recuerdo de aquello que me sucedió una vez, he de relacionarlo, aunque caiga sobre mí todo género de ignominias.

A modo de cuerpos que cuantas veces se lanza al espacio, tantas vuelven, en fuerza de su centro de gravedad, de igual manera hoy retornan mis memoranzas.

Es una imagen que me hace escocer el cuerpo. Tengo tan presente la tragedia de aquella noche memorable, que aun en este momento estoy ya con los escosores subcutáneos. Parece que andarán en mi piel millares de arduos patitas de hilos de seda fina.

## ARTURO BORDA

Y lo raro es que hasta hoy no he podido saber si lo que me sucedió fue simplemente una pesadilla o si en efecto he sido la víctima de los espectros que en aquella noche se divertían conmigo en una especie de torbellino de los desenfrenos de lésbica lascivia ideal.

Pero lo que más me preocupa y de lo que nadie resolverá el enigma, no obstante de las averiguaciones que hice, es cómo pude haber resultado entonces en el hospital, siendo que para acostarme eché llave a la puerta. Eso recuerdo como si hubiera sucedido anoche. En seguida, concluida mi curación, cuando regresé a casa, tuve que deschapar la puerta. ¡Y qué cosa estupenda! La llave estaba con ambas vueltas de seguridad. La ventana se hallaba cerrada también con los dos picaportes y la bisagra. En cuanto a la puerta de comunicación con la pieza vecina, no puedo conjeturar nada, ya que está condenada con dos herrajes.

Así que no me queda más recurso que dar crédito al informe que me dio la Superiora del Hospital Landaeta. Dijo que muchas señoritas, uniformadas de tul, como colegialas, me llevaron una noche, malamente enfermo, y que al dejarme en manos de Sor Celeste, se despidieron recomendándome con mucho interés, asegurando que irían a verme todas las noches; pero que no se les volvió a ver.

Por lo que hace a las informaciones del portero y la vecindad de casa, nadie sabe nada.

Este recordar me lleva, pues, a porfía a reconstruir todo el proceso de mi enfermedad, incluso sus antecedentes.

Ahora, en la lucidez de mi alma, los más nimios detalles se precisan cual si estuviese contemplándolos en un cinema.

## II

Era la hora de los celajes, hora de ensueño. La luz jugaba sus maravillas en las nubes, cuando el viejo a quien supuse mi padre me echó de su casa.

## EL LOCO

Es imposible que pueda olvidar aquella escena, aun cuando hay en ella detalles que más parecen artificios para asustar niños nerviosos que la simple relación del hecho.

Ya que aquel tiempo está lejos y me hallo relativamente sereno, puedo hacer el relato poniendo todo el imposible empeño de darle el tinte y sabor que tuvo para mí.

Comenzaré, pues.

Y sentí que bestialmente, brutalmente, naturalmente, mi ser se retorció en mi silencio de absoluta soledad, buscando un nombre, en vano. ¡Un nombre...! ¡El nombre! ¡Mi nombre...! ¡Loco...! ¿Para qué...? Y mi silencio se pobló de una inaudita algarabía de carcajadas que atronaba mis infinitos. ¡Un nombre!...

Pero mejor es ni recordar. Sin embargo está grabado en mí de tal manera esa su voz alta, áspera, imperativa y ronca, de acaudalado inculto y bonachón, cuando me llamó: —¡Loco...!— Aun lo veo. Rechoncho y abotargado, fuma un cigarro, meciéndose sobre sus tacos. Cubre él casi todo el ancho de la puerta. Carraspea, escupe y tose. Luego indeciso e inquieto, me habla haciéndome desordenadas reminiscencias. En seguida, agitándose, me revela que, debido a la casualidad, una buena mujer me halló en el muladar a tiempo en que me iba a devorar una cerda y que luego por ella fui llevado a la inclusa. Y...

Mas yo ya no oía nada, sólo sentí que mi corazón se hinchaba y constreñía violentamente, golpeándose en la caja torácica que parecía cinchada con acero, mientras que la cabeza se me reventaba, dando inmensas vueltas, zumbando sordamente. Entretanto mis ideas se quebraban en millares de astillas ardientes, agudas y volanderas en zigzag, tajantes. En seguida, recuerdo que dijo: —Loco, nada de sensiblerías ni misericordia; en la indiferencia de la vida hay que ser duro de corazón, hasta la crueldad, consigo mismo—. Después sentí que me atrajo con ternura, diciéndome emocionado: —En estos días me voy a Singa-pur. De manera que... ¡Ah!, la tarjeta que llevabas al cuello desde cuando te hallaron y en la que dice está tu

nombre y otros detalles, que me entregaron en sobre cerrado las madrecitas de la inclusa, de donde te recogí, indicándome que sólo debía entregarte al despedirme... — Luego de decir así se puso a buscar en su cartera, en sus bolsillos, en el escritorio y en cuanto mueble tenía. Y como no la hallara, una y otra vez volvía a hurgar acalorándose. Mientras tanto mi cabeza era un volcán. ¿Yo no tenía ni nombre... Loco...! Y el zumbido en mi cerebro era tal, que no recuerdo sino que el enmarañado paisaje del jardín en el crepúsculo escarlata giraba risueñamente, mientras saltaba la luna y se encendía el alumbrado público. Véase sombras humanas que pasan riéndose; se burlan, huyen. Índigo y violeta. Sombras densas. Noche lóbrega. Viento frío. Rumor de agua en acequia. Zollipar de buho. Olor a pasto y tierra húmeda. Silencio, soledad y tinieblas.

\*

En una finca de valle de un amigo pasé algunos días de un esplendor admirable, pero mi postración espiritual era tal en una especie de languidez de cansancio, que en mi somnolencia no había idea de nada y mi insensibilidad era casi completa. La única percepción clara que tenía, era la de una perfecta ausencia de mí mismo, de tal manera que me parecía contemplarme a mí, desde una lejanía, cual si mi cuerpo no fuese otra cosa que una simple funda abandonada, y ello sin que me importase. Y los días, claros, serenos, eran de una tibieza adormecedora. El trino de las aves, el murmullo del arroyo, la caricia de la brisa, el olor del campo y las flores a la sombra verde de las enramadas, tanto como la gentil lozanía de las aldeanas, todo lo miraba con una completa indiferencia de espejo.

III

Pasaron los años y supe de las miserias y soberbias de los limosneros, de los sinsabores del mozo de cuerda; de toda las humillaciones por no ceder al hambre, toda vez que mi existencia tenía ya un fin. Pues los siringales, las minas, las casas de pensión, los garitos y cien más me vieron arrastrando el alma. En mis días soplaron todos los vientos: fui cómico, soldado, rufián, mercader, etc., y mon-

je. En esta última condición pude cultivarme algo, disfrutando de una relativa ociosidad, sin ninguna preocupación por el trágico mañana. Pero sólo ha sido para mi mal, ya que comencé a sentir la tristeza sin fondo de mi alma sumergida en la meditación. Y un día escapé del monasterio, para aturdirme en la vorágine de los lupanares. Después... ¡Cuánta bruma en mis días!...

## IV

No, no quiero recordar que una vez supe...

Tengo miedo hablar y aun pensar e imaginar, porque he sabido un día que lo que llevo en mí es... el estigma del abortivo. Es decir, que mi madre misma —¡oh Señor!— ha tentado contra mí en su propio seno...

En la noche de aquel día horrible tuve una especie de sueño o reminiscencia.

\*

Al principio se siente agitarse la sombra algo así como al anochecer los inquietos preparativos mal disimulados para hurtar el goce de un amor vedado. Todo aceza ansiedad. Los enigmas parecen estar cuchicheando siniestramente.

Poco a poco la sombra se va haciendo más densa, casi materialmente impenetrable, envolviéndome en su seno.

Después de un largo instante de espectación se nota graves temblores en las lóbregues, así como se adivina un apresurado secreteo, músculos que se crisan y dientes que rechinan; a lo que sucede un silencio de fatiga. Luego hay sonrisas y sigilosos andares precipitados que se alejan.

Mi atención se hace dolorosamente angustiada, porque las sombras empiezan a pasar como cintarazos, relampagueando tinieblas, en medio de un extraño murmullo, cual si fuese el conciliábulo de los abismos, fraguando un nefando crimen.

Pero a poco han invadido las opalinas nieblas, clareando la atmósfera. Deben ser las seis de la mañana. Está lloviznando. Hace tanto frío que no puedo ni moverme; casi estoy varado. Mas, felizmente un rayito de sol ha rasgado las brumas. Quiero ir a calentarme, cuando alguien me habla. ¿Qué dice?... La voz: —No te muevas, Loco; porque si vas verás que eres tú mismo... No te muevas. Y lo raro es que no hay nadie en mi derredor; no obstante, las palabras han sonado tan claras y tan cerca...

En eso las tinieblas se disipan. La lluvia sigue cayendo menuda, lenta, silenciosa e incesante; casi parece una nevada.

Hago un esfuerzo con lo que avanzo dos pasos a a tiempo en que el cielo y la tierra se estremecen. Un temblor hondo ha pasado rezongando. Dijérase que en el centro de la tierra las rocas plutónicas crujen reventando a tiempo en que en el aire se dilata una hediondez nauseabunda y asfixiante. Estoy en un muladar, debajo de un puente. Al fondo se ve la población. Las basuras, grises, multicolores, hacinan herrajes, sombreros y cráneos de párvulos; bonetes, papeles sucios, zapatos y guantes húmedos, remojados; cenizas, cacharros con cebadas, latas orinecidas entre guano, andrajos y botellas rotas o joyeles descuajeringados en la espumosa lama de las aguas cene-gosas con visos tornasoles, que por partes se ha congelado.

Giro sobre mis talones, para huir; pero de lo alto, envuelto en un trapo negro, está rodando en medio de las inmundicias un recién nacido, hasta que se atasca, desnudo, en un promontorio del basural. La criatura está medio degollada por un hilo que le sujeta al cuello una tarjetita. Hago por ir a levantarla, pero la voz vuelve a hablar en mi oído: —No te muevas, Loco; es la hora trágica: mira que eres tú mismo—. Apesar de eso quiero avanzar, retroceder, gritar... Imposible. En eso sopla un fuerte viento, arremolinando la lluvia y las basuras. Y cuando cesa el torbellino, no sé cómo en su lugar hay una chancha preñada, la que pasando el arroyo, viene hambrienta, a carrera, rechinando sus colmillos. A su vez el párvulo, lloriqueando mueve desesperadamente sus manecitas ¿acaso

## EL LOCO

buscando el abrigo maternal? En eso la bestia comienza a hozarla, revoleándola de un lado para otro, hasta que su hocico inmundado, negro, choca con aquella rosada boquita virginal que hace poco por mamar. Mas del monstruoso contacto de ambos alientos confundidos bajo la incesante lluvia, se forma repentinamente una viborita negra, febril, que al momento muerde en la sien y el costado al pequeñuelo, para desaparecer escurriéndose entre la basura, a tiempo en que se aproxima una mujer, por lo que huye gruñendo la puerca. A lo lejos, oculto detrás de una pared, observa un individuo. La lluvia arrecia torrencialmente. Las manecitas y los piesecillos amoratados de la criatura se mueven al compás de su lloriqueo de organillo que se apaga en el fragor de la tempestad a la vez que la niebla avanza escondiendo la escena y estalla un rayo. Y, temblando en el firmamento, una gran voz dice: —Picado ha sido por la tristeza, por siempre.— Por lo que los truenos, retumbando de monte en monte, iban repitiendo: —Por siempre...— Luego las sombras nocturnas lo esfumaron todo.

\*

El horror de un frío glacial me hizo volver en mí, dejándome la obsesión de aquella reminiscencia.

Desde entonces qué largas son mis noches.

Señor, que nadie sufra estas amarguras, porque son tan hondas...

## V

A partir de entonces, ni comí ni bebí, ni tuve aliento para estar en vigilia o dormir, ni de día ni de noche: estuve en estado de suspensión entre la vida y la muerte. Pero un escosor inusitado no me dejaba en reposo ni un instante. Era una carcoma de ortigas y cardos en llaga viva.

## VI

Una tarde que estuve calentándome al frío sol de invierno, noté en las manos una comezón tan fuerte, que

no pude menos que observar el punto molesto. ¿Cuál no sería mi sorpresa, cuando vi que mi piel se movía al fermento de la piojera, que se hallaba exudándose en los poros del dorso de la mano!...

De consiguiente no es difícil comprender mi estado de ánimo en los días subsiguientes, cuando los parásitos me consumían íntegramente. Si me rascaba, ellos quedaban a centenares entre mis uñas. Parecía que mi sangre se convertía en piojos, los cuales se multiplicaban con indecible rapidez.

Apesar de toda esa tortura notaba un placer desesperante en los genitales, un cosquilleo tan sutil, que me hacía delirar. El sistema nervioso se me sobreexcitó de tal manera, que simulaba el espasmo de un incesante fornicar. En todo yo se arrastraban millones de patitas finísimas, lascivamente voraces, hurgándose de modo insaciable entre los bellos. Eran tal multitud, que pululaban en el piso, en la cama y en las paredes, a semejanza de un barniz o baba palpitante. ¡Oh!...

## VII

Quince días después.

\*

A las siete de una noche azul y fresca salí a pasear. En el ambiente se notaba una especie de alada libertad que nos animaba. La respiración era más plena en todos, y el ordinario entrabado andar de los comarcanos hubiérase dicho más desenvuelto, de modo que el movimiento de las hembras adquiría un encanto especial de agilidad y gracia. El claror de la luna velaba el fulgor de las estrellas, razón por la que pensé en Luz De Luna.

\*

En la calle, a mi derecha, en la planta baja, hay una salita, cuya ventana se halla **abierta**. Lleva reja de hierro., de sólidas barras.

## EL LOCO

Me detengo.

Por la puerta vidriera de enfrente entra la luna, iluminando la mesa central, donde de hielo o de bruñida plata, con visos azules y verdes, está una estatuilla de cristal, cuya opalina sombra se alonga elegantemente. Es una hermosa y seductora bayadera en danza. Se ve su corazón escarlata. Un feliz capricho de artista.

De pronto en la pieza vecina encienden un foco eléctrico. Un rayo de luz, pasando el intersticio de la puerta de acceso a la sala, alumbra el pecho de la estatuilla. Por eso se diría que arde su corazón transverberado. Así, al atravesarla, y descomponiéndose la luz, proyecta en la mesa de ébano los siete colores del iris, los cuales al punto toman las inquietas formas, alegres y bulliciosas, de los elfos o pulgarcitos. Es la voz de cada uno una nota de la escala. Algazara tal adquiere, segundo a segundo, el ritmo de la más dulce armonía de una orquesta extraña, como en los sueños.

En eso la estatuilla parece que se moviera. Efectivamente. Se está cimbrando toda ella, haciendo un esfuerzo por desprenderse de la columna que la sostiene. Se dijera ser una ramita que balancea al soplo del viento. Animada así, salta al fin del pedestal, arremolinando su diáfana y vaporosa veste que, según camina ella, plegándose atrás finge ser alas de luz, de seda o cristal, las cuales en seguida, a manera de humo de incensario con esencias de Arabia, se dilatan en la estancia, mientras que el corazoncito de la bella se inflama iluminando la atmósfera.

Entretanto los barbudos duendecillos, lindamente sentados al borde de la mesa, jalean riendo a carcajadas. Parece un alegre gorgoritar de aves canoras. Y arrojan al aire, infantilmente traviosos, millares de luminosas cintas multicolores que serpean entrecruzándose armoniosamente; lo que constituye algo a modo de una locura de canto, de línea y color, enredándose en arpas y liras que deliran en una extraña nigromancia.

Las formas de la bayadera son sensualmente correctas, irradiando en cada movimiento sus invencibles atracciones.

Estoy seducido y quiero cantar, olvidando mi mal.

Pero se enciende la luz eléctrica, con lo que desaparecen los duendecillos, mientras que la estatua está pi-carosamente inmóvil, como si nada, la chitacallando.

En eso se abre una mampara por donde entra refun-fuñando una vieja horrorosamente obesa y barbuda, la que llega resoplando como pato, para darme un ventanazo.

\*

Hondamente impresionado proseguí la caminata.

Anduve toda la ciudad.

\*

Antes de llegar a casa empezó a inquietarme un zum-bido incesante, cual si fuera el rumor de una tormenta que se avecina.

Agudizando el oído mesuré el paso.

De veras; dijérase un concierto. Pero no.

Sí, es una música obsesora y pertinaz que a medida que avanzo adquiere giros desconcertantes. ¡Qué de inar-mónicas en contrapuntos y fugas! Y aquellas melodías... ¿Será, digo, en una inmensa caja musical alguna sonata inédita de Beethoven o Wagner si no es la repentina ins-piración de algún artista loco?

Presto atención.

Ahora imagino que simula el huracanado resoplar de un monstruo de inyectados ojos enormes y cristalinos en acecho, en cuya fauce misma, inocentemente impávida, canta con dulce voz, bailando alegre, la Maravillita eléctrica y fina chiquitína, calzada con zapatillas de cristal, castañeteando sus argentinos cascabeles.

## EL LOCO

Y volteo una esquina.

La música viene de una tienda a puerta cerrada.

Me aproximo a ver por el ojo de la llave.

Rompiendo la sombra compacta, Un rayo de luz pálida ilumina, en un piano negro, no más que el centro del teclado, en el que unas manos esqueléticas, rudamente crispadas, azotan a semejanza de zarpas, reflejándose vagamente verdosas en la tapa encharolada; luego parece que revolaran aletargadas, lentamente cadenciosas. De tal suerte, ora iracundas o ya lánguidas, si no febriles, saltando unas sobre otras esas misteriosas manos, cual si jugasen, o ya con gesto siniestro amenazándose en el barniz, son el trágico torbellino de aquella extraña rapsodia que induce calofrío en pesadilla.

Estoy encantado hasta que con golpe rotundo el reflejo y las manos quedan inmóviles en el silencio.

\*

Llegando a casa me acosté inmediatamente, pero la sobreexcitación me impidió conciliar el sueño.

## VII

Al otro día.

\*

La mañana está infantil, como nunca, llena de candor, casi juguetona. Las auras soplaban tibias, embalsa^ mando la atmósfera; pero la infinita piojera me enloque\* ce. Y pensando en mi estado, en la bailarina y la música de anoche, me dirijo a la calle, para disipar mi tristeza.

\*

De ese modo llego a la misteriosa ventana a tiempo en que el sol se halla a la misma altura y dirección en que anoche estaba la luna.

## ARTURO BORDA

Otra vez me extasío, pues, contemplando la figulina.

Puertas y ventanas están abiertas de par en par. Parece que han acabado de hacer la limpieza.

El sol en esa especie de picardía que tienen las mañanas, quebrándose en las curvas de la bailarina, dibuja innúmeros arabescos multicolores, suavemente esfumados en el ébano de la mesa, en la que se refleja adamantina, como un espejo de tinieblas. Ella, el ambiente y la hora, me sugieren entusiasmos, coquetería, sonrisas y amor, revoloteo de mil esperanzas y recuerdos, cual si fuese en el sopor veraniego la libre alegría de las colegialas que al bañarse en el remanso, en el bosque, chapoteando sádicamente coquetas la caricia de las ondas, salpican bulliciosas en sus rosadas carnes las aguas brilladoras a modo de estrellas en los trémulos rayitos de luz, que burlando el encaje de las frondas, entran a hurtadillas en la umbría.

Todo, mientras olvido mi pena, parece palpar en una especie de inocencia y esplendores auróres en la Arcadia feliz.

Así.

Pero de pronto, gratamente sorprendido, noto que poco a poco está animándose la estatuilla. Su corazón rubí tiene visos de sangre y lumbre: fulgura y palpita. Sí, parece agitada: la respiración hincha su seno y sus combos pechos; luego abre su milagrosa boquita, y, cerrando los ojos, bosteza desparezándose dulcemente. En seguida, elevándose sobre la punta de los pies, pone rígidas sus lindas piernas, distinguiendo los músculos del torso entre sedas sutiles, para elevar el pecho y estirar en seguida tenso el brazo izquierdo, escondiendo la cabeza en el derecho que lo retuerce doblándolo. Parece que ha de lanzar al espacio un dardo invisible. Tal es su actitud. Pero picaramente vuelve a bostezar, canturreando ya una canción ática; y acto continuo de un saltito olímpicamente gracioso, desapareciendo un instante en sus vaporosos tules que se arremolinan. Luego en su tremor los rutilantes rayos de luz celeste, preludian una marcha regia. Entretanto el iris teje

## EL LOCO

prodigios. Entonces, ruborizándose coqueta, inicia su danza la seductora bayadera, formando en torno suyo órbitas enigmáticas con sus celestinas espumillas, en tanto que de sus traslucos emergen alegremente los joviales duendecillos, bailando al batir en el aire serpentina de sombras y reverberos.

Mas un fuerte golpe de viento cierra puertas y ventanas, por lo que la ira me exaspera. A voz en grito lanzo una seguidilla de anatemas. Los transeúntes me miran sonriendo y de reojo, con disimulo y temor, como se mira a los ebrios o locos.

Avergonzado y en silencio prosigo mi camino.

\*

Preocupado y paso a paso me fui al campo.

Ociosamente aplastado en un cebadal, hostigado con la icteria, mirando pasar golondrinas y nubes en el azul, estuve sin ánimo de moverme hasta que desapareció la luz crepuscular.

\*

Físicamente rendido y con el alma traqueteando imponderables voliciones, llegué tarde a casa.

Durante la noche no pude dormir; mi sueño fue un constante interrumpirse con abrasadores ensueños: en todas partes, en el cielo, en la tierra y dentro de mí, sólo miraba arañas, zancudos y escorpiones; el espacio estaba entretrejido de hilos radiantes: no había nada más que reverberos irisados y rútilos, y en medio, con ruido de tablitas en sarta, apareció mi esqueleto, haciéndome narices, como quien toca una flauta. Luego, en la caricia del aire, el ansioso resbalar de sutiles patitas de invisibles alimañas que, rozándose la epidermis, me crisan de estremecimiento. Ese ambiente de maleficio estaba servido por una luz opaca, fría y blanca. En aquella infinitud de tremantes destellos, emergiendo a modo de una columnita de humo aromático,

recobra su armoniosa forma la encantadora bayadera, pero danzando ya con mi esqueleto. Ambos están entre los enanillos que en derredor, de las manos asidos, forman el círculo nigromántico, bailando al encantado son de armonías nunca oídas. Después, tanto los pulgarcitos como la danzarina, se convierten en niebla o plaga de avispas irritadas y de las escurridizas sanguijuelas, mientras que como un niño travieso mi esqueleto se mata de risa, apretándose las lumbares. Entretanto las aurigentadas mallas de telarañas se hacen más compactas y tensas, resonando a modo de instrumentos eólicos en las reminiscencias que los ábregos arrastran. De tal manera en esa maravilla de aurora boreal reaparecen alegres y barbudos los elfos, llenando a millones el espacio, ataviados a la usanza medioeval, con alas de libélulas, entonando con su extraño murmullo una canción de cuna o salutación a Luz De Luna, mientras zumban armoniosas sus alas. Es un encanto de hombrecitos, equilibristas alados, que, admirables malabaristas o pelotaris, vacían en el espacio los zurrones. Por tal manera entre sus manos la inmensidad se torna en granizo: finge ser una lluvia de piedras preciosas que entrechocándose entonan al encantamiento de las horas; y son cal-cedóneas, rubíes y berilos, o esmeraldas, ágatas o brillantes y ópalos y jacintos, cuando no amatistas y turquesas y perlas a raudales. Es lo inimaginable luciendo auroras, con lo que, a modo de criatura inocentemente encantada, juega echándose a nado mi esqueleto en ese emporio de maravillas rutilantes. En eso, entre cendales luminosos del iris velado con la opalescencia de la niebla, reaparece bailando la danzarina de cristal, para abrazarme convirtiéndose en lluvia de abejas y hormigas que me atacan hasta que despierto horrorizado.

Desde entonces, noche por noche hizo la bayadera sus epifanías en mis ensueños, surgiendo siempre de un rayo de luz.

## IX

Mucho tiempo después, estuve a punto de enloquecer, porque sentía que la piojera se me internaba en las visceras, y aun en la médula.

## EL LOCO

Digo que hundido en mis amarguras, contemplaba desde mi cama cómo se iba el crepúsculo de la tarde, acaso con mis últimas horas, esfumándose en el cielo que se salpicaba de estrellas.

Así llegaron las sombras.

Mis ojos estaban secos.

En el silencio silbaba siniestro el viento que decía:

¡Loco infeliz! ¡Larvas, larvas...!  
¡Tus larvas están engulléndote!  
¡Loco infeliz! ¡Larvas, larvas...!

Tal repentinamente en la alta noche, a modo de una lluvia de espinillos candentes, sentí ya el picor en mi corazón. Aquello era más que una agonía: era la conciencia de que la muerte me estaba horadando lenta y segura, a cosquillas. Por otra parte, la sobreexcitación sexual me aniquilaba.

Afuera los vientos seguían cantando el miserere.

Entonces me pareció oír el toque a rebato, el toque a fuego, el doblar a muertos y un distante rumor de somatén, ensordecido todo cual si fuera por un infinito tamborileo de granizo en cartones.

Y tuve las corazonadas de mi último instante.

En eso el reloj dio las doce de la noche, estremeciéndome de raro modo.

En tal estado alcé los ojos **al cielo. Y vi que** comenzaba el anunciado eclipse total de luna. Pero compactándose las nubes la ocultaron.

Por eso, en virtud de las ideas afines, consideré, sin esperanza, que mi Luz de Luna jamás alegraría mis desventuras; sin embargo la llamé con potencia de imán y cantáridas.

De esa manera yo iba orando y gozando hasta que nuevamente se rasgaron las nubes, con lo que la luna ilu-

## ARTURO BORDA

jminó de lleno el aposento. Luego elevándose del suelo su láctea claridad, en forma de cintillo, se iba convirtiendo en una linda y turbadora chiquitína, envuelta no más que en la tenuidad de su amplia cabellera desgreñada, olorosa a esencias de Ecbatana. Y acercándose como el humo ondulado con un soplo, inició una danza espectral. Avanzaba liviana y flexible, casi al aire. Sus flancos y caderas adquirirían el hipnótico devaneo que yo contemplaba seducido, mientras que con abandono inclinaba ella hacia atrás su cabeza, de uno a otro lado, al compás que seguían sus pies, agitando olas de aromas y nébulas. Así, entretejiendo coqueta sus enormes pestañas, ocultaba astuta el negro brillo de sus ojos.

Entretanto en los resquicios silbaba el aura su dulcumbre semejando lira órfica en silencio hiperbóreo:

El suave enigma empezó a la una;  
tal es ya, hombre, tu fortuna.  
Si no es Uranda o Estela  
es la sonámbula Luz de Luna.  
Mírala cómo se revela:  
hermosa es, Loco, sin ser como ninguna  
esta tu linda Luz de Luna..

En seguida surgió entre cendales un maravilloso revolver de cantáridas, de abejas y luciérnagas, y hubo una sutil garúa de esencias sobre la gentil bayadera, cuya carne adquiriría, al través de los velos, una total atracción. No obstante languidecía a veces, embelesada en sí, al compás de un himno religioso que resonaba lentamente en lontananza; luego llevaba la cadencia más ardiente que el amor crea, sugiriendo las ignotas danzas en Menfis, Sibaris y Corinto y las de Babilonia y Galilea.

Yo estaba contemplando, como hipnotizado en el secreto murmullo de aquella misteriosa música de resonancia en la rosa de los vientos, esa aparición cuyo baile iba desvaneciéndome en asombro.

\*

Cuando me recobro estoy con las fosas nasales dilatadas, olfateando, entre aromas, sudores de virgen, porque el ambiente está hechizado ya con la húngara danza de la hermosa, cuyo ático devaneo, induciendo en mis nervios la erectora cosquilla, me impulsa activamente.

Y salto elástico y contráctil, iniciando una violenta lucha. Sello a besos su hueca boca aromada de esencias de Arabia. Ella cede al fin y se desmaya, gimiendo dulcemente.

Luego en el supremo silencio de la tregua, se oye una siniestra algarabía de los vientos que braman en muchedumbre, queriendo forzar puertas y ventanas, hasta que su lúgubre silbatina se amortigua en un silencio de lejanía.

Reanudada la embriagadora y gozosa lucha, se consume el aniquilamiento de nuestras vidas.

Y después de la eternidad del instante, desligándonos, con pulsaciones de hinchazón aún, nos hundimos en un olvido y sueño de cicatrices.

\*

Ignoro qué tiempo he dormido, sólo sé que cuando el eclipse iba pasando, la luna parecía la yema de un dedo amoratado con ribete de uña luminosa.

\*

Más tarde me despertó el siniestro maridaje de los vientos y la sombra, mayando en los resquicios, cuando oí claramente un fino vibrar de acero. Era que se filtraba en los cristales un rayito de luz, el cual, elevándose del suelo en hilo de humo, cobró el aspecto de una sílfide a la que contemplé aletargado. Pero de pronto, como despertando, de un sueño letal, llevóse las manos a su rubia cabellera enmarañada, retrocediendo horripilada, al vernos exánimes en el suelo; y, volviéndose a la ventana, clamó de esta suerte, con voz que parecía canto de cristal en el recuerdo; dijo:

## ARTURO BORDA

¡Sacrilégio, oh sempiternas Luces! ¡Sacrilégio en  
la sonámbula Luz de Luna!

¡Socorro, oh las Luces de Leo y Arthur  
y la Luz de la Cruz del Sur!

¡Socorro, oh las Luces  
de la Osa, el Can y la Hidra!

¡Oh, sempiterno padre Cosmos,  
Luz de Luna ha sido violada!...

¡Os conjuro aquí

oh las Luces de Oriente y Septentrión,  
oh las Luces de Occidente y Mediodía;  
llegad en tumulto!

Yo entreoía atónito aquello, mirando cómo a medida  
que la niña daba sus clamores al cielo, los rayos de luz  
llegaban a mi aposento a semejanza de una infinita lluvia de  
agujas, las cuales quemaban el piso, originando columnillas  
de humo aromático y multicolor que se transformaban en  
doncellas ágiles y lindas, más que las ondinas y que Afrodita  
misma.

Estaba en eso cuando apareció olímpica en la venina la  
Luz de Venus, desnuda e incomparable también, des-  
tacándose sobre un fondo de aurora boreal, envuelta en su  
cabellera luminosa, haciendo entrever sus indecibles formas.  
Estaba escoltada por las Luces de Urano y Júpiter, de Saturno  
y Mercurio, y dijo así, con voz de sibila o esfinge:

Hermanas Luces, oíd; el  
sempiterno Cosmos ha de  
hablar. Ya. Oíd.

Y rompiendo el silencio más hondo, una voz solemne  
decía en las alturas:

No se registra en la eternidad  
un sacrilégio más nefando:  
la sonámbula Luz de Luna  
violada por la bestia humana.  
Os conjuro, pues, ¡oh mis Luces!  
a desenviolar y redimir a Luz de Luna.

## EL LOCO

Abnegaos, inmolando al punto  
vuestro candor y virginidad  
en el fuego de un tal loco o bestia,  
cuyo cuerpo os servirá de ara o pira.  
Yo desato en vosotras, en son de venganza,  
el ímpetu electroimanado  
de la furia uterina.  
Consumid al sacrilego en su propia llama,  
alimentándola con vuestro ser.  
Transmigrad en legiones  
a su lúbrica gusanera,  
y sobad, hurgad y lamed  
de modo sutil y brutal:  
incitad el frenesí  
en escosores y calambres,  
en delirios y dolor.  
Usad todo en ¡a carnívora comezón.  
¡Ea, Luces! Tal es el anatema.

Y la chiquillada, recogida místicamente en las penumbras, entonó, con voz más dulce que con el son del caramillo de Euterpe o de la lira de Apolo, a la vez que sugerían el acento del miserere en las catacumbas, el siguiente concanto:

¡Venganza!  
¡Venganza!

Expíe su culpa, Señor, el sacrilego sí,  
hasta la consumación de sus horas  
expíe su culpa, Señor, el sacrilego.

¡Venganza!  
¡Venganza!

Así huían las voces, retumbando a modo de cántico litúrgico en la bóveda del templo. A medida que se iba amortiguando el eco, se oía preludiar una orquesta misteriosa, distante y a la sordina, como en el vago rumorero de las congestiones: tenía el canto del ruiseñor y de la tórtola: era el dúo mágico de la sirena y el himno del mar o el murmullo lacustre en el silbante mugir de los águilas.

## ARTURO BORDA

Y, mientras el enigma dilata sus armonías, las Luces danzan batiendo nieblas y gasas inconsútiles; la tierra exhala sus elixires o bálsamos; las aromáticas rosas llueven deshojadas, alfombrando el piso en el momento que, llevando el compás con el cuerpo, avanzan las chiquillas. Y llegándose a Luz De Luna se la llevaron en vilo, sosteniéndola un instante en la ventana, en maravillosa oblata a Cosmos y Venus, hasta que se desvaneció ella en un gran silencio, en tanto que iba desapareciendo también Venus, su corte y la aurora boreal.

Después de largo intervalo, la misteriosa sinfonía sonó muy cerca ya, cual si fuera en atabales y liras, entonando ora doloras y pastorales, si no zorcicos y alboradas.

En el aire tornasol hay destellos de sardónicas y lapislázuli, de crisolampos y berilos, de ópalos y esmeraldas. Cada fulgor es un dardo que matiza hechiceras curvas, al tamiz en humos y velos.

Acto seguido se deslizan frenéticas  
las Luces,  
alborotando  
en una mar de gasas impalpables,  
millares de refulgentes coleópteros  
y aletargadas mariposas tornasoles.  
Así, alegres ondinas o ninfas,  
contoneando sus enloquecedoras carnes  
tijeretean sus regordetas y finas piernas,  
marcando con la punta de sus pies  
los sensuales compases,  
ostentando ora los pechos,  
ora las espaldas o ya los costados.  
Giran, vienen, se van,  
tornan y retornan, simulando huir  
castamente para luego provocar lascivas,  
igual a lúbricas hetairas,  
remangándose mimosas  
las espumillas que ondulan sádicas,  
sabiamente batidas  
por los afilados dedos

## EL LOCO

de sus breves manecitas,  
cuyos brazos se retuercen en el aire  
a modo de serpientes maravillosas  
que buscan su víctima  
en la suprema estrangulación  
del último espasmo  
de sus lindas formas hambrientas  
de asfixiarse aplastadas y magulladas.  
¡Oh la levedad transparente  
de aquellas espumillas alevés!  
que, resbalando voraces y provocativas,  
acariciando la desnudez de las vírgenes,  
traslucen perversamente  
esas sus irritadas pomas del amor,  
estremecidas de lujuria  
en las adivinaciones.  
En esa fuerza de atracción  
se enovillan el espíritu mío y la carne.

Instantes después  
surgen del aire  
unas manos gelatinosas  
que se deslizan en mi cintura y espalda,  
escurriendo su blandicie en los sobacos,  
en las ingles y en las corvas.  
Las yemas de sus dedos  
iban tan al aire,  
rozando tan apenas la epidermis,  
que semejante cosquilleo,  
congestionando mis nervios y mi carne,  
me obligan a enroscarme  
con retorcciones de hierro,  
arañando el aire.

Entretanto emergían de todas partes,  
ojos entornados,  
en agonía gozosa,  
y temblorosas piernas entrecruzadas;  
y en medio  
una ostensible lengua afilada  
serpeaba tremulenta,  
invitando a lúteas lupercales.

## ARTURO BORDA

Luego cientos de lenguas húmedas  
y locamente quemantes,  
remangando las sedas,  
titilan febriles,  
recorriendo en toda carne,  
sabia, leve y perversamente,  
sobreexcitando el delirio sexual.  
Y así, suave,  
ardiendo,  
temblando,  
abren los labios inflamados del amor,  
adentro ya, en la golosa boca,  
temblaban quemando  
en el beso más hondo y largo  
de la caricia eternamente preliminar,  
con lo que la chiquillada  
se revolcaba  
en una imposible brama  
de enloquecidas doncellas  
por millares de lenguas endiabladas,  
sin secretos.  
Todo entre ayes y suspiros  
y violentas retorciones  
del ansia insatisfecha e insaciable.  
Era el desmayo  
en la furia y el vértigo  
en un océano de espasmos.

De esa suerte las Luces o colegialas,  
ligeramente veladas  
con efluvios y penumbra,  
engalanadas con celajes  
y fosforescencias acuátiles,  
saturadas de cedrón y nardo,  
de azahares y tamarindo,  
como el abedul y los cipreses  
cuando soplan los cierzos y los huracanes  
arrastrando los arrullos  
de las tórtolas en la primavera.

Tal, viniendo  
con ligereza de culebras y lagartos.

## EL LOCO

sujetándose de hombros y rodilas,  
me tendieron de espaldas,  
frotando en mí su carne.  
Yo naufragaba en aquella lujuria;  
pues unas encima y otras debajo  
me acariciaban  
contorsionándose en paroxismo,  
mientras que las melodías y los bálsamos  
hendían jugando en el espacio  
con libélulas y coleópteros.  
Era una locura de ósculos,  
de estrujones y pellizcos;  
era la ebriedad de la carne:  
carne rosa y túrgida  
o pálida y blanda;  
carne lisa y marmórea  
si no áspera y dura;  
toda la carne de la hembra.  
Dijérase en danza jónica y bactriana,  
hetairas, rameras y meretrices  
o cortesanas de Atenas en Pandemos.

En ese goce que me rindió había una exaltación tan espasmodica, que no se recuerda nada igual en Aretinos, en Elefantis y Boccaccios, y por su infinita sabiduría y variedad ni en el Kama Sutra de Batzyayana. ¿Qué insospechadas formas de lujuria no se alternaban?

Y reaparecen otra vez millares de manos laxas, a manera de lenguas de fuego o flecos de carne, que se sacuden sobre mí en un temblor inusitado, estremeciéndome de inquietud.

De tal manera se inició en mis nervios el afán de un nuevo e indecible deleite.

Luego en la noche loca  
una linda Luz,  
acaso la de Hidra o Can,  
dulcemente estrecha y túrgida,

## ARTURO BORDA

suspirando largamente  
hinca sus rodillas a mis lados,  
y en la lenta crueldad del hondo gozar  
frena en agonía delirante  
el espasmo torturante...

.....

Hubiérase dicho  
las nupcias de Afrodita y Leviatán.

Acto seguido  
centenares de doncellas  
se deslizaban ardiendo en mi cuerpo,  
por lo que millares de culebrillas  
me recorrían en la piel,  
por dentro y por fuera,  
sobreexcitándome hasta la fobia.  
De ese modo,  
al parecer dolorido,  
ululando y dando baladros,  
estrangulo, acalambrado,  
carne y más carne:  
carne amarga y dulce,  
carne loca y virgen.

Las convulsiones me asfixian en aquella catarata femenina crispada al ritmo del tango fornicante en un inusitado torbellino de lenguas y un repiqueteo de los dedos hábiles, que excitan mi goce hasta el dolor, tanto que sintiéndome desmayar, arrepentido, horrorizado y temblando, imploro la clemencia de Dios; con lo que huyen las Luces a. tiempo en que caigo en un silencio y sombra de tregua.

Dijérase haber sido una resurrección, tan lentamente fui despertado de aquel sueño. La noche era lóbrega. De pronto el reloj dio la hora y su vibración me empujó al fondo de mí mismo, hundiéndome de nuevo en esa especie de ensueño en que el recuerdo de las Luces aún me torturaba.

## EL LOCO

Las sombras,  
rumoreando de modo solemne y sordo,  
giraban ponderosas,  
envolviéndome en la amplitud del éter.  
No supe si descendía o volaba:  
me haFé sin contacto y desorientado:  
no habían ni cénites ni nadires,  
ni diestras ni siniestras,  
ni orientes ni ocasos,  
sólo sombras y más sombras  
y acaso alguna Luz estelar  
huyendo casi invisible;  
sin embargo no me sentía inmóvil.  
¿Era que mi espíritu hendía la inmensidad?  
Quizá; pero ignoro en qué sentido.  
De tal modo anonadado en el infinito,  
libre del asedio de las lujuriosas Luces,  
estuve contemplando a Dios...

Mas al soplo de la sempiterna melancolía  
me aniquilaba  
cual si fuese  
desde el más allá de mis orígenes,  
donde se hundía a plomo mi laxitud letal;  
y, en el silencio de los espacios sin fin,  
Dios estaba triste  
mirando en su eternidad.

Pero heme impotente  
para dar ninguna idea de lo que sentí  
al contemplar aquella divina pena:  
tan pobre es la capacidad humana,  
que no hay un solo signo  
del idioma que me urge  
para explicar la tristeza de Dios  
cuando,  
sin ser comprendido por sus  
Luces el designio de su anatema,  
dijo en mi alma:  
Y YO que rijo el TODO,  
no puedo,  
¡oh vana infinitud!  
hacerme comprender...

## ARTURO BORDA

Y no obstante de que entonces, emergiendo de los ignotos confines en que eran invisibles las Luces siderales, volvían suscitando en mí el horror, era tan enorme la tristeza de Jehová y había en El tal majestad, que mis ojos se quemaron en lágrimas, sedimentando en el alma la desolación de una indecible angustia que me hundía lentamente en un sueño profundo.

Vuelto en mí, después de algún tiempo en que el reposo me rehiciera, noté que, habiendo entendido al fin las Luces el sentido del anatema divino, mi suplicio recrudecía aún más torturante, más lúbrico, más cruel, con toda la fatídica persistencia de lo eterno, lo cual, además, por su lujo y riqueza en *la* inagotable sabiduría, respondía muy bien a la maldición del sempiterno Cosmos...

Pues, entretanto, sin saber cómo,  
mi cintura se hallaba estrechada ya  
por otros muslos más duros,  
más ardientes y finos,  
cuyas piernas se cruzaban en mi abdomen.

De esa suerte una chiquilla  
refregaba sus pechos en mi espalda,  
sin dejar de besar,  
de lamer y morderme la nuca,  
el cuello y los hombros,  
sobándome el vientre y las ingles.

Estaba posesa de lujuria  
a causa de las simultáneas caricias  
que le hicieran las demás,  
cuyos miles de esafos dedos  
recorrían tamborileando  
desde sus brazos y sus axilas,  
resbalando audaces  
a sus rojas blandices sucSORas.

Además unas lindas boquitas  
titilaban sobre mí y entre ellas sus  
lenguas finas,

## EL LOCO

escurriéndose desde entre **sus labios**  
en forma de sanguijuelas voraces,  
haciendo que huya el tiempo  
en una carcajada sin término.

Luego,  
a medida que las armonías  
eran más sensuales,  
los elixires, más fuertes,  
y los perfumes, más penetrantes,  
como en alcoba adúltera,  
la Luz, no sé cuál ya,  
si de Sagitario o de la Hornilla,  
—que todas se turnaban,—  
me aniquilaba  
moviéndose lenta y gozosa.  
Yo zambullía  
en un océano de insaciables carnes.

Así,  
de modo insatisfacible  
me consumían en su agitación tetánica.  
Mas la repentina intromisión  
de una mano muerta,  
jugando helada en nuestras carnes  
me paralizaba  
en una especie de horror y deliquio,  
justamente cuando se iba a consumir **el acto**.

Durante la suspensión  
las Luces quedaban quietas,  
cual si fuera en el éxtasis.  
Sólo el viento  
seguía gimiendo en los resquicios.

En mí todo yacía  
en aparente y reparadora **tregua**;  
pero el deleite físico  
se retraía en el alma,  
donde la depravación  
o acaso sublimización,

## ARTURO BORDA

llegaba a lo álgido:  
ya no era el gozar físico únicamente,  
sino que la congestión  
se reconcentraba en la idea,  
donde mis sensaciones se repetían  
infinitamente más  
en la sutileza del placer  
en miles de formas aún no supuestas.

El organismo entero  
era un temblor de ansias  
en calambres ultrasútiles  
en millones de eléctricos culebreos.

Aquello era más terrible que hoy es el recuerdo de la ictericia: semejaba el acalambreado desaguar de ardientes culebrillas que arrancasen a hilas el cerebro, el corazón y los riñones. Y sin embargo esos pasmos espirituales se operaban de modo más inefable, armonioso y misterioso que las agonías en los nirvanas, tan quieta, tan honda, tan larga, tan en suspenso, que todas las zonas estiógenas tremaban en una especie de largos olvidos.

\*

Después la saltarina y nerviosa chiquillada, las de Leo, el Dragón y Verenice, las de Lince, Eridano y el Delfín, o las del Cisne y la Lira, continuaba su danza, cual si fuese en la cámara oscura los trémulos rayos al través de un inquieto prisma. Tal, pues, jocundas y raudas, ondulaban con quiebros y requiebros, ostentando las maravillosas curvas de sus flancos y caderas al compás de un son enigmático.

De pronto el ambiente  
se satura de áloe,  
de sinammomo y mirra,  
dando en su anacarado humo  
un sabor y tinte místico al desenfreno.

## EL LOCO

Por tal manera  
aquella orgía duraba horas **y horas**,  
tanto que se **me sexualizaron**  
alma y cuerpo,  
hasta que semejante goce **en suspensión**  
se tornó en pena dura,  
suplicio eterno de hartazgo **y náuseas**,  
por lo que me retorcí  
ferozmente exacerbado,  
estrujando y mascando a **todas**.  
Pero por ello mismo  
la Luz de la Lira chapotea  
clavada aun más hondamente en mí,  
succionándose ya la sangre.  
Siento que me agoto en su entraña.  
En vano desgarró su carne:  
ella se menea en éxtasis.

Es algo sin nombre  
este suplicio.  
Pero luego la música  
se aproxima aún más **lujurienta**,  
los elixires son más eróticos  
y la puebla de quichillas  
se hace más activa  
en la provocación de sus **actitudes**  
aún más lúbricas,  
excitándose  
con sus leves y **brutales caricias**  
de sabias Mesalinas  
o de vírgenes ansiosas  
si no de estragadas **meretrices**.

Ya no puedo:  
en el paroxismo  
de la iracunda angustia  
me revuelco  
tumbando centenares de **chiquillas**,  
despedazándolas  
con las uñas **y con los dientes**.  
Ellas,  
en cambio,  
me **miman joviales**.

## ARTURO BORDA

Tu Luz De Luna está ya, Loco, limpia y salva. Ahora,  
Loco, la tierra morderá en tu calva.

Y el viento, de  
infinito sediento, silba y  
ruge, brama y muge, y  
luego,

mayando siniestro, se  
lleva mi alma, de fuego  
en la innombre calma.

### X

Después sólo recuerdo que desperté en la covacha de  
un hospital.

A mi lado, iluminada por un rayo de luna, Sor Es-  
peranza oraba sentada. Al verme abrir los ojos, cruzó los  
brazos elevando en silencio su plegaria al cielo. Acto seguido,  
haciendo tres veces la señal de la cruz sobre una droga,  
vacíándola en una cuchara me la dio a beber.

Inmediatamente noté sabor a mercurio y gusto a  
cloroformo y alcanfor, después a oxígeno y azhar.

Por último mis ojos se fueron entornando a medida  
que mis párpados caían pesadamente. Y vi que en las lejanas  
penumbras se iban, misteriosamente taciturnos, Hipócrates,  
Esculapio y Galeno.

El ambiente era salútfiero, cuando me rendí en silencio  
y sombras de muerte.

### IX

Y así, mejorando lentamente, esperé hasta que en una  
mañana muy alegre el doctor me dio de alta; entonces a  
modo de ave o reo que huye de su prisión, corrí las calles al  
esplendor del día, pero mi alma ya estaba muerta.

Pues bien: ahora, como quiera que aquel tiempo está muy remoto y esta noche es honda y serena, debo procurar dormir. El reloj acaba de dar la una. Es la hora.

Aun cuando sea como ahora, sin que me interese nada.

.....

Tales son los recuerdos que las vitrinas atestadas de obras sensuales agolpan en mi memoria, agujoneando un mundo de reglexiones morales, las que en la práctica jamás sirvieron ni servirán, aun cuando por lo mismo se puede y debe elucubrar en ese sentido, considerando que ello es precipitar el fracaso de la juventud, con ese agujonear la necesidad expansiva de sus fuerzas, entregándolas a las exaltaciones sexuales, aniquiladoras e idiotizantes, provocando la exacerbada eyaculación cerebral; en vez de arrastrarla y empujarla a la reconcentración de sus potencias hacia un alto fin, contemplando en tales dominios, que lo menos, aun con ser lo primardial, es la conquista del pan.

Pues bien, ante un tal espectáculo visto diariamente, entristece ver la infinita cobardía de la familia, de la religión, de la medicina, de la pedagogía, y, en fin, del Estado, para atreverse a hablar claramente a la niñez de la pubertad acerca de la generación, y ante todo, del valor cerebral de la voluntad en la continencia, la cual es el origen de los poderosos desarrollos intelectuales y del potente impulso de la perseverancia, la conquistadora de las glorias inmercesibles, selladas al imperio de la voluntad lenta, sabia y férreamente educada.

Pero el egoísmo universal no piensa ni obra sino en lograr sus satisfacciones, mediante el oro acaparado aun a trueque de la infamia.

En el interés de los que gobiernan está que todos seas nada más que bestias de carga, ya que su ley es: —Al

que no se somete, humillarlo en toda miseria.— Ley secreta del Estado. ¿Quién no sabe eso?

El salón de la confitería difunde la efervescencia nocherniega. Multitud de damas y galanes cenan alegremente, ahogando en su extraño murmullo las armonías fugaces de un vals.

Los espejos, multiplicándose sin término, fingen las refracciones obsesoras y malditas de una pesadilla que hubiese congregado las almas de toda la humanidad en **una** mansión dilatada al infinito.

Empiezan a inquietarme los espejos.

\*

Estoy bebiendo, medio adormecido, soñando y flotando en las melodías que la orquesta ejecuta, arrastrando a mi atención en todos los vericuetos de la armonía, cuando, esbelta y potente, aparece una encantadora joven, ilimitadamente ubicua en los cristales. Hizo su aparición simultánea y multanime en un himno silencioso del Iris en los biseles. Parece que con su cadencioso andar mueve, en virtud de su refracción, toda la inmensidad. Tiene no sé qué de libélula, princesa, gacela y torcaz.

La miro sin darme punto de reposo. Ella no me ve. Acaso va ebria de si misma, contemplándose en la polinfinitud de su hechicera imagen? ¡Quien sabe!

\*

Casi despechado doy media vuelta para beber de mi copa, pero entonces siento que la vista de ella me sigue. Mas, ya llevo en el corazón, sensitivo y suspicaz sin causa, la picadura de un resentimiento.

Estos malditos nervios.

Transcurre un instante y de pronto siento **que** se aleja su mirada que pesaba en mí. Al mismo tiempo sé que

ambos estábamos abismados ya en las interrogaciones arcanas y mudas.

Es el instante de la tragedia y de los silencios secretos. Nuestros pechos respiraban apenas su malestar.

No sé qué inquietudes y afanes, ni qué reproches y arrullos de ella y yo han luchado en el mutismo de nuestras almas hoscas y sensitivas.

La música vaga, el laberinto y murmullo de la concurrencia, los azogues que centuplican a millares la poblada de aqueste barullo de nigromancia, todo lo cual, sumado al mareo que llevo, me hunde en la inquietud.

De esta suerte estático, de espaldas a ella, sigo contemplándola en los espejos.

Ha concluido su té.

En eso veo que en el reflejo más lejano ha clavado en mí sus ojos. Nuestras intenciones chocan, retroceden y se atraen.

Entonces un instantáneo olvido de ebriedad nos envuelve.

I

Así ha transcurrido un momento eterno de inconsciencia.

De pronto, ella, incitante y garrida, se pone de pie, ruborizándose, Y con andar de leona se va al salón de una barcarola. En la diáfana inmensidad de los cristales se va como vino, simultánea y multánime. !Oh misteriosa floración carnal de la infinitud!

Entretando estoy inmóvil, acezando angustia, con los ojos ridículamente enternecidos. Luego bebo de mi copetín.

Y a medida que se marcha la chiquilla, simulando que va y viene en el laberinto de los espejos, moviendo los éteres de los fondos infondos, medito de esta suerte:

Tente, hurí o hembra; que yo sujetaré por siempre tu mágica belleza. Tente; mira que soy el soplo cantor de lo ignoto. Tente: deja ab eterno el efímero encanto de tu tránsito.

Y, cual si oyera mi silencio, se detuvo un instante, sonriendo, por lo que toda la inmensidad de caleidoscopio se aquietó sonriendo también. Luego, desapareció de los espejos, recogiendo en sí su infinita refracción.

¡Oh! Qué magia de un indecible mundo.

El más suave son de la barcarola se dilataba en el aire.

## II

Hoy fui a dejar otra carta para ella, pero como he visto que había mortuorio en la casa, di media vuelta, sin ánimo para averiguar quién era.

Hay secretos que el corazón debe conservarlos en el misterio aun a través de los más fuertes deseos.

Pero la verdad sea dicha, ahora mismo recapacito y temo que un tal criterio obedezca únicamente al miedo, porque si hay algo impío es la verdad. Efectivamente, nada más bárbaro que la verdad.

## III

Plenilunio. Cielo claro. Frío intenso.

Me molestan el corazón y los pulmones. Tengo desesperaciones que me impelen a despedazarme; parece que con voz que sólo yo oigo, la muerte me llama del seno de la tierra.

Es una voluntad la que me llama.

\*

Salgo a la calle y voy sin rumbo, meditando en mi Luz De Luna, en la damisela de los espejos y en la otra del catafalco, considerando en que quizá las tres son la misma.

Entretanto advierto que me hallo cerca del cementerio y oigo en el viento de la noche una voz suave que me dice al oído:

—Infiel... Infiel...

Me detengo y observo. La noche está desierta; no hay alma viviente en las calles. Y extasiándome en la opalescencia con que ilumina la luna, pienso:

—¿No eres acaso mi Luz De Luna, alma de amor, la que a diario me seduce desde el espíritu o la carne de toda niña o mujer: desde la que hizo su epifanía y desaparición a millares en los espejos, cual si fuese el símbolo omnipotente del amor, o desde la carne yerta y velada de aquella del catafalco?

Digo y siento en mí algo como si bulleran aguas termales; es un burbujear de tristezas y dolores arcanos, que me envuelven en reminiscencias y nieblas de lejanía y brujería.

\*

La necrópolis. Estoy buscando las tumbas nuevas.

—De esta suerte huyo a buscarte, no sé si a tí, ¡oh mi Luz De Luna! o a la visitante espectral multánime y simultánea de los cristales o a la difunta del catafalco blanco: vengo harto de tedio a vaciar en tu silencio las quejas más hondas de mi alma; mas, como nunca, tengo retracciones instintivas al pisar tierra de camposanto. Vengo triste y temeroso. Mi espíritu, cual jamás, viene silencioso a mi lado, arrastrándome, pero esta vez sin el ruido de las argollas invisibles y fatales que las siento en mis pies.

Así, lleno de angustia, lloro las más amargas lágrimas del silencio.

El viento de la noche:

—¡Sufre, infiel! Sufre, sufre...

Lo sé: es duro esconderse, ignorar, amar, sufrir y luego oír en el pecho los hipos y ahogos de la melancolía.

\*

Después yo y mi espíritu bordeamos las orillas de una ciénega, en la cual veo fogazmente el cielo y la luna, ■cual si fuese en un boquerón al través de la tierra opaca y gris: Retrocedo instintivamente.

La noche está enorme y solemne: no se mueve ni una brizna. Elevándose el fuego fatuo de una tumba, desaparece en el aire.

—Y te busco en los sepulcros, oh mi bella, en esta noche sembrada de silencios, golpeando sacrilegamente todos los sarcófagos, hipogeos, sepulturas y nichos; mas, sólo me responde el eco, como si fuesen voces de las imágenes en los espejos.

Por tí mis horas te cantan mi más amargo llanto ¡oh amor!

Y los ecos van repitiendo en la necrópolis: —  
¡Amor, amor!

\*

En eso comienzan las canciones del viento: suspira y gime largamente, al pasar en los follajes, a modo de legiones de almas en pena; se oye arrastrar caudas de seda, mientras que los árboles se cimbran a modo de espectros que se dijiesen en voz baja el secreto de sus raíces. Hay un siniestro rumor de hojarasca y oropel en el silbo de los resquicios en los sepulcros. El cuchicheo de la muerte.

## EL LOCO

¡Oh, mi adorada, muerta o por nacer, viva o inexistente para siempre yo te llamo al través del silencio y de la muerte, arrastrando en tierras de camposanto los arameles de mi dolor. Esta carta que escribo a la luz de la luna, la deposito para tí en esta tumba helada y sin ecos ya. Y sabe que al amparo de esta noche solemne, cada lágrima que vierten mis ojos es un poema de ternura que por tí llenará de armonía los silencios más hondos.

Digo y de uno de los nichos veo salir una bocanada de niebla opalina. Flotando viene a mí en forma de fantasma. Un golpe de sangre en el cerebro me desploma.

\*

Al otro día desperté en la Asistencia Pública.

Si se pudiera dormir dulcemente, dormir y dormir y... así acabarse...

I

Día sereno y de mucha luz. Parece la pampa que estuviera lavada por el sol. Ni un viajero. Los Andes cierran el horizonte de Este a Oeste; al Sur forman confín unas montañas muy azules. Ni una nube mancha la inmensidad.

Estoy tendido en la grama, dentro de un pastizal.

Debo tener mucho de bestia: no puedo ver el verde en los campos que no me lance a revolearme a modo de un jumento cualquiera. Pero me alegro que los señoritos de ciudad, los Narcisos ante el bisel, no comprendan ni hayan sentido jamás lo exquisito de un tal placer.

La brisa sopla tibiamente y apenas si se menean las f] orecitas que se levantan no más de cinco centímetros del suelo. Estoy deleitado con esta especie de bosquecillo en miniatura.

\*

Aquí viene una hormiga. Su andar es eléctricamente inquieto: va, viene, vuelve, torna y retorna, y al ■ fin

trepas en un grano de arena, desde donde **parece que avi-**  
sorara las lejanías. Luego desciende y se interna en el bosque.

Ahora reaparece en un claro. Sube a una ramita y corta un pedazo de hoja, dos a seis veces mayor que ella, llevándola en vilo a modo de banderola.

Otra hormiga, que viene en sentido contrario, la detiene. Parece que charlotean.

Se separan. La última se encarama en una flor, tan blanca y pequeñita como ella, donde parece que ocupa un puesto de vigía.

Estos animaluchos siempre que suben a alguna altura parece que es únicamente con el objeto de observar.

Ahora llega otra. Con movimiento febril, aproximándose la anterior, le dice —por lo que se ve— algo urgente; pues al momento asciende la flor, comunica algo a la hormiga que está de vigía en ella. Y baja al instante. Luego, como si hubiese recibido una orden perentoria, se interna en la selva en miniatura.

No pasa mucho tiempo y llegan apresuradamente unas ocho o diez más, que al igual de la que les precedió, reciben, al parecer, otra comisión de la hormiguita de la flor. Y se marchan a toda carrera.

Poco después veo que en la orilla de la cequia, que corre de ahí a un metro, más o menos, se reúnen todos, y adhiriéndose unas a otras en forma de cordón, y dejándose llevar por la corriente, hasta tomar la orilla opuesta, donde se sujetan, hacen que por sobre ellas desfilen hacia este lado las restantes que están en la otra orilla.

Luego millones de hormigas se dirigen a lo más espeso del matorral, de donde sale una culebra desesperada, retorciéndose ya, dando latigazos con su cuerpo en el suelo. Abre cuan grande es su fauce y traga hormigas a

## EL LOCO

centenares de miles. Por lo que hace a ellas, parece más bien que tienen empeño en desaparecer en su boca.

La lucha es tremenda. La víctima, de cada latigazo que da aplasta miles; en cambio ellas se la van comiendo por dentro y por fuera. La contienda es cada vez más encarnizada, hasta que la culebra lentamente se va quedando inmóvil. Las hormigas le revientan los ojos y le entran y salen por la boca y las orejas, y por todas partes.

Así, incesantemente se la van comiendo y transportando a trozos a su nido.

## II

Levanto la vista y me parece que los Andes se mueven, lenta, inmensamente, en lontananza, bajo el inclemente cielo de las pampas americanas.

Luego torno a echarme, como harto de yantar, y ya no miro lo que veo ni oigo lo que escucho. Me parece que ha desaparecido la realidad. La única impresión que tengo es la de una calma infinita: ni una inquietud, así como no hay ni una nube en la inmensidad.

El sol relumbra, el aire está quieto, y desierta la pampa. Se podría decir que la naturaleza es la continuación de mi estado espiritual y físico: no se mueven el aire, el hoy ni el mañana. Plena dejación.

Vuelvo a revolearme en el pasto, desperezándome y bostezando tranquilamente.

Mi acezo es pausado, mi pecho se mueve seguro de la paz interior.

La modorra me rinde.

## III

Insensible y insensatamente noto que mi carne y mis huesos se vuelven tierra. Así, hecho Mundo, gravito blan-

damente en el espacio sostenido por los éteres. Advierto que de pronto cae en mí una centella que ahondándose mucho me quema y...

#### IV

Despierto: una hormiga me pica en la mano. La estrujo entre mis dedos.

\*

Regreso a la ciudad. Llevo la cabeza vacía y el corazón en calma.

Uno de los placeres más intensos que todos pueden experimentar, aun en medio de la miseria, es la conciencia de que se está viviendo: tener la apreciación de las cosas y de las fuerzas.

En esta condición, en virtud del desdoblamiento astral, el alma se siente revolar infinitamente, sin concierto y con loco afán en medio de la luz, o, lujuriantemente diluida, resbalando en el cabrilleo de las brillantinas y diminutas olas, o ya rampando y triscando en la áspera tierra.

Pero ahora noto que mi espíritu se halla en el azoramiento de una infinita espectación, cual ante la epifanía de lo irreveado; pues la tierra, el cielo y las aguas se tornan delante de mí, como inflamadas en una gran llamarada: todo se vuelve a modo de un ampo de luz refulgente que entenebrece y ciega mis pupilas.

De esta suerte, cual en la noche de los siglos más legendarios, veo en brazos del fabuloso Oriente a la mítica India, absorta y expoliando las rosiclerianas páginas de los Vedas. Luego ella le habla al oído en voz baja. EL después de oír atentamente, me dice con voz de remezón:

—Loco, el Origen pronto habrá de revelarte su naturaleza, en lo más álgido de un ensueño caótico. Sucederá ello, cuando en aras de la Verdad sacrifiques con dolor y

## EL LOCO

llanto el pudor de tus más hondos secretos, cuando tu alma, limpia ya, crea vislumbrar por sí la esencia del Increado.

De hoy más, pues, Loco, todos tus instantes inquietarán tu ser, física, moral e intelectualmente, por tí y por los demás, por el pasado, por el presente y por el futuro.

Hasta entonces que la paciencia de Buda te acompañe.

Dijo y la revelación o el ensueño se desvaneció.

## SÁBADO

Es tan profunda la causa de mi pena, que a veces, como por ejemplo, ahora, veo fríamente el origen de mis males, tanto que puedo reconstruir el hecho, repitiendo tranquilamente palabra por palabra, sin que se altere ni un punto el palpitir de mi corazón.

\*

Cuando mi madre sintió que vivía yo en su seno ¿tuvo miedo o vergüenza y acaso tembló? Entonces, tal vez sin saber, quizá premeditadamente o contra su voluntad, por imposición de mi padre, o sin que él sepa, se tragó el abortivo y, no obstante, he nacido yo?

Esto no podía ser: yo era una afrenta, una delación ¡Dios sabe de qué crimen que era fuerza ocultarlo: incesto, sacrilegio, adulterio, violación, en fin, ¿quién sabe qué?, por cuya causa mi existencia no podía ser! Mi muerte estaba, pues, decretada.

Pero nació. Y al instante, cual si fuera una ascua incendiaria o un vómito maldito, me arrojaron al arroyo, quizá al anochecer, tal vez a la aurora? No sé. Y estuve así a la intemperie, desnudo, sin nombre, agonizando, cuando a la mañana viene una chancha preñada, hozando en el lodo hasta que me mira y se me viene satisfecha, y, hociéndome de pies a cabeza, me revuelca en el muladar, bus-

## ARTURO BORDA

cando dónde hincarme sus colmillos; pero en eso una mujer del pueblo que oportunamente ve el horror que está por consumarse, corre, espanta a la bestia y me salva para mí mal. Después me lleva a la inclusa, de donde más tarde un viejo me toma a su cargo, para, pasado algún tiempo, echarme de su casa, enrostrándome mi origen. Pasa el tiempo y descubro en mí el indeleble estigma del abortivo. Mi existencia se vuelve un tormento sin tregua.

\*

No importa, ahora tengo una tranquilidad siniestra: mi corazón palpita con el tic matemático de un cronómetro, fatalmente sereno, sin que mi respiración altere su regularidad, tanto que mis propios dolores me parecen ajenos.

## DOMINGO

Sin embargo de que estuve ayer tan en calma ¡qué noche la que me cupo de tan honda ataraxia! Mas, ya puedo escribir.

Era la medianoche. Fatigado por el insomnio encendí la vela y luego un cigarrillo. Y así, divertido con los caprichos del humo, me di a elucubrar imposibles.

Estando absorto en ello oí de pronto el lejano zollipar del buho, al rayar la aurora. Y al punto se agitó levemente el aire.

Esperé.

No hubo ¡nada y sentí congoja. Lloré mudo y sin saber por qué, lleno de espanto, cual si presintiese ya el advenimiento de las epifanías. Tuve en el pecho ahogos de gritos, mientras que me bañaron sutilmente las ondas de los calofríos.

Serenado ya, respiré de modo tan hondo como pude. En seguida di un chupón al cigarrillo y eché el humo, ensortijándolo. Las guirnaldas iban unas tras otras a cau-

## EL LOCO

sa del viento que se colaba silbando en los resquicios de la puerta.

De pronto noté que la habitación se alongaba lentamente y sin cesar, hacia los horizontes, tendida al infinito.

En eso se anubló mi vista, como en un vahído. Tuve miedo.

Poco después, a semejanza de un torbellino de agonías y nacimientos, vi al padre Cosmos agitarse en el seno de la Noche, bajo el manto de la Aurora.

Y al instante sentí marejadas de sangre en el cerebro. E inmediatamente comencé a helarme en el sudor mortal, cayendo en una completa dejación.

\*

.....

.....

\*

No sé qué tiempo después, cuando abrí los ojos, oí siseos de voces muy lejanas, como de quienes velan agonías largas; y a la distancia, en las sombras más hondas, vi que la tiniebla se dividía en tres masas, las que se volvieron tres formas femeninas.

Atento, miedoso y sin fuerzas para moverme, las vi venir lentamente. Hablaban en secreto. Cuando las distinguí bien, supe que eran las parcas.

**CLOTO** (apoyando la mano en el  
hombro de Átropos)

¿Qué hora es, Átropos?

**LAQUESIS** (haciendo seña de atención con el índice de la  
derecha)

¿No oyes...? Aún vibra la última campanada.

**ÁTROPOS (raspando el moho de la tijera)**

Doce horas tiene el **día**  
y a media noche es la **una**.  
Entre noche y día  
son veinticuatro.

**LAQUESIS**

Las doce es la última hora de la noche  
y también es la del mediodía,  
según dé en cénit o nadir.

**ÁTROPOS**

O es,  
dirás,  
un halago de las penumbras:  
beso crepuscular  
del alba y el anochecer.  
O a la inversa.

**UNA SOMBRA (hermosa chiquilla que se  
materializa como entre nuhes,  
esfumándose al hablar)**

¡Oh, las horas!  
Todas las horas,  
en conjunción,  
a mediodía  
o en crepúsculo,  
son siempre  
las horas del misterio.  
Esto sólo comprenderíais vosotras  
si al ser las Parcas  
fuerais a la vez las Gracias.

**CLOTO (sorprendida)**

Esa no es tu voz, Átropos,  
ni es la tuya, Laquesis.  
¿Quién habla?

## EL LOCO

### ÁTROPOS (despectivamente)

¿No aciertas?  
Su voz juvenil y musical  
pregona que es Hora,  
la bella y encantadora Hora. Yo la vi.

### CLOTO (molestada)

Dejad a la intrusa  
y responded.  
¿Qué hora es?

### LAQUESIS (distráidamente)

La hora es de cardar  
el destino veleidoso  
del pobre Loco.

### CLOTO (impaciente)

Hilar, dirás.

### ÁTROPOS

Hilar y cardar  
a la postre uno son;  
que sin carmenar  
no hay hilar.

### CLOTO

Hilemos, pues, el humo lácteo  
que en fluente espiral  
sale de la boca de aqueste mortal,  
humo a cuyo través  
la luz se irisa débil y bella.

LAQUESIS

Veo que el humo o niebla  
que de entre sus labios sale  
se enmaraña en el aire  
a modo de hilo, de cintillo o vellón,  
según,  
ya graneé, ópalo, niveo o **topacio**.  
En fin,  
dijérase las revueltas olas  
en la móvil mar  
bajo un incierto albor.  
Además veo gravitar en el éter,  
cual pudre tornasol,  
coágulos de sangre  
y lágrimas de candor.  
¡Oh, Átropos!  
invoca, pues, al Destino,  
que la hora ha llegado, ya.

ÁTROPOS (elevando los brazos)

Aliento de los pulmones,  
humo lácteo,  
efluvio de los nervios  
y vaho de sangre,  
todo de aqueste insano,  
os conjuro a tornaros en seda,  
en lana o lino,  
en los símbolos  
de los días veleidosos  
y sin par  
del expósito raro.

Tal dijo Átropos y yo sentí al instante, cual si unos finos dedos de afiladas uñas carmenasen febrilmente mi hálito y mi cerebro, mi corazón y mis nervios. De esa suerte mi vida se iba en el agotamiento de mis fuerzas: languideces de suspiros y miradas, aquietarse de pulsaciones y acezares, no obstante que por ello mismo mi ansia de vida y ventura era precisamente toda una desesperación. Entonces advertí, lleno de angustia, que mi recuerdo y mis

## EL LOCO

deseos, mi espíritu y mis instantes, todo se amontonaba en el suelo, a mi izquierda, a modo de basura multicolor y sucia.

En seguida los espectros me hablaron de modo que me hizo estremecer.

### ÁTROPOS (aproximándose ceremoniosamente)

Buenos días y buenas noches  
¡oh mortal inmortal!

### LAQUESIS (compasiva)

¿Qué angustia te aniquila  
y desvela  
a la luz de la vela,  
¡oh, desdichado  
antes de nacido?

### CLOTO (imperativa)

¡Chito, vosotras!  
Y sabed primeramente  
que las desazones de este mortal  
son el horror y la melancolía  
del negro origen de sus días  
que agobia su espíritu de cristal.

Buenos días y buenas noches,  
¡oh pobre Loco!

Rememora infeliz,  
la honda poesía  
de tu cuna en orfelinato:  
cáncer roedor  
de la sempiterna melancolía.

Y diciendo así se me aproximaron las tres zaparras-  
trosas, viejas y de luto, y sentáronse a mi lado: Laquesis a la  
izquierda; Cloto a la derecha y Átropos en el extremo,

## ARTURO BORDA

limpiando la tijera, la que corta el hilo de los días. Laque-sis,  
sin haber qué devanar aún, cardó el humo, la seda, el lino y  
la lana que al instante Cloto hiló.

### CLOTO (hilando)

Gira ligero, huso mío,  
alegre y danzarín y enovilla  
sin cesar los días de este mortal.

### LAQUESIS (carmenando la seda)

He aquí la seda del caos,  
es cárdena, negra y bermellón.

### ÁTROPOS (explicando el sentido oculto)

Esa seda es el símbolo  
del origen en las densas brumas,  
en la cual oigo el crujir de los espasmos.  
¡Oh Erinnias!  
Veo el abortivo  
en el seno materno  
y luego la agonía del párvulo en el arroyo:  
testimonio vivo del filicidio perpetrado  
en la sacrosanta tiniebla de la matriz!  
¡Oh noche!  
¿Dónde estáis las Gorgonas?  
¡Oh, Tisífone, Alecto y Megera!

Al oír lo cual quise moverme, saltar y correr, pi-  
diendo auxilio; mas mi carne permaneció inmóvil, mientras  
que mi acezar era angustioso y matador.

### LAQUESIS (con repugnancia)

Ahora hay olor acre  
en esta lana llena de limo,  
inmundicias  
que ni el cardo  
ni mis dedos pulverizan.

**EL LOCO**

**ÁTROPOS (indignada)**

Eso significa sangre de Placenta  
y sumo de trinitaria.  
¡Oh Furias!  
¡Oh Furias!

Tiempo ha,  
tijera mía,  
que no cortas vida honda.  
Sal orín corroedor  
y afina el dulce trie trac  
de mi tijera.

¿Qué hora es, Cloto?

**LAQUESIS (atentamente)**

Los vientos se han serenado ya y  
la aurora comienza.

**CLOTO (fija la vista en el huso)**

Gira ligero, huso mío,  
alegre y zumbador  
y enovilla sin cesar,  
humo, lana, seda o niebla:  
el destino de este mortal inmortal.

¡Oh, pobre Loco!  
raros y bellos matices  
darán las horas  
en el telar de tus días.

Gira ligero, huso mío,  
alegre y zumbador  
y enovilla sin cesar  
las desventuras felices  
de este mortal.

ARTURO BORDA

LAQUESIS

Ahí va, Átropos,  
el hilo ampalpable,  
inodoro y sin color.

**ÁTROPOS (explicando lentamente)**

Ese hilo significa lo ineluctable  
en el siniestro torno de la inclusa;  
es además el biberón  
y la caridad a sueldo  
de la misericordia pública,  
ahita y despectiva.  
¡Oh prepotente Jove!  
desata a las Gorgonas vengadoras!  
¡Oh Erinnias!  
¡Oh Erinnias!

LAQUESIS

¡Lista, Átropos!  
Ahí va la seda del misterio;  
tiene olor y hedor.

**ÁTROPOS (emocionada y temerosa)**

Silencio... Silencio...

**CLOTO (apurada)**

Gira ligero, huso mío,  
enovillando sin cesar  
el destino  
del divino.

LAQUESIS

Ahí va. Cloto,  
el cañocaso,  
lino, lana o bayal,  
áspero, negro y nauseabundo;

#### EL LOCO

lleva además  
salpicones de albura sin mácula.

#### ÁTROPOS

Ello dice, Laquesis,  
de la candida sonrisa  
del niño de la orfandad  
ante el rudo ceño  
de quien sólo sabe de amor,  
de honores y de fortuna.

#### CLOTO (aún más apurada)

Gira ligero, huso mío,  
alegre y zumbador  
y enovilla sin cesar  
el destino de éste  
sano insano sano.

#### LAQUESIS

Ahora cardo una lana **bruna**,  
muy bruna,  
llena de espinillos,  
difícil de carmenar.  
Dijérase  
bellones cogidos en los zarzales.

#### ÁTROPOS

Ello significa  
las lucideces de la sinrazón:  
horas de angustia  
en las tragedias del silencio.  
Soledad, soledad...

#### LAQUESIS

Heme escarmenando  
un lino malva, lila y gris,  
saturado en el aroma legendario  
de Trapa o Tebaida.

ARTURO BORDA

ÁTROPOS (recogiéndose)

Pasad veloces,  
¡oh las horas del amor!  
Pasad melancolía **sin fin**;  
pasad, pasad...  
Pasad ¡oh traidoras **horas de ternura!**  
Pasad, pasad...

CLOTO (alegre)

Gira ligero, huso **mío**,  
alegre y zumbador  
y enovilla sin cesar  
el destino de este mortal **inmortal**.

LAQUESIS (sonriendo)

Ahí **va, Cloto**,  
celaje escarlata,  
graneé o púrpura,  
el hilo de niebla  
con olor a cerebro.

ÁTROPOS (horrorizada)

Pasad, aciagos présagos.  
Horrenda tribulación  
de las horas de luda,  
pasad, pasad... pasad.

LAQUESIS (con doble intención)

Ahora, si quieres,  
goza, duerme y sueña, Cloto,  
porque ahí va el efluvio aromado  
de tamarindo, de nardo y cedrón;  
matiz de alborada en luz de **luna**  
que incita al dulce desmayo.

## EL LOCO

### **CLOTO (adormeciéndose)**

¡Oh, remolona Laquesis! mira que falta lino y cesa ya su danza el huso.

### **LAQUESIS (somnolienta)**

No te impacientes hilandera Cloto y echa de ver que Átropos misma no se atreve a cortar el hilo de Venus, néctar de Hebe y rubor de Aurora.

### **ÁTROPOS (con acento profético)**

Oid  
y sabed que ese efluvio,  
hálito o niebla,  
que así embelesa a Laquesis,  
es el instante de miseria y luto,  
cuando el pobre Loco  
irrumpe a^gre  
el canto sin forma  
de la honda poesía:  
sonrisa y lloro al unísono  
en el lírico himno al no sé qué:  
a la vana Luz De Luna,  
cuando el tedio vita  
degenera en larga melancolía  
y en e<sup>1</sup> ansia  
de dilatarse en la inmensidad,  
en armonía de voces,  
de aromas, de luz y color,  
en amor.

### **CLOTO (impaciente)**

Da hebra, Laquesis, o arranco el hilo.

**ÁTROPOS (serena)**

Da tiempo al tiempo, ¡oh Cloto!  
y mira que en breve de esa hebra,  
religiosa o pagana,  
será fascinadora su alegre danza  
al hilarse, Cloto, en el viejo huso.

**CLOTO (crujiendo los clientes)**

Hebra, Laquesis.

**ÁTROPOS (temerosa por Cloto)**

En verdad, Laquesis.  
Escarmena rápidamente  
y observa que el sortílego canto  
de la magna Poesía  
te adormece rumorosa y  
blandamente y languideces...  
en las delicias de un misterioso ensueño.

¡Oh, el murmurio de la Helade lejana!

Advierte Laquesis,  
que malbaratas el tiempo,  
ocasionando que Cloto no hile  
mientras se viene artero el día.

**LAQUESIS (como despertando)**

¡Oh...  
efluvios de aromas  
en maravillas de niebla:  
resurrección de las añejas  
mieles helénicas del Himeto;  
el amoroso y dulce ensueño de la mañana,  
satura el ambiente  
con tus elíxires de afrodisia,  
hechizando a Cloto,  
la rígida hilandera,

## EL LOCO

ya que Átropos misma,  
la cruel,  
se ablanda en indecible deleite.

¡Oh goces y cánticos de amor:  
armonía de la honda poesía sin forma!

**CLOTO (furiosa)**

Más lino, Laquesis:  
advierte que la mañana se viene;  
o si no quieres,  
corta el hilo ahí, Átropos.  
Y considera, Cloto,  
que Caos y la Noche  
nos exigirán cuentas.  
Recordad que somos las parcas  
y no las gracias.  
¡Ea! ¡A prisa!

**ATROPOS (impacientándose ya)**

Cierto, Laquesis  
apresúrate,  
que si no corto la hebra a plena luz;  
pues nota que la noche a venir  
es la del Sábado bisiesto.

Y así, a medida que avanzaba la alborada, repeliendo las sombras al medir, los sórdidos espectros, siempre en su quehacer y hablando cada vez más bajo, se fundieron en la luz, sin moverse de mi lecho.

## LUNES

Ahora me hallo algo así como en la indiferencia del cansancio que sigue al perseverar en un gran esfuerzo, tanto que aquí mismo pueden concluir mis días, sin que yo en esta dejación sienta ya nada, ni alegría ni pena.

Seguramente siempre se puede afirmar que...

¿Qué? ¡Voto a Cristo! Tengo ganas de hablar y nada más. Tal es la necesidad que acumula el silencio.

## ARTURO BORDA

Quiero cantar, quiero gritar: necesito oír mi voz, aunque no exprese cosa alguna. Eso es, farfallar palabras y más palabras.

Sí, que tiemble azogadamente mi lengua al más fuerte soplo de mis pulmones y resuene a semejanza de una sirena de acero en las cóncavas profundidades.

I

Toda la noche la pasé en insomnio, revoleándome inútilmente de un lado para otro, hasta que al amanecer sentí que estaba cayendo en el sueño, sin embargo de que ya no quería dormir; pero no había remedio: el cansancio me iba adormeciendo hasta que al fin...

\*

Los años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos, mientras que yo estaba empeñado en querer escribir una novela, historia o poema, algo que no atino a comprender lo que era, porque tenía de todo sin ser concretamente nada especial ni en el fondo ni en la forma, ya que iba tomando lo más notable de la vida objetiva y subjetiva, habiéndome personificado a fuerza de querer con mi sujeto locamente absurdo en su ideación, es decir, que yo mismo era ya el protagonista de mi obra, sin embargo de que notaba que mi sentido crítico no cesaba de advertirme a gritos el rumbo de los más delicados movimientos de mi espíritu, temeroso de caer en la locura del sujeto imaginario.

Y tal pasaban los meses, los días y los años.

De pronto, así compenetrado ya con mi tipo, sentí el deseo... No, propiamente no era un deseo, sino que más bien la necesidad de matar. Pero en fuerza de no poder encontrar nada digno de mi crimen en perspectiva, pensé morir. ¿Cómo? Revisé los anales del suicidio y me dio asco la brutalidad y cobardía de los suicidas que aunque después de meditar largo y tendido acerca de su resolución, se ciegan en su afán por el terror que les obliga

## EL LOCO

a concluir rápidamente, espantados acaso de su propio designio. Estoy hablando de los que premeditan. No hallo, pues, ni un solo caso de morir por el placer de saborear segundo a segundo la sensación de la agonía. Es decir, por acabar sibaritamente nuestros días, lo cual supongo sea la más alta forma posible de la vida hecha arte: morir lentamente entre aromas y sonos, en brazos del amor; así, saboreando poco a poco el horror de la agonía en que la muerte nos invade lenta, en pleno placer...

Entonces comprendí que para coronar noblemente una existencia digna en la miseria, era necesario adquirir fortuna...

Estuve ya en tal empeño cuando todos sonreían de esa mi condición que la motejaron de incensatez, sin comprender que no era yo quien imaginaba y obraba así, sino que era mi otro yo, aquel que se había encarnado en mí.

Así pues, tristemente inocente, noté que no hacía nada más ya que mover a modo de autómata la cabeza, considerando que cuando al fin un día despierte, sacudiendo mi sueño vigil, acaso nadie podrá comprender la extraña dualidad que he vivido, conservando mi razón, en el vértigo de la locura, durante años. Entonces sabré, quien sabe con qué infinita amargura, cómo soy un tipo decen-trado de su tiempo y de su medio, y acaso si de la vida misma; y tal vez si hallándome en esa soledad debo tornar a refugiarme a mi vieja locura simulada y morir tristemente miserable en la verdadera inconciencia... ? ¡Oh! No, no.

\*

Y me despertó una desesperación aniquiladora que me ahogaba. Las palpitaciones de mi corazón martilleaban a combazos en mis sienes, mientras que mis pensamientos se sucedían dolorosamente veloces, en medio de los cuales, en una especie de ofuscamiento de la vista, vi que sobre un plano horizontal infinito se nivelaba por los pies la humanidad; pero la nivelación se hacía imposible por las cabezas. El azul invita al desarrollo ilimitado.

## ARTURO BORDA

Tal circunstancia indujo mi pensamiento en consideraciones racionales que poco a poco fueron serenando mi agitación, dando tregua al suplicio de la imaginación.

### II

Mientras tanto el sol había saltado ya. La mañana estaba primaveral. Vistiéndome salí a gozar de las auras apacibles en los campos que reverdecían alegremente.

Mis ojos, la naturaleza y mi comprensión, todo estaba limpio, parecía recientemente lavado. Largo tiempo me detuve contemplando entre las enramadas un cristalino arroyo bullidor en tanto que mi alma se volvía infinitamente saltarina.

... ..

Regresé a la población completamente renovado, lleno de entusiasmos juveniles, con ímpetus de reír y abrazar a todos en el tumulto de las calles a pleno sol, en las que lindas colegialas a bandadas, y otras gentes, se recogían entusiastas de sus quehaceres a almorzar.

Pero como quiera que mi alegría chocase súbitamente con el egoísta non lli me tângere de todos, en el almuerzo tragué tristemente mi hiél.

### LA MUERTE NATURAL

La mirada y la voz más tristes, son aquellas fatigadas en el dolor de bucear inútilmente la verdad en el océano de miseria universal.

### I

Ayer en la mañana, en la esquina de la Universidad, un viejecito mendigo a quien conozco desde hace varios años, extendiendo su mano izquierda, apoyándose pesadamente con la derecha en su grueso bordón, me pidió una limosna, con una voz que apenas era un simple gruñido;

## EL LOCO

pero como yo estaba sin un centavo, pasando de largo, le dije: —Perdone usted, señor.— Y es el caso que entonces me impresionó más que nunca al verlo tan arrugado, tan encorvado, temblando todo él, desde la cabeza, y tan andrajoso, con el cabello y la barba en desorden, en medio de los que se hacían muy visibles, debajo de sus hirsutas cejas sañudas, entre sus irritados párpados sin pestañas, la honda tristeza de sus ojillos velados por una densa acusidad azulenta, y, debajo de sus bigotes sucios y enmarañados, esa su boca chueca, de labio inferior caído, mostrando su único diente, sarroso, destacándose sobre el tinte violáceo de sus encías y la lengua anudada. Entonces recordé que antes, siempre que le daba limosna, me llamaba la atención una extraña cicatriz en su muñeca izquierda, tanto que en una ocasión le pregunté la causa, pero él se contentó con mirarme sonriendo de una manera que no puedo olvidarlo. Mas, ahora ya es inútil preguntarle nada, porque apenas si es una criatura inconsciente. Sin embargo eso mismo trae a mi memoria un suceso que acaso hilvana su historia.

.....

Hace muchos años que tuve un vecino de unos cuarenta años, más o menos, aunque sólo aparentase treinta, pero muy serio. Su aspecto era vulgarísimo, casi indiferenciable de toda vulgaridad; no obstante, a poco de observarle se notaba algo irregular en él, no en lo físico, sino que más bien en lo espiritual, por así decir: y era que se le sentía trasudar una enorme resignación, como revuelta en la rebeldía más satánica. Algo repulsivo y atrayente a la vez, sin que jamás concluyese por atraer o repeler. Sellaba sus labios un leve gesto de eterno desprecio, come en un resabio de sonrisa, y en sus ojos se leía la impávida dureza de la indiferencia, acentuada por una voz baja, como refiriéndose siempre a cosas remotas, sin importancia ni relación con el sentido de sus palabras, en tanto que sus pasos sonaban quedamente temerosos haciendo por disimularse. En fin, algo muy raro, lo cual indudablemente me indujo a observarle con alguna atención. De manera que en la primera oportunidad le di margen para relacionarnos. Y fue una mañana en que dicho señor estaba

asoleándose en el corredor a tiempo en que yo regresaba lentamente adrede de la calle.

—¿Ha salido usted a pasear, señor? Buenos días.

—Buenos días. Sí, aprovechando la mañana que está muy agradable. Por lo visto usted no ha salido todavía.

—Efectivamente; apesar de que tenía que hacer algo. Me había dormido. Esta tarde saldré.

—Ojalá no se descomponga después el tiempo. Usted habrá notado que cuando se nubla el Noreste, casi siempre llueve; por eso dicen, Achachikala con montera, llueve aunque Dios no quiera

—¿De veras?

—Cierto. Pero note que he dicho casi siempre.

—Así es. ¿De manera que puede ser que no llueva?

—Puede ser, ya que no hay afirmación al respecto.

—Justamente. De modo que no habiendo nada entre dos platos, puedo salir y puedo no salir. ¿No es eso?

—Eso depende de la necesidad, del parecer y de la voluntad que se tenga. ¿O no es usted de mi opinión?

—Absolutamente en todo. Palabra.

—Entonces, con su permiso. Hasta luego.

—Hasta luego. Siga usted.

Así fuimos amigos. Y lo curioso es que nunca he podido hablar con él de nada serio. Invariablemente desviaba la charla, con largos intervalos de silencio, a las mayores futilidades, de las que hablaba con una negligencia seductoramente fastidiosa de gran señor aburrido, aunque se veía claramente que su situación era menos que holga-

## EL LOCO

da: la injuriosa risa de sus zapatos y las claravoyas de su sombrero lo pregonaban.

Después de unos ocho meses, un día que fui al campo regresé entrada la tarde ya, y me sorprendió ver desocupada la pieza del vecino. Al abrir la puerta de mi cuarto encontré en el piso un sobre dirigido a mí. Alzándolo con alguna zozobra leí la carta que dice:

Señor:

La exquisita distinción de que he sido objeto de parte suya, soportando en mí la más insulsa de las compañías, me obligan a usted. De manera que antes de salir de esta casa, ya que no me es posible despedirme personalmente, he creído oportuno hacerlo por escrito, sin pedirle órdenes para ninguna parte, toda vez que no sé a dónde ir, aunque salgo del país.

Pues, dado su carácter, con el que creo hallar cierta afinidad, he de pedirle, en concepto de señalado servicio, tenga la bondad de prestarle alguna atención al siguiente artículo dedicado a usted, el cual, si no halla inconveniente, puede publicarlo, en vista de que creo despejar ciertos temores muy corrientes entre el vulgo, entendiéndose por tal a toda esa mayoría humana que no hace nada por penetrar en el misterio de las cosas.

El título es

## LA MUERTE NATURAL

Seguramente que el título ya debe haber sugerido al lector una muerte mediante cualquiera enfermedad y quizá si a cualquiera edad, lo cual entienden por muerte natural, sin que se detengan a considerar ni remotamente, que ello importa la consunción en la senectud: el acabamiento de todas las fuerzas; por donde resulta, pues, que en el individuo, la conciencia, o sea algo que se quiere entender por alma, desaparece mucho antes de la muerte física, ni más ni menos que aparece después de la formación material, cuando nace.

Los estados de inconsciencia de la decrepitud y de la infancia son la composición y la descompasación de la vida racional, y la muerte en tales condiciones apenas si corresponde a la muerte de los vegetales.

Al respecto podríamos escribir tanto *como* para formar gruesos volúmenes, que el asunto da para mucho, pero sin objeto apreciable de diferenciaciones de ambos estados de la conciencia: así que sencillamente sentado como está el tema, es por demás comprensible para el ulterior y libre razonamiento de los lectores.

É

Por consiguiente, ahora puedo relatar el hecho, de lo que hace ya mucho tiempo; pero por la intensidad emocional y por los apuntes tomados con el calor de las palpitaciones del instante, esto conserva su propio colorido. Claro que no he de referir los antecedentes, detallándolos, ya que de sobra se comprende que para ejecutar una gran resolución es preciso hallarse empujado por causas poderosas, además de que detenerse en esas insignificancias, que sólo son buenas para la inútil información judicial, resultan una verdadera impertinencia.

Así que entro en materia.

.....

Aquella noche. Yanira, mi señora, y Onfalia, mi hija, salieron, urgentemente llamadas, a velar un enfermo en el otro extremo de la ciudad, anunciándome que sólo regresarían al día siguiente, después del almuerzo, lo cual era muy lógico, atendiendo a la distancia y a las circunstancias; pero como quiera que tres o cuatro veces habían salido ya con el mismo objeto, donde la misma persona y con el mismo propósito, esto sin contar las muchas que fueran primero, siendo retenidas sin embargo tres o cuatro días más, cuando menos, era natural que esta vez yo no imaginara por nada que pudiesen volver antes. Así que aburrido y desesperado como estuve entonces, más que nunca, con este maldito corazón, debido a no poder hallar trabajo a causa de mis ideas políticas, yo también salí sin rumbo a los pocos minutos. Pero al echar llave a la puer-

## EL LOCO

ta ya sentí el perfume, el terrible perfume de la hermosa Lidia, cuya sonrisa y sus miradas tan lejanas, tristemente alegres, como cediendo, me enloquecían, invitándome a no sé qué misterios, desde la primera vez que nos vimos. Me atraía cual con la absorción de una serpiente, saturándome en su perfume, ese su carnal perfume, suave, dulce, empapado de amor, enervante y triste, tan triste y enigmático como la triste sonrisa de sus ojos y de sus astutos labios; ese perfume en nada igual a la de ninguna mujer, sino que era el aroma de la hembra que se hubiese embebido en la miel de las flores, resultando por tal manera toda ella un gran pomo de esencias, desvaneciéndose con tanta levedad, que casi no se le siente si no es en algo como por una especie de adivinación, y que quizá si por eso mismo se prende en mis sentidos, en mi espíritu y en toda mi vida, como llegando desde la hechicera magia de los más remotos siglos. En eso, olfateando sensualmente, iba ya a volver la cabeza, porque supuse que Lidia debió haber pasado en ese momento; pero me contuve, repentinamente cohibido, recordando que a causa de ese perfume extraño, de elixires de pasión, de la sonrisa de esa su boca de finos labios breves y de sus ojos y mirar ausentes hermosamente tristes, ya tuve un gravísimo inconveniente con Yanira y Onfalia. Sin embargo, así preocupado, y sin darme cuenta de mi automatismo, me hallé andando el corredor, dando una vuelta inútil, de manera que cuando la vi cerca a Lidia, distraídamente apoyada en la barandilla, rompiendo un papel, cuyos pedacitos iban girando pausados en el aire, semejando mariposas, ya no pude retroceder, por parecerme ridículo. Algunos papelillos volaban muy alto, por sobre el techo. ¿Qué secretos de amor estarían llevando al olvido? Y avancé extasiándome en las esculturales formas de Lidia. Estaba escotada. Sólo dos cintitas hombreras sostenían su traje, el cual, debajo de sus incomparables pechos provocativos, estaba ceñido por un cordoncillo escarlata, que después de anudarse en rosón, caía desigualmente en dos sobre el muslo. La veste no cubría la pantorrilla, y llevaba medias encarnadas con zapatillas blancas. Me aproximé. Ella vuelve a mí su ca-becita de cabellera en melena, alborotada por el viento que sopla en es instante, remangándole la falda hasta media pierna, en tanto que los cordoncillos se retuercen en

torno suyo a modo de culebras. En eso se inclina a sostener su falda, apretando las rodillas, a la vez que con la izquierda se arregla la melenita. Sus brazos desnudos se agitan sádicos en aquella lila magia crepuscular, mientras que le saludo.

—Quién fuera el viento, ¡oh hermosa Lidia! —Já, já, já!

¿Sí...? Buenas tardes, Hugo.

—Admirablemente buenas, por cierto: pues... le he visto..,

—No sea indiscreto.

—Le he visto, digo, en una actitud verdaderamente artística, y hasta sublime. Aunque en verdad que para ello basta verla esté como quiera que esté. Es usted tan linda... Lidia...

—¡Jesús! Qué zalamero está usted hoy! La verdad que le desconozco, Hugo. Cierto, Hugo.

—Al fin mujer: cruel y bella.

—Bueno. Bueno. Y diga, Hugo. ¿Me parece haberlas visto salir a la señora Yanira y a Onfalita?...

—Sí. Han ido a atender a un enfermo. Se quedarán seguramente hasta el domingo, cuando menos; porque vez que van a donde la tía Rosa, las secuestra, obligándome a librar una verdadera batalla campal con la buena señora, para reconquistar a mí mujer y a mi hija.

—¿Sí? ¿Y por eso ahora tan alegre, para irse usted a su vez... por ahí... ¿Verdad?

—Imposible. Humanamente imposible. ¿Cómo quiere que pueda salir, si se pone usted en mi camino? Imposible. Le juro.

—¡Por Dios, Hugo! ¿Está usted loco? ¿Qué tengo que hacer con que salga usted o no?

## EL LOCO

—Esto si está bueno. ¿Cómo que no tiene que hacer nada, si es usted capaz de hacer parar a un ejército?

—¡Já, já, já! ¿Y cómo así?

—¿Y es usted, usted misma quién me pregunta? ¡Delicioso! Pues le diré, sin embargo, que sencillamente, tan sencillamente que ya no es posible más. Presentándose así escotada, con esa su bata azul eléctrico, con esa su melé-nita alborotada, con esa su sonrisa, diabólica y la hipnótica tristeza de sus ojos, con esos sus brazos que parecen querer estrangularme, y con las ocultas maravillas a que van entonando un himno esas sus medias rosas...

—¡Já, já, já! Deténgase, por favor.

—No embrome, Lidia. ¿Por qué no he de hablar, si usted me pregunta? ¿Y por qué me he de privar de decir la verdad, si hasta las estrellas han salido no más que por contemplarla? Vea usted con qué alegría brilla Venus misma, mirándola.

—Pero, Hugo, el viento arrecia nuevamente. ¿Vamonos? ¡Jesús! ¡Qué frío! Parece que estuviéramos en invierno.

—La verdad es que a su lado estoy bien caliente, oh linda Lidia.

Y como la ventolera soplara de nuevo, dando ella unos elegantes saltitos entra a su pieza, arrastrándome con el excitante culebreo de sus formas.

Estoy cantando,  
siguiéndola sonámbulo.

Es lila la blusa  
y rosa la falda.

¡Oh! translúcidas sedas livianas  
que ondulando al suave vaivén  
de sus armoniosas formas,

en las ardientes curvas  
simuláis en pleamar olas marinas,  
lamiendo lascivas  
la túrgida carne de la sirena divina

Es lila la blusa  
y rosa la falda.

Estoy cantando,  
siguiéndola sonámbulo.

.....

Qué horas las que gocé en el quinto cielo, del que salí  
exangüe, macerado y magullado en cuerpo y alma, en su  
perfume, en su pasión y en toda ella.

De esa suerte regresando me tumbé en cama, con lo cual mis  
desesperaciones se renovaron más pertinaces, implacables,  
empapando mi tristeza en verdadera amargura.

Estábamos en el mes de Abril. Y esa noche a las nueve empezó el  
ensayo de música sacra de un centro musical que funcionaba en  
la planta baja, justamente debajo de mi dormitorio, y que  
porque el piso era de madera, sin bovedillas, se oía claramente  
el concierto. Creo que es taban en los últimos ensayos.

Pero aquí van ya las cuartillas del instante magno.

.....

Así uno se prepara a buen morir. Pero toda mi atención está en  
el dolor de mis pulmones que me agobian y en las pulsaciones  
de mi corazón, porque cada latido me hiere en el alma y en la  
vida; con cada palpito mi sangre se lastima a sí misma.

.....

Después de calentar unos litros de agua, vaciándola en una  
garrafa, la puse en un escabel, a la izquierda de la cama.

.....  
La orquesta ejecuta la Marcha fúnebre de Chopin.

No obstante de mi debilidad, el corazón me traquetea dolorido, atropellando en vértigo mis ideas; pero haré de mi alma ondas de armonía. Mas, en un brote de indecible congoja tengo ganas de llorar, y me sonrío. Y ape-sar de todo, poco a poco desaparece esta angustia. Por eso he pasado unas obleas de bromo aspirina, para calmar mi corazón y mis nervios.

.....

Me he sentado en cama con un block de papel de carta y un lápiz, pensando no sé en qué, hasta que de pronto cambio el foco de luz blanca por uno azul, color que serena, dando la impresión de la inmensidad.

.....

Ahora toca la orquesta una pastoral, prestando atención a la cual mi tranquilidad se hace enorme. Sin embargo noto que mi sangre, mis nervios y mi alma están doloridos, por lo que me da ganas de gritar; pero lentamente mi calma se va haciendo más honda.

.....

Quizá ha transcurrido un largo instante, con lo que mi pensamiento ha quedado en reposo, durante mucho tiempo, dejando mis ideas a su albedrío.

.....

De pronto, cuando oigo la Marcha fúnebre de Bee-thoven, en el momento más solemne, cuando sus armonías transfiguran la vida, serenamente, o, más bien, casi en una especie de coquetería, pensando en Schakespeare, en Esquilo y Miguel Ángel, los que más me han conmovido en la vida, procurando no alterar la respiración, sobre la vena en que se toma el pulso en la muñeca izquierda,

con el filo de la navaja me hago un tajito fino, de donde al instante salta en arco un hilillo oscuro, por lo que inmediatamente sumerjo el brazo en la garrafa de agua caliente, sonriendo de mi fría tranquilidad, admirado de no tener esos terrores que suponía, a la vez que, como en un relámpago, cruzan en mi imaginación mis padres, On-falia, Yanira, Lidia y mis hermanos.

Así ha comenzado el tránsito, sin dolor, voluntariamente, con un cortecito que más tenía de cosquilla, cuyo recuerdo ya me estremece, pero luego me sobresalta un hipo de mofa.

Por tal manera sé que estoy escribiendo para nunca jamás, por lo cual siento una especie de angustia remota, vaga, a Ja simple idea de los seres queridos.

Ahora una especie de opresión me fatiga el pecho; pero ello también desaparece pronto en un desvanecimiento casi de placer.

.....

No sé en qué estuve pensando; más mi mayor deseo es trasuntar justamente lo que sucede en mí, pero de pronto me hallo divagando en más amplios espacios.

He suspirado repetidas veces, considerando mis ayeres y el futuro en la nada...

Sí. Mas ¿para qué escribo, si nada nuevo hallo en mis ideas, en mis sentimientos y... y son, más bien, iguales a los de cuando simplemente imaginara el caso, o quizá si menos? Sólo que la cabeza me quiere reventar para adentro.

.....

¿Ahora preludian el Stabat Mater...? Sí, el Stabat Mater; pero noto que no obstante de su solemnidad, ya no me interesa, aunque sigue acelerando el latido de mi sangre, porque mi atención a pesar de todo está solamente

## EL LOCO

en. el tiempo y en la cantidad de sangre que me restan, consumiéndome sin cesar, entre lejanos dobles y clamor de cornetas.

En eso un impulso de terror me impele a vendarme la herida, fuertemente, e ir a curarme en la Asistencia Pública, mintiendo cualquiera zoncería; pero alzándose enorme y férrea mi voluntad, enrojeciendo de vergüenza mi frente, dice: —¡No! Cobarde...— Y no sé qué cosa rara sucede en mi corazón, en el cual he sentido eruptos que me dieron calofríos. Es un fric que sale del fondo de mis huesos, nublando mis ojos.

.....

Así, oyendo una extraña y trágica música, mucho rato me había quedado pensando en cómo se me va la vida en la sangre, sin que yo sienta, y en no sé qué cosas confusas que no puedo precisar, en medio de las que recuerdo, pero vagamente, que figuraban Lidia, Onfalia y Yanira, mis padres y mis hermanos. De ese modo llegó un instante, entre tenues cendales de niebla y eléctricas rachas de frío y dulces opresiones y suspiros, en que el perfume de Lidia lo absorbió todo en el esplendor de su amor y de su hermosura, irradiando la inaudita magnificencia de su leve sonrisa y de su triste mirar, lo cual se fue desvaneciendo en este lánguido latir y en la flojedad de mi pensamiento, que ya han comenzado de modo sensible.

De pronto un solemne miedo repentido sin cobardía está temblando en toda mi carne y en mis huesos, cuando...

.....

En medio de una inquietud que me rompe el pecho, sin que sea ni miedo ni alegría, oigo tocar la Muerte de Asa...

Música. Música...

Y me aflige una gran tristeza; pero...

ARTURO BORDA

No, a pesar de mis desesperaciones, mi respiración es cada vez más lenta.

No me duele nada; más bien siento una especie de bienestar general, por lo que parece sublimado en mi idea el recuerdo de Lidia, pero con intermitencias y a ratos confusamente, tanto que supongo estar mareado. Tal reaparecen recuerdos lejanos, olvidados y diversos, sucediéndose rápidamente. Hay momentos en los que creo estar soñando, cual si todo se inmaterializara en las nebulosas, a la vez que advierto que mi vida está más sañuda y temeraria que nunca, a pesar que me parece sentir una especie de dolor distante, como si los microorganismos me estuviesen exprimiendo la vida de cada átomo de la médula, de los huesos y de la piel.

Dijérase que se me han caído congelados los dedos, sin que yo sienta.

.....

Me parece estar oyendo las Campanas Crepusculares, cuando creo que estoy con guantes, con botas y máscara de hielo, por lo que presto atención, pero es para notar ya algo como si se hubiesen inmaterializado mis pies.

El frío y el adormecimiento siguen subiendo al corazón, en medio de un secreto terror que hago por esconder de mí mismo entre mis sonrisas, a la vez que comprendo el horror de esas autocrueldades, pero al mismo tiempo en mi idea hay un deseo de salvaje caricia a la muerte que va avanzando avasalladora en mis huesos y **en** mi carne.

En esto mi cabeza empieza a inclinarse pesadamente y mi mano se niega seguir escribiendo. Entonces me sorprende la conciencia de que ya me queda muy poco tiempo, hecho que me hace notar la indiferencia por mi **propia** vida.

Han empezado los zumbidos sutiles de música lejana, indecible, entre los que oigo **doblar a muertos, cual si fuese entre nieblas en los confines.**

## EL LOCO

Siento frío, mucho frío, un frío extraño, y sin embargo estoy sudando. ¿Será ya el sudor de la muerte?...

Mi mano está temblando, pálida y fría. ¡Qué letra!

Están ejecutando El cóndor pasa. Divina majestad de regio vuelo en la solemnidad azur de los Andes.

.....

Luego, entre no sé qué música inaudible, el frío que me adormece, se dijera que, al avanzar congelándome, me inmaterializa.

.....

Olvidos largos, muy largos.

Hace frío, excesivo, con breves estremecimientos de espasmos amorosos que me infunden una alegría infinita, solemne y divina, lejos, muy lejos.

.....

¿Sueño...?

.....

Lidia. Su perfume. Un hilito de sangre. Sangre, y en lontananzas, la familia, entre brumas.

Lejos, así, confuso, no sé qué, mientras que mi pecho ya no tiene al respirar ni sístoles ni diástoles. Se diría que mis penas están muriéndose en mis pulmones opresos en algodón.

.....

Fulgores de penumbra en fría **sombra**.

El corazón se está exprimiendo en una alegre tristeza dolorida, en silencio, en sombra y en calma. ¡Calma!

¿Campanas...?

Cansancio, cansancio en todo.

¡Oh congoja!

Lejos, muy lejos, un gran silencio que avanza extendiéndose infinitamente.

.....

Sueño... Sueño dulce, hondo...

.....

Cansancio.

Sueñ.....

.....

Nad.....

.....

.....

Y sólo una vez restablecido **pude** saber **cómo y por** qué había resucitado.

Es el caso que unas gotas de sangre que caían sobre los papeles de uno de los músicos, llamaron justamente <sup>la</sup> atención de todos, quienes subieron a indagar, suponiendo un crimen; pero todo estaba en silencio, por lo que forzaron la puerta, encontrándome casi muerto. Y llaman un médico, quien me salva.

Cuando recobré mis facultades, aún estaba en un olvido indecible; sólo quince días más tarde, empecé a recordar cual si fuese al través de los sueños, sintiéndome empapado en un suave perfume, triste y lejano, envolviendo mis eternidades. Así reconozco a Lidia, a Onfalia y Ya-nira, a mis hermanos y mis padres, llorando en torno mío; pero yo estoy absorto como en la nada.

## EL LOCO

Luego dicen que me instruyen un juicio criminal, del que salgo bien, merced a mi abogado. Quizá. Pero ya nada me importa nada.

Estoy en puro suspirar. Me falta aire: hay una pesadez eterna en mis pulmones y en mi sangre.

Todo está ya absolutamente libre en mi indiferencia, como en una nivelación de los seres, las cosas y las fuerzas, ante la mirada mía que llega desde más allá de la muerte.

\*

Y ahora, mi distinguido vecino, esperando no eche muy pronto en el olvido a su amigo, soy de usted, su atento y

S. S.

Hugo

Esta misma tarde salgo en busca del viejecito, sospechando seriamente que sea Hugo.

Ahí está, siempre en el mismo lugar, temblando siempre, apoyado en su grueso bastón. Parece una estatua. Al oír pasos extiende maquinalmente la mano de la cicatriz. —Buenas tardes, Hugo— digo, si acaso —por Onfalia y Lidia— vaciando en su tremulenta mano todo cuanto tengo, cuando él, despertando cual si fuese de un gran sueño, acaso al oír su nombre, alza temblando su cabeza, haciendo en vano un esfuerzo supremo por mirarme con sus ojos sin luz. Mueve sus labios, profiriendo un estertor. Parece que quiere hablar; pero se le cae rendida nuevamente la cabeza, cuya barba y cabellera alborota el viento.

El es, Hugo, el de Lidia, **Onfalia** y Yanira; se ve **que todo** él tiembla **cual la sombra lila al hundirse el sol.**

Bueno; hoy que repaso estas líneas, después de algunos años, quiero recordar los sucesos pertinentes a la gestación del cuento que antecede.

\*

Lo que me inspiró aquel artículo fue el perfume de una mujer que pasó sin que yo la viese, mientras que me amodorraba sentado al sol en un banco del Parque Muri-110; pero cuando abrí los párpados ella ya no estaba; mas empezaron a venir muchas hermosas señoras y chiquillas que acaso salían de la misa de once si no de alguna otra ceremonia o algún baile, porque en ellas que iban elegantemente escotadas pude sentir una gran variedad de aromas, tan leves y fuertes, que armonizaban muy bien con la belleza de cada cual. Entre aquel admirable conjunto flotaba dilatándose excitante el agrio olor de la hembra, pero sin lograr desvanecer en mí, la impresión de ese primer perfume, cuyo rememorar aún me sumerge en una honda y dulce delectación, tal vez si más que musical. Ciertamente que aquella era una gran sinfonía de esencias.

Y recuerdo mucho que entonces, en medio de la concurrencia iba ufana una gentil señorita, tan retrechera que instintivamente la comparé a un rozagante duraznito duro, recubierto de suave pelusilla que invitara a hincar los dientes en su sabrosa pulpa.

Pero ahora que con el tiempo parece haber huido la vigilante ligereza imaginativa que constantemente es-poloneaba mi atención hacia todo y de modo simultáneo, como el ansia en el sediento que espera oír en el céfiro o las tramontanas el lejano murmullo del agua; hoy en que mi torpeza cerebral y sentimental me incapacitan imaginar nada y al fin comprendo que soy un hombre sensato que piensa y hace lo estrictamente necesario; hoy en que el misterio de cada cosa no me susceptibiliza ya como al equilibrista sobre un océano de agujas y soy, más bien, igual a una inocente criatura si no a una bestia que sin ninguna inquietud ni interés pone sus brutales patas sobre toda cosa; hoy en que una especie de indiferencia

## EL LOCO

emanante del cansancio en el hastío me hace vivir con torpeza de sonámbulo; hoy que ya no tengo curiosidad ni vergüenza; ahora en que no puedo ver claramente ni el pasado ni el presente ni el porvenir; ahora que quizá si por ello me llaman a hurtadillas un hombre racional ya, ahora que virtualmente no soy ni la sombra de lo que algo valiera un día en mí; pues bien, ahora se me ocurre todavía decir llanamente la verdad de este asunto, toda vez que no me es dado imaginar ya cosa nueva si no es a lo más remover lo hecho, descubriendo su proceso, y ello quizá si únicamente por simple gusto de revivir aquellas horas de secreta angustia y placer o tal vez si sólo por estrangular la tortura de estos instantes de infecunda brutalidad que exasperan mi impotencia.

Vuelvo, pues, al asunto.

Digo que luego de haber gozado aquella orquestación de los perfumes en esas lindas mujeres, no pensé nada más que en su descripción, lo cual verbeneaba en mí con todos los caracteres de un poema breve; sin embargo faltaba el eje mismo. De esa suerte, seleccionando de entre varios nombres bellos, imaginé a Lidia; mas en el aislamiento de su existencia su propia necesidad de vida eclosionó a Onfalia y Yanira. Este acontecimiento presentó la urgencia de construir un escenario apropiado, el cual fue surgiendo del embrujo de una tarde lila, al cerrar la noche. Más tarde me preocupé de la acción leve y rápida que convenía a Onfalia y Yanira, y nada mejor que su solo enunciado. Y, aunque parezca absurdo, únicamente en ese instante es que se me apareció la imagen del mendigo a quien no supe cómo presentarlo ni cómo darle importancia, resultando que naturalmente su fin se hacía un doble problema. Por tal razón su existencia llegó a absorber mi empeño no más que en él, hasta que surgió de pronto el tema de la muerte natural, grabándoseme fuertemente, lo cual salva la inoportuna presencia de aquel pobre hombre venido de los cabellos y por sí mismo o por un proceso absolutamente subconciente en mí, hasta el punto de adquirir, sin saber cómo, el poder de una fuerza central que realza por sí la exaltación de Lidia a modo de una aromática floración crepuscular. Entonces, en la no-

## ARTURO BORDA

che de aquel día, debido a haberme cortado un dedo al tajar un lápiz y como en una casa vecina una banda ejecutaba esa música criolla tremendamente monótona y triste, que finge siempre ser casi un cencerro, es cuando fulguró en mí la idea del suicidio a navaja, pero lenta, elegantemente, agotándose en el amor y en las ondas de la más pura armonía, saboreando el goce sibarita del horror aquel. Tal para ello hubo necesidad también de forjar su medio propio; mas como no me satisfacieran el lujo y la miseria de cuantos centros musicales conocía, refundí el recuerdo de todos en la forma descrita. Pero ahí estaba el quid ¿cómo desarrollar un programa musical que corresponda al suceso? Pues nada más sencillo que hurgar en el recuerdo todo lo más hondo de cuanto música se^cta llegó a emocionarme. De esa suerte, casi llevando el compás, si así se puede decir, fui coreando el goce de las angustias de aquella agonía larga que en el paroxismo de varios días logré sentir. Es en esas condiciones que al fin se me hizo visible el desenlace, el cual, por otra parte no es todo mientras no se sepa esta última que satura el conjunto, se entiende que para provecho de la muchachada que se inicia temerosa, sin saber cómo dar cuerpo a sus ideas, suponiendo que los cuentos o las novelas necesariamente deben producirse de una sola vez, sin sospechar siquiera que no hay en ello reglas posibles si no son nada más que las grandes delincaciones de un alto sentido estético. Cierto; pues en algunas ocasiones muchos cuadros de dolor me han sugerido las escenas más jocosas, en las que además he surcido diversos recuerdos de tiempos, de seres y de cosas, empezando unas veces por el desenlace para concluir en el prólogo; no obstante hay ocasiones en que todo se presenta repentina y definitivamente, sin que sea capaz de aceptar la menor modificación, durando, por tal manera, su trasunto, el menor tiempo posifr'e; en cambio tengo cuentitos que ya van gestándose más de veinte años, sin esperanza de que lleguen a satisfacerme, apesar de que encierran cuanto deseo, aunque... La verdad que éste es un misterio en el que no veo ninguna ley que rija tales fenómenos. Cada vez se producen los casos en circunstancias y formas tan distintas...; por ejemplo: este complemento.

## EL LOCO

En el odio y la incomprensión se anula todo, cual en la envidia y el hastío, para imponerse en cuya esencia se requiere rebazar la emoción de una máxima belleza o verdad.

Mira tu ropa y sabrás lo que vales en tu tiempo, pero mira tu conciencia y sabrás quién eres para siempre.

Entre los grandes sarcasmos está el hecho de que la justicia humana, así como la justicia divina, sólo sirve para buscar y castigar lo que se ha dado por entender el vicio y el crimen, sin que jamás se preocupe de premiar el bien y la virtud. ¿Quién ha visto nunca ni en ninguna parte del mundo un tribunal de justicia que se preocupe de hallar y por lo menos divulgar el bien y la virtud? Mas bien ¿acaso no es de experiencia cotidiana ver hundirse en el oprobio y en la miseria a las inocentes víctimas de los errores judiciales tanto como los que en los procedimientos de la búsqueda de la verdad caen en las cárceles durante semanas, meses y años, en concepto de sospechosos, testigos o cómplices, sin que después nunca eso llamado justicia haga nada práctico por vindicar el descrédito ocasionado ni rezarsa los perjuicios económicos y otros de salud, etc., ni menos por aquello único sin compensación, el tiempo perdido; en fin, sin que repare jamás ningún daño?

La gente no piensa en que la justicia no debe ni debería poder ser unilateral. Tal como está en acción en la tierra, humanamente, no debería ni pretender llamarse otra cosa que un simple tribunal de castigos, lo cual se confunde constantemente con el concepto de la justicia.

El Ministerio de Justicia en todos los pueblos del mundo, sin excepción, **y** esto recalco, sin excepción, **para** que pueda ser y llamarse tal, debe crear también el tribunal que busque y premie el bien y la virtud, **y** mucho más si son víctimas de los procedimientos de la justicia en pos del crimen. Y si no es así que se suprima su nombre, al amparo del cual el mundo **y** la civilización, **aun** la de **hoy**,

## **ARTURO BORDA**

como las de siempre, no hacen nada más que sostener tribunales inquisitoriales a cuya sombra se cometen las in-familias más grandes. La escuela del verdugo, como cuando la horca y la guillotina y el apedreamiento y la crucifixión, y con agravantes aún más criminales está, pues, en auge, lo que denuncio ante la ciega sabiduría del mundo.

# *DE LA AUSENCIA*

Las callejas están desiertas. Yo ando mesuradamente en la aldehuela, no obstante, el eco repercute mis pasos. De pronto tropiezo y bajo los ojos. Una piedra extraña con gesto de risa parece que me mira como si se burlase de mí. Cuando alzo la vista, en la esquina aparecen despidiéndose unos enamorados: —Adiós, Adhemar; —Adiós, Amanda— y a mi vez desaparezco ante ellos, entrando a una tienda. Linda es ella. Amanda. Me recuerda a una morena de mi tierra: duras, incitantes, sanas y reideras, iguales a los duraznos jugosos y bermejotes de suave pelu-silla.

## I

La muerte de los astros empezó esta noche en el Septentrión.  
Por ahí ascendió arteralmente la nube inmensa,  
sepultando estrellas;  
la última aún fulgura frenética,  
como queriendo huir del caos;  
pero es en vano;  
la tiniebla avanza sigilosa y trágica.

## II

Ya nada queda  
y es impenetrable la noche.  
Ciego y con vista  
no alcanzo a ver el vitral;

no obstante,  
-oh ameno morar de las densas sombras,—  
mi insomnio  
—cosa rara—  
es casi un reposo,  
tanto que ya ni siento mi propio cuerpo.

## ARTURO BORDA

Y hay un vago **murmullo**  
que deleita mi sosiego de abulia  
¿Es acaso el recuerdo del adiós **que oí hoy**  
o no es nada más que el abejo **de la neurosis?**

No, no es serenata ni barcarola;  
es la canción, aquella canción  
que al mediar la noche  
entona el alma errante de Helionoto;  
llega de no sé qué sempiternos confines,  
murmurando siempre en voz baja;  
diríase un eco soterrado  
que desgarrar sus hipos  
al monótono compás  
de una sorda guzla o un rabel.

Ya se aproxima...  
Mas silencio de pronto su són  
en un largo lamento.

### III

Ahora el silencio **retorna muy hondo**  
y suenan a hueco  
los pasos de un alguien  
que sigilosamente se aleja en la sombra.

Y es tal la inquietud mortal del ambiente  
que oigo distintamente  
el palpar de mi corazón.  
Nada más: ya no hay ni canto, ni eco ni estrella.

Todo pasa por tal manera.  
Sea táctil, audible o visual,  
que no bien determina su presencia un hecho,  
un ser o una cosa, que ya es nada.

Y así pasan todos,  
peregrinos en el eterno misterio,  
palpando inciertamente en las densas brumas; entretanto  
los vientos —que tienen **alma**—

## EL LOCO

silban en las nevadas cumbres,  
sollozan en las frondas  
y cantan en las olas  
un extraño miserere o de profundis,  
el adiós ab eterno.

Nada perdura en nosotros:  
los seres más amados no yacen indelebles  
ni en la mente ni en el corazón,  
pese a la sangre  
y al juramento inarticulado;  
por eso toda partida  
tiene la infinita melancolía del nunca más,  
porque  
¿quién descorrerá el velo de lo por venir?

Luego yo, sombra que huye,  
sólo anhelo ser fuerza y visión.  
Extasiaré mis ojos ávidos  
en los neoramas que emergen en lontananzas:  
veré nuevas cumbres y nuevos llanos vagos,  
nuevas selvas y nuevos mares;

todo lo cual,  
como viniendo a mí en ilusorio desfile,  
tajados por mi veloz travesía,  
al llegar delinearán sus detalles:  
y sentiré la majestad de los arenales sin fin,  
el horror de los abismos sin fondo  
en las plutónicas rocas  
y el arrobamiento místico en la selva milenaria.  
Esto en lo amplio, en lo solemne y desolado,  
que luego veré  
paisajes circuidos por estrechos horizontes  
y serán valles fértiles,  
amenos huertos y fontanas alegres.  
Pero todo huirá inevitablemente,  
diluyendo sus tintes en las brumas del confín.

Entonces,  
compenetrado en la melancolía  
que huye para no volver,  
llevaré a cada cual,

## ARTURO BORDA

en un soplo frío,  
la conciencia de cómo somos  
no más que meras evanescencias  
en las epifanías del humo.

¡Oh la estrella del navegante  
en los ignotos mares...

Tal iba pensando, mientras el dependiente despachaba su clientela, y cuando estubo libre, pedí un lápiz y unas hojas de papel, pero mis ideas se habían embrollado de tal manera que hoy mismo me es imposible recordar aquellas ideas volanderas. Después salí de la tienda. Las callejas estaban aún más desiertas. Hacía Frío. Muy a lo lejos se oía, como inmerso en el rítmico son de un gran bombo que sonase sacudiendo la tierra, los redoblantes y cornetines que ritmaban un baile tristón, pero sorda, lejana y tristemente, mientras que el eco repercutía claramente mis pasos, cual si fuese el eco en nichos de catacumba. Eso es todo.

Fue una noche de verano. Me hallaba en la terraza, esperando una racha de viento, para respirar. El aire húmedo y cálido no se movía. Un ambiente de sopor parecía adormecer a la naturaleza. Así, presionado mi corazón, palpitaba con asombrosa lentitud.

Luego me aproximé cautelosamente al vitral entreabierto de una pieza modestamente amueblada que daba a la azotea. Un foco de luz eléctrica alumbraba suficientemente la estancia.

En un rincón Robur, el padre, alto, bonachón, sanguíneo y risueño, recostado en su cama, descansando de la faena, conversaba con Leónidas, el hijo, muchacho musculado y con lentes, quien sentado en la mesedora reflexionaba gravemente. Yanira, la madre, simpática viejecita, hincada en la cabecera de su cama, en silencio y místicamente reza el rosario. En el suelo, próxima a la ventana, jugando el solitario, están las hijas: Lucila, señora reposada, madre de Otilia, César, Yolanda, Lauría, Emir y Blanca Rosa, criaturas que haciendo alboroto juegan con

## EL LOCO

Luis Amed, hijo de Elba, quien a la sazón echa a carcajadas las cartas que muy seriamente las enfila Lidia. Celia, la menor, viendo la baraja, sonríe sard nicamente de la mancia. Rene, esposo de Lucila, contempla la escena.

Entretanto Esther, la aya, que iba y venía, arrullando a la nena menor, cant  dulcemente, como quien sueña, la canción de cuna, canción que semejaba el abejeo de las auroras en una sinfonía de los vientos, arrastrando el melodioso trino de las aves ocultas en las frondas centenarias, rumoreando advenimientos y promisiones; mañanas que murmullan el misterio que se desvanece en las resonancias de lontananzas; horizontes que adivinan aquello que para el hombre esconde por siempre en la sordina de los ecos. Y concluyó diciendo monótonamente:

Arrurr , arrurr ,  
 Oh! la linda nena,  
duerme, alegre, duerme  
hasta la mañana  
a la leve sombra  
del ala maternal.

Arrurr , arrurr ,  
y sueña sin pena,  
indefensa e inerme,  
en la vida vana,  
apenas la sombra  
del éter eternal.

En eso entr  el sirviente, llevando un legajo que lo entregó a Robur, quien leyendo emocionado dijo: —Carta de Silvio.— Y todos, movidos como por resorte, se volvieron a él, exclamando: —Por fin.  Qu  dice?— Entonces Ya-nira tom  asiento a la cabecera de Robur, mientras que Leónidas imponía silencio enérgicamente. Todos enmudecieron. El padre, agitado en la onda de inquietud general, leyó lo siguiente:

Silvio

a su familia.

 SALUD!

Mis muy amados hermanos y padres, entregado aun a mis ensueños y cumpliendo mi compromiso, una por todas les escribo, verdad es que después de mucho tiempo, pero dando cuenta literaria de mis impresiones.

Comenzar  pues, aquello donde hallaréis todo cuanto puedo decir del hogar y la patria común.

Cómo es de triste el último adiós a la tierra natal: cómo el hogar en el recuerdo, en un instante y para siempre, se hace infinito y divino.

Esta congoja que me impide hablar y estas lágrimas que no me dejan ver por vez postrera mi aldea que se aleja, quedándose, ponen sollozos y melancolía en mi alma.

Es la hora nona. El sol declina. Finados. En el ambiente hay sopor letal. Las campanas doblan y su pausado dín dan constriñe mi corazón, en el cual oigo agitarse mi sangre, como se oyej. lo lejos el sordo olaje de la iracunda mar, estrellándose en los escollos. Un dogal de amargura me ajusta la garganta.

Cómo es de triste el último adiós a la tierra natal: es un instante por el que bien quisiera no haber nacido, ya que, al desligarse mis pies del patrio suelo, siento en mi corazón el quebrarse las más hondas y sagradas raíces del amor. Y estoy igual a un ave alocada, aleteando sin cesar en el ímpetu que le impele.

Luego ya no veo los campanarios, pero aun oigo dentro de mí, cual si fuese en un camposanto, el eco quedo de la campanita del cementerio.

De mi pueblo ya sólo veo su yerma y gris serranía esfumada al pie del andino murallón, el cual simula ser en lontananza no más que una simple aglomeración de nubes.

El tren, semejando sierpe de hierro, dejando un instante en el espacio su airón de humo, más veloz que el viento, me lleva en la desolación de la pampa, internándose a modo de dardo en los horizontes. Y mi alma entona una canción amarga, doliente como el arpegio moribundo de una viola en el silencio y la lejanía.

Hoy que así se ha roto en el tiempo el hilo de mis afectos, así como la sombra de la noche, así me invaden el malestar y la dejación: la nostalgia de mi antiguo sufrir.

## EL LOCO

El tren avanza traqueteando, majando hierro, mordiendo la tierra, culebreando en la inmensidad; y adormecido entre ensueños, remembranzas y nieblas, siento venir a mí un tropel de dolor: cilicios de amor. Tal está de hinojos mi espíritu, más allá de las fronteras, ante la inmensa y augusta imagen de la patria grande, evocación que se alza a modo de una enorme floración en el tabernáculo del hogar abandonado.

Cómo es de triste el último adiós a la tierra natal..

.....

Ayer, allá...

Hoy, ¡qué pesadilla!... Ni el océano sació mi sed ni las eternas nieves dieron el ozono que urgen mis pulmones. La inquietud en las grandes ciudades ha macerado en tedio mi alma; las inmensas llanuras y las ásperas escarpas han agotado mis fuerzas; las interminables selvas han dejado en mi corazón su eterna umbría, y la carne, aniquilada en su goce, ha destilado su tristeza en mis días. Qué vacío en mi vida. Sin embargo, la existencia me llama ansiosamente, bajo el sol y en la sombra, poblando el espacio con irresistibles fascinaciones.

No sé qué hacer: avanzar, estacionarme, volver, morir... En vano a modo de serpiente envenenada me revuelco azotándome con violencia y desesperación.

.....

Agonizando así en el abandono de mí mismo, muriendo en solar ajeno, qué imán el que tiene para el corazón el lar patrio. Cómo es de consoladora la simple idea de reposar el postrer sueño en la ceniza de los antepasados.

.....

Sin cesar relampaguean en mi cerebro las reconstrucciones del agridulce ayer, cual si todo fuese en un espejo cercano el reflejo de escenas lejanas que constriñéndome el corazón me sumergen en somnolencia y melancolía.

En nuestra sensibilidad, en virtud de las comparaciones decrece aritméticamente el menos acreciendo geoméricamente el más. Ejemplo: El gris que suponíamos blanco, después de ver la nieve nos parecerá, en el recuerdo, ennegrecido, mientras que la nieve adquiriría en nuestra mente el valor de un destello.

Para establecer lo justo en cada caso y cosa en tales condiciones es que se requiere de toda la potencia de la verdad.

Aunque me sepa centenario, sé que moriré sensitivo y niño. En esas condiciones, aun suponiéndome milenario, mi más gustosa ocupación es el escribir a la familia una vez por siempre; mas no sé cómo hacerlo, si no ignoro que para hacerme comprender, siquiera en parte, necesito reconcentrar toda la existencia en cada palabra: pues me urge decir de la patria grande en el amor filial, en el amor a la tierra, en la voz que cante el nunca más de lo inmemorial de aquella luz que siendo pretérita se refleja en lo por venir. Pero ¿cómo expresarme, si me urge hablar a todos y a cada uno a la vez? Así que me callaré, ya que, hogar mío, me falta aquel don. Adiós, pues, oh montañas mías: por vosotras antes de llorar ahogo y trago mi llanto, para luego sudar lágrimas.

---

En eso hizo pausa Kobur. Entonces Yanira, que con todos los demás estrangulaba su llanto, quiso continuar la lectura; pero Robur tomó la misiva, advirtiendo que si alguien habla no lee más. Y dijo leyendo nuevamente:

---

Sentado en un banco del parque, hoy pienso cómo declina el día, dando variados aspectos al mismo paisaje, según cambia la luz.

Ocupado en tan ociosa distracción, veo de pronto, en una varilla del asiento, una hormiga que viene. Delante de

## ARTURO BORDA

ella, como a unos tres centímetros, hay una pulpa de uva, oculta por una brizna. La hormiga se acerca, acaso sin ni siquiera presentir la proximidad del manjar que la suerte le depara, quizá si para varios días; mas el caso es que sin advertir estornudé fuertemente, tanto que la hormiga cayó en la acequia que corre a mis pies. Es posible que se haya ahogado, pero yo no tuve ni la más remota idea de salvarla.

Pasados algunos minutos consideré, con cierto remordimiento, cómo he sido inconscientemente, el instrumento de la fatalidad para la hormiguita, la que si entonces ha pensado en algo, fue, a lo más, en el ventarrón que la perdió; pero su destino ya se había cumplido.

.....

Yo dormía el terrorífico sueño de las reconcentraciones: vorágine de ansias y desplome de los montes; desarraigue de la selva en torbellino, como en un incesante rajarse de la tierra.

Al despertar oí que sin tregua continuaba subiendo a mi buhardilla ese rumor como de tempestad que llegaba de los bulevares, de la ciudad cosmopolita: sirenas de autos, campanas de tranvías, desesperado vocerío de pregones, choque de herraduras, conversaciones a voz en grito, música confusa de conciertos en cafés y cabarets, silbatos de mil vendedores ambulantes, y, en el asfalto, precipitado taconeo de millares de gentes alocadas que se atro-pellan corriendo angurrientas.

A mis pies la necia y cansada humanidad va entonando en el progreso su eterno estribillo de canción, la cual es vendabal que silba y muge soplos de hambre y sed vital en el vértigo de las conquistas, así, errante y ciega en el atropello de su propio andar. Es el sordo e inarmónico rumor de todas las angurrias, semejante al jadeo sin fin de la bestia apocalíptica: precipitación de las horas en furia, de las horas impalpables, rugientes y absorbentes: es el paso de las horas en tropel y sin eco a fuerza de estruendos: no hay corazón que responda al íntimo grito del

## ARTURO BORDA

alma, porque cada existencia lleva fija su atención —aquí, allá, en todas partes y siempre—, sólo en su futuro, como en su trayectoria fatal el hierro lanzado al espacio.

La siniestra canción del progreso canta en las urbes a modo del obsesionante cantar de las aguas en las cataratas del Niágara, donde ni el sueño duerme en los rápidos del subhielo en los gélidos inviernos. Así la canción del progreso a través de todo estruendo y silencio, del amor y el odio, del bien y del mal y de la quietud y el vértigo, es el rumor impío del avance total de la vida, puramente humana, para sarcasmo de no sé qué, pero para sarcasmo.

Mas, al fin, oh alma mía, o sirena de amor, elevarás al Señor tu cántico eterno y mudo, cuando tu carne haya caído pesadamente en el pavimento del progreso. Entonces oirás en las alturas no más que la recóndita armonía del eterno mutismo: cántico inarticulado y excelso del espíritu, el único.

.....

Para los hombres libélulas, para aquellos que tienen su pensamiento en el timbre de su voz, para aquellos que al oír su eco en las rocas se suponen ser los arbitros del mundo; en fin: para aquellos que sonriendo perennemente suponen, al oírse en el eco o al verse en el espejo, suponen, digo, que el universo está pendiente de sus labios, para ellos es mezquino el silencio del recluso en la meditación.

Los primeros llevan labios de gloria y los otros tienen inmóviles ojos y boca.

.....

Un día, al anochecer me puse a escribir lo que sigue: — Esta es, ¡oh corazón!...— Y en eso, un ventarrón cerró de golpe todas las puertas. Luego continué así:

Esta es, corazón, la canción del vencido: Ama, resignada y humildemente, oh alma mía, la tierra en la que

## EL LOCO

tus huesos dormirán el sueño sin aurora. Pon tus ojos en el hondo subsuelo, elevando la oración a tu Dios. Lloro gota a gota, lágrima amarga, la tristeza de tus días: horas vanas de agitación eterna.

No más afanes ni aflixiones, ya que el recuerdo se pierde en los horizontes invisibles; vive solamente en acción de gracia del instante que huye. El triunfo está en llegar resignado al solemne instante del tránsito.

Ahora el viento ya no sopla. El día está delicioso, desde la semana pasada, razón por la que estoy relejendo con agrado lo anterior.

.....

Esta ha sido una huelga en la que hubo más de novecientos muertos y aproximadamente unos dos mil heridos, amén de la mucha necesidad que ha pasado la población. Yo estuve entre los suplementeros, imponiendo la suspensión de la salida de los diarios, pero como el gremio de tipógrafos no se había declarado en huelga, los empresarios estaban en sus trece con que se iban a tirar los números. Así fue al día siguiente. Pero a los primeros suplementeros que se atrevieron a coadyuvar les pegamos tales palizas que fueron a dar al hospital; de manera que en los días sucesivos, las ediciones se quedaron plantadas. A eso siguió el paro de carniceros, panaderos, tranviarios, cargadores, mozos de hotel, etc., etc. Y se produjo lo referido al principio.

Ahora me pregunto ¿qué es una huelga y qué significa? Porque a decir verdad, estos movimientos se me figuran los preliminares de un verdadero trastorno humano, quizá ya no muy distante, en el que todos los valores habrán de sufrir una especie de nivelación, si no definitivo, por lo menos profundo, considerando el ensayo puesto en práctica por la revolución rusa.

La huelga es la guerra sorda, el aniquilamiento **por** medio de la inacción laborista, casi con el vacío, ya que todos se reconcentran en el ensueño de los paros. Es que

## ARTURO BORDA

los oprimidos tienen hambre y sed de justicia y les urge reposar de modo que su gesto sea el hidrógeno deletéreo de la paz vengadora.

El siglo XX es la crisis para el florecimiento social en el siguiente, un estremecimiento de las formas de gestación.

Cuando el fenómeno del paro general sea efectivo, mediante una federación mundial de obreros, habrá de ser la demostración palmaria de la impotencia del oro y de la fuerza bruta: el oro y las bayonetas caerán de las manos laxas del burgués y del soldado, moribundos por inacción.

El sigilo, la unión y el ahorro de los gremios hará la fuerza una y trina, cerniéndose sobre los capitales a modo del ala de la muerte.

Está fermentado, aunque hasta cierto punto inconscientemente, como una necesidad biológica, tremenda y segura de sí, la nueva forma de asolación y el aspecto volitivo de la inacción del reposo en el ensueño fatigado del obrero, extendiéndose sobre el mundo a semejanza de un pulpo invisible. El reinado de la burocracia habrá concluido absorbido por el comunismo.

Es, pues, forzoso que los obreros mediten seriamente en la fuerza demoledora y creadora que tienen a su arbitrio, si logran efectuar el paro mundial.

Mientras estoy pensando así, considero, acaso con fruición, la mortandad que hubiera de vencidos y vencedores. Cómo me satisface que perezca la gente.

Pero lo cierto es que para el advenimiento del verdadero y grande comunismo se requiere la hecatombe de una humanidad, porque ello implicará el deslumbrante eclosionar de los nuevos gérmenes: el pan de todos para todos con el trabajo de todos. Tal es la síntesis.

No más archimillonarios ni proletarios; no más déspotas ni esclavos; no más ahitos ni hambrientos; y habrá

## EL LOCO

desaparecido el lujo. El arte y la religión dejarán de ser un simple modus vivendi, debiendo culminar, por lo contrario, en su más alto destino, en la exaltación del espíritu hacia las zonas más purísimas a que sean capaces de ascender, cumpliendo así por primera vez su misión.

De esa suerte estaremos en la era de las purificaciones en el amor; pero es necesario que antes sepa el obrero hacer sus ahorros, formando cajas archimillonarias de resistencia, para sobrellevar triunfalmente alegre la huelga mundial con la que se desplomarán, igual a los muros de Jericó, las actuales formas sociales, artísticas, políticas y religiosas: toda la trabazón económica contra la que vamos inconscientemente todavía.

No obstante pienso también que si el pueblo en vez de gastar en actos de caridad para la religión y en diversiones, invirtiese sus ahorros con el fin de crear bancos proletarios, no tardaría mucho el pueblo en ser el capitalista. ¿Y entonces?

Tales son, humilde obrero, los altos fines que, según mi ver, realizará un día tu acción, sin temor alguno a la fuerza armada, porque como que el soldado antes que soldado es obrero, se pondrá necesariamente de parte tuya, en resguardo de los derechos de su porvenir, ya que la milicia es sólo una condición zozobrosa y precaria no más que para la defensa de la patria y jamás contra los derechos humanos, menos aun contra aquellos derechos del hombre que buscan la conquista perenne del bienestar humano.

Ahora considera, obrero, que tu misión es un apostolado, consiguientemente de sacrificio; propaga, pues, in-fatigablemente, tu verbo para la obra de la hora sagrada.

Llegado a este punto y considerando que tanto necesitan los obreros de los burgueses y éstos de aquéllos, estimo que siempre es interesante la huelga de patronos.

Pero ¿por qué pienso en todo esto? Primeramente, porque la idea es buena en principio; después, porque yo

## ARTURO BORDA

estoy muy mal, y, por último, por esa urgente necesidad de matar mis inquietudes interiores, ahogándome en el vértigo de las emociones más fuertes.

.....

Una tarde oí hablar de Wilson. Exaltaban su voluntad merced a la cual, decían, que pasará a la historia como el apóstol más grande de la justicia en este siglo, mientras que Guillermo II será la imagen satánica que se hunde incendiando el mundo.

Al oír opinión tan inocente, claro está que yo no podía nada menos que sonreír sin abrir los labios. Y cómo había de ser de otro modo, si en el mismo instante estuve viendo que Wilson, si no se hubiese perpetrado el crimen de Sarajevo y por ello no se inflama en Europa la guerra del año 14, y, además, si Wilson no hubiese sido en esos precisos momentos Presidente de la Unión, hechos absolutamente ajenos a su voluntad, Wilson seguiría siendo, con todas sus teorías, el vulgar burgués de antaño.

En cuanto al Hohenzollern, respecto a su voluntad, también sucede algo análogo; es decir, que si no es el crimen aquel que precipitó el conflicto que desde medio siglo ha, iba preparando sabiamente, Guillermo sería la figura más enorme de la historia de las conquistas y acaso el reformador en el sentido contrario de aquel en que acaba de virar el destino de los pueblos.

He ahí, pues, dos figuras colosales en la mente de los hombres en el ventarrón de lo desconocido y que, sin más importancia, lo mismo eleva al uno como sepulta al otro.

Con estos hechos, y sin que ello alivie mi mal, vuelvo a comprobar por milésima vez, que lo que está escrito escrito está, aunque nadie sepa jamás qué es lo escrito y aunque el mismo Nazareno dijese, acaso contradiciéndose, lo cual después de todo no importa. Digo que dice: —Si dijeres a este monte: quítate y échate en la mar; lo que dijeres será hecho, si no dudas en tu corazón. Sarcasmos de lógica divina.

## EL LOCO

Pensando y escribiendo así, adherido con desesperación a cada cuartilla, Como a un salvavidas en la iracunda mar, sin apartar los ojos de cada signo que estampo, apretando contra el escritorio mi pecho, porque no lata mi corazón, a modo del avestruz que hunde su cabeza en la arena cuando se halla acosado, así yo que siento venir en mis días una hecatombe siniestra y galopante. Por eso estos párrafos que serán culebras de hielo en la médula.

Tal, pues, queriendo, con tufo de sangre en agonía, salvar no sé qué, estoy volcando mi alma en cada cuartilla.

.....

Nunca el silencio es más grande que cuando sólo habla con los hechos.

.....

La inmediata ventaja de los viajes es que prácticamente nos enseñan a considerar a los seres como a meras ilusiones que nacen y se desvanecen en un relámpago que brilla en las tinieblas.

Los viajes son el mejor tónico del individualismo. '

.....

Cambiarás de latitudes y de costumbres, mirando y viendo cosas nuevas: infinita variedad en las formas; mas el espíritu que anima a \_cada sexo es fatalmente el mismo: las satisfacciones de las necesidades para fomentar el vicio. Y esta será una de tus más grandes sorpresas, precisamente por la fuerza descarnada de su simplicidad a que se reduce el progreso.

.....

He ahí cómo un día hallándome más allá de los míos y de mis anteriores lontananzas, disperso en la espectación de la vida tumultuaria, es decir, casi fuera de mí, oí de

## ARTURO BORDA

pronto, cual si fuese un gemido, acaso una sonrisa amable del recuerdo, una distante llamada de las penumbras; oí, enternecido, a la distancia, en viola, en arpa o flauta, suave y maternal, el más dulce son: la remota canción de cuna que me arrullara somníferamente un día. Y así era en el aura vaga de la hora taciturna el eco del campanario que venía en el aire nacional tañido por algún compatriota escondido en algún quincuagésimo piso de la moderna Babilonia. Era, en fin, una armonía mágica llegando a semejanza de una bendición, a modo de la llamada o lo más sagrado: suscitación del recuerdo de la patria al través del hogar. Y así la sortiloga música, ahogando los gemidos en mi pecho y agolpando las salobres lágrimas en mis ojos, mientras que las pupilas vagaban inciertas, extraviándose en el cielo estrellado. Pero después no pude contener la carcajada.

.....

Algo que observando involuntariamente en las grandes capitales impresiona es la tendencia de los ojos a dispersar su mirada, como en las agonías.

Ahora con mis manos en derredor de mi cabeza, cual si ahuyentara un enjambre de abejas irritadas, pretendo apartar de mí esta obsesión de los lánguidos párpados y de las ansiosas miradas bajo la sombra de las grandes pestañas.

Veo ojeras repintadas y párpados caídos; veo el serpentear de la carne en lujuria: carne de placer y tedio en las agonías ociosas. ¡Oh! sibaritismo sexual en fatiga.

El ambiente de aromas y sudores está saturado de un denso vaho de sensualismo, de angurias y tedios, en fin, de algo que a la observación repugna, ya que todo respira la desesperación por el oro y la otra cosa.

.....

Era en un cabaret. Yo era extranjero. Las ágiles meretrices, ondulantes e incitantes, pululaban a millares.

## EL LOCO

Los hombres en tan fácil mercado bebían alborotando el cotarro. La estrepitosa orquesta sonaba ahogada por el rumor de la calle en un vendabal de voceríos y carcajadas del tráfago.

En torno a una mesita apartada había unos sujetos, tan abstraídos en su conversación, que parecían cuerpos abandonados del espíritu.

Pero de pronto, levantándose el menor, dijo:

En las cabañuelas de la selva densa, donde el sol entra a hurtadillas, fermentando perpetuamente la germinación polífera, allá donde no cesa el rumor sin artificio de la vida en pugna, allá donde todo crece y reverdece en ondas de hervor ecuatorial y balsámico, apresurando las multiplicaciones, allá donde las plétoras me atraen con amor y candor, esa es mi patria.

El segundo habló así:

La aldehuela en la distante orilla del mar; el eterno canto de las aguas al romperse en las playas; las enormes sinfonías del cielo y el líquido cristal, cuando estallan las tempestades; luego el diminuto barquichuelo jugando a la muerte en las cimas y los abismos de las traidoras olas, y, más allá, en las tinieblas, a modo de una estrella extraviada, la lucecilla del hogar, donde opresos en inquietud esperan el retorno los grandes corazones de la familia, esa es mi patria.

En seguida el tercero murmuró:

Millones de habitantes hormigean sin cesar en la ciudad que escala al cielo; risas y amor de confín a confín en connubio con el prepotente oro; confort: irse dulcemente de la vida, sin amártelos, sin recuerdos: olvido sin límite en la sutil y armoniosa trabazón de las epifanías y desapariciones instantáneas de la belleza en tránsito: mareo inconsciente y abrasador de toda carne, de toda concupiscencia: vórtice fatal y natal en el que las horas se consumen velozmente; y en esa dantesca apocalipsis, un co-

## ARTURO BORDA

razón materno o paterno, cuyo hilo de dulzura subliminal ^oh hilo de Ariadna— es mi salvación en el tumultuoso laberinto de las pasiones, tal es mi patria.

Entonces el cuarto se expresó en estos términos:

El silencio sepulcral de las callejuelas; el andar lento y meditabundo de los comarcanos, en la cordillera; la sosegada volición del espíritu y la enorme majestad de los montes; los arroyuelos murmuradores y las inocentes y hurañas sagalejas, saltarinas de risco en risco, en pos de los ligeros cervatos, batiendo al aire los arambeles de su burdo sayal; allá donde por mí laten acaso amor unos corazones; allá donde el silencio dilata al infinito la idea; allá donde supe del más amargo dolor, crisol redentor y creador, esa es mi patria.

Y por fin, entornando los ojos y cerrando los párpados, dijo así el viejo bohemio:

Más allá de las agitaciones en cartujas y cosmópoli, al otro lado de los ríos caudales y de los sonantes mares, tramontando las altas cumbres; más allá de las selvas vírgenes, en la inmensidad polar, espejo de auroras inverosímiles, donde sólo impera el silencio; allá donde ya nadie me espera ni me atrae su imán, esa es mi patria.

Dijo, mientras que resbalando a modo de estrellas dos lágrimas en sus acanaladas mejillas, fueron a esconderse en la enmarañada barba.

Y yo, indudablemente consternado, oí todo aquello cual si fuese un silbo encantador que viniese de los abismos del misterio, suscitando en mí la memoria de mejores días. Mi espíritu volaba soñando en alas del deseo a mi sin par tierra de origen. Entonces alcé emocionado mi copa, hablando en estos términos a la multitud:

El silencio de cartuja y la loca algarabía que te amantó, ya en el apartado rincón o en el diabólico hacinamiento de la urbe, es, hombre, el único oxígeno que insuflará tu vida, dando sosiego al ritmo de tu corazón.

## EL LOCO

Torna, pues, hombre a la vera de tu sendero; mas sí el arrullo de tu cuna fue el canto huracanado de alguna cos-mópolis, huye del silencio, porque te abandonará en la desolación. El silencio es más potente que el fragor de las tempestades. En el silencio de los eternos arcanos muere todo rumor. No recuerdes a Menfis y Corinto ni a Tebas o Babilonia, porque el mutismo las sepultó ya; no hables en las ruinas, en las que sólo oirás en el eco del horror de tu voz con deajo de ultratumba.

Hombre, de donde fueres y donde estuvieres, torna a tu lar natal y oirás la dulce canción de sus vientos.

Luego, rompiendo con toda la fuerza de mis pulmones ese sordo olaje de armonías, de risas y cantilenas del cabaret, grité, alzando emocionado mi copa: —**¡Por la Patria!**— Por lo cual, simulando el canto del océano en pleamar, entre sollozos e inconciencia, elevando las copas y poniéndose de pie la multitud, estalló en un loco y simultáneo: —**¡Por la Patria!**—, grito que llegó cristalino a las alturas.

Tal apuramos las pócimas del recuerdo.

Luego agregué:

Ahora, extranjeros, sabed que la nostalgia del patrio suelo es indiferencia, lentitud, languidez, sueño de convalecencia que nos rinde, hipo de llanto que se anuda en la garganta: dormir, soñar los tiempos idos, los seres amados y las horas de paz: vivir no más que lo que fue, ¡oh resurrección de los viejos amores!, ardor en los ojos, calma de tortuga en los párpados, dolor sin dolor en el pecho *j* en el fondo del alma lo indefinible del recuerdo; ansias de volar sin alas, sin carne, en espíritu, a la patria y así reposar en su césped, aspirando sus auras; deseo de oír y ver con hambre, con sed, angurriamente los montes, la campiña y el poblado, hablando perezosamente con los hermanos lugareños. De esa suerte indiferentes a lo que en el instante saben nuestros sentidos, alentando en él la hoguera de las remembranzas, las horas vuelan, casi como si no existieran para nosotros, y sólo entonces comprende-

ARTURO BORDA

mos el sentido exacto del Rey Sabio: —**Mis días pasaron como sombra;** luego desentrañamos el oculto sentido en la emoción de Rubén: —**Cuando quiero llorar no lloro — y a veces lloro sin querer.**

Y salí a escape de ese antro, huyendo Heno de un malestar profundo. Anduve a empujones entre la multitud, hasta que al anochecer llegué rendido a mi tugurio, mascando mi propia hiél que me la volvía a tragar. Y, re-volcándome de un lado para otro, toda la noche, al fin al amanecer pude conciliar el sueño.

.....

A excepción del sexo, todo lo que no sea ir locamente en pos del pan, es un mero accidente para la gran mayoría de los hombres y las mujeres.

.....

Dio las tres de la madrugada y me di a vagar los parques más silenciosos, procurando ahogar mi insomnio.

Por la millonésima vez me hostigan el mismo cansancio, el mismo hambre sin hambre y la misma sed sin sed. Me hallo agobiado por una laxitud enorme en los nervios y en las articulaciones, sumergido en un vacío que no sé si está en mí o fuera de mí. Tengo **a** la **vez** un ansia desesperada de no sé qué que me llama de no sé dónde con musitante voz de sirena y con fuerza de imanes.

Así, en una especie de olvido del mundo, escondido en un rincón del parque, voy anotando estas líneas, recordando aquesta canción que solía cantar sin querer:

Estas ansias de nada  
y esta pena de todo  
ciernen su frío en el alma  
con su insistencia cruel.

En eso mi fantasma nocherniego que sigilosamente había llegado **ya**, me **dijo, sonriendo:**

## EL LOCO

Si no es impertinencia, diga, señor. ¿Qué escribe con tanto afán?

Volví a él la vista. Y como si sorpresivamente me sintiese herido con hortigas o cauterio en llaga viva, noté que aquel hombre sonreía mirándome; por lo que le repliqué indignado:

¿Por qué me pregunta, si no ha de sentir ni comprender aquello por lo que luego de sabido habrá de continuar sonriendo? Mi tedio y me-ancolia son el cansancio de un siglo y acaso más. Su risa de incomprensión y bondad me hiere. Quítese: que no le vea ni le sienta. Me enferma de odio su presencia.

Y el fantasma se fue siempre sonriendo, hasta que paso a paso desapareció en la umbría, dejando en el ambiente una siniestra impresión de soledad burlesca.

.....

Es una fatalidad tener abierto el corazón, sueltas las manos y no saber decir ¡no! Pero sólo los crujidos de la necesidad nos arrancan las chispas más galvánicas capaces de excitar los silos más profundos del espíritu del individuo y de los pueblos.

.....

En verdad que hasta hoy no he sabido lo que es expresar un hecho bello, contemplado sin emoción.

Esta mañana, internándome en el bosque, insuflando él fresco ambiente del otoño que se inicia, llegué al arenoso claro donde en columpios, en balanzas, en escalerillas y trampolines de kinder gardeii juegan un millar de criaturas, vestidas ya de celeste o de lila, de rosa o de verde-agua o crema, mientras que, tejiendo guantes o mantillas, vigilaban las ayas, sentadas al pie de los ceibos o de los frondosos ombúes. El viento batía elegantemente ropas y cabelleras; las aves piaban coreando el murmullo del bosque. El verde húmedo, variadamente matizado por el sol, da un luminoso resalte a las batitas multicolores, leves y

## ARTURO BORDA

flotantes. Esa alegría infantil hubiérase dicho el encantamiento de las horas.

Sobre la arena encarnada por el sol mañanero, proyecta su sombra movediza de tul lila un frondoso sicómoro, al pie de cuyo añoso tronco me recosté, dejando que las horas vuelen. Entonces, aun más serenamente, eché de ver que me hallaba en verdadera pugna de indiferencias con la naturaleza.

Así las cosas, llegaron dos señoras al claro asoleado. Una de ellas, muy viejecita, senecta acaso, con toca oscura, apenas si andaba apoyándose en el brazo de la otra. Luego que las vieron venir, las chiquillas se desgalaron hacia ellas, gritando: —¡A la bisabuela! ¡A la bisabuela!.— En seguida las dos señoras, abrazando las cabecitas rubias de las nenas, fueron a sentarse tranquilamente en un banco, mientras que las criaturas tornaban a su algazara. Los trampolines, los balancines, los columpios y las escalerillas, entraron en actividad inusitada.

Entretanto, siempre recostado y acodado en el suelo, descansando la cabeza en la mano, quedé mirando distraídamente la arenilla cubierta con piedrecitas a modo de confites, ya ocres, lácteas y verdosas si no jaspeadas. Algunas tenían reflejos de cristal. Todo yacía entre hojas secas y ramajes pisados. Y entre cálices, estambres y pétalos, iban las hormigas.

En ello estuve cuando arreció el alboroto de los niños. Gritaban: —Al balancín la bisabuela! ¡Al balancín!.— Ella, chocheando y sostenida siempre por la otra señora, a quien llamaba hija, gritaba también, aunque con voz apagada, afanándose por ganar la tabla: —¡Al balancín!.— Tomó asiento al fin en un extremo de ella, en tanto que la chiquillada gritando locamente hacía contrapeso en el otro extremo. Luego la bisabuela, sonriendo a modo de una nena caprichosa, se elevó suavemente en una salva de aplausos infantiles.

Tal se inició el sube y baja de los extremos de la vida, mientras que el cielo, el sol, el inusitado parloteo de

## EL LOCO

las aves, y todo, parecía corear al frenesí con que jugaban bisnietas y bisabuela; sólo yo permanecía indiferente, adormecido, dormitando, hasta que el guardabosque en estos términos me obligó a retirarme: —Vaya a dormir a su casa, so haragán.

Después, arrastrando mi tedio llegué a la ciudad congestionada por el tráfico. El crepúsculo era azulenco y los focos eléctricos se encendían como naranjas de oro. Más tarde en el cielo tinto brillaban intensamente las estrellas.

Aun a través de las impudicias la conciencia de la víctima tiene siempre sobre el delincuente la acción de la justicia, tanto más cilicial cuanto más escondida.

.....

Anoche soñé que en la infinita desolación habían dos sombras, allá en la lejanía, esfumadas y taciturnas; iban caminito de la suprema melancolía y seguíanle unas sombras pequeñitas.

Después apareció en lontananza un punto oscuro y vacilante, que venía, ya ocultándose o reapareciendo, en lomas y hondonadas.

La tarde caía. El crepúsculo se amorataba cuando una voz femenina dijo sollozando:

¡Caminante! ¡Caminante!...

El peregrino que llegaba se detuvo estático, contemplándolas. Y llegaron a él las sombras que iban. Entonces los viejecitos, entrecortada la voz por el llanto, prorrumpieron así:

¡Caminante.' Caminante ¿viste mi hijo al otro lado del mar, traspuestas las cumbres? Habla. ¿Qué hace? ¿Goza? ¿Recuerda? ¿En qué regazo descansa su cabeza? ¿Qué amor le da en el invierno su abrigo?

Caminante ¿viste a mi hijo? El, Adonis o Jacinto, lleva en el ensueño de sus negros ojos, en cisterna de lágri-

## ARTURO BORDA

mas, una esperanza que duerme. Habla, caminante. Habla, por favor. ¿Viste a mi hijo? Recuerda su voz; ella tiene el timbre de la incesante invocación a los negros y hondos misterios. En él hay amor.

Al oír aquello, y con dejo tan hondo, el peregrino enmudeció aun más. Pero en eso una de las pequeñas sombras habló así:

Papá, tengo sed.

Y otra agregó:

Mamá ¿volverá el hermano?

A lo que repuso el viajero:

¡Oh!, buen hombre, y tú, buena mujer, y vosotras, ingenuas criaturas, ved que mis pies dan testimonio de lo mucho que anduve día y noche, sangrando; y no vi al ausente, yo que crucé los confines.

Tal dijo. En eso se oyó pasar en un soplo misterioso una grande voz que parecía emerger del seno de la tierra, diciendo:

¡Misericordia, Señor! ¡Piedad por ellos!

Luego las gráciles chiquitínas decían sollozando:

Caminante ¿viste a nuestro hermano? El es el consuelo en la esperanza de mejores días, acaso cuando falten las sombras de papá y mamá. ¿En qué lejanías viste, caminante, al hermano?

Y el peregrino contestó en estos términos, bajando los ojos:

¿No veis, oh ingenuas hermanas, no veis, oh amantes padres, que nadie asoma en los horizontes? Quizá el ausente, ebrio de sus días, olvida el pasado y va a modo del viento veloz, tramontando cumbres, salvando lontan-

## EL LOCO

zas o tal vez reventó de tristeza su corazón al caer en los eriales. Mirad, sublimes criaturas de amor, nadie asoma en el silencio de los horizontes.

Después el rendido caminante ahogando su voz contempló enternecido la triste caravana, en la que todos, inclinadas las cabezas escrutaban en las sombrías lejanías.

Y la visión fue desapareciendo lentamente a tiempo que se elevaba en el espacio un vago son de música sagrada. Mas, desperté con el pecho oprimido.

.....

Durante la noche llovió a torrentes y desde el alba al anochecer hubo una sutil garúa; pero de tiempo en tiempo se cerraba la cerrazón gris y brillaba un rayo de sol.

Con tal temporal me di a pasear los prados.

La carta, húmeda, cerrada aún, bien lacrada y muy arrugada, estaba olvidada en un rinconcito del huerto. Por el sello supe que venía de muy lejos: de los antípodas. ¿Qué decía? Quien sabe. Sentí respeto y tuve miedo de abrirla, porque me pareció que sudando respiraba agitadamente, queriendo contener el resuello. La letra del rótulo, que decía: —Señora — Esperanza de Hijosdalgo. — Azul. — Hemisferio Sur— era indefinible: parecía de hombre y hu-biérase dicho ser de mujer; no sabría asegurar si era de niña o de viejo; pues la inscripción se hallaba casi bordada por la lluvia.

Esa carta y en aquella hora, a la muerte del sol, cuando nos hiela el frío más indecible, fue un misterio para mi alma. Puede decirse que tal carta dormitaba muy rendida, ocultando su secreto en su frágil abandono, como la virgen desnuda esconde su honor en su pudor; estaba tan dejada al acaso, a la infame violación de cualquier sacrilego, tan empapada en el vaho de la tierra y en la lluvia del cielo, en llanto y sudor, que alzándola piadosamente, por-

## ARTURO BORDA

que se deshacía, la eché en el primer buzón que hallé. ¿De qué hablaba? ¿Qué escenas y aromas recordaba? ¿Era portadora de infaustas o buenas nuevas? Ignoro, porque el secreto que esconde toda carta en la frágil envoltura del sobre es arcano y sagrado ante la moral universal.

Era una carta húmeda, bien lacrada, muy arrugada, discretamente oculta en un rinconcito del huerto, donde parecía dormitar muy cansada, estremecida, temblando al soplo de las auras, entre la yerba que olía a heno y la tierra mojada que sabía a lecho nupcial y a cadaverina.

Desde entonces ha pasado ya mucho tiempo y recuerdo todavía aquella carta olvidada en el huerto sombrío.

.....

Para que la gente sepa cómo ha de trabajar, sería necesario que comprendiese la inmensa faena de las prostitutas en las cosmópolis; ocupación más baja y despreciable que la de los pordioseros, más fatigante que la de las bestias de carretera, cuando al amanecer caen rendidas, echando sangre por la boca; más humilde que la de los barrenderos de letrinas y muladares. Y todo, pobres hembras, para vivir pudriéndose.

Hasta hoy no he visto ningún oficio más repugnante y que fuese más allá de los lindes de lo humano y bestial: nada vi más repugnante cuanto más necesario para la higiene urbana.

Por duro que fuese tu trabajo, lector, para lograr tu migaja diaria, jamás llegará a parangonarse con el de las infelices hetairas.

Pero debo decir que tales son mis reflexiones para con los demás, que, por lo que hace a mí, no hay palanca que me mueva, porque en mi constitución está el alma del plomo, sin embargo te hará provecho..

.....

## EL LOCO

Hoy, en el tumulto callejero, al cruzarnos apresuradamente con un individuo a quien vi por primera vez, noté que sonriendo al mirarnos un instante, éramos ya enemigos irreconciliables. Felizmente todos somos sombras.

.....

Saberse alguien nos quita la libertad que recibimos de sabernos nadie.

.....

Cosmópolis te tornará tan solo y egoísta, que prácticamente perderás toda idea de relación; entonces como en un naufragio te asirás miserablemente desesperado a tu egoísmo, como al único salvavidas, y al sentir sólo tus miserias, olvidarás el mundo, empuercado en tus necesidades.

La existencia es la escuela del egoísmo.

Las cosmópolis sólo sirven para beber en ellas el tóxico maldito de las civilizaciones; pero si eres un ser interior y te sustraes en el silencio de tus soledades, sabrás que en él, en el silencio, ese veneno se destila en sabiduría para divertir a los afortunados.

Los hispanoamericanos para reaccionar útilmente necesitan con toda urgencia una doble dosis de egoísmo anglosajón inculcado en las escuelas primarias.

.....

El timbre de voz clara y fuerte y la palabra atropellada acusan, de modo infalible, una vida activa en centro? igualmente activos, allá donde por el exceso de bulla es necesario gritar y donde por falta constante de tiempo es imperioso hablar rápidamente. Por esas razones la imaginación es más activa aunque más superficial y de pillería. En cambio la palabra lenta y la voz baja revelan vida sedentaria en centros inactivos; mas el pensamiento es tardo y profundo, de honradez.

.....

## ARTURO BORDA

A las once entré en un bodegón en el cual comían labradores, marineros, cargadores y Dios sabe qué clase de gente más. Cuánta delincuencia y virtud vaciada en esa bazofia cosmopolita. Pero tiene también su encanto muy particular alternar con ellos. Así, pues, pedí un beefe y medio litro de vino. Ocupé una mesita de sesenta centímetros por lado. Al asiento opuesto al mío, que se hallaba vacío, saltó de pronto un perrito de pelaje pardo, muy fino; y puso en el filo de la mesa sus dos patitas delanteras. Luego, inclinando la cabeza de uno a otro lado me miró cómicamente triste, o quizá haya sido esa su mirada natural.

Después, con la patita derecha, cual si estuviese fastidiado, se frotó la cara y las orejas; y tornó a mirarme siempre ladeando la cabeza, a semejanza de los gallos, mirando primeramente con un ojo y luego con el otro. Entonces partí mi pan, subdividiendo una de las mitades en doce partes, cada una de las cuales, sopándolas en vino se las fui dando sucesivamente a mi excelente Flor de Lis, nombre con el que su dueño, que se hallaba almorzando en una mesa próxima, le llamaba insistentemente; pero él no se dio por entendido, ni mucho menos, hasta que recibió de mí toda su ración. En seguida relamiéndose el hocico dejó la mesa; dio varias vueltas en el esterillado de la silla, como si quisiese morder su rabo, y enroscándose quedó dulcemente dormido. Mientras tanto y continuaba despachando maquinalmente mi comida, adormecido por el vino y el ruido interminable de trenes, de autos y coches y con el rumor de mirares de gentes. En eso el perrito ladró suspirando entre sueños. ¿En qué soñaba el animalito? No sé; pero después quedó profundamente dormido. Y mi mente, embarcada así ya en mi corazón, se dio a volar en universos de una existencia imposible, en los que mi naturaleza era incorpórea y venturosa; pero he ahí que de repente revienta una llanta de auto, que, sobresaltándonos, nos despierta al perrito y a mí. Mas, él, inmediatamente saltó a la mesa y comenzó a lamerme la cara. Claro está que sibaríticamente indignado, de un empujón lo eché al suelo, en el preciso instante en que su amo le llamaba castañeteando sus dedos.

Y salieron del establecimiento, Flor de Lis iba más alegre que una ardilla, casi bailando. Un instante me

## EL LOCO

quedé mirando la puerta. Pero más tardó en salir que en volver el amo, vociferando energumenamente. Decía que su Flor de Lis había sido atropellado por el tranvía, y que, por consiguiente, yo que le hube embriagado con vino debía pagarle los sesenta pesos que valía.

Por esa razón tuve un serio altercado, que felizmente no concluyó en la comisaría, merced a la oportuna intervención del bodeguero, quien le hizo comprender que si, como dijera, había visto que yo le daba vino al perro, debió haberme observado a tiempo, aunque yo no hacía más que cumplir con un deber de hospitalidad. De ese modo quedamos en paz, aunque yo quedé muy entristecido por la desgracia de mi excelente Flor de Lis; pero desde entonces no he vuelto a dar pan a perro ajeno, no precisamente por el perro, sino que por el amo.

Pues bien, una vez tuve la mala suerte de leer lo anterior en un cenáculo de literatos, mercaderes, militares y de otras varias profesiones, creyendo que les podría divertir esa ocurrencia, pero el resultado fue que se me enojaron sin excepción, lo cual, después de todo, también me curó radicalmente de esa estúpida manía de hacer partícipe a nadie del calor de nuestros interiores regocijos.

.....

Hace algunas noches que tuve un sueño extravagante, cuyo recuerdo me tiene constantemente inquieto, de manera que no tengo sosiego para nada. Ciertamente debo referirlo ahora mismo.

Yo era el hombre más perverso: en mi alma bullían mis peores sentimientos, alegremente bailarines y mi corazón era un volcán de las más inicuas ideas. Podría decirse que todas las maldades humanas habían anidado en mí. Fui, en resumen, lo más repugnante; **pero** nadie sabía de ellos, porque sencillamente no salía de mi conciencia.

Así de tiempo en tiempo oía dentro de mi pecho una voz que decía: —Sé bueno, Loco: no lucubres maldad. Sé bueno; advierte que si no tu castigo será terrible...— Y

## ARTURO BORDA

yo sonreía pensando mil disparates de esa voz misteriosa, hasta que un día habló en estos términos, por última vez: —Llegó al fin, Loco, la hora fatal—. Y no dijo más.

Algún tiempo después noté que todos huían de mí, asqueándome, porque como que mi pecho y mi cabeza eran ya de cristal, veían, al primer golpe de vista, toda la pocilga de mi mundo interior, tal como se ve agitarse la existencia micro en una gota de agua, al través del microscopio. En mi desesperación no sabía a dónde huir ni dónde esconderme. Corriendo sin rumbo, como alma que lleva el diablo, iba buscando la soledad, ansiando y pensando no sentir ni pensar nada; pero las gentes veían también esta mi cobardía, rechazándome con indignación ¿acaso porque se veían en mí como en un espejo? Quizá. Pero de tal manera corrí durante siglos, sin ni siquiera poder morir; mas al fin las gentes ya no me repelían, porque en mi corazón y en mi cerebro sólo vieron la tristeza y el cansancio que había dejado la evaporada maldad; sin embargo yo seguía huyendo resentido ya, sudando sangre, hasta que caí rendido ante la carcajada general.

De esa suerte durante mucho tiempo, levantándome y cayendo, hasta que al pasar delante de una iglesia de La Merced, entrando en ella oré con fervor ante la imagen del Buen Jesús; mas las palpitaciones de mi corazón aumentaban tan temerariamente, tanto que me despertaron ahogándome.

Y es bastante curioso el caso de que conforme voy escribiendo esto, me siento muy aligerado de mis inquietudes. ¿Qué será?

.....

Amanecí hoy sin opresiones. Hay, pues, en lo íntimo de mi alma una sutil alegría, como de arreboles y reflejos que pasasen veloces en el encaje movedido de las frondas húmedas y verdinegras que resaltara sobre un azul pálido de ocaso. Es la alegría de quien sonríe deleitado por la caricia del aura mañanero, alegría que es casi una leve melancolía.

## EL LOCO

A la tarde, adormecido en la amable paz con que la vida se recrea, tendido en la yerba, a la sombra de los tamarindos y las moreras, me siento morir, pensando que...

Cuando yo muera mi alma será un ave invisible, cuyo canto armonioso encantará los espíritus, como en el oquedal en estío el cantar no aprendido de mil aves matutinas; habrá en la selva un airecillo primaveral, y los arroyos, cual si deglutasen, murmurarán su eterno tarareo, simulando relatar sus consejas milenarias de la umbría.

Cuando yo muera, el canto avenusto de mi alma será como la intuición de los sortilegios en los crepúsculos; y al mediar el día el sol entonará su canción en el césped y en la arenilla de la cequia. Todo se habrá de animar cuando en mis selvas y montañas entone su cántico mi alma trasmigrada; pero...

Y sentí que el sueño me rendía dulcemente.

\*

Cuando desperté, sobresaltado por un rudo vozarrón, el guardabosque se alejaba como una sombra. Era la alta noche. El viento dormitaba. A lo lejos se oía el clamor de una campana, y en el oscuro cielo, al través del follaje, fulguraban alegremente las estrellas.

Nublado. Hace frío. La mar está brava y el viento es sordo. Las estruendosas olas cantan estrellándose en los negros escollos y en las enmarañadas raíces del robledal,

\*

A lo lejos la mar, deprimiéndose inmensamente en un punto, se hincha monstruoso en otro. Así vienen las ondas a romperse en el litoral.

Bañándome bajo el cielo plúmbeo y debajo de las ciñeras frondas, saludo con júbilo a cada ola que llega, acerada o verdinegra; luego chapoteando jaleo para zabullir

## ARTURO BORDA

mientras pasa. Después, sobrenadando descargo en ella mil varillazos con una ramita desgajada por el vendabal.

De ese modo, igual a un niño o a semejanza de un loco, juego con los elementos. Me siento feliz, porque mi espíritu ha encontrado su espejo en la mar: en ella se agita inquieto y sin término, encrespándose y bramando en cada ola que se deshace rugiendo en los escollos, bajo la selva milenaria.

Ondas y frondas entonan en el viento un himno solemne.

Las ondas que unas en pos de otras vienen desde más allá de los horizontes, en danza atropellada, desmelenadas, palpitando agitadamente, llegan y me tumban, escupiéndome su oropel de espuma. Gimo, increpo, me alzo, grito, corro, río, porque las gentes huyeron y me hallo solo de frente a la tormenta. En multitud y sordos ruedan los truenos en el firmamento.

Entonces en la selva y a la orilla del mar, entre las olas, doy al viento esta mi canción:

Soplad auras andinas,  
soplad leda y dulcemente  
en las nieblas marinas,  
suscitando el recuerdo  
de los ayeres que recuerdo  
solo y tristemente.

Mas, nadie oye mi cantar que se pierde en el infinito trino de las aves y en el estruendo de la naturaleza conmovida; pues la lluvia cae con son de arpas sobre el agua y las hojas.

Me hallo suspenso en el concierto mágico de la inmensidad.

\*

Salgo de la mar, al anochecer. Alejándome de ella oigo venir de la ciudad maldita, a modo de un remezón,

## EL LOCO

el ajetreo urbano en el áspero rumor del hierro, en las fraguas y en los yunques. Estoy indeciso: no sé si retroceder; pues sólo ante la naturaleza me siento grande.

.....

Hoy, profundamente molestado con el inusitado hormigueo de la ciudad estoy escribiendo lo siguiente:

¿Vivir en las metrópolis? No; porque en ellas el cielo ocupa el menor espacio: la albañilería lo limita miserablemente. Nadie sabe del sol si no es por su luz en el suelo. ¿Quién mira la luna o las estrellas? Nadie, si no hay eclipse o cometa, y eso... Nadie sabe del azul o de los cre-púsculos; todos se pierden en el tráfigo de buscar sedas, espejuelos, oro y carne, carne humana, carne de placer; y Dios, el amor, el más allá, ausentes de la conciencia.

No vayas a las metrópolis, rudo campesino; porque te sentirás nausear en la simetría arquitectónica de mermeladas, de jaleas y manjarblancos, en el mareo empachoso de los mediotintes de liga piernas, de filigranas y finos licores en escarpates que afeminan las fuerzas degenerando los sentidos, encalleciendo las virtudes, mientras que allá, exiliada en el olvido de plena naturaleza, la naturaleza se exúbera potente. No vayas a las urbes, inocente labriego, porque en ellas se malbarata el tiempo, agotando en el deleite la energía.

¿Vivir en las metrópolis? ¿Londres, New York, Pekín, París, Roma o Berlín? No; porque todo en ellas se precipita en el más desatentado laberinto de los detritus, mientras que lo que hay de puro y grande en el ser, yace sin respiración, como en las profundidades del océano, bajo el peso de las aguas.

¡Oh, ingenuo provinciano! sabe que sentirse inocente en el curso de la civilización, aunque sepas a los hombres más necios que la necesidad, es más hiriente para nuestro silencio que lo es a la piel la picadura de las avispas. Por eso, si de civilizado ansias darte pisto, trata de ser lo que en tu ingenuo concepto es un bribón y así serás un civilizado.

## ARTURO BORDA

Luego, si estás en la urbe, torna presto. Y si de hogar y amor se trata, buscarás para consorte, en cuanto sea posible, tu igual en moral, en alcurnia y en cultura urbana; porque esas diferencias violentan cual con cilicios perennes al inocente vigilante de sí. Por tan poco he visto naufragar disposiciones intelectuales y morales de muy alta estima.

Pero en eso, recobrando en mí una fuerte congestión de asco me obligó a quemar las cuartillas, porque quizá podrían prestar algún servicio a las gentes.

.....

Vivida la vida ya: roto el maleficio de los sórdidos intereses económicos y sociales, sentirse envuelto en el hálito más puro del amor que es consolación y reposorio al través del espacio; voz más elocuente y grata que el amor filial a la senectud que siente en ello, para sus días, algo como la inmóvil luz del sol de Jesús; voz que con alegre llanto suscita dolor y congoja siendo amor. Tal es el recuerdo del hogar y la patria.

Pero con éste motivo recuerdo haber reído del modo más estrepitoso de la patria en una ocasión en que en teatro representaban no sé qué, pero figuraban unas esco-linas y el profesor, preguntando ridiculamente con gravedad magistral a una de las niñas: —¿Qué es la patria?—, la chiquilla respondió precipitadamente cómica, como quien repite una lección con su vocecilla en falsete y moviendo las manos a modo de aspas de molino: —La patria es el lugar donde nacimos. Etc.— Claro que yo largué la carcajada con gran escándalo de todos. Mas, ahora que estoy triste, lejos de la patria, quisiera escribir a una amada cualquiera en esta forma:

Y cuando tú, amor mío, contemples en el horizonte la estrella de la tarde, sabe que mirándola también puse en ella por tí mis ansias: mira en la noche la luna o la estrella que más fulja en los altos cielos: en ella te espero y busco; en ella, al calor de nuestras ansias desde ambos hemisferios, nuestras almas se besarán en la luz de Venus y Marte en el cielo profundo de la noche tinta.

## EL LOCO

Y sin embargo me pregunto: ¿y para qué?, porque siempre salta la duda en mis elucubraciones.

.....

Hace algunos días que he leído el canto de un poeta acaudalado, incitando a la caridad hacia los desvalidos, indudablemente que sin que su tacañería aporte su ejemplo. Por eso he escrito lo que se verá.

¿Caridad, dices? ¿La esperanza nombras? ¿Quieres cantar su loor? ¿Por qué? ¿Sabes acaso las angustias del que espera en vano una gota de agua o un mendrugo cuando agoniza de hambre o sed? La esperanza y la caridad nombras, impávido, tú que indiferentemente viste extenderse mil manos implorantes, quizá sí con la última esperanza? Cierra, pues, entonces, tu boca audaz y sacrilega, ¡oh poeta burgués!, porque ese sediento, ese hambriento ante quien pasas de largo, ese no escribe, ese no canta: ahogando en silencio su angustia, al oír tu himno falso a la miseria y la caridad, estrangula en silencio sus maldiciones, alejándose lenta, pesadamente, rechazado de las puertas, insomne, sospechoso y maldito, él, el hambriento, el moribundo ...

Y si, ¡oh poeta burgués! esas sombras que así palpitan en la sombra fuesen tus hermanos, hijos o padres, que llegan con la última esperanza puesta en tí, mientras que tú gozas embebido en tu cantar; pero yo quisiera verte así tacaño, paralítico y mudo, los ojos cristalinos, asombrados o resecos, mirando pasar a lo lejos aquella caravana que se va implorándote en vano como a su última esperanza. Entonces también, poeta burgués, quisiera oírte cantar loas a la esperanza y a la caridad.

En eso, porque la desilusión y la cólera se apoderaron repentinamente de mi sangre, he roto también esta otra cuartilla.

.....

Si sólo en la verdad culmina el arte, ¿para qué mármoles, color, sones y palabras, toda cosa para qué, si se tiene al frente la vida misma?

## ARTURO BORDA

La expresión desarticulada que impera en este siglo se debe al vértigo en que se vive y al impulso eléctrico de acaparar fortuna o a lo menos un sosegado pasar. Los días apremian.

.....

Carnaval. Alegre corso de flores. El era una imagen siniestra, pero nada delataba sus ocultos designios; sólo había un pliegue profundo en su entrecejo y un rictus despectivo en sus labios, cual suelen estar en las horas de inspiración: hubiérase dicho una estatua con la mirada fijamente dura en la multitud carnavalesca que se mueve imponente, a semejanza de las aguas turbulentas que salen de madre; pues no le inmuta el escándalo chillón con que la carne de placer excita, ni arrastran su mirar las plagas de disfraces multicolores de oropel y lentejuelas que se arremolinan entre serpentinas y papel picado, que llueven de los balcones atestados de incitantes hembras en trajes vaporosos; no hay en sus labios ni la esperanza de una sonrisa.

Así estuvo hasta la puesta del sol, hora en la que entrecerrando los párpados y moviendo la cabeza de izquierda a derecha, miró pasar en el tumulto, alocada y magnética, la virgen más bella, disfrazada de Lucifer y con zapatillas de cadáver. En eso noté acezar el pecho de aquel hombre, mientras que sus ojos se quedaban clavados en la lejanía en que desapareció danzando frenéticamente la virgen diabólica.

Anocheecía cuando en vértigo de colores, de aromas y de sonos la profusión de luz eléctrica parecía querer fundir la metrópoli en tanto que el estruendoso laberinto de los cosmopolitas hubiérase dicho que pretendía derrumbar la ciudad, cual un día los clarines echaron por tierra las murallas de Jericó.

De pronto de una de las manos de aquel sujeto, a quien helaba el viento frío de la noche, volaron unas cuartillas que las recogí. Estaban escritas a lápiz. Decían:

## EL LOCO

### JUEVES

Cuando no se tiene dónde comer ni dónde dormir, cuando se va constantemente de Herodes a Pilatos, sin saber a dónde se va, buscando un quehacer incesante, huyendo de las acechanzas obsesoras de mil crímenes...

Andar, andar en la urbe de interminables bulevares empalagosos y de laberínticas y fatigantes callejuelas; ver siempre fisonomías que recuerdan otras y no hallar ni una mirada amiga, encontrando, en cambio, herméticas y suspicaces todas las almas, y las puertas cerradas a cal y canto...

Andar gimiendo ahogados alaridos, como espectros sonámbulos, guiados por la inquietud que nos jala el corazón hacia todos los puntos de la rosa de los vientos...

Andar respirando la dolorosa atmósfera de las congojas, llevando el estómago y el alma revuelos en los empachos del tedio y vacío de alimento; y sentir que de todas las puertas y de todas las cosas y de todos los seres salen unas manos misteriosas que nos rechazan desde el cie<sup>^</sup> y la tierra a la vez que nos muestran provocativos hogares y banquetes; empujados así por la vida, repelidos por la muerte, reprobos de Satán y malditos de Dios, andar, andar: entonces todo molesta, todo sobra, como en la muerte.

Vivir, morir, odiar, amar, ¿para qué, si todo será en vano a la nefasta luz del hado ciego?

### VIERNES

Era una densa neblina y yo estaba solo, aterido, húmedo. Y como sombras de linterna mágica en la niebla, pasaron hablando mi cuerpo y mi alma.

### ALMA

¿Sabes lo que es la desilusión, es decir, la muerte del ideal?

## ARTURO BORDA

### CUERPO

No.

### ALMA

Es a modo de llanuras interminables en profundas lobregueces pobladas de cardos, de esmeriles y limas; es allá donde hay incesante ludir, raspajes y restregaduras; es allá donde estornudando se respira la limalla de nuestros huesos; después se siente malestar, náuseas, decaimiento, cansancio en el alma, laxitud en el cuerpo; ganas de llorar, impulsos de reír e impotencia de ambas necesidades. Y, por último, es estar ni sano ni enfermo, ni alegre ni triste, sin afanes ni interés por nada.

Perdidos ya el ideal y la ilusión, vamos a semejanza de autómatas de mague, viviendo porque sí, sin odios ni amores, sin pasado ni porvenir; ojos que no ven, oídos que no oyen y tacto que no siente, yendo sin resistencia y levemente a todos los vientos.

Un tal estado no es el tedio; es lo que ha desaparecido. Por tal manera el hombre parece de vacío, para quien lo que existe y lo que no, carece de sentido.

Y todo son llanuras interminables en lobregueces profundas.

### SÁBADO

Todo tenía un constreñidor no sé qué de soledad. Verde oscuro, amaranto, pelargonias y el pausado revolar de mil azules mariposas; luego al través de las enramadas, ora de las erústatas celosías, de los acantos y de las diane-las o ya de las regias cuneiformes rubras, veo pasar dos formas graves, arrastrando su sombra sobre la menuda grama, en los amarillentos lampos de luz con que el sol dora, burlando la espesura del follaje: él, de carne y hueso, y ella, una sombra láctea.

—¿No te cansas?

—No.

## EL LOCO

—¿Ahora qué haces?

—No sabría decir.

—¿Piensas?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Jamás supe.

—¿Andas sin reposo?

—Sí.

—¿A dónde vas?

—Voy sin oriente.

—¿De dónde vienes?

—Ignoro.

—¿Recuerdas las urbes que cruzaste, las selvas, los montes, los ríos, las cabanas, los ermitages, en fin, lo que viste?

—No. Sólo sé que la vida huye de mí, como los nervios ante una descarga eléctrica.

—¿Y sabes dónde estás?

—Tampoco.

—¿Me reconoces?

—Menos. ¿Quién eres?

—Soy el Ensueño; y tú, hombre, estás ya más allá de tus días.

—¿Tanto anduve?

## ARTURO BORDA

—Sí. La reconcentración anula para sí espacio y tiempo.

Dijo la sombra láctea, envolviendo al hombre. Después todo se fue desvaneciendo en la opalina inmensidad de una nebulosa.

## DOMINGO

Por distraer mi atención fija en mi destino, hace días que ando mirándolo todo con ojos avaros.

Así una noche fui a dar al teatro. El telón se descorrió. Al fondo diez y seis espejos enormes, en semicírculo, multiplican indefinidamente a Dalmira, la bailarina que gira arremolinando la mar de tules, bañada por innúmeros rayos de luz subterránea con reflejos de rubíes y esmeraldas en oro y plata. Los mil colores del iris la iluminan misteriosamente; y así finge tan pronto ser mariposa como luego el ave lira, cuando no adquiere formas monstruosas, apocalípticas y dantescas, o es libélula, ave del paraíso o la incomparable paloma de la puñalada, cuando no una sierpe satánica con alas de luz y fuego. Tal se refleja infinitamente en los cristales, alborotando en silencio los éteres irreales.

Esa imagen poliforme e inquieta sé que es el símbolo enloquecedor de la existencia.

Desde entonces en mis ominosas noches sin sueño la vida adquiere la forma fatal de la inquieta mariposa gigantesca y proteiforme, que revuela sin cesar dentro de un poliedro de espejos cósmicos, fanal en el que me hallo mirando absorto el fascinante revolver de la pérfida que me roba las horas.

Es así cómo todo lo siento, oigo y veo, magno, enorme, lúgubre, y en indecible multitud, cual si cada átomo de mi ser tuviese facultades y sentidos independientes, que sin reposo todo lo oyen, sienten y miran, comunicando a mi cerebro y a mi corazón constantemente despiertos, loca mente ebrios a semejanza de una hélice en vértigo en los

## EL LOCO

torbellinos; y me parece oír dentro de mi cráneo una voz que me dice sin cesar:

Horas negras en que los ojos turbios divagan alocados en la noche secular y honda, buscando en vano un lenitivo; postreras miradas que sin ver nada resbalan en la existencia.

¡Oh! alma que te ahondas sonámbula, sin luz ni lontananzas, mientras que tu corazón se adormece en la melancolía, en vano miras la magnética mariposa, porque tu tristeza salta la vida y se pierde ahondándose en los espacios interiores.

Recógete, pues, alma, ya que tu hora se aproxima; no mires a Dalmira Negrángela, la pérfida giróvaga que entre espejos es la mariposa culebra con alas de niebla, y que infinita en los cristales, ondulando serpentina en quiebros y requiebros, suave y sutil como un sueño, a modo de un céfiro enloquecedor que hollara el rocío en los nectarios de una gigantesca flora en el iris. Tal la versátil e ígnea falena, hembra alada de innúmeros velos que son auroras boreales, ora albas, ora lilas o esmeraldinas.

Huye los ojos de Negrángela que danza sobre el tenebroso fondo de los espejos, hipnóticamente bañada por un rayo de luz tornasol, y que juega, satánica y divina, batiendo mil ondas de nieve, de arminio o leche, poblando de epilepsias el infinito increado, fondo sin fondo de los cristales, arremolinando nardos y lirios o nenúfares y lotos; o ya en el vértigo, enardecida y crispada, libélula tornasol de alas flexuosas, elevando en trombas marinas las olas inquietas del oro líquido, para luego simular bajo un rayo de luz roja, un vertiginoso aventar de carnes desgarradas a modo de sangrientas lenguas de fuego que incendiasen súbitamente el universo, reverberando espadas rutilantes y flamígeros pendones.

¡Oh! las horas negras en que los ojos turbios divagan alocados en la honda noche, buscando en vano un alivio en el torbellino de las horas. Huye, pues, los ojos, alma, de Negrángela, la hipnótica.

## ARTURO BORDA

Tal dice la voz, mientras que danza o vuela el espectro, fosforesciendo extraña pedrería, al son de una dulce canción de náyades y ondinas. Entre tanto mi existencia parece replegarse tristemente en mi corazón.

### LUNES

Un golpe de sangre en el cerebro y un gran dolor en el corazón me hundieron en las densas sombras, en las que vi extrañas luminarias y sombras que vagaban. Y allá, al fondo, los régimes de las alas de Nocrángela se hunden en los arcanos. Así, pálida y bella, sonreía mirándome con sus ojos vacíos; luego descubre, siempre sonriendo, sus ob-sesores y blancos dienteillos, mientras que sus ambarinos brazos cruza sobre su negra túnica. Me incorporo rápidamente para asirla entre mis brazos; pero ella, dando en silencio un suave aletazo, desaparece en la eternidad, y mis labios van repitiendo:

A Dalmira cantad,  
horas mías.  
Ella,  
Nocrángela,  
la más bella,  
cual Aidé, Mira y Magda,  
es inasible y fútil.  
A Dalmira cantad,  
horas mías.

Mas,  
sé que en el silencioso tumulto  
de mis recuerdos  
van taciturnas las pálidas sombras  
de Niñón, de Ruth y Agar,  
de Sofía, Eleonora, Elena y Minda,  
de Olga, Isalda, Melba y Sobeya  
y de Elba y Dinha.

En seguida,  
como en el espejo opacado por la escarcha,  
dibujan su silueta vaga,  
georgianas, singaras y dálmatas,

## EL LOCO

o galileas y saboyanas,  
sirias y guaraníes.  
Así pasan Elsa y Cori,  
Estela, Noemí, Cleo,  
Elizabeth, Débora y Mireya  
y Olivia y Zhila.

Luego es la inmemore y sacra procesión  
de los muertos amores,  
envueltos en la niebla  
de un atardecer lluvioso,  
ora en la campaña, debajo de las enramadas,  
ora en las aguas dormidas,  
sobre las silenciosas barcas  
o ya en las cenicientas callejas  
de apartadas aldeas,  
cuando no en el bulevar,  
sobre el opaco y multicolor reflejo  
de los faroles en el húmedo asfalto.  
Tal vienen en la melancolía de la hora  
Nicé, Uraley, Irma y Tahamar,  
Ofelia y Sandra;  
luego Judith, Ligeia y Desdémona  
si no Semíramis y Ana Bolena.

Así emergen del pasado obsesor,  
Nélida, Átala y Nana  
—ojos negros, labios rojos  
y curvas inquietas—.  
En seguida,  
serenas,  
Celia, Antígona, Scherezada y Medea,  
y, soñando,  
Urpilay, Esperanza, Rosalía y Milka,  
—tristísimas sombras,  
nieblas sagradas—  
y, en éxtasis, allá,  
¡oh recuerdos! Litargira, Ilda, Onpalia y Milithza.

Mas a Dalmira cantad,  
horas más,

## ARTURO BORDA

porque ella impera en mí,  
no obstante las imágenes  
de Alcira, Esther y Maya,  
de Orga y Marina,  
de Yanira, Ana Rosa y Lulú.

A Dalmira cantad,  
horas mis,  
porque es más suave y dulce  
que Edith y Nora  
y que Luz y Laura.

A Negrángela entonad himnos,  
horas mías,  
porque cual Aidé, Mira y Magda  
es inasible y fútil.  
A Dalmira cantad,  
horas mías.

Y poblando en tumulto el pasado  
las horas decían:  
—Por los siglos de los siglos  
irrupamos un célico hosanna  
a Dalmira Negrángela.—  
Y los siglos repetían:  
—¡Hosanna! ¡Hosanna!... ¡Hosanna!

El reloj dio las doce y yo caí en el sueño más profundo  
acalambrado en el temblor de las horas.

Ahora que despierto muy descansado, no recuerdo  
mas.

## MARTES

Jugando fatal e inconscientemente con mis sueños que  
matan untando miel en mis labios y sorbiendo mis días,  
naufraigo en las brumas de inauditas visiones fusiformes de  
aquelarre.

A través de mis noches locas, veo en el recuerdo la  
ciudad tencular: inmensos vitrales de escaparates lumi-

## EL LOCO

nosos en las noches del ardiente verano, interminables y sensuales; centellas lejanas hundiéndose en el hervor de las olas; luciérnagas y vampiros que como flechas ígneas rasgan el aire cálido; cirios y espectros femeninos, de cera, que vagan y se deslíen; después vahos y espiras de humo odorífero; en seguida danzas imposibles y gimnásticas de lagartijas y culebras; más allá el cabrilleo de las ondas en los azules; sordina de lejano rumor de sombras que huyen ondulando y obsesionantes.

En azabaches y ónicos, en mármoles y jaspes repulidos, veo reflejarse el tráfico callejero: todo un mundo que palpita en cataratas de luz, de fantástica pedrería: collares de lapislázuli y amatistas, brazaletes de crisolampos y perlas, y maravillosas gargantillas; cintas y tules: azules visos en las undososas babas transparentes. ¡Oh, el nácar tornasol de la tisis!

Veo relámpagos de sonrisas eléctricas y magnéticas a la luz de los faroles: lilas, rosas y amarantos.

Así la tremante agitación de la espuma hirviente que me persigue lanceteándome su inquietud: recuerdos, sueños y esperanzas; velero bajel que a la distancia duerme al paio en mar cantor.

Siento y veo incoherencias en malditas vaguedades; locura de amar y gozar; hipos incesantes entre lágrimas y carcajadas, porque hay en las penumbras misteriosas y tremantes unos ojos fosforescentes, unas bocas rojas, y, en raudales de oro, lascivos culebros de escanciadoras malignas y fugaces.

Y, todo huye, vuela, torna y retorna sin cesar, como en ciénagas de aguas verdosas una infausta pesadilla de sonámbulo que anduviera a la ventura bajo la lluvia de agujas luminosas.

Si esta agonía del hervor de mi mente al fuego de mi sangre, concluyese al fin...

## ARTURO BORDA

¡Oh!, da tregua, Señor, al vértigo de mis días. Quiero apartar mis sentidos, siquiera sea un instante, hacia la meridiana luz de la realidad; y no puedo.

La fiebre me asedia y veo también la deleznable consistencia de los mundos que voltijejan en la inmensidad, cual si estuviesen en un incesante desafío: órbitas que se quiebran y constelaciones aventadas al soplo del omnisciente. Pero en el vendabal celeste llega un torbellino de seráficas risas y de carcajadas satánicas; se oyen himnos litúrgicos; en la infinitud hay tímidos lamentos, porque en la eternidad pasa el fin de las cosas y porque vendrá el silencio innombrado en el que se desvanecen el recuerdo, el palpitar y la esperanza: toda cosa.

Luego el silencio y el vacío me oprimen ya, conturbándome en una agonía más infinita que mis penas.

Todo es peor para mi alma sin rumbo.

### UNA VOZ

Llora, Loco, el mal que en tí filtra un siglo aleve y leve.  
Llora, Loco. Llora, llora.

Así, jugando fatal e inconscientemente con mis sueños que matan, untando miel en mis labios y sorbiendo mis días naufrago en las brumas de inauditas visiones fusiformes de aquelarre.

## MIÉRCOLES

En las interminables sombras y en las noches fatigantes corría en vano y desesperadamente, huyendo de mis propios pasos, como quien pisa ascuas. Era mi huida ansiosa y dolorosa, la de quien busca su salvación fuera de donde está. Así que fui en los montes y en los mares, en desiertos y poblados; y por donde iba, en tumultos y soledades, en algazaras y duelos, oía resonar una carcajada infatigable y siniestra, a modo de una ordália: era una risa que estaba en mí y fuera de mí, risa hiriente, alegre y sar-cástica, que, perversa e incisiva, decía:

## EL LOCO

¡Qué loco! ¡Pobre hombre! Huye, desgraciado; que será en vano: ¿no ves que el tedio vita —¡Aja, já, já!— oprime tu corazón? ¿A dónde huyes ni qué buscas, si todo lo que pasa en el tiempo y en el espacio, seres, fuerzas y cosas, empujan la espina que llevas en el corazón? ¿A dónde huyes ni qué buscas? Cierra los ojos y ensordece, si puedes; quizá así, soñando —Aja, já, já!— haya una leve tregua. ¡Qué loco! ¡Pobre hombre!

Y entonces, del pecho y de los costados, me recorría a la espalda, y en todo el cuerpo, un extraño estremecimiento; pero pronto me detuvo el cansancio, por lo que caí en el ensueño. En el que toda la ventura de mis pasados días se hizo presente. Así, en esa resurrección, torné a vivir mis horas idas, pero con la misma práctica inexperiencia de antaño, aunque en mis ideas oportunas flotaba una reminiscencia que me tenía sobre aviso.

Y al despertar el único provecho que tuve de ello fue saber que el recuerdo en el silencio y la soledad de sus incidentes es siempre cercano, mientras que en el tráfico febril de las muchedumbres, por inmediato que sea el pasado, finge al punto, oh mar sin orillas, ser un olvido, remoto en el tiempo y el espacio.

\*

Y no dicen más las cuartillas que volaron de la mano de aquel hombre enigmático. Las leí con toda atención».

Ahora que la ciudad se divierte, hago éste trasunto, a la luz de la vela, en mi buhardilla de un vigésimo quinto piso.

.....

Cuándo se manifiesta sensiblemente la facultad de adaptación inconsciente de nuestra naturaleza a cualquiera circunstancia, es cuando se desembarca después de algún tiempo de navegación: entonces se ve que la respiffa-

## ARTURO BORDA

ción, la pulsación, y, sobre todo, los nervios ópticos, continúan marcando el ritmo o balanceo del barco, tanto que no obstante que tenemos plena conciencia de hallarnos en tierra firme, la sentimos y vemos moverse cual si se hallara sobre las olas. Es en esas circunstancias que se experimenta el mareo de la estabilidad.

Y a propósito quiero contar un cuento en la forma y extensión que el asunto requiere.

Dicen que hubo una vez un sabio, el más paciente de cuantos se tiene noticia, es decir, un sabio en toda la extensión de la palabra. Este criaba en la pecera de su comedor una hermosa sardina, y toda vez que iba a ella, la llamaba castañeteando sus dedos. El animalucho, así que veía la mano del amo, le seguía vivamente alegre, alborotando el agua, reflejando el oro y plata de su escama, pegando su boquita al cristal. Entonces giraba el sabio su mano en torno a la pecera, y la sardina iba como arrastrada magnéticamente. Tal era la costumbre de nuestro hombre, la que la repitió durante mucho tiempo, pero no más que como una distracción puramente mecánica.

Más tarde, un día se le ocurrió que quizá de la mano podría tomar el alimento. Tentó, pues, en consecuencia una y cien veces, hasta que fue. Con el tiempo esa se hizo su costumbre.

Meses después la sardinita tuvo que saltar un poco más para comer, ya que se le había ocurrido al sabio poner la mano un poco más alta. De ese modo consiguió que al fin saltara considerablemente en el aire.

Una mañana el sabio, profundamente abstraído, tomó asiento, sin recordar de su dorada amiguita, sin embargo de que ella le miraba, seguramente que muy sorprendida por tan marcada indiferencia. Claro que ella ni sospechaba que las distracciones humanas son generalmente así. En vano la sardina se meneaba con inquieto afán, brillando lindamente ante un rayo de sol que a la sazón iluminaba la pecera; todo era inútil: nuestro hombre se hallaba resolviendo no sé qué problemas en una libreta

## EL LOCO

**ad hoc.** De pronto, salpicando diamantinas gotas de agua saltó el animalucho sobre el mantel, que dio admirable resalte a su afiligranada escama. Entonces el muy taimado, emocionado alzó al animalucho y lo puso en su elemento. Con ese motivo\* al día siguiente esperó que se repitiese tan admirable fenómeno. Sucedió conforme a sus previsiones, lo cual a fuerza de repeticiones llegó a ser también un hábito.

Algunas semanas más tarde el sabio estaba otra vez profundamente abismado en sus elucubraciones, y, como ya se puede suponer, nuevamente olvidó a la sardina; mas, ella, así que su amo se retiraba, saltó de la pecera a la mesa y de ahí al piso, en el que le seguía, coleando activamente. El sirviente, muy admirado, hizo notar el hecho a nuestro buen hombre, quien indudablemente no menos sorprendido, con todo cuidado levantó al bicho entre sus manos, lo puso en el agua y le dio de comer.

De esa fecha a los dos o tres meses, aproximadamente, resuelto que hubo sus graves problemas, ensayó, aunque con muchas dudas, hacerse seguir, primero en la misma pieza, luego en la siguiente y al otro día en el corredor. El ensayo tuvo un gran éxito.

Alentado con semejantes resultados, resolvió que su dorada acolita fuese con él de paseo a una de las principales avenidas. El suceso aglomeró una multitud increíble de curiosos, tanto que el tráfico se congestionó, por lo que tuvo que intervenir la policía. Pero a causa de que esos paseos se realizaban diariamente, la gente concluyó por no darle importancia al hecho, lo cual era indudablemente una descortesía; pero es segurísimo que así la experiencia se llevaba a cabo con mucha más facilidad y, sobre todo, con más provecho.

No obstante el sabio se supo molestado en su casi ningún amor propio, a pesar de que dicen que los sabios es lo primero que pierden y para siempre. Pues bien; por eso, justamente resentido, resolvió hacerse a la mar, rumbo a mejores tierras, allá a donde fuese debidamente celebrado su triunfo. Y se embarcó.

## ARTURO BORDA

En el transatlántico ocasionó un completo trastorno la sardinita, a quien su amo le había bautizado ya con un nombre muy difícil de pronunciar, por lo que el sabio recibió las más calurosas felicitaciones por parte de la marinería y de los pasajeros. La tripulación desatendió por completo sus ocupaciones. Por eso el barco estaba a punto de naufragar, máxime que la tempestad se había desencadenado impetuosamente. Con ese motivo todos salieron a cubierta a ver lo extraordinariamente iracunda que estaba la mar. La sardinita se fue aproximando también al borde, al pie de su amo, pero al instante se mareó, y cayendo en el océano se ahogó al momento, sin que hubiese habido manera de salvarla. Así, a flor de agua y entre las espumas se iba alejando con la barriguita plateada al aire.

Cuando cesó la tempestad el sabio cayó enfermo de pesar y murió a la semana justa, en alta mar; pero la tripulación y los viajeros le rindieron soberbios honores; mas, como que así es la costumbre, amarrándole a los pies unas pesas de plomo lo arrojaron al océano, en el cual se hundió rápidamente. Pobre sabio; es indudable no debía ser ese su fin, pero así sucedió.

Algunos marineros que han continuado efectuando-la misma travesía, afirman haber visto en alta mar, generalmente al anochecer, que el sabio nadaba sin reposo, persiguiendo a la sardina, la cual había adquirido ya una extraña fosforescencia, tanto que parecía, dicen, un fuego fatuo que hendía velozmente entre las cristalinas y verdinegras ondas. Pero como quiera que tal aserción salta ya a la vista que es una palmaria falsedad, aconsejo, pues, que no se dé crédito a la última parte.

Y ahora quizá convendría hacer la moraleja, porque un cuento sin moraleja parece que es una persona sin alma; sin embargo, desisto aunque resulte feo y que cuando se le pregunte al lector cuál es la moraleja, tenga que responder como aquel que fue al teatro y no habiendo entendido nada, cuando le preguntaron cuál era el argumento, respondió diciendo que el argumento no había salido. Por eso prefiero acabar esto diciendo simplemente, colorín colorado el cuento se ha acabado, aun cuando de eso ya hace ratito.

## EL LOCO

---

Una tarde en que me hallaba haciendo mi cotidiano paseo en un callejón de los suburbios, en la acera vi una carta. La cogí y fui leyéndola mientras hacía el camino. La carta dice:

---

Salí de esa, como sabes, incauto y lleno de esperanza a ratos, cuando no aplastado por un pesimismo desesperante en virtud de una evaluación de mis posibilidades, considerando que me hallo en la mitad de mis días. Así que en razón del tiempo, el éxito se hacía más problemático. Esto sin contar con la inquietante inestabilidad de mi alma.

Tuve, pues, multitud de propósitos de lograr un lauro para nuestro humilde campanario aunque haya recibido de él dolorosos reveses. Por tal manera mis deseos me subían al corazón a modo de serpentinas eléctricas: mi sangre entraba en ebullición y mis ojos se quedaban fijos, mirando enigmáticas auroras; mas, hoy, hermano, mi pensamiento se pierde en la incierta luz de interminables anocheceres. ¿Qué te diré, pues, para tu bien y el de mis mon-tañeces?

Ya que como yo llevas media existencia a cuestras, renace, hermano, en el porvenir de tus hijos, induciéndoles rígidamente en la exacta corriente del tiempo en que viven, y que trabajen sin reposo, sea o no necesario. Y quiero que medites en esto hasta que me comprendas.

Y aquí una advertencia.

Nuestra obligación es trabajar, bien o mal, pero tesoneramente, en la patria, por la patria, y para la patria, máxime si esa es Bolivia, tan pobre, tan sola, tan lejana y rezagada en el progreso. Si vuelvo me verás trabajar en su favor con perfecta preterición mía.

Pues es asombroso y doloroso ver cómo no sabemos, casi nada ni hemos hecho cosa alguna fuera de divagar en

## ARTURO BORDA

los viejos moldes de una educación sin orientaciones prácticas y de una instrucción llena de vacíos, tanto para el individuo cuanto para la patria. Y lo grave es que sólo sabemos de eso cuando nos hallamos fuera de las fronteras, allá donde la cultura ancestral conquista su porvenir a golpes de combo.

Es por estas razones sumamente importantes que Bo-Uvia debe desatender durante cien años más nuestro retardatario verbalismo de politiquería hueca, salpimentada de dicitos de pura infamia para la patria y sus hombres, para sus leyes y sus virtudes, lo que se debería castigar severamente, porque lo que necesitamos es instrucción, educación, líneas férreas, aeronaves; inmigración, industrias, agropecuaria, la ciencia efectiva para centuplicar en millones la renta nacional. Los gobiernos, si hay alguno honrado, bajando el ala del sombrero y alzando la solapa, como el individuo bajo una tempestad, ciegos, sordos, mudos, deben ir de frente al cumplimiento del ideal nacional, el cual debe ser impuesto de gobierno a gobierno en forma de tradición a través de cualquier partido político que gobierne.

En éste punto es también necesario decirte que todas las formas de poesía son deleitosas y de gran lujo, para los autores, cuando la capacidad cultural de la raza, y no del individuo, empapada en sí misma da netamente la forma poética de su espíritu y no roba ni el fondo ni la forma ni a los tiempos ni a los pueblos que no sean el suyo; y, finalmente, son de lujo y de necio sibaritismo para los potentados, cuando les sobra el oro.

Quiere decir, pues, y apoyado en el irrecusable testimonio de la historia, que toda floración artística, cuando es verdadera, la expresión del ambiente espiritual y físico, a base de universalidad, es, se puede afirmar, el fin de una civilización. Resulta, así, tristemente lamentable, que un pueblo ignorante, que ni siquiera ha comenzado su desarrollo agrícola, tenga ya sus arrebatos líricos, soñando en los antípodas del pasado, para mayor sarcasmo.

Y he aquí que por lo dicho se puede aseverar, a perder la cabeza, que un pueblo semejante es un aborto.

## EL LOCO

Eso no debería ser. Los nacionales estamos obligados a multiplicar, primeramente los medios efectivos de instrucción y educación, luego el trigo y la res, compenetrándonos amorosamente con nuestra tierra, dando, por todos los medios posibles, acceso fácil a toda forma de intercambio con el exterior.

Ahora ya debo hablarte del ahorro.

Los bolivianos, cuando no son avaros, son esencialmente manirroto, lo cual implica no tener idea del porvenir; pues sentimos desesperación por gastar lo que tenemos y lo que no. Lo cual revela una absoluta falta de disciplina, es decir, ausencia de todo método. De tal manera que no es de extrañar que siendo el individuo pobre de solemnidad, no deje de ser también el Estado.

Pero, es necesario advertir que sólo me refería a los mestizos, sarcásticamente llamados blancos; que, pues, es notorio que los indios, estando como están, robados desde por los presidentes de la república hasta por el más miserable picapleitos y por sus más furentes defensores en la prensa, en el libro y en los comicios y en el pulpito, a quienes se les puede señalar con el dedo, indicando sus nombres, apelativos y mote; digo que por mucho que el indio ahorre, siendo colono o comunario, el noventa por ciento de sus economías irá a parar a manos de las autoridades civiles, eclesiásticas, políticas y militares, y lo que logre salvar de tal vandalaje, resabio de la conquista, apenas servirá para su inhumación.

Y volvemos a tropezar con el problema de la educación.

Sería conveniente que en cada plantel, de primaria a facultad, se abran clases prácticas de ahorro. Para dicho efecto debería convocarse a concurso para la redacción de un texto ad hoc, en el cual se vea la necesidad de ese fenómeno económico, su historia y el beneficio de sus resultados, tanto para el individuo cuanto para la nación. Esa obra debería estar plagada de ejemplos nacionales.

Pues por muy divertida que por infantil que pueda parecer esta idea, se hace necesario que los pedagogos

## ARTURO BORDA

se detengan a considerarla en serio, esforzándose en hacerla efectiva.

Pero es urgente entender lo que es ahorro, porque estoy seguro que una cantidad de imbéciles habrán de confundir ahorro con avaricia, con aquel estúpido procedimiento de enterrar el oro o con mil otros medios que anulan el valor del capital por falta de actividad y audacia.

En el fárrago de ideas en que se debaten sin ninguna experiencia, respecto de estos tópicos, recuerdo el de los becados en el exterior. Hablaremos también de ellos.

Al respecto debería haber una ley permanente para el envío exclusivo de niños de ocho a doce años, ya que no menos, lo cual sería el ideal más proficuo, toda vez que así beberían la leche de las grandes actividades. Así, internos irían a hacer sus estudios de primaria, y desde secundaria, externos, hasta la conclusión de sus estudios profesionales, pero cuidando no reciban en dinero ni un solo centavo a menos que lo ganen. Para ese fin se podría establecer casas de pensión atendidas por nuestro gobierno, lo cual no demandaría un gasto fabuloso, ni mucho menos. Además, si hubiesen millonarios patriotas en el país, se entiende que patriotas prácticamente, ellos podrían cooperar a ese desenvolvimiento hasta por deber y obligación, ya que la fortuna les va de la tierra común, cedida sin limitación por un error de las leyes.

Únicamente así los becados pueden dar resultados positivos, es decir, que cuando siendo niños salieron del país; porque por tal manera se irán modelando racionalmente el corazón y su latir y el cerebro y su rápido funcionamiento al compás de la vertiginosa corriente del progreso; pues el hecho de enviar muchachos mayores, habituados a nuestra modalidad inocente y lenta, es sencilla y llanamente precipitarles a la derrota, toda vez que los hábitos que constituyen la segunda naturaleza, sufren la trituración más demoledora al ponerse, sin preparación alguna, en contacto con una existencia de actividades distintas en el aturdimiento de los vértigos.

## EL LOCO

En este punto debo advertirte también, que los que se quedan en el exterior, no es que lo hacen porque triunfen —he indagado en todos ellos— sino que obran así por puro pudor, virtud que es nuestro pecado en la impudicia del progreso, sobrenadando a manotazo limpio en su enorme medianía; y los que regresan, regresan vencidos en lo más íntimo de su conciencia, resignados para siempre, aunque a pesar de eso, muchos de ellos ostentan una petulancia de vencedores, lo cual quizá no sea otra cosa que efectos del despecho. En fin, parece que la derrota nos da derecho a la rebelión. Así es.

He visto anublarse de cólera y en llanto los ojos moribundos de esos pretendidos vencedores, según los comarcanos, piadosamente olvidados en el tumulto de la lucha, esforzándose para no morir de hambre, no obstante que se saben existiendo en vano, arrastrando su pesadez ancestral.

Es así cómo he caído, hermano. Confieso eso paladinamente, no ya porque me alivie ello a modo de una consolación; sino porque para tí y los tuyos sirva de advertencia oportuna hacia una reacción definitiva, si es posible, de nuestra incuria étnica.

Ahora bien, como es ley que al fin alguno caiga por todos, ese quisiera ser: el último, para que luego empiece a venir la legión de vencedores no ya en la tierra, sino en el mundo.

Pero volvamos a nuestro asunto.

Entre los legisladores, algunos, quizá si sólo porque como todo el mundo tienen boca, se oponen tenazmente a la creación de la ley que te indiqué, —y otras— sin preocuparse en lo más mínimo del modo de hacerla viable, dejan de lado el asunto. Viendo tal manera constante de obrar, se me viene al recuerdo el proceder de todo ignorante cobarde, y perezoso por añadidura, cuando tiene algún problema entre manos y que no sabiendo cómo atar ni desatar, opta por el socorrido recurso de zafar de él de cualquier manera, y, en último caso, echándolo al canasto.

## ARTURO BORDA

Pero como quiera que en éste asunto lo que se ventila es la grandeza intelectual, moral y física de la patria en el porvenir, los legisladores y gobernantes, están obligados, tanto por el dinero que para que vivan reciben del pueblo en forma de contribuciones, cuanto porque se supone que son patriotas e inteligentes, están obligados, digo, a impulsar por todos los medios posibles la instrucción y la educación de las fuerzas vírgenes de las generaciones que vienen; pues no porque nosotros hayamos caído hemos de dar un portazo en las narices a la juventud que quizá si viene con muchísimos más talentos, consiguientemente con dobles derechos. Sí, que el ejemplo de nuestras vidas haga las veces del marbete en los pomos de veneno, señalando el peligro con una calavera y los fémures cruzados por debajo, ya que no pudimos dar el ejemplo de un triunfo glorioso. Procuremos pues ser útiles en la derrota y en la muerte misma. Y los que obran en sentido contrario, son, por lo general, aquellos egoístas subordinados en absoluto a las mezquinas consignas de la política del instante y que no tienen ninguna noción de lo que significa razonar; pues creen hacerlo espectorando la primera idea que se les sugiere sin ponderarla absolutamente. Ellos ignoran que razonar quiere decir avaluar todas las faces posto<sup>1</sup> es e imposibles del pro y del contra, hasta lograr que lógicamente luzca de modo natural en nuestro criterio la verdad o lo que por ello entendamos.

Ahora veamos que para el sostenimiento de los pensionados se puede allegar una excelente renta, simplemente duplicando el impuesto a la internación de sedas, joyas, alhajas y bebidas alcohólicas y todo lo que sostienen los vicios, que para lo único que sirven es para fomentar la corrupción social y la degeneración de la raza; además se podría crear un impuesto, aunque fuese directo, pro educación, de diez centavos por habitante y otro igual a la inmigración y la emigración y otro del uno por ciento sobre el capital de los potentados absentistas. ¿Quién hubiera, nacional o extranjero, que se oponga a causa tan santa a menos de ser un verdadero enemigo de la humanidad? Ni aun así. Esos dineros serían invertidos en el sostenimiento de los niños (8 á 12 años), pensionados en Londres, Berlín o Nueva York, debiendo ser sorteados entre ricos y



## EL LOCO

pobres, entre indios, señoritos y artesanos, y de ambos sexos, para evitar esa repugnante selección de castas y colores políticos. Además, como la tierra más descansada es la que mejores frutos da mediante una buena atención, entonces lógicamente debemos suponer que serán los indios quechuas, aymarás, toltecas y araucanos, etc., etc., quienes con una intensa cultura den las floraciones intelectuales más altas de la América. Es decir, serían la América neta. Yo que he vivido entre ellos sé de la atención, el deseo, el empeño y la fe que son capaces de poner cuando se les hace entrever los beneficios de su cultura, tanto que verdaderamente entenece no poder hacer por sí mismo más, habiendo tanto elemento disponible para formar un pueblo incomparable, y da lástima cómo se va anulando en su origen a causa de la dejadez criminal de nuestros gobiernos.

No puedes calcular, hermano, cuánto me entusiasmo soñando ver el envío de unos quinientos niños indígenas, y mejor aún de dos a diez años de edad a Europa, mediante la cooperación de dos o tres archimillonarios, o cosa así, y del pueblo; lo cual sería una muestra sabia de verdadero patriotismo, por ser la efectiva siembra de la sangre y el alma en el futuro. ¡Oh, ese florecimiento de la América que entreveo! Antes de cien años ya sabríamos el promedio de lo que efectivamente puede dar la raza, física, moral e intelectualmente. La crueldad de esa especie de robo de hijos que se haría estaría más que santificada por el fin. Pero los gobernantes y los legisladores lo más lejos que alcanzan a mirar es la punta de sus narices, ni más ni menos que los faquiris, o cuando mejor lo hacen, es mirando el sueldo en sus manos.

También me toca sugerir la idea de que enviados los pensionados, el gobierno debería gestionar con los países respectivos, tratados de extradición escolar, para aquellos que eludan su deber de tornar a difundir en el pueblo lo que aprendieron con dineros de la nación, del pueblo; y no hacer lo que hoy, dejando que los muy sinvergüenzas se queden en el exterior, robándonos nuestras inútiles contribuciones.

He conocido dos muchachos de laboriosidad y competencia reconocida, que siendo pensionados en el exte-

## ARTURO BORDA

rior, fueron abandonados el mejor día, todo por la necesidad de la politiquería militante: porque sus padres eran opositores. Los muchachos a impulso de la miseria iban camino del suicidio, pero es el caso que los gobiernos de los pueblos en que se hallaban los tomaron para sí, mas, previa la opción de la carta de ciudadanía.

He ahí cómo los pecados quedaron al aire, por obra y gracia de una mal entendida economía, y dislocado el destino que el país les deparaba para el beneficio popular. Eso aparte de que la patria perdía dos ciudadanos, dando al viento sus dineros.

Ahora bien; como creo que estos son asuntos que afectan hondamente a los futuros destinos nacionales, estimo de mi deber insinuar la urgencia de que se estudie seriamente estos problemas de trascendencia futura, quizá a largo plazo, desde luego, pero positiva.

Pues la importancia que para nosotros adquieren los maestros extranjeros y que indudablemente son útiles, cuando son maestros, y no como generalmente, bon viviers, aunque sean muchos sus inconvenientes, es relativamente menos práctica, patrióticamente, que el envío de pensionados bajo la fórmula propuesta, ya que por tal manera es el organismo nacional el que asimila de las fuentes mismas del progreso lo que justamente requiere nuestra naturaleza, resultando que lo que luego nos den no será un alocado desperdigar de energía, sino algo muy concreto.

Es de advertir, demás, que sobre toda consideración de política interna o de falsos intereses internacionales, los estudiantes deben ir únicamente a universidades europeas o norteamericanas si se trata de comercio e ingeniería; porque primeramente las suramericanas son un reflejo insuficiente aún de aquellas, y, segundo, porque obrar en sentido contrario sería insistir en la fatalidad de buscar tercamente resultados netamente nulos.

Te digo, que no obstante de hallarme hablando con pleno conocimiento de causa, si tratase de publicar esta carta, como que así era mi intención primera, quizá, digo, si

## EL LOCO

vista en letras de molde yo mismo dudara de mi buena fe; entonces ¿con cuánta mayor razón no lo hicieran los demás? Por eso tú habla de la cuestión de la manera más despreocupada posible con individuos inteligentes, honrados y que tengan la suficiente voluntad e influencia para poder llevar adelante la idea.

Y ahora te digo que tengas por hecho mi fracaso en el imposible concepto que me había formado del arte, el cual lie visto decrecer considerablemente en la realidad ante mi fantasía que había vislumbrado un imposible. Mejor hubiera querido conservar mi ideal en los ensueños del deseo y no ver rota y por siempre la fuerza que alentaba vigorosamente mis días. Mas, esto no quiere decir que abandono mi áspera senda de ensueños fáciles, aun ahora que es más amargo el pan que trago recordando la inconsciente displicencia con que amorosamente nos dividíamos el mendrugo en el hogar.

\*

Es lo que dice la epístola que me preocupó un día entero y que la transcribo aquí casi íntegra, sin más razón que un porque sí, acaso si sólo como incitativo a la sonrisa amablemente aristocrática o a la risa brutal de los despreocupados.

.....

Y soñé sueño de consolación: fue la noche más alegre de mis días.

La mar estaba tenebrosa y el cielo se hallaba carga\* do de nubarrones. Mi leve barquilla iba singlando en la enfurecida procela, contra viento y marea, subiendo y bajando las ondas. Así las verdinegras olas levantaban sus lomos crinados de espuma, a modo de una muchedumbre de jauría de lebreles que a carrera tendida saltasen de vez en vez, indagando en los horizontes.

Yo iba, deshecho y resignado, a sepultarme en el se\* no de las aguas, cuando en la extensión sombría, en un sor-

## ARTURO BORDA

do zumbar del aquilón y en el ronco bramar de la mar, se oyó un canto sagrado que venía lentamente y que por razón del viento intermitente, parecía enmudecer de vez en cuando; entonces mi corazón se angustió en la esperanza, mientras que mi barquilla iba, ya empinada o a pique, sobre las ondas que huían.

El canto llano se acercaba misteriosamente, simulando ser el son de un órgano enorme que repercutiese largamente en las bóvedas del templo: era un coro tremolado de voces infantiles o de violines que sobrenadasen en los fragores de los truenos lejanos. En aquellos retumbos del equinoccio de la tempestad se oía vagos lamentos de plegarias femeninas, luego todo se desvanecía en algo como en los hondos silencios del réquiem.

En eso de pronto se calmaron las aguas y vi entre las brumas la epifanía de la familia. Llegaban sobre las ondas, llenos de fe, a semejanza de Jesús en el Tiberiades. Entonces todos nos miramos sobrecogidos, suspensa la vida es una sola congoja.

Luego dijo el padre a la madre: —Habla.— Ella a su vez insinuó al hijo, quien trasladó la misión a la hermana mayor; esa a la siguiente. Y así hasta la menor, quien con acento de pitonisa se expresó en estos términos:

El milagro, hermano, rompe el curso de los acontecimientos, sólo en fuerza de la fe del creyente que conmueve la suma bondad de Dios.

El milagro es un fenómeno tan tremendamente enorme que anonada los más potentes cerebros.

Observa, hermano, que los sucesos llegan tumultuosamente, desde la eternidad, a modo de un ventarrón cósmico; de manera que cada acontecimiento es ineluctable: son las inmensidades que llegan abarcando la existencia.

Pero si un día el hombre, intuido ya, implora clemencia, en medio mismo de la vorágine de su sino, rindiendo su cerebro y su corazón al omnipotente, entonces

## EL LOCO

EL medita: se rasga el destino y ha cambiado el rumbo del hombre hacia horizontes desconocidos.

Y todo ese milagro se ha operado en los dominios del misterio, despejando la lóbrega cerrazón de lontananzas.

Espera y confía.

Dijo. Yo creí y al instante sopló un viento nórdico que despejó las nieblas. Y supe de los mirajes de una nueva aurora.

Después en el silencio doloroso mis padres me hablaron de los suyos, pero con más emoción y amor que con que yo sentía y pensaba de los míos.

Pero ya estaba la mar en calma, yéndonos todos alegremente en mi barquilla, rumbo al sol que se hundía en el horizonte.

Y desperté pensando que por el método de los absurdos se puede sostener cualquiera teoría. La palabra utilizada en esa forma ¿es detestable?

.....

Hay instantes en los que oigo en mi sangre las sinfonías que imagina en los imponderables ensueños. Entonces se diseña en mis labios un gesto de superioridad diabólica.

.....

La ignorancia es atrevida, pero es absolutamente impotente para justificar sus audacias.

.....

Soy un espíritu superficial, y lo grave, para mí es que inconscientemente. Hasta éste momento pretendo aparentar grandeza, profundidad y majestad en mis ideas y en mis sentimientos, lo cual en algunos instantes se me

ARTURO BORDA

hace repelente a mí mismo; pero pronto advierto que *lo* que me disculpa de esta pretensión es la necesidad de purificarme en conciencia, elevándome a una especie de divinidad: ser el mejor ante mí: puro, sabio, incorruptible y bueno, lleno de armonías, y que siendo así lleve sosiego al fondo de todas las almas, como en un soplo de infinita consolación, aunque para ello me fuese imprescindible sustraerme a toda satisfacción que no sea la esperanza de ser una sombra de promisiones.

Tal pienso, pero entonces se opera en mí algo verdaderamente maravilloso; me veo impotente, ciliciado, espectral y agónico en la cripta más hostil, antro de ermitage, y, no obstante, mi alegría sube de punto... sabiéndome muerto, flotando en el recuerdo perecedero de los hombres, mareando con ensueños y revelaciones sus almas, yo que ya sólo soy hueso calcinado en el silo.

Entonces, alzándome humilde en el ensueño de mis deseos, a modo del Hijo del hombre en Gethzemaní, caigo gozosamente desmayado en el silencio de la noche.

.....

Y empieza mi agonía. Estoy ciego. Sólo se oye una música terrible, el de profundis. Aquello es lo sublime del horror: la orquesta de momento en momento rompe huesos, como en una danza de la muerte iracunda.

He de morir: me falta el aire, mientras que la orquesta sopla un vendabal siniestro de sombras eternamente cristalizadas. Llanto de espectros inverosímiles y un largo doblar de campanas enormes.

El ambiente es de una melancolía que me huela la espalda y los tuétanos. Mi angustia llega al paroxismo; cuando de pronto oigo la voz argentina e infantil de Dalmi-ra Negrángela, que, enigma en el misterio, no sabe lo que dice. Luego, más que oír, adivino un sutil tintineo de zapatillas de cristal en el aire congelado; después la fuga de los sonidos y un lamento largo, profundo, en el cual mi vida se hunde al son de una marcha ronca y alegre, melí-

EL LOCO

flua y torturante, cuando la **muerte** me va ensordeciendo y anulando en el olvido.

.....

El resentimiento con la vida es el más delicado esconderse del alma en sí misma.

.....

El hambre traga y la gula saborea.

.....

Si para ejecutar la obra serena, esperas, alma, que mi corazón normalice su latir, en vano esperas la hora que no ha de llegar; porque hay en los orígenes de mi destino una fuerza que minuto a minuto acelera mi sangre. Cada día se hace más imposible mi calma. ¡Calma, calma!

.....

Si tu destino recibió el soplo de la adversidad, no tienes ninguna esperanza, porque a tu sola proximidad la ventura se replegará, igual a la sensitiva ante el frío de la noche.

.....

Cuando la inquietud sube del corazón al cerebro, la razón enloquece, pero cuando ella va de la mente al corazón, éste palpita porque sí, acumulando para la hora dada toda la energética posible: ebullición de lava en los cráteres.

.....

El correo se va mañana por la mañana, así que tengo tiempo para escribir este ensueño que tuve anoche.

Siempre con el pensamiento en vosotros, era grande mi satisfacción al considerar simplemente que pronto esta-

## ARTURO BORDA

ríamos juntos, obsequiándonos con un banquete criollo; pero cuando mi retorno fue una realidad, se apoderó de mi espíritu un suave decaimiento, muy parecido a la tranquilidad de los bienestares. En tal estado de ánimo tomé la máquina, que majando iracunda el hierro se lanzó a devorar el espacio.

Crucé villas y valles, las capitales, los montes y los mares, las selvas y las altas cordilleras. Y así como en el adormecimiento de un lento despertar, en silencio e indiferentemente iba mirando la inmensidad de la naturaleza, ora severa a la sombra de los grandes nubarrones, ora resplandeciente a la luz meridiana, ya coqueta en los crepúsculos o dormitando a la luz de la luna, cuando no sinistra en las tinieblas, en las que continúa internándose insaciable la locomotora, resoplando en el airón de su humo una lluvia de rubíes incandescentes, los cuales parecían atravesar mi reflejo en los vidrios.

Y un día vi por fin las serranías y los arenales: la enorme desolación de los desiertos americanos, sécanos calcinados en los que no hay ni un ave, ni una yerba. Tal rodaba el tren, enovillando rieles, al parecer, cuando de pronto vi bajo el inmenso azul, una alegre notita verde, entre ralos pajonales bravos, escondida por enormes pedregones, y un manantial cuyo cintillo de agua reverberante se desliza a insumirse en la arena.

Y otra vez la pampa, árida, inclemente, adormecida en el eterno ulular de los vientos fríos, hasta que por fin rasgan el azur dos avecitas grises. Más allá pasan a modo de dardos dos vicuñas. Y la máquina continúa engullendo rieles.

De pronto un perrito andrajoso, rabo entre piernas y orejas gachas, huye a todo correr, cuando el tren da la vuelta a una loma y aparece una casita chata, con techo de paja ennegrecida por el sol y la lluvia; después unas lia-mitas que se yerguen soberbias, mirándonos con sus grandes ojos, sin pestañear, mientras que un pardo borriquito, con las orejas echadas atrás, huye dando botes, coceando al aire, en tanto que revienta azotándose los flancos con la

## EL LOCO

cola. No lejos de ahí, el indio ermitaño, a todo andar, va tocando su flauta, seguido de su mujer y un chiquitín. Parece que no se movieran, moviendo locamente los pies en un mismo lugar.

Y otra vez el desierto, la inmensa desolación y la noche profunda que se viene, salmodiando en los vientos el Himno del Silencio.

En eso, en el coche oigo decir con acento extranjero:

—¿Cuál es el animal que más se parece al hombre?

Pero nadie supo contestar; sin embargo, en esa misma forma resolvió el enigma la misma voz:

—¡Já, já, já! El indio. El indio.

Y todos festejaron a carcajadas el chiste, incluso los nacionales.

Herido en mi sangre, de una ojeada abarqué el mundo y todo su pasado, e hice esta otra adivinanza:

—¿Cuál es el hombre que más se parece al animal hambriento?

A lo que todos se quedaron fríos, sintiendo acaso ya la intención, sin saber qué contestar; pero yo resolví el problema en esta forma:

—El advenedizo en busca del pan. Sí, señores. ¡Já, já, já!

Y mi carcajada fue la única en medio de aquel silencio de las gentes, al rumor del hierro, mientras que el tren seguía devorando el espacio, tragando rieles.

Al otro día, en esa planicie quemante de día y de noche helada, apareció a modo de un rancherío que se agazapa la capital del departamento.

En la llanura, graciosas y flexibles como vírgenes se elevan al cielo las columnas de tierra que arremolinan a lo

## ARTURO BORDA

lejos los vientos. De tiempo en tiempo se ve algún riachuelo que taja la pampa, serpenteando. Y poco a poco aparecen las tierras de cultivo.

El sol está en el cénit, con lo que reverbera la llanura gris.

En la pampa incolora, desparramada como papelillos de colores, la indiada que prepara el terreno; las yuntas van abriendo surcos; aquí y allá, ovejitas, llamas y borricos.

Contra el viento, en mangas de camisa y con una andrajosa pollerita, desnudas las piernas y con el pecho casi al aire, va saltando una pastorcilla que, con la cabellera y las ropas flotantes, corre en pos de los recentales, escapando del tren en el cual pasamos a modo de una exhalación.

Así la llanura que de pronto en el Kgenkgo concluye en abismo, en el cual descendemos por precipicios, entre enormes columnas de arcilla que semejan gigantes penitentes en oración. Se ve en el fondo las ásperas quebradas, cual resquebrajadas cuajadas, reseca, multicolores; las cumbres, unas tras otras, separadas por la densidad atmosférica de los valles. Al fondo, cerrando el panorama, sobre el índigo granito de los Andes, las eternas nieves del Illímani y el Mururata.

Pasamos túneles en tierras que parecen del Greco o Goya.

De pronto, al salir de un corte, vemos La Paz, hundida en la cuenca, silenciosa y conventual.

Y como en los pasados días, las atenciones minuciosas de la familia, repitiéndose a semejanza de un ritmo eterno y armonioso de la vida campesina. No faltó ni el perrito ordinario y lagañoso que ladrando con desesperación y meneando la cola me saltó a las rodillas, para luego brincar a los demás, como queriendo poner en contacto los hilos invisibles de las sanas alegrías, mientras que to-

## EL LOCO

dos hablaban. Los unos interrogan, ordenan los otros y conjeturan los demás. En eso alzo en brazos a uno de **los** nenes que me rodean. Todos fijan en *mí* sus ojos ávidos y perplejos; mas, el perrito, cansado, con su **roja** lengua afuera, a modo de carne molida, continúa su carrera en torno a todos, cual si nos envolvese en su entusiasmo, yendo del comedor a los dormitorios y de ellos a la sala: salta, ladrando, a las sillas y a la mesa, rompiendo vasos, platos y mil chucherías. Regresa a mí, cien y mil veces, infatigable, invitándome a reposar en la milagrosa resurrección de los pasados días. Pero no sabe, pobre Adonai, que la existencia ha desecado ya la fuente de mis entusiasmos, que mi alma está glacial y grave, que una venda más acaba de arrancar de mis ojos la verdad: mis propios entusiasmos, así como de mis padres, hermanos y amigos, se habían enfriado en la sorpresa del deseo analítico de nuestros ojos.

Desde entonces veo que el paisaje, los seres, las cosas, en fin, todo continúa uniformemente triste. Siento la impresión de que la naturaleza dormita y que mi tierra se ha desdoblado: no hay más que uno que otro viandante perezoso y taciturno con todos los signos de un sonámbulo.

Mi alegría se había recogido repentinamente en mi pecho, asustada, desconfiada ya a causa del violento contraste con la suspicacia, la medida y el silencio de mi raza casi helada y rígida.

Después, en las noches de silencio tombal, vagando a solas en las afueras, a campo traviesa, abismado en mis ideas y sentimientos, aun más triste ya, quedé profundamente admirado de que en la raza aymara no haya grandes pensadores, siendo como es una raza netamente interior y casi de hermitaño en pleno siglo XX; pues todos viven en un discreto apartamiento conventual, rudamente solitarios de modo inmemorial, aun entre los suyos, contemplando la inmensa desolación de la pampa, las hoscas y resquebrajadas serranías y la enorme majestad de los Andes, atento el oído a la eterna y lúgubre canción de los vientos que acaso arrastran algún son de zampona. De ahí que esa raza sea esencialmente interior, sobria y fuerte,

## ARTURO BORDA

tarda y tesonera. Por su incomparable resistencia en el sufrimiento es el tipo ideal para la organización del ejército más temible: no siente ni frío ni calor, ni hambre ni sed.

De ese modo ya no sé qué hacer en mi tierra, y esta vez con la reagravante de haber perdido la ilusión en los retornos. ¿Huir? Bueno, pero ¿a dónde si he tornado acá escapando de todas partes?

Luego, días más tarde, acicateado por mis inquietudes, otra vez partí, sin despedirme de nadie: libre, poderoso, salvando los llanos, las cumbres, los mares y...

Y desperté con la misma nostalgia y con el mismo aburrimiento de todo y por todo. En todas partes estoy peor.

\*

Así concluyó Leónidas la lectura, mientras que todos estaban consternados, como si esperasen saber más. el insatisfacible más de toda esperanza en las ausencia. Era un silencio inquietante, en el cual parecían flotar enigmas y congestiones cerebrales, bañando en lágrimas los ojos.

Mientras tanto el frío de la noche soplaba fríamente y todos se estremecieron, cual si experimentasen la visitación de un espíritu.

Entonces me retiré de puntillas de la ventana, temeroso de turbar el más bello instante. En un extremo de la terraza insuflé el aire helado.

Posiblemente al oír mis pasos, al instante salieron a la ventana Lucila, Elba y Celia. Escucharon un momento atentamente, mirando con inquietud a uno y otro lado. Cerraron en seguida el vitral y todo quedó a oscuras.

En el cielo tinto fulguraban algunas estrellas y mi espíritu se dilató sereno en la sombría inmensidad, cuando desperté, sorprendido de que todo hubiera sido sólo un ensueño.

## EL LOCO

Es tan sencillo y maravillosamente bondadoso mi actual estado, tan optimista, que yo no entiendo lo que sea, pero siento que es tal, que puedo comprender las bellezas que esconden los crímenes mismos; puedo distinguir aun lo que hubiere de amor en las crueldades.

No puedo explicar lo que se opera en mí: parece que han soplado en mi alma unos suaves vientecillos de fe, de esperanza y de caridad, de amor, de salud y de alegría: mi espíritu se dilata tibia, inmensa, apaciblemente, sobre toda cosa, sobre todo sentimiento, saturándose en la exhalación misteriosa en que bullen los universos; ha desaparecido en mi conciencia el valor del mal, tanto que se puede decir que mi corazón está sorbiendo la sangre del sumo bien, ebrio en la expansión ilimitada de la existencia.

Es por ello que urge la necesidad de infiltrarme en la médula, en la sangre, en la carne y en los nervios de todos, a fin de hacer bailar en ellos la esperanza, febril, alegre y graciosamente, en un gozoso olvido de todo.

\*

La esperanza en la existencia de Dios es la esperanza más grande que he podido experimentar en medio de mis dudas mismas, no sé si con razón o sin ella.

No puedo calcular hasta qué punto será de gozosa la fe del creyente, ni puedo suponer la transformación que se opera en su conciencia, respecto al mundo físico y moral; lo que entreveo, a lo sumo, es...

***NELLY***

***La Sinfonia de  
los Corazones***

## NELLY — LA SINFONÍA DE LOS CORAZONES

Ayer al bajar la escalera hallé en el piso una carta dirigida a un poeta y firmada por un ateneísta.

Como supe que mi nuevo vecino es del ateneo, creí que sería de él. Por las conversaciones que oí a través de la vidriera, he tenido la ocasión de conocer las vicisitudes del Ateneo de la Juventud.

Me parece una verdadera hombrada haber fundado dicho Ateneo en un medio en el que se suprimen institutos y escuelas en concepto de economía a la vez que se dobla las gendarmerías y algo que es aun más pernicioso para la moral ciudadana y patriótica. Pero, eso aparte, se ve que la creación del Ateneo obedece a una verdadera necesidad del ansia juvenil por tener hogar donde ensayarse en la máxima amplitud de sus libres vuelos para la noble conquista de su mañana, provocando a la vez con ello una santa emulación entre él y el Círculo de Bellas Artes, aguijoneando de tal manera los más provechosos esfuerzos renovadores.

Y todo ello careciendo de prestigios consagrados; sólo cuentan con un mediano bagaje de preparación, pero, eso sí, con aquella fe del americano originario sabedor de la energética virgen y potente que lleva, durmiendo, un sueño ancestral, en las reconditeces de su yo, como raza. De ese modo tienen andado ya un buen espacio, aunque con los inherentes tropezones al empujar esa pesada empresa; mas, ellos van alegremente llevando su fardo, con provecho propio y ajeno, cumpliendo de ese modo su misión.

## ARTURO BORDA

Parece que ya tienen dictados varios cursos públicos de distintas materias y que inauguraron unas dos temporadas teatrales de obras nacionales. También dieron algunas fiestas con diversos motivos, algunas de ellas de carácter novedoso. En su seno se anidan, a lo que parece, tanto el clero como la milicia, y todas las demás profesiones, en medio de un mutuo respeto a sus creencias y doctrinas, por opuestas que sean, sin que ello quiera decir que se hallen exentas las más serenas discusiones. Sé que últimamente han incitado la organización del Ateneo Femenino con lindas e intelectuales chiquitinas al par que audaces, rebeldes, cultas y tesoneras, hecho que ciertamente honra a todos, ya que sólo el sabio ejercicio de la más amplia libertad de la mujer puede engendrar y educar el más libre de los pueblos, siendo como es la sabiduría y libertad de la madre la piedra angular del progreso. De manera que al desarrollo de esa sociedad no sólo el público está obligado a coadyuvar, sino que el Estado mismo, rentado por el pueblo para fomentar la cultura ambiente.

Eso no obstante yo podría hablar largo y tendido acerca de las taras de la juventud americana, de lo que tal vez, sin ser, en su conciencia se cree inferior; luego yo vería sus rumbos y sus medios de acción. Mas, sería quizá para que me saquen por la tangente, pues en más de una ocasión he podido experimentar que lanzada la verdad, por impersonal que sea a ojos vista, suscita el odio y la cólera en quienes se reconocen en ella por propia voluntad o sentimiento. Si eso me ha sucedido con personas de las inteligentes y cultas, ¿cuánto más no será con los que son menos?

Así que sin pensar de nuevo en eso, me fui a pasear a la cordillera, donde tranquilamente leí la carta que hallara en la escalera. Por la noche, cuando regresé, oí que mi vecino hablaba entusiastamente con otro ateneísta acerca de la fiesta dada esa tarde en su local y que, tejiendo un imaginario suceso, había hallado la manera de insertar la carta cuya copia tenía yo, a fin de salir del paso en el número que se le tenía asignado para dicha velada. Y como su amigo estuviera intrigado por la carta, ya que no había asistido a la función, la leyó así:

## EL LOCO

La Paz, Julio de 1,923.

Señor don

Gregorio Reynolds.

Ciudad.

Querido Greco:

Así te nombro, de acuerdo a como te bautizamos en el Círculo de Bellas Artes.

Y entro en materia.

Con la dedicatoria del ejemplar, recibí agradecido Horas Turbias, tu última producción, muy bien ilustrada por nuestro Luis Toro Moreno.

Quisiera hablarte a propósito largamente de la obra que va realizando la generación de nuestra bohemia en un tiempo que fue, con esas horas turbias que convivimos locamente santos, forjando ideales al calor del Círculo de Bellas Artes, con ese sugerente y contagioso parloteo, eléctrico y dislocado en los raptos, chispazos incendiarios que eran de las soledades y sombras mudas, según el inocente espejismo de nuestra fe en aquellas ebriedades fugaces; sí, Greco, de las veladas familiares del Círculo que lo fundamos entre sonrisa y risa, fundiendo el hielo ambiente al latido de nuestra sangre y al compás de nuestras esperanzas y desalientos.

Por eso y porque dejando hoy la presidencia de dicho centro das al tiempo tus **Horas Turbias**, quisiera charlarte mucho. Pero no, no debo ni puedo decirte cosa alguna, precisamente por eso, por la amistad que nos liga, por aquello que acusaría en mi opinión una causa de concepto interesado por afecto espiritual. Además ¿qué ganaría **Horas Turbias** —me pregunto— si su valor no está en la opinión del lector, sino que en la aplicación de un gran sentimiento estético a la lógica, a la emoción y a la verdad, que contienen en su fondo tus producciones, las más en forma llana, rica en armonía y de fácil comprensión? Y

## ARTURO BORDA

no te sorprenda el que no insistan en los detalles de la forma, porque otros dirán sabiamente del oropel de la moda; que yo quisiera conversar del fondo mismo, de lo único que el gran arte no pierde nada para ser emocionante y comprendido de modo universal ni al través de las traducciones, de esa única posible piedra de toque y crisol en que se filtra netamente en la humanidad ansiosa lo que hay de maravilloso y prodigioso de la verdad destilada en la misteriosa alquimia del ensueño, de aquello del arte que pasa despojado del vano ruido de las voces, salvando libremente espacio y tiempo, para hundirse en el sentir y la comprensión de diversos pueblos, de épocas distintas y diferentes razas, reataviándose luego con cualesquiera joyas o guiñapos de otras lenguas. Así van la belleza, el amor, la justicia y la verdad, como ideal. En cambio la forma, relumbrón hueco del simple concatenado léxico, ahí queda en su ambiente local, casi exclusivamente en sus días. De ello lleva el mundo una triste experiencia en la vacuidad lírica de Horacio, la más grande imagen representativa de sólo la sonoridad de oropéndola. Y así es: al través de las traducciones, los que ignoramos los idiomas, fuera del lenguaje universal o inmanente, por mucho empeño que ponemos resultan vanos nuestros esfuerzos para hallar en él algo que diga de arte o sea de la poesía, para expresarme mejor. De esa manera comprendo que Horacio no debe ser otra cosa que algo así como una embalsamada veste incorruptible de una gran momia: sea ella su época, su ambiente, su tierra, su raza. Es así cómo se queda ab eterno solo al paio en el océano de su lengua muerta. Nadie sabría nada de las maravillas de su modo de manejar su latín si no hace un heroico esfuerzo de regresión a un tiempo, a un pueblo y un idioma que irisan en su cripta una mera pompa de jabón idiomática que sólo puede vivir en el hermetismo de su éter propio, y si alguien osa tocarla con la más leve brizna verá convertirse tanto fausto en una simple go-tita de agua sucia. Tan poca cosa es Horacio al ojo clínico de la razón que busca la belleza inmortal en la humanidad, porque el misterio y la belleza de la vida no está en el cutis o en la escama, no en el pelaje y plumaje; está más adentro de los huesos: en el secreto medular, en la virtud de los gérmenes, en la simpleza y fuerza del micro, en el origen y atracción invencible e imponderable del amor;

## EL LOCO

ahí, en la simiente y milagro del arte. De tal manera podemos ver que no ya los giros, sino la palabra misma envejece, y también la idea, aunque en más largo plazo; pero ¿qué humanidad ha visto nunca envejecer el sentimiento de la especie? Luego ello debería probarnos, para nuestro éxito cierto, la urgente necesidad de modelar las arcillas con nuestras propias yemas, sin uso de escoplo ni barnices. Quiero decir, recurrir en lo posible al sentimiento puro, a la idea pura. ¿Qué sería de la Hélade y del fabuloso Oriente, si el mérito de sus vates radicase no más que en la forma? Pues entonces precisa darse cuenta y saber que lo único que desaparece del arte en su transición de tiempo a tiempo, de pueblo a pueblo, de raza a raza, es el rumor musical de las lenguas, y, más bien dicho, de los artificiosos idiomas, la chachara de sus malabarismos léxicos. Cierto. Mas, si el objeto del arte es recrear, educando fácilmente el espíritu, ¿cómo es posible que se haga logogrifos indescifrables para molestar a la buena gente, so pretexto de mera musicalería verbal? ¿Acaso para eso la música no cumple totalmente su fin, seduciendo con la imponderable belleza de lo que quizá quiera decir, más, por supuesto, que la indicada garrulería que ya no es ni verso ni prosa ni música, ni nada. Por otra parte, y como última razón, pregunto: —¿Por qué y para qué se hace arte?— Si es para sí mismo, está bien que cada cual haga todas las necedades y locuras que le venga en gana, que al fin con ellas reventará solo; pero si el arte es para educar y recrear a la gente, que es la mayoría indocta, la gente iletrada, la gente sencilla, el pueblo, y, más allá, la humanidad, entonces se impone hablar en lo posible en lenguaje básico, pero se sobreentiende que ennobleciendo y dignificando el verbo, dando majestad a los sentimientos y las ideas, por ruines que sean, y acaso si para elevar a los pueblos sea previamente necesario recurrir a cantar los sedimentos de los bajos fondos, para que llegue a conmover, reaccionando así gradualmente las masas, porque ¿quién puede saber lo que no siente ni comprende? ¿Y, sin saber, cómo se ha de gozar? Elevarse sobre el medio para no volver sino hecho ceniza, será obsesión de un caso de insania y no un ideal razonable; pues ¿acaso las nubes mismas no ascienden en los azules por cima de las más heladas y altas cumbres, para luego caer fecundas a las fértiles vegas

## ARTURO BORDA

y a las terrosas grietas en las eriales rocallas? Por eso creo que el Círculo, convocando a un concurso de música ad hoc, debería ensayar periódicamente, simples, hondos y nobles cantares, para ir a su pueblo con dulcedumbre de habla y ojear de mujer, escurriéndose así en su tejido medular, temblando, palpitando, fundido en avalancha de fuego y amor; más aún: en pasión. En eso quisiera que tú, Greco, y alguien que anda por ahí arrastrando sus arambeles ideales, con sencilla autoridad de saber y poder, orienten en ese sentido la lírica nacional, porque entiendo ser un error cantar al sol en idioma sidéreo, siendo que lo que se debe hacer comprender y gozar al ser es el fecundo calor de la luz y de los grandes impulsos, descubriendo el origen, micro siempre, y por ende simple.

Pero ya te oigo decir que acaso estoy cambiando de ruta con semejante intrínquilis; no creo: estaba hablando de tí, de tus libros, casi de lo nuestro, de la obra que se va haciendo incomprensiblemente silenciosa fuera de las órbitas sociales, políticas, económicas e institucionales, en medio de los estertores de la república al cumplir su primera y quizá única centuria. De manera que por eso más, si tal creyeres, mi estimado Greco, verás que yo no puedo ni debo decir nada de Horas Turbias y el Cofre de Psiquis, ilustrado por nuestro cofrade Raúl Jaimes Freyre; porque te diré que si yo dijese algo, sería no más que para mí, o a lo sumo para los de nuestra vida bohemia, inscribiendo calladamente tu obra, que será al andar del tiempo, en el escalafón americano del arte. Pero no, no quiero decir, aunque sé que orgánicamente eres inepto para la necia soberbia; mas confesarás que no sólo la sangre, sino que el alma y aun el espíritu son tan frágiles en el esplendor de las auroras, que...

Deseo te conserves siempre bueno, sano y sentimentalmente hubilde, abriéndote cada vez más en la cósmica armonía y que tu arte sea más hondo y simple y más ajustado al objeto de la inspiración.

Sin embargo a tí y a algunas personas más de mis afectos quisiera herirles cruelmente de todo corazón en la fibra más sensible de sus ambiciones, porque la experien-

## EL LOCO

cia me demuestra que nada hay como ello para impulsar hacia las máximas reacciones y floraciones a los verdaderos caracteres; pero como quiera que descubro en mí, con pena, que todos son equívocos, no te dice más tu sincero amigo

### Un Ateneísta

Concluida la lectura ambos se echaron a reír a mandíbula batiente, pretendiendo haber hecho una zancadilla al Círculo y al Ateneo, siendo que más bien me parece que, aunque inconscientemente, era por lo contrario un motivo para estrechar relaciones. Pero como los dos jóvenes reían cada vez más a carcajadas, contagiado concluí por hacerles coro, lo cual me ocasionó un serio altercado, ya que se les ocurrió que yo me burlaba remedándoles. Por eso otra vez estoy furioso con todo el mundo.

Y me acuesto. Hasta mañana.

\*

En la umbría milenaria aparecieron a modo de sombras, anciano el uno y el otro, joven. Hablando sosegadamente iban ambos con paso tardo en la senda abandonada. Su andar en las hojas mustias apenas si era audible. La sombra de la tarde avanzaba enorme y en las lejanías el sol doraba ya las cumbres.

—Ven por acá; ya hemos entrado en una zona más apacible. Pero tomemos este senderito de la derecha, entre adelfas y tilos; verás hermosos alisos y bambúes. Así nos apartamos discretamente de ese siniestro y sordo rumor. ¿Nota cómo aquí casi ya no se siente aquella huma\* reda acre de las hecatombes salvajes en que se diezma el mundo civilizado?

—Sí.

—Bueno; huyamos así, lentamente, paso a paso. Mira: nadie nos precede. Dejemos que en aquel desenfrenado cataclismo se arrollen, honda, misteriosamente, todas las in-

conciencias, a semejanza de mariposas que durante la noche caen en la hoguera avivada por un vendabal.

—¿Y a dónde vamos? — preguntó el joven, casi maquinalmente.

—Al **Retiro de La Regresión**.

—¡Ah!. — exclamó el muchacho, visiblemente preocupado, sin alzar los ojos del suelo. Y, cruzando atrás las manos, agregó: —¿Y dices que ha muerto?

—Sí, en Montevideo; y no hace mucho: ni quince días. Sus últimas palabras fueron: —Ya sé, Señor...— Así entregó su alma.

—Es sugestivo; hasta ese detalle da a su vida un no sé qué.

—¿Por qué?

—Porque Montevideo significa: —Vi a Dios en el monte.

—¡Hum!...

—Cierto que hay algo de solemne en la historia que me cuentas. Es un poema tremendo.

—De ternura infinita, dirás. Poema vivido y no como la Divina Comedia misma, pura fantasía.

—Parece una tragedia de abracadabras místicas.

—Que concluye en un fulgor de lo sublime.

—¿Cómo dices que se llamaba?

—Amado Ñervo.

—¡Ah!... Ya recuerdo. ¿No es el autor de aquel libro que se llama **En voz baja**?

## EL LOCO

—Justamente. Y ahí tienes bellezas de una simplicidad sorprendente. Aquel dístico:

Alma, ven a mi alma, sin ruido,  
que te quiero decir, así, al oído...

y continúa en la página siguiente:

Madre, los muertos oyen mejor:  
sonoridad celeste hay en su caja.  
A tí, pues, este libro de intimidad, de amor,  
de angustia y de misterio, murmurando en voz baja...

—En verdad que son admirables, tanto el dístico como el cuarteto. ¿Quieres repetirlos?

—De ninguna manera. De lo bueno, poco; y en poesía a semejanza del agujón de la abeja, al vuelo. Y tanto más poético cuanto más breve e imposible después. Pero oye esta otra llamada La sombra del ala:

Tú que piensas que no creo  
cuando argüimos los dos,  
no imaginas mi deseo,  
mi sed, mi hambre de Dios;

Ni has escuchado mi grito  
desesperante, que puebla  
la entraña de la tiniebla,  
invocando al infinito...

—Indudablemente que no es Ñervo de aquellos eruditos forjadores de versos semejantes a joyeles, según dicen, cincelados a modo de filigranas, brillantes como el sol, y vacíos; no: sus versos tienen hasta si se quiere una pobreza léxica recusable, mas, cual en abiertas ánforas de cristal, se respira en ellas el aroma del alma que lo exhala y que aun le vemos palpitar. Sus imágenes, las más, son escuetas y dulcemente siniestras. Oye:

.....

Yo estaba en alma y carne en el  
espacio, libre y poderoso como un ángel.

## ARTURO BORDA

Y recuerdo de un sol sin sistema,  
solitario, coloso, radiante,  
que alumbra tan sólo el vacío,  
como fuego ya inútil, que arde...

Sin embargo, la aparente belleza defectuosa del último verso puede servir de carroña para quien ni sospecha la poesía, porque es tal la pobreza de forma, que provoca risa; pero es tan poética la concepción, que haciéndonos entrever las nebulosas de que emerge, nos eleva suavemente a regiones donde los atavíos se desvalorizan.

—Dices bien. Ese su sentimiento del espacio, del más allá, de Dios, del mar y de la muerte, son la fuerza medular de su ciclo. Sus poesías se me figuran la evanes-cencia de lo insondable pasando en el reflejo de las superficies duras.

—Sí; sólo en una composición, en *Ainó Ackté*, con visos de oropéndola y cascabeleos de cristal, después de querer decir algo que calla, deja hueco el verso. Pero eso es fácilmente explicable, que es lo más que puede sugerir la idea sagrada en el café cantant o el cabaret. Observa:

*Ainó Ackté*, lirio del norte,  
*Ainó Ackté*, gran rosa té;  
sueños de los fiords, consorte  
de los vikings.— *Ainó Ackté*.

Ducal arminio de Suecia,  
flor de hielo, alburas  
de los inmortales de Helvecia,  
ojos de azul.— *Ainó Ackté*...

No obstante es necesario advertir que cuando en la inspiración el artista se eleva a las zonas de la armonía pura, no escribe, no canta, no pinta, no cincela, a lo más silba absurdos, tararea inarmónicas, mientras que la idea y el sentimiento se desvanecen danzando en lo inimaginable. Entonces, cuando el artista despertando súbitamente quiere dar forma al pasado de esos segundos de embriaguez sagrada, nos lega un Segundo Fausto, si es Goethe; los bo-

## EL LOCO

cetos dislocados, si Rodin; Parsifal, los Nibelungos, el Oro del Rhin o las Walkirias, si Wagner, y la marcha fúnebre, si Beethoven; las figuras atrofiadas e hipertrofiadas, Miguel Ángel; pinturas espectrales y disformes, el Greco; bocetos grotescos, Goya, y mil ejemplos clásicos más que podría aportar en pro de la nonada de la forma en casos especiales, cuando el genio atropella, rompe y deshace los cánones, abriendo horizontes más amplios a la libertad con arcillas y éteres desconocidos.

Mas, cuando Ñervo busca el mismo amor que en Ainó Aekté, pero más allá de la vida, arranca a su estro esta admirable Evocación, en la cual se oye sonar al fin el beso, pero lleno de majestad y sin asomo carnal:

Yo la llamé del hondo misterio del pasado,  
donde es sombra entre sombras, vestiglo entre vestiglos,  
fantasma entre fantasmas...

Y vino a mi llamado,  
desparramando razas y atrepellando siglos.

Atónitas las leyes del tiempo la ceñían; el alma  
de las tumbas con fúnebre alarido, gritábale:  
—¡detente!— Las épocas asían,  
con garfios invisibles, su brial descolorido.

Mas, todo inútil. Suelta la roja cabellera, la  
roja cabellera que olía a eternidad, aquella  
reina extraña, vestida de quimera, corría  
desalada tras de mi voluntad.

Cuando llegó a mi lado le dije de esta suerte:  
—¿Recuerdas tu promesa del año mil?—

—Advierte  
que soy tan sólo sombra...—  
—Lo sé.—  
—Que estaba loca...—  
—Me prometiste un beso.—  
—Lo congeló la muerte.—  
—Las reinas no perjuran...—  
Y me besó en la boca.

## ARTURO BORDA

—Ciertamente, se ve que Ñervo es artista, a quien es indudable que los mismos dioses deben haberlo recibido en su tránsito al Olimpo, aun sólo en mérito de...

Este despego de todo,  
esta avidez de volar,  
estos latidos que anuncian  
el advenimiento de la libertad;  
esta pasión por lo arcano,  
me hacen a ratos pensar:  
—Alma, tal vez estoy muerto  
y no lo sé... como don Juan!

Luego ¿qué dices del recuerdo olvidado y que renace,  
de esa imagen sin forma que...

Es un vago recuerdo que me entristece  
y que luego en la noche desaparece;  
que surge de un ignoto pasado,  
que viene de muy lejos y como muy cansado;  
que llega de las sombras de un tiempo indefinido:  
un recuerdo de algo muy bello, que se ha ido  
hace ya muchos siglos, hace... como mil años.

—Dijérase, mi buen viejo, que nos estamos bañando  
en las suaves ondas de la armonía.

—Así es, joven amigo.

—Estimo que dónde se puede ver cómo el aliento y la  
sangre de Ñervo adquieren en su inspiración la sugerencia  
del sueño más que en el sueño mismo, con toda su fugaz  
levedad, es en...

Ayer vino Blanca,  
me miró en silencio y era más misteriosa que  
otras veces: como se ven las cosas en los sueños...

Larga, largamente  
me sonrió; pero  
con la rara expresión con que sonríen las  
bocas que miramos en los sueños...

## EL LOCO

Me miró y se fue  
con paso ligero,  
más ligero que nunca: con el paso  
con que andan los fantasmas en los sueños...

—Estamos de acuerdo. Mas no negarás que el poeta sabe también exteriorizar, y magistralmente, el alma oculta de las cosas viejas, inútiles y casi muertas, soplando en ellas un hálito de exhumaciones; prueba de ello

Esta llave cincelada  
que en un tiempo fue, colgada,  
(del estrado a la cancela,  
de la despensa al granero)  
del llavero de la abuela,  
y en continuo repicar  
inundaba de rumores  
los vetustos corredores;  
esta llave cince^da,  
si no cierra ni abre nada  
¿para qué la he de guardar?

Así, considerando el alma arcana de las cosas y deseando desasirse de ellas, concluye por quedarse indeciso.

—Se ve. Pero si hurgas En voz baja, verás también que pone su exquisita nota de luz, de color y de movimiento delicado, aunque al fin hace destilar el agridulce de su melancolía, en Los papelillos de colores, dándoles a tan poca cosa como son, la más elegante, la más encantadora y efímera de las vidas simbólicas; y si no, presta atención:—

Los papelillos de colores  
que de los altos corredores  
lanzan al aire los chicuelos  
como bandadas caprichosas,  
en sus impensados vuelos  
se figuran que son mariposas.

Cierto, los papelillos de colores  
se figuran tropel de mariposas.

—Admirable. ¡Oh! Admirable.

—Espera. Oye todavía.

—Caramba. Pero si es tan bello ese

Cierto, los papelillos de colores  
se figuran tropel de mariposas.

—Sí, ahí el poeta sonrío con ingenuidad de colegial.

—Pero oye todavía lo encantador que es lo que sigue.

—Oigo; mas repite lo último, para hilvanar bien.

—Sea.

Cierto, los papelillos de colores  
se figuran tropel de mariposas.

—Admirable.

—¡Oh!... A ese paso no acabamos. Esos entusiasmos  
ya no están bien para tí.

—¿Qué quieres, muchacho?: los viejos tenemos tam-  
bién sangre y somos ya medio niños. No digo más.  
Continúa.

—Te entusiasmas tanto...

—Sé más hombre y sabrás por qué.

—Esperaré. Ahora oye la continuación.

Claro, después de todo,  
los pobres, estrujados,  
van a parar al lodo  
y son pisoteados  
allí... después de **todo**.  
Breves fueron sus galas  
y **el favor de** los **vientos**

## EL LOCO

.. Pero mueren contentos  
porque creyeron tener alas.

—Como puedes comprender, mi querido joven, eso es lo que se llama ironía ática.

—Así creo. Y sabe, también, que otra de las poesías para gustada de veras es la siguiente:

Poco sé decir, poco sé  
pensar: al viento y al mar  
le voy a pedir mi nuevo  
cantar. Al viento y al  
mar.

Al agua y al viento  
fío el pensamiento  
de mis nuevas rimas,  
(¡oh, mar, cuéntame un cuento!)  
A la onda enorme  
y a la racha informe.  
A cimas y simas.

¡Oh mar!, dame un ritmo de belleza **rara**,  
dame tu sal para  
mi desabrimiento  
y un rumor que arrulle mi melancolía.

Ya verás que esto es más bello y con la belleza del lenguaje casi vulgar. Composiciones que también me encantan, son: La bella del bosque durmiente, **Epitalmio**, **A Libio**, **En Bretaña** y **La Boca más hostil**.

—Son acertadas tus predilecciones: lo demás, y sin entrar en observaciones ratoniles, sencillamente no vale nada, se entiende que salvando la hermosa **Glosa**:

Estoy triste y sereno ante el paisaje  
y desasido estoy de toda cosa.  
Ven, ya podemos emprender el  
**viaje a través de la tarde misteriosa.**

## ARTURO BORDA

Así son casi todas sus inspiraciones, tan leves, tan dulces, tan sin esfuerzo en la melancolía del ensueño, como quizá ningún otro autor del habla castellana. Qué digo del habla; del sentir humano. Es el poeta máximo de las ternuras en llaneza. Precisamente aquí traigo el libro. Hemos de analizar alguna cosilla. Te digo que esta composición ...

—Pero antes sentémonos por acá. ¿Quieres?

—No; ¿no ves que de aquí a los veinte pasos, cuando más, llegamos al Escampado de las Iniciaciones? Mira; en dirección de aquel ciprés, al pie de ese hermoso sicómoro, hay un pedrón en forma de sofá, revestido de liquen y musgo. Por ahí corre la acequia del manantial que nace allá, cerca de aquel sauce.

—¿De cuál?

—De ese que está a la izquierda, como inclinándose a cubrir la tumba de que sale. Y, después de todo, comprendes que el murmullo de las aguas, el musitar del aura que ya sopla, el frufrú de los follajes y el zumbido de las abejas...

¿Oyes?...

—Sí. ¿Qué es?

—Es el canto de la calandria.

.....

En eso, después de haberse detenido a oír un instante, ambos llegaron al sitio indicado.

—Ahora, sí, joven, sentémonos. Este es casi un paisaje de la Arcadia feliz.

Y tomaron asiento.

—Sólo sí —dijo el muchacho— que no sé qué tristeza siento en el ambiente. Será quizá la soledad del lugar,

## EL LOCO

esos tintes crepusculares tan pálidos, el jardín que parece dormir, o...

—Sea lo que fuere. Ves, querido, ¿cómo acá estamos mejor? Pero, ¿decías?

—Que noto no sé qué rara melancolía que me recuerda esta emocionada aspiración y comprensión del paisaje de nuestro poeta, que dice:

Quisiera, noble hermana,  
prender en los encajes  
del verso y de la prosa, el  
alma triste, arcana,  
que tienen los paisajes.  
sutil y misteriosa

—¿No atinas a sospechar el por qué de esa inquietud?

—Absolutamente.

—Pues, es porque ya comenzaste a respirar el aroma de un alma que habla **En voz baja**.

—Tal vez. ¿Qué ibas a leer?

—Pensaba explicarte el sentido oculto de algunos versos; pero he recordado, oportunamente, que por hacerlo, y con el mejor deseo, he tenido ya mil inconvenientes, tanto que ahora...

—No, no, eso conmigo, no. Además, tú comprendes que estoy relativamente desocupado, y desde hace tiempo se me va despertando la necesidad espiritual. Sin embargo, si esos son tus escrúpulos, cree que por lo menos no tendrás inconveniente en hacer la relación de esa historia tan inquietante al par que bella.

—Eso, sí, con el mayor gusto. Y la hora es propicia: el crepúsculo está desapareciendo y en un instante más la noche nos habrá de envolver. Mas, mira. Mira cómo sale la luna.

## ARTURO BORDA

Y en un zozobrador mutismo, molestados el uno con el otro, largo tiempo contemplaron extasiados la salida de la luna llena. Cuando ya estuvo alta, el joven observó:

—Qué raro. Parece que todo el paisaje se inmaterializara.

—Es que nos hallamos en el connubio de dos luces o penumbras: la azafranada del crepúsculo y la opalescente del plenilunio. Es la hora mística en que los cuerpos quedan sin sombra, envueltos en un tinte inefable.

—Es justa tu observación; pero ahora que todo adquiere ese deleitoso aspecto de ensueño, puedes comenzar tu relato; te oigo con deseo.

—Eres muy galante y me honras. Sin embargo, te diré que he de relacionar la historia, sólo por ser el amor filial más dulce de que se tiene noticia; de no ser así, nunca más me oyeras.

Y los interlocutores enmudecieron un instante, mientras que en el bosque parecía hervir el rumor helitral de las cigarras. La naturaleza se iba saturando de un tinte índigo verdoso; suplaba un vientecillo embalsamado y tibio; al través de las frondas que se destacaban tintas sobre el cielo gris claro, se veía aurigentada la luna, y, no lejos de ella, a Venus, fulgurando intensamente; sobre el cielo y los lejanos montes, y entre las enramadas, brillaban a miles las inquietas luciérnagas.

Entre tanto el joven, sentándose de lado, cruzó las piernas, llevó la mano izquierda al bolsillo del pantalón, acodó la diestra en el respaldar, descansando la cabeza en la mano, en señal de atención.

El anciano; dando un último chupón al cigarrillo que iluminó extrañamente su semblante y su mano, lo arrojó al arroyo que corría a sus pies; luego se quitó el sombrero y llevándose la derecha a los ojos, como si despejara la vista, la pasó por la frente, para, alisándose los cabellos, arrastrarla hasta la nuca y el cuello; entonces, suspirando

## EL LOCO

también, cruzó las piernas, y, ladeándose hacia el joven, iba a comenzar ya la historia, cuando nuevamente, rompiendo el sordo rumor de la noche, se oyó el canto de la calandria, a lo cual siguió un silencio más hondo aún, al parecer. Después de un instante como de meditación, comenzó en estos términos:

—Sentada al relente, a la luz lunar, o al sopor, en la luz del sol, en la heredad de sus mayores, la buena señora tejía, absorta en su quehacer, unas veces turbantes, otras, baítas, cuando no calcetines, para el nene que a sus pies, apoyado en la falda, señalando seriamente con un palillo, sílaba por sílaba, iba deletreando su lección en un Libro de Lectura. Era ese niño igual a los recientes en las eras, inseparable de su madre; por eso le llamó ella mi Amado; y el padre que en medio de sus fatigas cotidianas gozaba de la contemplación de aquel cuadro de amor, en un bello arranque nervioso le dio su nombre: Nervo.

Así transcurrían los días. Cuando el muchacho supo leer, la madre, impulsándole a jugar con las libélulas o las mariposas, haciendo que aspire en los manantiales entre breñas el aroma de los jazmines y azahares en naranjales y cafetales, extendiendo las manos sobre ambos océanos, o señalando amorosamente el cielo, hizo que, no sé si sublime o ridículamente, aprendiera el niño estos versos:

"¿Qué dicen las olas  
"rompiéndose a solas  
"en recios peñascos?  
"—Murmuran a Dios.

"¿Qué nombre bosqueja  
"la luz que refleja  
"de tantas estrellas?  
"—El nombre de Dios.

En aquellas horas la naturaleza entera parecía contemplar atónita la majestad de aquella enseñanza.

Es así cómo en el alma del muchacho se fue infiltrando lenta y dulcemente la inmensidad.

ARTURO BORDA

Luego, no sé cuándo, un día... Un día muere la madre y el poeta pierde para siempre su alegría: en su espíritu, ahogando sus gritos, caían en tumulto las densas sombras.

Desde entonces el vate, hablando sólo En voz baja, quiere sondar, al través de los ojos sin luz, el silencio en que se desvaneció su madre, e interroga honda, pero muy hondamente, al Señor su Dios:

En vano entre las sombras mis brazos, siempre abiertos,  
asir quieren su imagen con ilusorio afán.  
Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos...  
¡Oh, padre de los vivos!, ¿a dónde van los muertos,  
a dónde van los muertos, Señor, a dónde van?

Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda,  
pero muy honda, debe ser ¡ay! la negra onda  
en que navega su alma como un tímido albor,  
para que aquella madre tan buena no responda  
ni se estremezca al grito de mi infinito amor.

Glacial, sin duda, es esa zona que hiende. Fría,  
oh, sí, muy fría, pero muy fría debe estar  
para que no la mueva la voz de mi agonía,  
para que todo el fuego de la ternura mía . su  
corazón piadoso no llegue a deshelar.

Acaso en una playa remota y desolada,  
en frente de un océano sin límites, que está  
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada  
los torvos horizontes escruta, con mirada  
febril, buscando un barco de luz que no vendrá.

¡Quién sabe por qué abismos hostiles y encubiertos,  
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!  
¡Quién sabe por qué espacios brumosos y desiertos!

¡Oh, padre de los vivos, ¿a dónde van los muertos,  
a dónde van los muertos, Señor, a dónde van?

Acaso está muy sola. Tal vez mientras yo pienso  
en ella, está muy triste; quizás con miedo esté.

## EL LOCO

Tal vez se abre a sus ojos algún arcano inmenso.  
¡Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que ve!

¡Piedad para mi muerta! Piedad...

¿A dónde van los muertos, Señor, a dónde van?

Entonces, durante la agonía del vate, se le apareció el Señor en un fulgor de eternidad, y, señalando la estela de la nave en que navega aquella madre, cerró los ojos del poeta amado, quien, fijo siempre el amor en ella, aún balbuceó al morir: —**Ya sé, Señor...**

Tal dijo, hondamente emocionado el viejo, enmudeciendo a tiempo de que por tercera vez se oía en la selva el canto de la calandria.

A lo que siguió un largo instante de recogimiento.

Después ambos se internaron en el bosque, desgajando a su paso las lianas y arbustos, estrujando hojas secas y quebrando ramajes apolillados; las frondas al viento sonaban a modo de olas que se rompen en las orillas, mientras que las cigarras daban su hervor en toda la umbría y las ranas tocaban sus castañuelas de cristal.

En eso, sin saber por qué, lancé una carcajada que me horrorizó, con lo que ambos se detuvieron repentinamente, indagando en vano un momento entre las sombras. Luego prosiguieron siempre mudos. A medida que se alejaban se iba apagando el rumor de sus pasos.

Las luciérnagas salpicaban estrellitas a millares en la noche; y la luna llena, descendiendo luminosa, se ocultó en los negros horizontes.

\*

En punto a equívocos hay otro muy interesante: la del poeta filósofo. La inconsciente gleba de críticos llama filósofo (?) a cualquier poeta (?) que apoderándose simplemente de la parte simpática de cualesquiera filosofías, fabrica, con ese elemento ajeno, unos versos. Lo que hay en

## ARTURO BORDA

eso es que no hizo el poeta otra cosa que coordinar armónicamente, nada más que las palabras que estaban dispuestas en prosa. Pero de ahí a que el poeta sea filósofo dista espacio considerable, igual al que media de filibustero a comerciante. Pues el poeta, si es poeta, que es asunto de investigación aparte, y que quizá merece más atención que el de filósofo, no ajusta su conducta a ningún sistema de verdades desentrañadas del misterio y organizadas por él en cuerpo de doctrina, todo lo que hace es desperdigarse ebrio de emoción en la belleza universal. El artista, víctima de su organismo, sin deseo ni voluntad para resistirlo, hace de ello su voluntad, rindiéndose a una fatalidad, naufragando constantemente en la procela de un incesante estado de ensueño vigü, embelesado en la armonía universal, sexualizando estéticamente su espíritu, aunque en este punto parezca traspasar no sólo los límites de la degeneración, sino que salir a plena locura; de otro modo, ¿cómo se explicaría Safo y Teresa de Jesús, tanto como el de Asís y el de Sade? En tales estados el artes es la floración de los aparentes ocios. Pero hay que convenir que la forma no es la poesía. La poesía es la calidad de la fuerza que la anima, por eso ese misterio que toda forma esconde eternamente. Y ahora me pregunto si todo ese arrastre de fatalidad es filosofía. No por cierto; pero ya que tanto porfían en este sentido, concederemos que es por aproximación.

\*

Era en el mes de Junio. Las heladas me aterían y en los arroyos y los surtidores pendían los carámbanos. Cuando el sol esparcía su alegría, en las sombras se congelaba el aire mismo.

Una noche en que la murga tocaba serenatas y pasacalles, me acosté tiritando de frío. Arrebujándome cuanto pude me fui adormeciendo lentamente, haciendo lo posible por conservar, para cuando despierte, el recuerdo' de mi último pensamiento y del instante en que se desvanece la conciencia, queriendo establecer la línea divisoria entre el sueño y la vigilia; pero sin saber cuándo ni cómo, de pronto me hallé en el sueño más profundo.

## EL LOCO

A mi lado había una especie de sombra, de luz, de niebla, de helana, o no sé de qué, que me hablaba.

Anímate, Loco. Vamos y verás que no te arrepientes. Mira que si todos los que aman el arte supiesen del valor estético de los ensayos de una orquesta, nadie dejaría de asistir a esas fiestas plenas y gratuitas en que el espíritu del artista está entregado a su más acrisolado amor, buscando con fe la máxima armonía, compenetrado con su viola, con su piano o con su cello. Son los diálogos más profundos del artista con su alma.

Anímate: el arte es el amor amplio en acción.

¿Vamos? Se ensaya la Novena Sinfonía de Beethoven.

—Entonces vamos, —dijo.

Y fuimos.

## II

Las calles estaban desiertas. El eco repercutía solamente mis pasos y no el de mi compañero.

Cielo ..... de conjunción. Incitante fulgurar de las estrellas.

## III

Entramos en un salón muy largo y angosto. La puerta de acceso se halla a un costado. Al fondo y a mano izquierda de la entrada está el escenario, un escenario de guignol, de feria, de aldea, de saltimbanquis o algo así, tan pobre es. Pero ello se explica en este país y en estos tiempos. Los peregrinos del ideal han plantado su tienda, no importa dónde. El decorado representa un paisaje nocturno, como para una escena de Pierrot y Colombina. Delante del escenario hay un piano de cola y a un extremo un armonium. Sillas y atriles en dispersión. Todas las butacas de la parte que sirve de platea están hacinadas en un rin-

## ARTURO BORDA

cón. El local es frío y hay en él, ardiendo, no más de dos focos eléctricos, suficientes para la orquesta. Por esta razón el resto de la estancia queda en penumbras. En medio de esa gran sombra estoy sentado en uno de los ángulos más lejanos. Cada que fumo el ascua rubí de mi cigarrillo ilumina mis dedos. En el recinto hay un ambiente de paz, de silencio, de sueño, acaso de muerte.

Quiero ordenar las ideas que en mi mente se agolpan; pero oigo ya pasos en la escalera.

\*

Poco después llegan los maestros concertistas. Alegres, unos; otros, silbando y frotándose las manos; algunos, saltarines y parlanchines; los demás, torvos y al parecer malhumorados; las chiquillas, lindamente silenciosas y ateridas, entran paso a paso, alegrando a todos con sus sonrisas, mientras saludan desenfundando los violines. Las mamás graves toman asiento aparte. Se desentumecen.

A fuera la helada va cayendo.

\*

Transcurre un instante y comienza la afinación de los instrumentos. Las cuerdas de los violines aullan, chillan, acaso graznan; las arpas hipan trinos; los violoncellos fingen el soplo de los vendábles o el bostezo de los antros; las flautas gorgoritan o silban y redoblan. Es un infierno o caos en el que todos hablan o gritan a la vez. Quien dice: —En **Re** mayor, para el primer número.— Otro replica; —Será en La, para el segundo.— El de más allá ordena: —Hay que ir con calma y por partes.— Las chiquillas dicen con su voz dulce: —Atención a los violines en la segunda corchea del preludio.— Habla otro: ¡Ahora, señores!— Y la bulla ensordece y desespera cual si fuese la conjuración de las furias, de los tritones y de las sirenas en los torbellinos del **mar**.

De pronto uno de los maestros se para y ordena: — ¡Ya!— y con su varita da un golpe en el atril. Como por

## EL LOCO

arte de encantamiento se hace el silencio. Nadie respira y la batuta comienza a elevarse majestuosamente. Durante esos segundos todos reconcentran su espíritu en la atención sagrada, cual si fuese una suspensión de la vida y de la muerte en las agonías. Luego de golpe desciende la batuta en el silencio y la orquesta arranca al unísono un sollozo largo y tímido.

Ha comenzado el tránsito de la magna armonía.

Después la batuta, ebria y magnética, parece vagar ondulando en los espacios, al vaivén invisible de las ondas sonoras que arranca de las almas de los artistas, dibujando con ellas en el aire serpentinas en ángulos y curvas absurdas.

En la conciencia de cada artista se ha operado a través del pentagrama la epifanía o resurrección del espíritu del autor muerto siglos ha y que por tal manera sigue viviendo entre los hombres al fuego de su creación, palpitando en el éter: ora increpa, llora, ama o ríe, como ya implora, odia y suspira; huye, se desvanece, retorna, corre, vuela, bendice y blasfema, y luego desaparece para por modos iguales retornar mil y mil veces, jugando con las almas que arrastra en los calambres de cada corazón.

Es la visitación incorpórea y sonora, olímpica y siniestra, de un espíritu que se llama Beethoven o Palestrina, el cual en su ebriedad polifónica anuló en un instante la noción del tiempo, en la armonía divina de las esferas: noche y día, vida y muerte; Dios mismo. Todo vibra y oscila en la eternidad.

De esta suerte, roto por la fuerza de lo inmortal el círculo de las Horas en coro, hace que ellas entonen sus endechas y sus responsos, sus misereres y letanía, y emerjan en los coros de los **scherzos**, de los largos y andantes, a la vez que se oye el baladro alegre de las Erinnias, entre gritos y parpas de no se sabe dónde.

Las fuerzas ocultas y misteriosas ladran, ululan y resoplan en la tormenta que pasa al soplo de los huracanes en las catacumbas.

## ARTURO BORDA

Nos envuelve no sé qué de zafarrancho y maitines y de canto funeral. Se oye las voces lejanas y misteriosas de Oasian, de Euterpe y Orfeo, de David y Wagner, de Apolo, el Dante y Job, entonando un canto coral a toda orquesta. Es una especie de rapsodia infernal o divina que semeja un cataclismo entre llantos y carcajadas.

En esto la batuta del taumaturgo simula estar mecida en las ondas, iracundas e invisibles de un océano de belleza; va, viene, ondula, se quiebra y descende, cual si fuese al impulso de una locura.

El espíritu que me acompaña, me dice:

Observa, cómo el maestro maneja la batuta con tan singular delicadeza y vigor, con la seductora gracia de un hada o de un místico. Y ello es porque sabe que aquella varita vale más que la Forma Eucarística, más que el abanico para la dama y más que la espara tajante del conquistador; pues a cada movimiento que imprime sabe que desata las tempestades o serena las aguas de la rugiente mar. Así, con el alma de todos los oyentes suspenso en los giros de la encantadora varilla, va dibujando en el firmamento sonoridades en espiras o a semejanza de la mansa ondulación de las ondas; es el zigzag de los rayos, el flamear de las banderas y el ígneo rubricar de las lenguas de fuego que azotan el aire, o ya es el solemne descenso y aplanamiento de los silencios en la infinitud hiperbórea.

Como ves, para manejar la batuta se requiere tanta coquetería femenina cuanto que la energética de un titán y el conocimiento profundo de la armonía cósmica; pues la varita mágica debe dar en veces la impresión de que se aleja al infinito arrastrando una melodía ultrasutil, en cambio, hay ocasiones en que debe sugerir la idea de que la inmensidad cae y se hunde a los pies del auditorio.

He aquí que el maestro ha de ser necesariamente psicólogo y magnético, por intuición o estudio, porque tiene que transfundir la armonía presentimiento de la idea en el alma de los concertistas, primero, y del auditorio, después, en fuerza de las voliciones de su espíritu al encanto

## EL LOCO

rítmicamente sugerente de su varita mágica en un océano del más puro éxtasis, elevando por tal manera un instante de la existencia humana hacia las zonas más altas del ensueño.

Entre tanto cierro los ojos y el espíritu acólito en forma de niebla, prosigue hablando al compás de la sonata:

Ahora nota, cómo en esta orquesta los artistas o dilettantes, como quieras llamarlos, profesando distintos credos, hablando idiomas contrarios, perteneciendo a razas, sexos y profesiones diversos, mira cómo aquí por milagro del arte han ido inmolando totalmente sus pequeñas vanidades y sus rencillas, si las hubieron, en aras de la armonía pura. Ya no oyen ni ven ni sienten otra cosa que el diapasón que va refundiendo sus almas fusionadas en cada arpegio que huye. El mundo ya no existe para ellos; navegan en la mar cálida de cadencias, de ritmos y compases, en armonía y melodías.

Y mientras se expresaba así el espíritu, la orquesta ejecutaba sorda y téticamente algo semejante al paso de los aquilones en gargantas de granito; mas los violines simulaban a flor de tierra el canto místico de la calandria a la aurora, para luego fingir el himno de las alondras, del ruiseñor y las tórtolas a la rebullente luz cenital, la cual efervece una tempestad de alegrías: risas cristalinas, amorosos parloteos y danzas, y, en ágil fuga, las picardías infantiles.

El espectro sigue haciéndome sus extrañas observaciones:

Pues, mira cómo ahora las almas saltarinas de los artistas dan cabriolas al son de su lírico desenfreno: resbalan o singlan en coloquio misterioso, en tanto que la diosa Armonía llora y ríe de gozo en las fuentes, al claro de luna; en los aires, al volar de los ecos; en las discretas holganzas, en las mansiones imperiales, y, entre rudas faenas, en las miserables cabanas. Los misterios, mientras tanto, recatados en la umbría, sonrían alegremente.

## ARTURO BORDA

Luego la sonata se va tornando mística. De pronto viene de lo hondo un hálito de caricias, aura serenadora, al paso que se columbra de Jesús de Nazareth en el Tiberia-des o en Gethzemaní. Sí, hay en el ambiente el palpar del gozoso fervor de María de Magdala siguiendo en silencio las jornadas del galileo.

Tal ha pasado en la orquesta un soplo de redención y esperanza.

En eso se va insinuando en el aire una deliciosa inquietud. La atmósfera rebulle en amables cosquilleos a la par que huyen, revolando en enjambre, no sé qué enigmas de alas y tules en aromas y flores y en la dulce sonrisa en los labios de la mujer, a cuyo encanto, fascinado, ilusionado, veo dibujarse en la luz a Luz De Luna, la bella y pálida sin par. Flota en el éter, ágil, sonámbula y traviesa, arremolinando su veste infantil de aúreo tul, cuyo frufurú me sugiere sonos de arias y cavatinas, de barcarolas y rondóes.

Esa vorágine en que me pierdo es acaso el eco de las melodías del silencio en las horas íntimas: son murmurios y secreteos del amor en la sombra; mensajes alados del enigma al espíritu; ensueños y languideces de los delirios de un nirvana —¡oh sacrosanta resonancia del Oriente en la basáltica Elora!—: es el amor sacro y profano resurgiendo de las ignotas edades, cual si fuese el arrullo de la torcaz al océano.

A medida que así experimentara, el verbo del espíritu que me acompañaba era cada vez más armónico, siguiendo el ritmo de la sonata. Su meladioso parloteo continúa en estos términos:

El arte, Loco, es la misión más sagrada, tan sagrada y alta, que sólo los espíritus más serios y profundos, los que se ahondan en las intuiciones son los únicos capaces de aceptarla, porque en la tierra es un tránsito de pena dura.

Sí, el arte, Loco, y en él principalmente la música es el mejor crisol de las purificaciones humanas hacia una existencia superior que sólo las cosmogonías entreven: es

## EL LOCO

el vivir por un segundo en el cielo de las promisiones ultravitas; es, en suma, anticiparse al más allá en las transfiguraciones: es hallarse de pronto en el trono del Señor, olvidados de nuestra propia existencia, reviviendo borrachos de ensueño no más que en alas de la armonía: en el amor de amores: en nada, en ecos, en sonidos, en todas las resonancias del silencio: en Jehová mismo, rodando en las esferas, de mundo en mundo, fuera del tiempo, fuera del espacio: en las inmortalidades.

Ahora advierte cómo la carne de los artistas se va agotando en un estremecimiento de angustia febril, infinita, imposible, tanto que ya no sienten sus propios brazos o pulmones que ejecutan. Nota que así su espíritu es más que Dios en su divinidad desde antes de los orígenes hasta después de las consumaciones.

Así se opera, Loco, el misterio de las purificaciones humanas.

Mas, sabe que el fuego de aquellas transfiguraciones lo da sólo quien haya ciliciado su corazón en mutismos largos y lacerantes, torturando su cerebro en la comprensión sutil y misteriosa de todos los arcanos espirituales y físicos.

Tal es el fuego sagrado y ultrapotente que inflama toda sangre y toda idea y muestra una esperanza en cada aurora.

Los portadores de esa llama son en principio los precursores anónimos: las intuiciones vivas de las grandes floraciones futuras; son la consumación de la garúa lenta y persistente sobre las raíces más hondas: en el alma de los seres por nacer, en las tinieblas de lo porvenir: en el futuro que se halla palpitando desde el principio en nuestra sangre, al través de todas las generaciones.

.....

Pero, Loco, ya va concluyendo el ensayo virtuoso:  
Volvamos pues a nuestros corazones.

## ARTURO BORDA

—¿Qué fué de nuestra sangre? Era una agonía apolnea en el calambre de un temblor indecible.

Tal dijo el espíritu al concluir la última nota de la sonata a tiempo que desperté fatigado y con la urgencia de conciliar nuevamente el ensueño.

### IV

Y las sombras empezaron a moverse formando maravillosas arborescencias de cristal en estalagmitas y estalactitas con luz propia en una gruta misteriosa entretejida de reverberos multicolores. Al fondo, en una especie de altar flotaban algunas estrellas errantes; más acá el murmullo de una fontana entonaba una especie de cánticos enigmáticos coreando a las calandrias y las alondras, lo cual se amortiguaba en un vago rumoreo de voces, como si fuesen las oraciones de los feligreses en el templo. Pero todo ello poco a poco se iba convirtiendo en el Círculo de Bellas Artes. El altar se transformó en proscenio con decorado de selva alta; las estrellas se habían convertido en las chiquillas que danzaban si no contaban o recitaban y representaban dramas o comedias en compañía de jóvenes tan agradablemente contagiosos de su entusiasmo y fe, como ellas; entre tanto el manantial se había vuelto ya la orquesta de los alegres jóvenes, y, en ella, las alondras y calandrias eran las chiquillas violinistas hechas armonía. Más adelante del entarimado, fuera del recinto orquestal, se hallan las mamás risueñas, bonachonas, charlando en voz baja, entusiasmadas.

El ensayo había comenzado. Yo estaba nuevamente acurrucado en ese íntimo ambiente de arte en que todos en una santa fiebre de ansias entregaban íntegra su alma a las mudas exigencias del ideal; se transfiguraban en un esfuerzo divino de superarse en sí, cada vez más y más, en su fugaz elevación a esferas donde los espíritus se eternizan dilatándose en los imaginarios infinitos ¿acaso en los acalambrosos calofríos mortales? Yo no sé, pero mi espíritu y mi sangre bailaban con un ritmo extraño, en virtud del cual, sintiéndose poeta, ya que de médico, poeta y loco, todos tenemos un poco, noté que mientras se ensaya-

## EL LOCO

ba entremeses, recitaciones de los mejores vates comarcanos y al son de una música suave danzada en el proscenio una hermosa chiquilla, mi mano, agitándose automáticamente, iba escribiendo así:

Mi linda circultalira  
la escogida virgencita  
en mi atormenada alma  
en pos de la suma belleza,  
quisiera entonarte un himno único,  
sin las hurañas reservas  
de mi espíritu salvaje.

Oye, pues.

Sabe, Estela, Aurora,  
Tita, Esperanza o Consuelo,  
que con mis ojos lavados  
en las aguas lustras del ensueño,  
te miro llegar bailando cadenciosa  
en las ondas sonoras,  
entre los leves arreboles  
de un cálido amanecer.

Desde la cintura a los pies,  
—oh Scherezada de anacrónico Bagdad—  
envuelta estás en la seda lama  
de una ola esmeralda,  
excitando sangre y nervios  
si enarcas el torso  
y entornas al cielo,  
en éxtasis,  
los claros ojos,  
echando atrás la cabeza,  
suelta al aire la melena,  
en tanto que en tus purpurinos labios  
se equilibra temblando coqueta  
una eléctrica sonrisa amorosa  
¿soñando acaso en el amado ignoto  
al compás de la célica danza?

Así tú,  
repentina encarnación  
de la juguetona estela  
de una enigmática embarcación

ARTURO BORDA

en alta mar,  
emergiendo fantástica  
del espíritu de las aguas,  
enjoyada ora de rocío  
y las acuátiles fosforescencias  
cuando no con nácares y perlas.  
De esa suerte temblando toda tú,  
arrebataada en el olímpico soplo  
al ritmo del huracán orquestal,  
—oh intocadas carnes—  
me electrizas con el mimoso vaivén  
de tus impolutas formas.

¡Oh estatuilla de neblina viva!  
¡oh espira de humo ondulante en los ensueños!,  
requiebrando las retrecheras curvas  
al son del himno lírico,  
eres ya con tus nervios y con tu sangre,  
en transfiguraciones de profana castidad,  
—¡oh danzarina de filigranas de Oriente!  
— eres la armonía misma,  
estremecida en sonoridad de **Olimpo**,  
tú, la inocencia taumaturga,  
la que sólo por amor al arte  
tan pronto ejecutas en la orquesta  
como recitas, cantas y bailas,  
elástica, loca o en éxtasis,  
excitando el aplauso al sublimar las almas,  
así adquieras el aspecto de Yolanda  
—suave alma de consolación  
en el murmurio de la brisa—  
o luego seas,  
—proteiforme incesante—  
rivalizando en belleza  
Elena, Aída, Nora y Margarita  
si no Irene y Laura  
o Luisa, Amalia y Graciela,  
hechizando en Nuestra Señora  
la soberana Belleza  
en los secretos magos de una a **una**,  
tú, impulso de don en el destino,  
naife transverberado

## EL LOCO

en el fuego sagrado.  
Por esa manera habrás de **ser**  
la mi imposible Luz De Luna,  
tú, ensueño realizado  
y trágica absorbente  
del espíritu vibrante  
en la llama viva de mi ignara exaltación  
que tentará cielo y tierra  
para entonarte una divina canción.

Por tí me inflamaré en esta cremación.  
Y anhelo forjarte un alado gran soneto;  
mas es tan leve y lasa la inspiración  
que a porfía me hunde en la inacción;  
pero, aun a pesar mío, espero inquieto.  
Y es inútil el afán de mi esqueleto  
y mi ánima en constreñir su honda pasión,  
y es en vano exprimir razón y corazón  
y escanciar en el espíritu su secreto

ya que ni en la vida ni en la muerte nada  
hallo digno: a todo falta majestad...  
¿Eternidad o infinito... ? Bufonada...  
Y en esta desconsoladora vaciedad  
sólo el estertor de mi agonía en soledad  
será el soneto en mi última bocanada  
y estrambote la trágica paletada.

De éste modo yace deshecha y rota  
la lira al impulso del irrazonado sentir  
pero al ser ruda y agria su queja, el numen  
o estro se alza libremente soberano en otro **vuelo**.

Y así  
—¡oh, mía!—  
locuela que reconcentras  
tu yo en la armonía  
y el calor del amor,  
—tu avatar—,  
a tí,

## ARTURO BORDA

que te inmortalizaré  
devotamente,  
seductora alma de gracia soberana,  
sombra excelsa de querube  
en la rauda nube  
del fúlgido ensueño  
en que brillas  
a la luz crepuscular,  
a la hora dada entonaré,  
con el soplo alisio,  
un célico himno a tus encantos  
y maravillas  
en las liturgias del amor,  
¡oh mi dulce sueño  
de un instante!  
Mas, sólo será ya  
ignotamente,  
allá,  
donde mi alma hilvana  
en segundos letales  
sus auroras boreales  
en silencio y quietud  
de sublime nirvana,  
en un negro ataúd.

Pero ¿qué más si ofrendo a tí mi sino y habré de ser el escabel de tu gloria? ¿No ves que cual la mariposa quema sus alas en la luz, incinero yo mis ayeres y mañanas en tus hechizos? ¿No ves...?

Y cuando desperté hice inútilmente los mayores esfuerzos por recordar el insensato escarceo de aquellas ideologías en esa prosa y esos versos estrafalarios, en los que en fuerza de la idea se heló el sentimiento que sólo es ardiente impulso.

## V

La noche estaba muy fría. La murga continuaba entonando en las calles sus detestables musiquillas siempre con el mismo ritmo tristón, tremendamente humilde y que no obstante hallo en ello ocultos y profundos manantiales de emoción y encanto, claro que para mí salo, cuando me

## EL LOCO

entrego incondicionalmente, dejando que sus armonías me-  
zan mi espíritu en un vasto adormecimiento de ensueño.

Así me sorprendieron los albores de la mañana.

\*

Hoy he vuelto a escribir a Luz De Luna, aunque no  
debo recordarla, ya que hice propósito. Mas...

La verdad es que soy un perfecto absurdo.

\*

Armonía es sinónimo de vida en las transfiguraciones  
mismas de la muerte.

La armonía humana o artística se halla en la com-  
prensión solamente.

El total, o sea la máxima armonía, está en el principio.  
Todos los principios son simples, el precipitado de la  
sencillez. Luego la máxima armonía o belleza artística está  
en la expresión más simple, quiero decir, más comprensible,  
al alcance del sentimiento y la inteligencia más elementales  
en beneficio de la gran humanidad menesterosa.

La grandeza no está en la forma, está en el soplo. Lo  
más que alcanza la forma es la elegancia. Una mujer podrá  
ser todo lo hermosa y bella que se quiera, pero su espíritu  
llegará a ser grande; mas, con grandeza y belleza se logra la  
sublimidad.

La grandeza está en la nobleza, la bondad, la magna-  
nidad.

Reconózcase el que pueda.

La honradez es un caso de conciencia, pero el delito  
puede ser inconsciente. Problemas morales para los fallos de  
la justicia humana.

## ARTURO BORDA

Pero ¡chito! ya, impertinente verborrea.

### N E L L Y

#### I

Estación de ferrocarril. La gente hormiguea perezosamente, como en un bostezo inmenso de cansancio, pero luego, al oír el cercano silbo de la máquina, hubo en la multitud siempre abigarrada, esa inquietud propia de los renacimientos espirituales en la esperanza.

Entre tanto el tren llegaba jadeando, aumentando monstruosamente de volumen ante los ojos inocentes, como en el cinema.

En el andén se sintió una especie de remesón. La multitud, cuando llegó la mole de acero, entre nubes de su vapor, simulaba desdoblarse su mundo interior.

Así, cual fuese entre nebulosas, pasó el tiznado, gobernando los frenos y las válvulas, con el Staff en la diestra, a semejanza de soberano que abdica su cetro.

Luego creció el alboroto. Las gentes se confundían en abrazos, a manera de las sombras errátiles en los trances del ensueño: unos que llegan y otros que se embarcan.

Y, mientras desarrollaban ese entretejido de intereses y afectos, el maquinista, hercúleo, potente, como si se hallara en un regio trono, respiraba hondamente por haber salvado en la travesía un mundo de seres.

Entonces imagino que por ello, de hinojos le tributan todos la más profunda gratitud, en la meta ya de sus anhelos, allá donde en la partida hubieron de poner todo su futuro y su corazón.

Tal el maquinista estaba enorme en su orgullo de salvador y conductor —negro y casi horroroso— acariciando en su alma candidamente brutal su dócil monstruo de

## EL LOCO

acero. Y lo hacía tan suavemente y con tanto **amore, como** el céfiro en las ondas.

Yo estaba solo y absorto en la contemplación de aquella tremenda ternura.

En esto mi sangre entonó a borbollones una canción de loores raras al tiznado aquel, sepulto en el ingrato olvido de los caminantes. Aquellas negras y callosas manos, duras como el acero forjado al rojo blanco, eran, transfiguradas en mi alma, el símbolo del amparo; pues en el regulador se tornaban en la protección a millones de existencia entregadas a los albués.

Después en ese **mare** magnum sonrió amablemente el maquinista, ocultando discretamente la tristeza y ternura que anida su corazón. Recibiendo, al partir, el **Staff** o **vía** libre, divisó en la multitud la silueta femenina que su espíritu añora y busca incansable. Y pude observar ser tan hondo y misterioso aquel amor, como es el sentimiento vago que en la noche arrancan al **armoneum** unas torpes y ambarinas manecitas, ensayando un **Claro de Luna**.

Y, crujendo seca y brutalmente, con sacudón que recorrió de eslabón en eslabón, partió el tren, patinando con esfuerzo, resoplando con agitación que conmovió el ambiente.

Luego poco a poco el andén **va** quedando silencioso.

Estoy mirando indiferentemente la des poblada.

## n

Recuerdo que unos manuscritos que llevaba en el bolsillo y que sin notar los iba estrujando los había soltado distraídamente entre la multitud. Y no hice caso ya que los labré no más que por ver si lograba forjar una frase bella o daba un giro nuevo al concepto, esto sobre todo; pero como quiera que no consiguiera nada más que extender el asunto en una asombrosa vulgaridad de simple palabrería, no le di más importancia a la cuestión.

## ARTURO BORDA

Ahora estoy asombrado de cómo podemos perder tan miserablemente nuestro tiempo.

El motivo del escrito en referencia es el siguiente:

Un día veo desde mi dormitorio una fiesta juvenil que se realizaba en frente y a ventana abierta. Bailan. Hay hermosas chiquitinas. La suave ondulación de sus ropas de seda, diseñando sádicamente perversas aquellas formas, me sobreexcitan y entristecen. De pronto tocan las campanas de una iglesia cercana y seguidamente chirría un gramófono una musiquilla infame. Quiero... No sé qué quiero. Pero las quiero. Después la veo en una fiesta de caridad. Nelly me seduce. La amo. Elogio su belleza. Luego sueño verlas en la niñez. Eso es todo, indudablemente que sin contar el asunto del matrimonio vecino por el cual hice un soneto.

Así. De pronto noto que unos jovenzuelos que se habían rezagado en el corredor levantaban del piso los manuscritos, y, con dejo socarrón y ante la risa general, leen:

**RUIZ (muy satisfecho)**

Señores, parece que hemos hallado una fortuna. Esta noche farra.

**IRIARTE (desdeñosamente)**

No, compañeros; es carta de amor. He visto: carta de amor. Sí.

**TODOS (tristemente)**

¡Qué lástima!... ¡Carta de amor! ¡Carta de amor a estas alturas...!

**GUMUCIO (desilusionado)**

A mí me pareció un fajo de billetes o cheques.

## EL LOCO

### RUIZ (seriamente)

Bueno. Sea como fuere, lee. Y se acabó, porque toda cosa siempre tiene doble apariencia.

### IRIARTE (leyendo)

Yo que por amar tanto, Señor,  
ya no sé si amo o no,  
impetro a Tí reciban Ellas,  
de gracia, mí rudo cantar.

### TODOS (a carcajadas)

Lírico tenemos... y muy en siglo XX. ¡Rara avis! Pero empieza la lectura; pues hay que divertirse con algo, con cualquiera cosa, y hasta empacharse, así fuese con el aburrimiento mismo. Así soy. Además, para eso estamos de ociosos. ¡A ver! ¿Qué dices?

### IRIARTE (Vuelve a leer)

Yo que por amar tanto. ..

### TODOS (molestados)

No seas tonto, Iriarte. Eso ya no se lee, porque ya leíste. Toma el hilo en lo interrumpido. Y no embromes más. O que lea otro.

### IRIARTE (con voz melodramática)

Así sea. Atención. Dice la carta:

Cual si fuese ilusión,  
absorto en un mundo de ilogismos,  
vi en frente,  
a ventana abierta, que danzaban  
—¡oh himno de alegría!—  
una entusiasta centena de niñas que,

## ARTURO BORDA

embelesándose en su efímera y lozana hermosura,  
al reventar su pubertad,  
eran capullos rosas en auroras de amor.

De esa suerte embriagadas en la  
inconciencia de su propio encanto,  
inutilizando mis horas me sublimaron  
en una especie de éxtasis o nirvana.

Se deslizaban casi flotando,  
al compás incitante y cadencioso de sus anhelos,  
más raudas y leves que haces de luz  
en las ondas lacustres que el céfiro riza.  
Son Oriana, Ilda y Orilú,  
son Onfalia, Aurora, Elvira y Graciela  
si no Laura y Marina,  
y en medio Agar, Nelly y Ruth.  
Ellas, las más bellas, iban danzando,  
entrelazadas con Hugo, Aladino, Oscar y César,  
con Saúl, Ornar y Somei  
animando a Eleonora y Arminda,  
extasiados en la insidiosa euritmia  
de aquellas curvas sensuales  
que son hambre de manos voraces  
en la caricia insaciable.

Y nos íbamos navegando  
insensiblemente  
en las inexorables lontananzas del ensueño,  
aturdidos de serenatas  
en el confín de las desesperaciones ultras,  
en el tumulto de clamores interiores.

De ese modo,  
resbalando rítmicas y cadenciosas,  
se alejan, tornan y retornan una y cien veces,  
aquellas imágenes del encantamiento de  
nigromancias en las antiguas consejas.

Estaba absorto en eso  
cuando las campanas de alguna iglesia cercana  
me ensordecían dando en tumulto sus broncmeos sonos,  
melodiosamente repicadas por algún místico lego

## EL LOCO

encantado en cartujas, en Trapas o Tebaidas legendarias,  
enamorado de los sonos pascuales  
que en su alma sugieren acaso armonías evangélicas.  
Y tocaba con indecible precipitación  
como si tratase de llenar el orbe con el santo bullicio  
como en consorcio con el eco de las catacumbas,  
rompiendo el azul al atropellado impulso de su sangre.  
Era maravilloso el ronco doblar a raudales  
el de las campanas mayores  
y el inquieto tintineo de las chiquitinas.  
¡Cómo en la precipitación que infundían  
elevaban el alma  
en la tromba de las ascensiones ultras!...

Pero luego  
enturbiando mis adamantinas ondas de armonía,  
llegaron a mí, rasgando el aire, los gangosos  
chirridos de un gramófono.

Acto continuo,  
en las meditaciones en que me sumergí,  
oí en mi espíritu  
el parloteo de las ánimas de aquellas nenitas.

El anímico secreteo de sus voces  
semejaba el murmullo de los  
manantiales cuando tamborilea en ellos  
el granizo.  
Eran el encantamiento de mi alma  
aquellos cuchicheos,  
rumor de surtidores en la soledad.

Y sin embargo de ser tan amada  
la queda voz de la escogida  
que insinuaba única ya en mi corazón,  
súbitamente se retrajo herida mi existencia,  
tentando resguardar su silencio sagrado,  
emporio en que se mueven  
infinitas existencias alocadas .  
en el torbellino de las creaciones,  
entonando a Nelly un himno.

## ARTURO BORDA

En el azoramiento que sobrevino  
súpeme a manera de beduino  
que en la serenidad muda de los arenales  
oyera un día entero una alondra cantar,  
allá donde todo reposa en el sempiterno cansancio.

Entonces  
por tal manera me sé,  
en la inútil fatiga,  
estéril a semejanza  
de sepulcro vacío.

Tal, ufanas y áureas,  
Agar, Nelly y Ruth,  
estaban ya en mi zona de amor,  
encantando mi existencia,  
más eléctricas y obsesoras  
que un presentimiento,  
transfiguradas en la exaltación  
de su juvenil belleza en celo.  
Era aquella danza el vértigo de sus ansias  
en las penumbras de Arcadias y Tuléas,  
de Sibaris y Jardines de Semíramis  
en las alucinaciones de un extraño Simbad.

Sí, Nelly,  
la tenebrosa mar de almas oblicuas  
arde en los ojos  
al contemplar cómo se extasía en tí  
la estrella de la mañana.

¡Oh Mujer: Imán, Norte y Aurora  
en mis largos insomnios!  
quiero elevar en tu loor y a tí  
un himno eterno y maravilloso  
que sea delicia en los estetas,  
estupor en los sabios  
y estremecimiento de indecible deleite  
en el alma y la femenina carne.  
Quiero, en fin, que de cénit a nadir...

## EL LOCO

Pero ¡no!:  
es imposible para tal empresa  
robar ni un instante al afán cotidiano,  
trabajando tristemente pensativo...  
¡Quién fuera millonario!

Dije. Y mirando fulgurar una estrella  
en la inmensidad,  
sentí se me caían las alas del alma;  
porque lejos de como quiero,  
es imposible se oiga en el infinito mi hondo cantar.  
Entonces,  
encogiéndose resentido mi corazón,  
escupió su sangre en mis concavidades,  
como en los acantilos árticos  
se estrella la inmensa mar.

En eso una carcajada general cortó el hilo de la lectura. Pero con retintín zumbón reanudó como sigue

### IRIARTE

Y hoy, a su recuerdo, cómo sufre mi  
corazón; cómo en la memoria de aquellas horas  
aun caigo en el encanto estético  
de sus líneas y contornos suaves y tibios,  
en la afrodisia de sus faldas y blusas  
que ahondan en melancolía el ser.  
Cómo tienen en mis ojos  
aquellas diseñadoras muselinas  
la enigmática seducción que imprimen  
las sedas en carne de mujer.  
Cada movimiento es en ellas  
una absorción lujuriosa y hambrienta  
de indecibles aniquilamientos.

Así pues en mi recuerdo aun las  
veo, horas más tarde,  
ir aunadas en la magia crepuscular,  
hacia Venus la estrella,  
más seductoras que Safos o Frinéas  
en los relámpagos de un ensueño.

## ARTURO BORDA

Por tal manera  
al soplo de los vientos lassuestes o nórdicos,  
que arremolinando las escurridizas vestes  
de leve tul,  
acarician,  
diseñando insaciables,  
aquellas formas que  
serán, desnudas,  
un **gloria in excelsis**;  
aquellas curvas de ocultos encantos  
engendradoras de los espasmos salvajes,  
locos o místicos. ¡Oh! aquellas formas  
cuya exultación invoce  
ordena y canta en alma y carne  
el ¡Levántate y anda!

Mas, en aquel ígneo cielo  
son sus ojos estrellas llameantes  
y se dijera ser sus labios  
corales vivos que repiten sin cesar  
el obstinado alarido virginal.

De esa suerte el corazón,  
náufrago en dulces  
languideces,  
se hunde suavemente

en la tibia e innombrada melancolía.  
Entonces ¡qué sueños,  
qué nieblas y qué tules  
los que envuelven el alma mía!

**RUIZ (interrumpiendo cómicamente)**

Pero, compañeros, ¿háse visto nada más disparatado?  
Aquí se puede contemplar el peligro flagrante de la facilidad  
de imaginar y escribir sin contralor: dilatarse en in-  
mensurables nebulosas.

**FLORES (risueñamente)3**

No importa; sigamos viendo cómo pretende esconder  
su personalidad en la chachara que aglomera.

## EL LOCO

**LEYES (cáusticamente burlesco)**

Sí. Y así veremos si podemos desentrañar la ley **que** rige el absurdo. ¿O no les parece que...

**IRIARTE (impaciente)**

Ahora atención, señores. La carta aun continúa alargándose en estos términos:

Ellas tres iban al Ocaso, y en medio Nelly,  
en quien todo se condensa en armonía:  
aquella en quien el cintillo más sin gracia  
adquiere el no sé qué de los encantamientos  
que sugiere y brinda la pubertad;  
en eso, entonando aleluyas detúvose de pronto,  
erectos los pechos,  
y volviéndose a mí  
—como quien suspende el tul que la vela—  
envolvíome en la embriaguez de sus ojos sonámbulos,  
empapados aún en la luz de la mañana,  
debajo de sus párpados que rinde el ensueño  
con somnolencia de siglos  
en languideces amorias.  
En esas miradas hay un idioma **que** yo sé.  
Aquel mudo parloteo  
de la intención en el mirar  
traía algo de un lejano vendabal  
de música ora honda o ya leve;  
simpaba tremar huracanes de **tristeza**  
o arrullaba en el céfiro **cantor**.  
Era ese misterio  
el inaudito gorjeo **de un ave**  
en el rugir del aquilón y la mar.

Ellas tres iban al Ocaso, y en **medio Nelly**.

**RUIZ (con entusiasmo)**

**Ahí** tienen un bonito párrafo.

**ARTURO BORDA**

**IRIARTE**

Lo que sigue es mejor, o así me parece. Es el valor afrodisíaco de las espumillas modelando mimosas la carne de la amada.

**LEYES (entusiasmado al parecer)**

Será un canto a Lesbia. Prosigue, pues, entonces, buen Iriarte.

**FLORES**

Oigamos con atención, porque ¿no habéis oído? Es Iriarte, el buen Iriarte, y el de Leyes, quien lo recomienda.

**IRIARTE (sonriendo al leer)**

Sí, Nelly, ¡oh divina Nelly!,  
gentil Nelly,  
son lúbricas las sedas malignas  
que resbaladizas y blandas  
acarician tus formas:  
son lilas filigranas,  
opalescentes o radiosas,  
trasluciendo el fondo escarlata,  
ceráleo o malva, de tus ebúrneas turgencias  
que así matizadas adquieren hechiceros visos  
- de fosforescencias tor nasoles  
cual la escama de sirena en las ondas marinas.

Sí, son tus sedas las celestinas voraces  
que al impertinente soplo de los cierzos  
y al suave movimiento magnético  
de tus ancas tristoras  
acarician insaciables y lascivas  
los encantos que esconden dolosas.

¡Oh sedas y morbideces  
que son aguijones sádicos,  
sentimentales y medulares!

## EL LOCO

Esas espumillas,  
ciñendo mimosas tus carnes,  
son en mis arterias y nervios  
satánicas cosquillas  
con impulsos de celos asesinos,  
porque yo no quiero que nadie te acaricie,  
ni el aura ni el aroma,  
ni la sombra ni la luz,  
ninguno, sino sólo yo.

Digo, y con traicioneros brillos  
acechan alegres tus dienteillos  
desde tus labios escarlatas  
que —alba que ilumina la orilla de infondo silo—  
esculpe tu seductora sonrisa.

Por eso, bien mío,  
aniquilándome consumírate a besos  
en la sacra llama que nos devora.

Y el erótico oscilar cadencioso  
de tus sensuales caderas, electrizándome  
plisa aleve tus reveladores tules,  
anegándome en las promisiones  
de un maelstrom lujuriento.

¡Oh tú! la escogida,

taciturnamente exasperada en mi deseo,  
yendo a confundirte en los últimos reverberos  
de un sol que muere,  
grabada estás por siempre, Nelly,  
en el recuerdo y los ojos míos.

### LEYES (alegremente)

Eso está bastante aprovechable para... Para

### FLORES

Para embriagarla de contento a la enamorada. Así son  
todas.

ARTURO BORDA

IRIARTE

Prosigo, señores.

Tal estabas, Nelly,  
entre aquellas chiquillas  
de Ondinas y Girdaldas,  
cuando —quien sabe por qué—  
exclama irritada tu linda boquita:  
—¡que un rayo me parta!  
— Quien fuera rayo —pensaba yo—  
mientras pasabas,  
sedimentando en el alma o el corazón  
el infausto desgano de toda cosa  
a manera de como en la canícula  
deja el sol un océano de marasmo  
en la zona tórrida.

GUMUCIO

Ya, ya. Adelante. Y sin más trámites.

IRIARTE

Tu hechicera hermosura  
suscita ilusiones múltiples en mi alma.

Primero te veo, desgreñada,  
—ardilla o cotorrita—  
juguetona y bulliciosa  
a la sombra tres veces santa de los bisabuelos  
ir en pos de las aletargadas mariposas  
y de los enjorados coleópteros  
en los florecidos rosedales,  
abrillantados de rocío cuando salta el sol;  
y si no encantada  
en el monocorde estridul de las cigarras,  
persiguiendo en lobregueces de conjunción  
inquieta luciérnagas,  
o sea la luz alada,  
entre los odoríferos matorrales.

## EL LOCO

Tu alegría traviesa,  
linda nenita de corto faldellín de danzarina,  
induce risa y rabia  
en la solemne espectación de los bisabuelos.  
Mas, yo te llevo de la manecita o en brazos,  
y tú, —cervatilla o gatita prisionera—  
me arañas y muerdes;  
y, en la ternura en que me anegas,  
satino a besos tu tez, oh rosa temprana.

### RUIZ (haciendo un gesto de disgusto)

Se ve, pues, que la ociosidad es madre de todos los vicios.

### IRIARTE (más tolerante)

Ahora vienen los párrafos en los cuales recuerda haber visto a todas en una fiesta de caridad y quiere dar la idea de aquel ligero mareo en que se hallaban.

Seguidamente imagino ver mariposear a todas  
en una fiesta de caridad.  
Y cuando después de la tómbola  
ibais todas mareadas  
al influjo de las mentas,  
aunadas en libertina libertad,  
he oído cantar vuestras almas  
y he visto que radiantes o turbias ráfagas  
envolvían vuestros espíritus,  
en tanto se deslizaba leve  
en la tarde  
el instante sin imposibles,  
como en los ensueños,  
transfigurando vuestros cuerpos  
en una inaudita fascinación de aurora carnal,  
cual si exhalasen  
en el húmedo viento de los amaneceres,

¡Oh sombrías lontananzas de ayer!,  
¡oh intermitente mar opaco de las remembranzas,  
hay en mi memoria siniestros reverberos

## ARTURO BORDA

de tempestad crepuscular  
en fosforescencias marinas!

### LEYES (meneando la cabeza)

A vosotros les podrá parecer lo que se les antoje, **pero** para mí es algo que ya no sugiere ninguna emoción ni belleza. Un disparate. En mi concepto se podía decir llanamente, que realí izando una fiesta de caridad, por la tarde, mareadas eran más bellas con su audaz coquetería de vírgenes. Y asunto concluido.

### IRIARTE

Soy de tu misma opinión. Pero esta última parte, con la que finaliza la carta, me parece que es bella, la salvedad de todo. Mas, se sobreentiende que esto me parece **a** mí, sin que quiera significar la opinión de nadie más. En cuanto a la opinión de los otros, pongo candado a mis labios, por la sencilla razón inmemorial de que **acerca de gustos nada hay escrito.**

Pues bien; la carta concluye de esta manera:

Mas, a tí, la escogida  
la luz te acaricia y canta  
**a** semejanza de los indiscretos vientos;  
oigo que los abismos rugen ansiosos de poseerte  
al igual de las cumbres,  
como entre sábanas cruje en tí  
la tenebrosa oscuridad  
y como entre las ondas tiembla lúbrica,  
lamiéndote sin término el agua,  
en abrazo y beso inconsútiles.

Consagrada estás, pues, **con** amor  
en la luz estelar **y** solar,  
con las ondas marinas  
**y** con la sombra azul de los taciturnos montes,  
así como por el deseo en la sorda brama

## EL LOCO

de la oscuridad nocturna.  
Consagrada estás con el ansia de  
un goce sabia y sin fin.

Salve, pues, a tí, oh augusta  
virgencita consagrada al sol  
poniente en los azules  
septentriones.

**TODOS (retirándose)**

Ahora a la cena.

## III

En mi pecho se ahogaban, en tremenda lucha, risas y maldiciones. Cuando ya no había nadie en el andén, me puse a escupir a mi corazón. Quise hacer algo más tremendo con mi inteligencia cuando felizmente desperté. Entonces, ¡qué alegría!, comprendiendo que todo aquello no había sido nada más que un sueño!

## IV

Cuando regresé a casa noté mucho movimiento. En la puerta de la pieza vecina había muchísima gente aglomerada a la que contenían dos guardianes. Supe que se realizaba un matrimonio. Hasta por la noche no hice caso.

\*

A oscuras, conteniendo el aliento, estuve prendido a la puerta, mirando por la cerradura.

Había profusión de luces y abundancia de flores. Una selecta concurrencia en traje de gala rumoreaba el ansia de las espectaciones. Mas, de pronto se hace el silencio. La multitud se abre en dos alas. Por en medio avanzan tremolentos los novios, deteniéndose a oír los cantos que ofrendan tres poetas, por lo cual la concurrencia irrumpe en aplausos a tiempo en que la orquesta preludia una barcarola. Luego, después de una breve alocución, el sa-

## ARTURO BORDA

cerdote, estremeciendo el ambiente, hace en el espacio la señal de la cruz sobre las enlazadas manos de los enamorados.

Y no vi más, porque me retiré mientras se ejecutaba una marcha regia. En seguida, acaso contagiado de la emoción general, compuse a mi vez lo que entiendo ser el soneto perfecto, como poema, es decir, con un verso más fuera del estrambote, siendo en todo diez y seis, el primero para la tesis, los catorce siguientes para la antítesis y el decimosexto para la síntesis, así:

Tesis ..... Sólo he de cantar al hogar vecino.

-----

Antítesis

Da pena ir siempre hacia los fines vanos;  
sin embargo una esperanza canta  
si un espíritu a otro encanta  
y aun en los senecios de cabellos canos.

Yo sé el secreto de todos los arcanos. En  
el hogar del amor busca la santa  
armonía, aquello único que aguanta  
equilibrando universos lejanos.

Del himeneo al sepulcro hay que ser sabios,  
santos, fuertes, para forjar la potente  
raza americana que nombran mis labios.

Sea cada vástago un divino ente;  
de ese modo, tú, niña, y tú, joven, oiréis  
en el porvenir el himno con que triunféis

-----

Síntesis ..... en los futuros vencedores del sino.

Pero, como vi que ello llevaba el sello fatal de mi eterno tedio, encendiendo un fósforo prendí fuego a la cuar-

## EL LOCO

tilla. Las llamaradas anaranjadas, orladas de celeste en su base, ascendieron con rumor de ventarrón, mientras que con fino rechinar de vidrio se encarrujaba el papel quemado. Su calor me caldeaba la cara y la mano. Así la solté; e iba cayendo a modo de una mariposa de fuego. Al pulverizarla con la suela del zapato oí que su ceniza crujió a semejanza de seda estrujada. En el suelo queda aún la mancha negra.

## SINFONÍA DE LOS CORAZONES

Ayer vi a una linda hembra, y la amé. En la noche soñé con ella.

La historia de tal ensueño debo llamar **El Misterio Doloroso**, a causa de un laberinto de retorciones del alma y el corazón en que se exprimió toda amargura.

### I

Yo me sentía expatriado en mí mismo, en un villorrio de la meseta andina, en la que había logrado reunir fugazmente una reducida bohemia, la cual en sus alocadas correrías cayó hechizada un día entero por una chiquilla más enigmática y bella que el misterio de la trinidad, razón por la cual la he nombrado Estefanía, componiendo en su loor esta...

## SINFONÍA DE LOS CORAZONES

El misterio ha empezado.  
Sea maravilla o prodigio,  
ella, la de la risa única,  
ha sido un instante  
la epifanía del encantamiento  
en virtud de su hermosura espiritual.

Nuestra pequeña bohemia,  
Osear, Emanuel y otros,  
había caído súbitamente  
en el círculo mágico de su belleza.

## ARTURO BORDA

Ella es lo indecible  
que llegado había a nuestros días  
a semejanza de un rocío estival  
en la rosa de Jericó.

Estefanía  
es una niña serenamente triste.  
Sella su alma  
la nobleza de la mansedumbre.  
Son sus silenciosos movimientos  
como los de una sombra de amor  
en los ensueños  
arrullada con el cántico de las alondras.  
Hay en ella una atracción  
suave y enorme.  
Al través de sus grandes ojos  
negros y profundos,  
limpios y brillantes  
a manera de sol en día claro,  
dijérase que se contempla en ellos  
la inmensidad nocturna.  
Así sugiere el enigma de sus ojos.  
Mas, ríe y es cada nota  
el encanto de un lejano arpegio.  
Sí, al reír diríase que su alma descubre  
el tul que oculta una imagen seductora  
esfumándose en niebla marina.  
Todo canta alegría invoce  
en su risa pura,  
llena de infinita gracia.  
Entonces sus ojos  
se tornan profundos  
de cariño en espectación.  
Entre tanto en sus pómulos  
se recogen sus mejillas  
a irrumpir en un himno jovial,  
mientras que dos incomparables hileras  
de blanquísimos diente-cillos  
invitan a extinguirse  
en el paroxismo de un ósculo.

## EL LOCO

Pero ella es triste,  
serena y silenciosa,  
como el aura en Abril.

Así nuestra sangre simulaba un océano  
elevando extraños murmullos  
a manera de exótico asedio  
de aleluyas a Venus misma.  
Esos anormales palpitos  
entonaban serenatas o yaravíes  
si no rondóes o barcarolas:  
decían mil secretos,  
murmullaban mil esperanzas.  
Erase un torbellino de juramentos  
que al romperse en el ara sacra,  
saturábanla de un vaho de sangre a Estefanía.

¿Cómo no amarla?  
Caí, pues, en el encantamiento.  
Ella a su vez se hipnotizó en el amor.

Pero pronto sentí  
el aleve arrastrarse  
de algo así como un reptil  
en torno mío,  
cuyo envenenado soplo me asfixiaba.  
Era una opaca nube de traiciones  
que urdía el miedo,  
maquinando en la sombra.  
Lo de siempre.  
Sí, mi alma,  
enamorada empedernida de lo bello,  
olvidada por tal manera  
de aquella existencia inferior  
y deseando sólo pervivir  
en una altísima zona de comprensiones,  
continúa entonando a la bella  
un raro cantar,  
a ella, la niña serenamente triste,  
la de los ojos enormes  
y de la risa misteriosa

## ARTURO BORDA

que hace danzar la vida en sus labios,  
porque sé que oírás mi cántico en su sangre,  
durante sus terrores en las medianoches,  
en ayes y carcajadas de alma en pena,  
volandera en el silbo y suspiro de los vientos.

Tal será al sentir  
los intáctiles abrazos de mi espíritu  
que en el secreto poder de sus potencias  
se enrosca en sus formas.  
Pues aquellos estremecimientos  
de calofríos sutiles,  
que a semejanza de calor invernal  
recorren en sus nervios,  
le dirán que se halla hechizada ya  
en el círculo nigromántico  
de mi alma loca.

## II

Y despertando me revolqué pesadamente en **la cama**,  
hasta que otra vez se me rindieron los párpados. De **tal**  
manera fui entrando dulcemente en el ensueño.

\*

Estefanía reaparece  
huyendo a su lar de tierras de Oriente,  
y le escribo así:

Quisiera no haberte conocido, amor **mío**, y  
que ni sospeches mi existencia:  
anhelo anegarme en un profundo olvido; pues  
sufro por tí tanto,  
por la inquietud que regué en tu alma  
en medio de un laberinto de imágenes,  
de luz y sombras,  
en cuyo recuerdo todo se **esfuma**  
y reaparece vagamente,  
a manera de la sombra **que se dibuja**  
**en** la neblina  
con la luz de un sol en Ocaso

## EL LOCO

al son de La Corte de Faraón,  
en el cántico de la grey babilónica,  
como la primera vez que te vi  
¿Recuerdas?  
Era una halagadora ebriedad de amor,  
cual la ebriedad de los amores todos.  
Nos íbamos deslizado suavemente  
cuando al caer  
crujieron rotas las armonías.

Y se deshizo  
el hechizo.

Hoy sólo me satura  
el agridulce recuerdo,  
como lluvia que cae sin cesar.  
Y estoy temblando de no sé qué.  
Mi corazón quiere esconderse en sí mismo,  
cual si súbitamente extraído  
del calor de mi pecho  
se hallase expuesto  
al tajante hielo del invierno.  
Por eso quiero reclinar mi eterna angustia  
en un gran amor silencioso y ardiente,  
de inmensa ternura,  
así como la hembra  
espera asirse al hombre  
a cuyo amparo se halla segura.  
Experimento, pues,  
el indecible terror de la soledad  
o el infinito vacío que me oprime  
hogando mis alaridos.  
No obstante  
oigo en las noches voces lejanas  
que me llaman  
cada vez más distantes y mudas,  
mientras que mi cuerpo  
simula el inexorable torbellino  
en un inquieto mar candente.  
Así la inaudita danza de mis sentimientos  
en tanto que el espectro atormentado de mi **alma**  
vaga cautivo en ese martirio,  
tentando en vano huir de su sino.

## ARTURO BORDA

Pero no, no leas:  
mira que mi espíritu es un sádico mago;  
es contagio de amor.  
Sin embargo,  
cuando recibas esta carta  
quisiera ser tu corazón,  
porque sé ha de palpar  
con una violencia con que jamás ha latido.  
Pues hay entre nos algo más que amor,  
algo de lo que no sabrás  
por mucho que indagues en tu alma.  
Es eso que tiene de un reposorio  
al rumor de un canto de cuna,  
algo de la inocente confianza de la niñez  
jugando a la gallina ciega  
a la sombra de los bisabuelos  
y que luego adquiera  
la solemnidad de las tragedias  
en los silencios sagrados.

Y ahora, en el titubeo  
del enigma en que tu secreto  
no se atreve a expresar lo que siente  
o cree sentir  
¿acaso experimentas arrobada  
el misterio invoce  
en que mi espíritu canta?  
Y en ese milagro de adivinaciones fugaces  
creo ver colocar mi signo  
al fondo de un cáliz  
colmado del licor adamantino,  
triste y pensativa,  
murmurando:  
—**El Misterio Doloroso**—.  
Y sonrías enigmática.  
Mas, por saber lo que sentiste...  
Pero no. ¿Por qué no te asesiné?...

Después siento y veo  
que en tus largas noches de insomnio  
tu alma llega, me acaricia,  
me llama y arrastra.

## EL LOCO

De esa manera  
más de una vez  
salvando espacio y tiempo  
llegó a mí tu espíritu  
en esa extraña embriaguez de brumas,  
en la cual imaginé  
que tu hermosa boca de inconsecuentes labios  
estaba engañándome  
al beso aleve de impuras bocas  
y que tu cuerpo, gentil Estefanía,  
se daba a la caricia  
de las manos sarmentosas  
y mendicantes de mi clemencia,  
aquellas manos que debía atravesarlas.  
Pero más que el odió era el amor,  
por eso calladamente  
mordía el alma en mi corazón,  
no más que por no estrangular.  
Tal se recogió resentida mi alma,  
considerando que ni la idolatría dá derecho  
a sojuzgar la libertad ajena.  
He sido, pues, más grande que mi pasión.

Más tarde la indignación álgida  
había estallado en mis labios  
contra todo, contra Dios mismo,  
exprimiendo en cada anatema  
la hiél de mi soberbia o tristeza,  
mientras que la bohemia  
oía absorta aquella catarata  
de apostrofes ilógicos  
con los que iba demoliendo en el amor  
todo lo que existe y lo que no.  
Tú también oías abismada,  
pero no sé decir cómo,  
si con ira o con asombro,  
si burlescamente o con despecho.  
Así estabas de misteriosa  
cuando en aquel silencio de expectación  
estalló extrañamente tu carcajada,  
siniestramente santa o loca  
entre hipos de llanto

## ARTURO BORDA

y mascando maldiciones.  
De tal suerte rasando mi pena  
corriste a esconderte,  
trágicamente abandonada a tus desesperaciones,  
náufraga en un vórtice de ideas y sentimientos.  
Y sin embargo que suscitaste en mí  
la opresión más angustiosa,  
absorto yo sólo en traer  
la llama viva de aquella hora,  
dejé impávido que te consolara una sombra,  
porque quiero ser más grande que la vida  
¿buscando un lauro más alto?  
¿Cuál?  
Ignoro.  
Cuán absurdo es mi espíritu  
en su derrota sin atalaya.

Seguidamente en ese mareo  
de angustias apasionadas,  
el nunca más fue estúpido y bárbaro.  
Desde entonces  
cómo se queman mis ojos en mis lágrimas.  
¡Oh!, cómo hay en mi voz  
un acento dolorido  
de la amargura  
que la voluntad  
en vano hace fuerza por esconder,  
ahogando en su origen los suspiros.  
Pero sé que tú sufres aun más.

Sí,  
en tu boca y con lágrimas  
he bebido un día tu secreto  
y a manera de un viejo eremita  
he velado tu sueño  
o me crispé lujuriosamente  
en tu ardiente carne de samaritana o galilea.  
Son por eso tus repentinos sobresaltos,  
como si estuvieses ante la visitación del alma  
que suspira invisible a tu lado,  
abrazándote larga y febrilmente,  
con desesperación

## EL LOCO

en el murmullo y secreto cosquilleo  
de un beso reventado al oído.  
Es así cómo mi espíritu  
que ha escudriñado  
los abismos de la existencia  
no te suelta ya  
ni cuando estás dejada de tí misma  
en el símil de la muerte,  
durmiendo sin soñar  
o cuando en la almohada del reposo seguro  
asientas las manos  
descansando en ella tu cabeza,  
dándose la idea  
a divagar en tus recuerdo de sangre y amor,  
acaso más allá de la vida.  
Es en ese instante que mi espíritu,  
resbalando en tu carne  
te acaricia y besa sin pudores,  
loco y libre.  
¡Oh!, entonces  
qué himnos los que canta el viento  
en la honda noche  
y qué secretos musita el silencio.  
Pero también  
cómo se sobrecoge tu cuerpo  
en calofríos y terrores  
a causa de ese misterio que te penetra  
y que yo soy el único en tu historia  
a quien nadie arrebatará  
las ocultas joyas que robé a tu alma  
enjoyando en amor  
tu anónima memoria.

Mas, dime  
¿es porque sólo queda tu recuerdo, y  
nada más,  
es que se diría están tristes los días?  
Advierte que la luz del sol mismo  
se halla fría.  
Y esa enorme soledad que se siente en todo  
nos oprime misteriosa y dolorosamente el corazón  
que duele sin doler al influjo de la melancolía,  
por el ayer que se alontana en el olvido...

ARTURO BORDA

Y bien  
¿por qué,  
si sabías que soy un sarcófago de secretos,  
por qué no abriste sin reserva tu alma?  
¿por qué no hablamos  
siquiera sea por hastío de mudez?  
¿Por qué siempre hubimos de callar,  
dejando perversamente  
que huyan las angustias íntimas  
en un laberinto de sombras confusas,  
allá donde el ansia del grito  
moría en la opacidad de las sombras?

No; el tiempo es ido ya  
y la envenenada duda  
ha picado por siempre en el corazón.  
Eoto está pues el encantado hilo  
de las sosegadas horas de la fe.  
¿Acaso ya no sabré más de tu alma infantil,  
loca o perversa,  
de tu alma traidora, amorosa y voluble

y  
—oh maravilla—  
no obstante, buena;  
por ello alma de mujer?  
Sin embargo,  
tal como me odies o ames,  
dilo a este tu espíritu estrafalario,  
toda vez que hoy te amo  
en un delirio que no es de la herencia humana.  
Quiero llevar tu recuerdo  
más allá de los siglos.  
Soy el aeda de lo extraño.  
Habla.  
Yo sé de los últimos secretos del amor  
y anhele extraer las ocultas mieles  
en las ardientes pasiones,  
así como el colibrí se embebe de néctares  
en los cálices de un encantado jardín  
a la luz crepuscular.  
Habla y oirás el himno inmortal

## EL LOCO

de consolación y tristeza  
que mi espíritu entone.

Pero...

¿No oyes? Escucha...  
Están cantando en la sierra.  
Sí.  
¿No oyes...?  
Van cantando en la sierra...  
Y dijérase que aquella canción  
es la de mi alma  
que con lejano acento de amargura  
modula tu recuerdo  
en un abismado trémolo  
de sentimientos de indecible ternura,  
huyendo huraña  
en los ocultos senderos de la montaña,  
mientras susurra,  
silba o ríe a carcajadas  
el ábrego o la brisa.  
¿No oyes?  
¿Qué van cantando en la sierra?  
¿Comprendes aquella armonía suave  
que así se va muriendo en lejanía?  
Di  
¿qué pajarillo mago  
trina ese cantar  
que de esa suerte nos entristece?

Mas

observa ya el paisaje.  
¿Es el alba o el anochecer?  
La hora es indefinible,  
como la duda en el amor.  
Mira.  
En la sierra se vislumbra  
una casucha entre la bruma,  
al amparo de la fronda.  
y una silueta,  
la tuya,  
se apoya meditando

## ARTURO BORDA

en el marco de la puerta entornada,  
destacándose fuerte  
sobre un fondo de sangre viva  
que simula la lumbre del hogar.  
Luego en el eco de la noche vaga  
resuenan unos lentos pasos.  
El sendero en que ambula mi ánima  
se pierde en las hondonadas.  
Y deshaciéndose en lejanías  
el eco de la canción  
es a manera de la angustia arpada  
de lágrimas que caen una a una  
"en las tirantes cuerdas  
de una lira  
que delira"  
en el silencio nocturno,  
musitando así:

**No quiero luchar contigo  
si mi mayor enemigo  
es mi propio corazón.**

Y ahora diré,  
para concluir,  
que por mucho que huyas  
no podrás escapar  
de la obsesora acción de mis afectos  
ni podrás borrar en tu memoria  
el recuerdo mío,  
porque hube incendiado tu **espíritu**  
en una invisible llama  
que ni sospechaste.  
En virtud de ese fuego  
ascenderás a las más altas regiones **del** amor,  
allá donde sólo se refunden en efluvios  
la idea y la pasión,  
después de las purificaciones  
en los recónditos y mudos **sufrimientos**,  
cuya intensidad enmudece toda expresión.

Sí, mi bien amada,  
el misterio doloroso

## EL LOCO

y gozoso  
ha empezado en la desesperación.

Pobre barquilla mía,  
sola y sin rumbo  
al soplo helado de los cierzos  
en la procela de los mares  
¿en qué orilla desierta encallarás?

\*

Escrita que fue la carta, la rompí, porque yo que sólo anhelo lo que ha de venir por sí, siento que mi amor se rebela en el orgullo de mi alma y no acepto sino lo que llegue suavemente a semejanza de un rayo de luz en los azures.

¡Oh! ¿En qué resentimiento,  
en qué ternura y dolor tan hondos  
se muere, Señor,  
el amor...

**Hay pesares en la vida  
que matan con lenta calma.  
Las ilusiones del alma  
si se van no vuelven nunca.**

Por eso  
en las orgías de angustia íntima  
a que se entrega el corazón,  
sólo tú, bien amada,  
trinidad de Sombra,  
Astarthé y Luz.

\*

Y digo ¡Tch..., fastidiado,  
espantando los grillos  
que zumban en mi cráneo,  
cuando repentinamente  
me hallo incierto,  
vagando taciturno

## ARTURO BORDA

en los arenales,  
en una silenciosa noche  
de plenilunio.  
Luego,  
en trance de alucinaciones,  
veo desfilar un cortejo funeral,  
y tú, Estefanía,  
vas en pos,  
gimiendo el amor  
que unos espectros van a sepultar.  
De pronto,  
en un arranque de desesperación  
que me estrangula,  
gironeo entre mis uñas mi corazón,  
y, vil piltrafa,  
indigna de mi espíritu,  
lo arrojo a tus pies.  
Pero aun así  
se revuelca esa viscera  
esforzándose por aspirar  
tu sensual aroma en celo.  
Instantes después  
oigo son confuso de campanas  
doblando a muertos  
y un lastimero aullar  
de lebrel acurrucado  
en algún rincón de oculta ruina.

### III

En eso volví en mí, satisfecho de que aquel tejemaneje de sinsabores haya sido no más que un ensueño, porque hay en mi corazón tal hastío y cansancio, que por aquello que la imbecilidad humana llama nada mi existencia se repliega herida a modo de la babosa en su caracol o de la sensitiva al más leve sopro.

He ahí  
cómo aun al pasar  
en la nada de los ensueños  
dejo íntegra siempre la fe,  
sin reservas,

## EL LOCO

en cada latido  
como se da al aire la música,  
inconsciente de su propia existencia,  
acabándose en la infinita dación  
a manera de como se acaba toda cosa  
en la dulcísima armonía de las agonías.  
Por eso,  
víctima de toda comprensión,  
caigo por nada en letargía.  
Y mis párpados se rinden  
con la insomne pesadez y lentitud  
de los más remotos siglos.  
Mas, lo que en tales trances me seduce  
es contemplar que esa misma humanidad  
en los recogimientos  
inconscientes de su hastío  
en el impulso bregar,  
observa sin pasión  
los mismos fenómenos  
y pasa sin dejar huella  
ni observar  
el recuerdo de su hora sagrada,  
como el eco, el aire y la luz  
o como el agua y la nube.

Pero ahora tributa mis agradecimientos  
a las horas fugaces,  
ya que todo ese pasado  
ha sido sólo ilusión;  
pues mi corazón  
necesita ser más duro que yo mismo;  
me urge vivir sin arraigos de cautiverio,  
porque sólo así resurgiré  
de mis propias angustias,  
libre y poderoso  
para ir arrancando impasible  
el secreto de los misterios.

## IV

Tal en las angustias de mi sangre  
en aquel imponderable oscilar de sombras,

## ARTURO BORDA

rebullen todas mis desesperaciones,  
y siento como si alguien  
se ahogase en mi secreta mar de sollozos,  
en un ansioso deseo de morir.

Entonces noto  
que lanzando de pronto  
estridentes carcajadas  
salta de mí mismo el Maligno,  
rojo, disforme y patizambo,  
y gesticulando  
cruelmente obsceno y cínico,  
ensordeciéndome con sus risotadas,  
zapatea sin tregua en mi tórax,  
semejando en mi corazón  
sus caprípedas patas  
un incesante martilleo de cauterios.  
Luego, restallando  
agudos alaridos y carcajadas,  
se interna en mi espíritu,  
chisporroteando cáusticamente.

\*

Un golpe de congestión me despierta.

V

La aurora dora ya de verde malva el Oriente.

He suspirado de muy hondo; no obstante me parece  
que tengo estrangulado el corazón, porque la imagen de la  
bien amada está adherida igual a una araña a su víctima. En  
vano trato de arrancarla violentamente. No puedo.

Así.  
Y me pongo a considerar  
cómo serán de tristes  
las últimas horas  
en que se irá ella  
disolviendo en el olvido,

## EL LOCO

sepulta a paletadas  
en la dicha de un otro amor.  
Pues todo imposible o goce  
fenece por igual manera  
en el surgir  
de un otro querer.

Y no sé por qué,  
imagino ser un salvaje  
que estoy mondanando alegre mi corazón,  
el cual se desangra palpitando violentamente,  
envolviendo a Estefanía  
en una inmensurable telaraña  
de hilos radiantes.

Pero ya,  
primeramente como el filo de un cuchillo,  
está entrando en mi estancia  
el sol de la mañana,  
el cual,  
temblando vagamente  
se va ensanchando poco a poco.

¡Oh!...  
quién fuese  
no más que onda marina,  
céfiro, aeda o luz.

## I

El viento está cada vez más sordo; pasa rugiendo y maullando trágicamente; parece una cabalgata de espectros burlescos; tiene voces que horrorizan, baladros de monstruos que sacuden puertas y ventanas, mientras que los espíritus, almas de amor, me llaman, entonando suave y melodiosamente sus endechas que son encantamientos. Dijerese una música ultraterrestre, en una región de pesadillas y abracadabras de sombras y ecos.

De pronto cesa un instante y la monótona lluvia tamboretea tristemente en los vidrios, simulando mariposas que aleteasen en los fanales, como para adormecer dulcemente mis nervios sobreexcitados.

## ARTURO BORDA

Luego en el viento que torna, los suspiros son más lejanos y los quejumbrosos lamentos y secreteos son burlescos. En eso oigo una voz insinuante y femenina que me llama por mi nombre, vaga, lejana e insistente. Así se aproxima en el vocerío del tumulto que parece ir en aumento. Y pasando veloz canta en los aleros. El vendabal empuja una lluvia torrencial.

Las puertas crujen. Hay silbos y quejidos en los resquicios.

La voz femenina me llama en la ventana ya, redoblando sus dedos en los cristales: —Loco, ven. Ven, Loco. Ven...— Y el coro de mil voces espantables en el huracán que huye, repite: —Ven. Ven. Ven.

Me incorporo mirando el vitral.

Rasgando el parche rojo de un vidrio quebrado, me llama una fina mano ensangrentada, agitándose desesperadamente, mientras que la voz me dice: —Ven, Loco. Ven. Ven...— En eso noto que en la ventana una carita casi infantil y cadavérica me sonríe. Y la Empusa de Hécate, mil astonios elegantes, nismas, derviches y dríadas, ondinas y salamandras, millares de enanillos y estantinas, prendidos como sanguijuelas en los cristales, me hacen horrorosas muecas, incitándome. Entre tanto, en el aire van a modo de flechas, duendecillos en dragones, ninfas en centauros, y un sapo enorme y fosforescente cabalga en Leviatán que se encabrita, despidiendo rayos. Hay en el aire fosforescencias acuátiles, y oigo decir en el canto unánime de millares de voces: —Ven. Ven. Ven, Loco. Ven...— Tal en el huracán y el aguacero en vértigo pasan frenéticas multitudes de horripilantes espectros que me llaman en la algarabía, sorda y misteriosa, diciendo: —Ven. Ven, Loco. Vamos a la inmensidad. Ven. Ven, si quieres la libertad—.

De esa suerte, mientras que agitándose más trágica la ensangrentada manecita de mujer, me llama sin cesar, cada vez con mayor afán. En seguida, medio soñando, y sin darme cuenta, estoy ya a dos metros de la ventana, horrorizado, ansioso e indeciso. Los misterios quieren arrastrar-

## EL LOCO

me en su fragor, quizá si sólo para estrellar mi cráneo contra alguna roca. Sí, los espíritus a millares van semejando un soplo, ensordeciéndome con sus voces agudas o broncas, arrastrando ramajes y alfombras de oropel, dando tumbos unos sobre otros y llenando el espacio, llamándome siempre con el mismo entusiasmo: —Ven. Ven, Loco. Ven.— A la vez mi cráneo zumba congestionado.

Pero los truenos, los relámpagos, el huracán y la lluvia, todo cesa repentinamente.

El parchecito rojo del vidrio quebrado, cualga mojado, apenas sostenido por un extremo.

La llama de la vela sigue flameando y mi sombra se mece enorme en el tumbado y en las paredes.

En el silencio de la noche me parece oír el acezar de la ciudadela que duerme. Sólo se oye claramente, a modo de besos que revientan, las goteras del tejado que caen al patio.

Me recuesto serenándome poco a poco.

Entonces en el caramillo de siete cañas toco, suspirando y resoplando, la música bárbara que me dictan mis emociones.

Mientras, tanto oigo una música sutil, como zumbido distante de alas en el ensueño si no de organillo lejano que se va apagando a modo de la vibración de una varilla de acero.

A medida que toco distraídamente la zampona, mis ojos recorren el tumbado. Entre las manchas de las goteras, en una viga, sobre mi cabecera, va y viene una aguja-ta de luz que llega hasta el comodín, donde una arañita muy negra parece que bailara al son que ejecuto; baila jotas, baila cuecas al lado del candil. Admirablemente lleva el compás. Estoy encantado.

Dejo de tocar la zampona y se queda quieta.

## ARTURO BORDA

Luego, quizá si sintiendo mi contemplación, se eleva enovillando en su vientre el hilo de seda que refleja en forma danzadera la luz mortecina de la vela.

Llega a la viga y desaparece en una telaraña, en el manchón de las goteras a tiempo en que recomienza la música de organillo o alas en el ensueño. Debe ser la desesperación de alguna mosquita prisionera.

### III

Y desde entonces todas las noches, así que toco la zampona, baja la araña y baila al compás que ejecuto. Es una arañita negra como el azabache. Ella es mi única vi sitante, y es encantadora, silenciosa y buena.

Pero a los pobres sólo visitan las alimañas, y hasta ellas únicamente por conveniencia; mas, al fin y al cabo uno sabe que las sabandijas no nos visitan por amor, por eso a esa arañita debería aplastarla con la suela de mi zapato, aun por mucho que sepa servir de hazmerreír, bailando la zamacueca.

### III

Anoche ya no vino. Inútilmente he tocado largamente el caramillo; pero esta mañana he despertado con los labios hinchados. Me consuela recordar que el beso de Iscariote era peor.

### IV

Hace cuatro meses que la espero en vano. De la telaraña sólo pende un hilillo plateado, que al ser mecido por el aire finge ser una aguja luminosa que sube y baja.

Y así, poco a poco he caído en la tristeza del enamorado que pierde su amada. Aberraciones del alma o el corazón.

### V

Desde entonces mi amartelo subía de punto, absurdamente, no obstante que mi nuevo vecino era un mucha-

## EL LOCO

cho de lo más jovial, cuyos compañeros que le visitaban noche por noche, reían por nada. Parecían unos pobres de espíritu, pero reían con tan buena intención y de tan buena gana, que concluí por sentirme alegre, sin embargo de que a veces, cuando mi tristeza se ahondaba sin límites, advertía en mí la impulsión de sacarlos a puntapiés; mas, esa su intención tan sana, tan sin intención de sus risas, es decir, de reír por reír, torcía y retorcía las resoluciones de mi furia.

Había que oír aquel lujo de chistes y retruécanos. Qué de dobles conceptos tan finos y tan elevados; eran el gracejo y la ironía más delicada. Baste decir que esos señores no se ponían serios ni mudos ni aun jugando ajedrez, lo cual me parece que ya es el colmo del buen humor.

Los sábados se daban convites, en los que hacían lujo de exquisitez ridiculamente sabia. Y reían hasta no poder, tanto que concluí por suponer que la vida para ellos se reducía a la risa.

Estuve, pues, admirado de un fenómeno tan exótico en este ambiente de hosquedad, donde parece imposible que se pueda aclimatar el humorismo, inglés, por ejemplo, la gracia española y el sprit francés, aquí donde dijérase que ni entre sueños tiene cabida la sal ática, aquí donde todo se reduce al insulto plebeyo, a la sátira mordaz de intención viperina, aquí donde todos parecen que andan cabi-lando alguna iniquidad, siempre cejjuntos, siempre murmurando entre dientes. Por eso mi admiración a mis vecinos era grande; frase que decían era una bella estupidez, tan simpática como una hermosa mujer tonta.

Y así los Sábados, desde las 11 a. m. hasta el Domingo a las 11 p. m., es decir, las 24 horas, era tiempo de puras carcajadas, renovadas con ocurrencias siempre distintas, lo que daba un sabor mucho más raro a aquellas reuniones, porque parece que fuera de rito tener que repetir constantemente los mismos chistes.

En una de esas alegres ágapes, uno de los socios opinó, con acento bastante pronunciado de francés, que debía

## ARTURO BORDA

nombrarse una comisión para visitarme, con objeto de presentarme sus disculpas por las molestias que me ocasionaban. Esos jóvenes eran doce, y la comisión quedó compuesta de los doce.

### VI

Al día siguiente a las seis de la tarde golpeaban la puerta de mi dormitorio. Yo grité: —Adelante...— Y entraron uno a uno, como soldados, muy ceremoniosamente y tan serios, que me dio ganas de largar la carcajada.

El primero, alto, tieso, calvo a medias, ojos encapotados, cejas espesas, bigotes hirsutos. Fisonomía noble aunque bismarkiana. Dijo:

—Señor, tengo el honor de ponerme a sus órdenes. Me llamo Cristóbal O'Winn. Boliviano; 27 años; casado; dos hijos vivos y uno muerto; aduanero; secretario del Nuwsishkohilaffiskypokhasamha Club Limitado. (Alcanzando la tarjeta). Aquí puede usted ver la escritura y la pronunciación figurada.

—Servidor, señor O'Winn.

Pone el sombrero debajo del brazo; me da la mano y da dos trancazos hacia atrás, haciendo una gran reverencia. Y señalando con la mano derecha, elegantemente extendida, vuelta hacia arriba, dice:

—El señor Headeche Me Bold. Boliviano; 27 años; soltero todavía; matemático hasta en sus compromisos; ferroviario y socialista; Presidente de no sé qué liga férrea y además Presidente de nuestro Club. Pero debo advertir que tal nombramiento hacemos de igual manera y con igual intención a la que con que la justicia nombra verdugos; por eso ahora hemos resuelto llamarle llanamente capataz, teniendo en cuenta su estatura mediana y su buena complexión.

Entonces Me Bold, —de ojitos negros y penetrantes, completamente afeitado; lleva lentes; sonrisa infantil y

## EL LOCO

burlesca, con cierto rasgo de amargura—, avanza dándome la mano al decir:

—Tengo el honor de conocerle...

—El honor es para mí, señor Me Bold.

Y pasa a la derecha de O'Winn, haciendo a su vez la presentación de

—Monsieur Roch de la Boisson. Francés...

—E nada más. E soy muy contento conocer a usted.

—A sus órdenes, señor de la Boisson.

M. la Boisson, aguileno, sonrío muy cortésmente, pasando a la derecha del Presidente, quien agrega a la presentación las generales del francés: —45 años; soltero a prueba; matemático y ferroviario.

—E nada más.

En eso, medio bailando y sacudiendo los hombros convulsivamente, mientras ríe, avanza un muchacho, casi gritando:

—Pacífico O'Honeí. Chileno; 22 años; soltero de nacimiento; ferroviario, salitrero y guanero.

—Me place conocerle.

Estrecho su mano. Sonríe, sacude los hombros y de un salto pasa a la izquierda.

Entre tanto el Presidente hace otra presentación:

—El señor Atkin Skatkinstrin. Sueco; 25 años; explorador. Abriga serias intenciones de matrimonio, sin embargo es contador y también ferroviario.

—A sus órdenes.

**ARTURO BORDA**

—A la suya, señor Skatkinstrin.

Y elevando a modo de grúa su enorme mano, describiendo una elíptica en el espacio, la deja caer a estrechar la mía que desaparece en la suya. Sus rubicundas mejillas se ruborizan mientras ríen sus ojos. Es alto, huesudo y lleva la nariz torcida.

El secretario:

—Aquí don Ignacio Boncompare. Boliviano; 55 años; casado; ingeniero y ferroviario. Tiene familia.

—De veras, señor. Cierto. Ha dicho la verdad el señor O'Winn. Cuánto gusto, pues, de conocerle.

—El gusto es para mí, señor Boncompare.

Y mientras me da la mano sonrío entrecerrando sus párpados encapotados, mirándome atentamente a través de sus lentes, inclinando la cabeza. Cara redonda. Y con toda pachorra hace la siguiente presentación:

—Este señor es pues don Amadeo Yantaforte. Un excelente amigo, como todos los del Club; pero es casado y matemático. A pesar de eso, buen amigo y también muy buen mecánico.

—Servidor.

—Servidor.

Así don Amadeo, de cabeza enorme, bien mandibulada, con lentes, avanza bamboleando y resoplando fuertemente. Viene como por milagro de equilibrio, sosteniendo su cabezota en un cuerpito que parece de garbanzo. Dice:

—El señor Cirano Jonathan. Boliviano; 32 años; abogado y soltero empedernido, no obstante el hombre más jovial y bueno.

## EL LOCO

—Siempre a su disposición.

—Yo a la suya, amigo Jonathan.

Y don Cirano, de enorme nariz maciza y ojillos vivarrachos, aproximándose con un paso de si es o no es desenvuelto, habla así:

—Presento a usted, a don Sabino Espinel!. Boliviano; 27 años; casado; tiene dos hijos, uno de ellos recientemente muerto. Es banquero.

Y don Sabino, de nariz y boca imperiosas, ahogando las ideas, las palabras y los pensamientos, avanza como que riendo retraerse. Toda su atención salta a sus pupilas, mientras soslaya sus ojos extendiendo al descuido su mano, como queriendo poner a descubierto mi yo. Nos medimos de hito en hito, sin expresar ni una palabra aunque sin animadversión. Después de lo cual pasó casi automáticamente al lado de Jonathan, quien se expresó en estos términos:

—El honorable Amable Rígidas. Boliviano; 35 años; casado; dos hijitos vivos; ingeniero agrónomo. Habla inglés.

—Señor...

—Señor...

Y alto, muy estirado, de fisonomía wilsoniana, don Amable, quien moviendo sus enormes pies, como un cos tal de arena húmeda, pesadamente, medio durmiendo, pasó también a la izquierda, presentando al que en seguida estaba como queriendo desafiar al mundo entero:

—El señor Fidelio Patatrás. Fotógrafo; casado a medias; sin hijos aún. Boliviano.

Y engullido por su enorme sombrero, como un duendecillo de fisonomía bolivariana, avanza a trancazos de per donavidas; la mano izquierda en el bolsillo del pantalón;

## ARTURO BORDA

llevando entre dientes una enorme pipa, con voz de mando, dice:

—Fidelio Patatrás.

—Mucho gusto de conocerle, señor Fidelio.

Luego, pasando Fidelio a la izquierda, con paso marcial, dice, señalando despectivamente:

—Este es Silvano Arnobio, soltero y violinista. Boliviano; 24 años. Sin embargo, estudia derecho.

Dicho, de estatura mediana, delgaducho; ojos inocentes y enormes pestañas, pasando a la izquierda también, a manera de sombra, susurra:

—Silvano Arnobio...

—Señor Arnobio...

Y Silvano a su vez se expresa así:

—Pepe Cachorro, estudiante de medicina; 22 años. Boliviano aunque hijo de sueco.

—A sus órdenes, señor.

—A las tuyas, don Pepe.

Y Cachorro, coloradote, huesudo y macizo, pasa en igual forma de los demás, haciendo la presentación de un señor que parecía querer ocultarse detrás de la puerta:

—El señor Tadeo Criticismus. Boliviano; 37 años; escribiente y casi pintor. No es mala persona.

—Cuánto gusto...

—Para mí, señor Criticismus.

Así don Tadeo, de cara ovejuna y espaldas macizas, moviéndose a modo de un costal de nueces, pasa también sin ruido, lentamente, medio durmiendo.

## EL LOCO

Hechas las presentaciones, O'Winn tomó la palabra:

—Soy, señor, su vecino. Y como nos divide únicamente esta vidriera (señalando a sus espaldas con el dedo pulgar) en la que faltan algunos cristales, comprendemos que usted, a quien no se le siente, debe estar sumamente molesto con nuestras algazaras.

—Al principio, sí; pero ya estoy acostumbrado. Mas ustedes disculpen: no tengo asientos que invitarles.

Y mientras que casi todos quieren sentarse en la cama y al mismo tiempo, Me Bold y O'Winn, hablan entusiastamente:

—¡Oh!... Eso absolutamente no tiene importancia; pero, si no le es un inconveniente, podemos pasar al Club, donde tendremos a mucha honra recibirle.

—¿Y por qué no? ¿Vamos?

Así todos me llevaron a la diablo, empujándome a modo de los escolinos, entre risas, silbos y cantatas.

Llegamos a la puerta. Hacen luz, sonriendo todos, cual si experimentasen cosquillas. Salita laberíntica. Doce canapés; tres mesas de ajedrez. Un lampadario en trípode central.

Me Bold:

—El señor secretario le informará, señor, del por qué de esta molestia a usted. Le rogamos quiera sernos deferente.

Señor...

—Gracias. (Dirigiéndose a OlfVinn) Señor secretario...

O'Winn:

—Propiamente no sé cómo dar comienzo a la difícil misión que su señoría el Presidente ha delegado en mí, pa-

ra expresar a usted, distinguido vecino, el por qué de nuestros zafarranchos, o cosa así, con lo que cotidianamente, o, dicho de modo más propio, cotitardialmente...

—¡Oh!... señor O'Winn...

—Ya le comprendo. Pero he sido nombrado para presentar a usted las disculpas de los señores nuwsishkohilaf-fiskypoykhasamhenisenses, por las impertinencias de sus constantes algazaras, con las cuales le incomodamos, precisamente en las noches, cuando todo el mundo necesita de silencio para dar reposo a sus fatigas diarias.

—¡Oh! señor O'Winn, es seguro que yo me siento completamente satisfecho por la sana jovialidad con que alegran mis horas de ordinario gravemente pesadas. Así que las disculpas de los honorables miembros del Club, sólo puedo aceptarlas a modo de un exceso de cortesía, demasiado extraña entre la gente. Y a mi vez he de pedir disculpas a ustedes el no poder nombrarles con el difícil nombre con que se han bautizado.

**O'Winn (haciendo una gran reverencia):** —A la vez de darle nuestro sentimiento porque no pueda usted llamarnos por nuestro nombre, recibimos su perdón, sin dejar de comprender que no podía ser de otro modo, ya que en este país somos tan huraños y serios, abismados, al parecer, en ideas profundas; por ejemplo: en la investigación de los orígenes y los fines, que parece que es lo más profundo de los extremos, y de los efímeros y de los inmortales, si los hay, y aunque parezca broma, siendo que en realidad aquí no se piensa ni honda ni superficialmente.

Ese aspecto de meditación que tenemos los bolivianos no es nada más que un aspecto puramente exterior. Casi se hace imposible la respiración en un medio así. Agregue usted la monotonía de las horas de trabajo, de ese trabajo mecánico en las oficinas, lo que es capaz de embrutecer al más hercúleo de los mortales; luego la falta de baratas diversiones públicas al par que honestas, y en seguida el espectáculo perenne de nuestras montañas... Pues, señor, me parece que hacemos **mucho en** sostenernos **de dos pies**.

## EL LOCO

Por tales razones, un día, los amigos aquí congregados, que intuitivamente nos reuníamos para matar el tiempo aburridor, ya que en virtud de la armonía estábamos cohesionados, lo cual sea dicho de lance, es la única manera de que permanezcan o subsistan las sociedades, sin presidentes, sin secretarios, sin tesoreros, etc., etc., tal cual no establecimos en sociedad. Así, entre risa y risa fuimos el más absurdo posible de los clubs. En gran comisión, después de discutir durante veinte días consecutivos, por fin teníamos un nombre; nos llamamos, como ya sabe usted, nuwsish-kohi...

—Sí, ya sé, señor.

—Nombre único, absolutamente único. Nuestro objeto era reír como bobos, por nada y por todo, especialmente de la solemnidad sin motivo de nuestra buena gente; emborracharnos de buen humor a grandes dosis de carcajadas. De ese modo, mediante acuerdo unánime y tácito, uno a uno fuimos pasando el noviciado que nos habíamos impuesto.

—¿Noviciado, dice usted, señor O'Winn?

—Justamente. Noviciado en el cual el neófito debe resistir, o, mejor dicho, aguantar con buen humor todas las burlas y los abusos de confianza, desde el préstamo sin derecho a devolución de los libros y prendas de vestir, todos los abusos imaginables de los amigos, hasta que la grosería de esos abusos provoquen la repulsión más honda, hasta esa especie de ansia de morir por librarse de las impertinencias amistosas.

—Es muy curioso el método. Pero...

—Ya lo creo. Pero entonces el Club cambia súbitamente de modo: viene la armonía de las tolerancias de todos en el derecho al desquite que se le concede al iniciado. Se tiene para él una atención suprasensible de adivinaciones, porque ya se le considera una sensitiva, con toda la malicia de la sabiduría. El novato ha entrado en la sociedad de los tactos espirituales más sutiles. Su transición pue-

## ARTURO BORDA

de compararse a la de un minero culto a mil metros de profundidad, trabajando en un ambiente de sargentones y perillanes o rastacueros, del que saliendo luego pasa a un medio de insinuaciones, de perfumes y de sonrisas a pleno sol en un aire primaveral. Por tal motivo los nuwsishkohilaffiskypoykhasamhenisenses somos indisolubles. Quiero decir, inseparables. Toda la grosería de la existencia la trocamos en carcajadas. Nuestro objeto es vivir alegremente y morir de risa. Y así hemos muerto ya un día.

Pero, habiendo muerto usted, entonces ¿con quién estoy hablando?

—Efectivamente. Su pregunta es razonable. Debo aclarar el asunto. Un día a causa de una circunstancia extraordinariamente extraordinaria por su humorismo, murió de risa el Club. ¿Se fija usted? El Club; no nosotros. Pero debido a un hecho todavía mucho más extraordinario, como ha sido la aparición de un individuo mucho más extraordinario, el honorable Amable Rígido, quien ha operado el milagro de la resurrección del Club, mediante una bebida mágica, llamada el ponche frío, nos tiene usted nuevamente en las andadas, todo por tener el gusto de morir nuevamente de risa, porque es la muerte de la risa, o, si usted quiere, la risa de la muerte más agradable.

—La verdad, señor O'Winn, que no entiendo.

—Bueno. Eso no importa, porque yo soy el que no sé explicar, ya que en vez de decir que es la muerte con la risa más agradable...

—Enterado.

—¿No ve? Palabra.

A lo que todos dijeron: —¡Bravo! ¡Bravo! Ni una palabra más.— Y comenzaron sus dimes y diretes de estrado palatino con la ironía más picaresca, tanto que efectivamente aquello era para morir de risa, como que todos reían hasta llorar. Así ese llanto les arrancó la carcajada más estruendosa que se pueda imaginar en pulmones humanos.

## EL LOCO

Pero de pronto enmudecieron viéndome serio y oyendo sin embargo mis carcajadas, las que parecían burlas perversas, sangrientas e infames, lo cual en ellos debió haber producido un efecto trágico. Comprendiendo lo cual hablé así:

—Pido perdón a ustedes, señores: soy un miserable aguafiestas o apagaluces. Comprendo que mis carcajadas las hayan sentido a manera de dardos envenenados; pues, señores, tengo las mejillas paralíticas. Buena noche, señores.

Y salí mientras se quedaron fríos.

Entré a mi pieza sin querer saber nada del mundo. Por tal manera respirando amargura quedé dormido en mi tristeza, oyendo las alegres carcajadas de mis vecinos.

## VIII

Unos días más tarde hicieron fiesta, me parece que para nombrar su capataz a la señora Alcira Torbellino de Rígidus, muchacha ágil, bonita y excesivamente nerviosa. Estaban las señoras de los honorables socios, la señora Emelí Magestic de O'Winn, moza garrida y grave, y Laura Caricial de Yantaforte, mujer de insinuación suave. También estaban invitadas Yanira Belaire, Celia del Don Marcial, Graciela Rauda y Angélica Estefanía, chiquillas donairoas y entusiastas. Bailaron, y bailaron el cake walk, sin obedecer ni al ritmo ni al compás, ya que el honorable Rígidus, según el curso de sus ensueños, tocaba ora un vals, ora una sonata o ya un triste si no una barcarola, mientras que cada cual cantaba la musiquilla que más obsesionaba su recuerdo.

Y aquella extraña fiesta de alegría en ensueños como en una especie de nebulosas fuera del mundo, fue turbada de pronto por un instante. Cuando todos se hallaban *más* entusiastas entró rodando en el suelo un individuo desconocido, atracándole un puntapié a la pasada. El borracho, reconociendo posiblemente su equívoco, escapó sin más trámite, de lo que nadie se dio cuenta, toda vez que

## ARTURO BORDA

estaban empeñados en danzar y elogiar sin término de comparación al resurrector ponche frío que, por lo que decían y por lo que vi, era de una laboriosa preparación, tan, to que requería muchísimo tiempo de maceración de una cantidad de ingredientes en no menos cantidad de líquidos, lo cual ocasionaba un alegre y dulce mareo, mucho máa si se lo servía cada cinco minutos. Sin embargo, todos sa» bían cada vez más exquisita esa bebida, que concluyeron por denominarla elixir de los dioses.

Estaban así cuando Rígídis, tieso y serio, como quien hace la cosa más natural del mundo, en compañía de Espine<sup>1</sup>!, puso en medio del salón una olla que contenía un brebaje morado, en torno de la cual olla todos se pusieron a bailar una danza misteriosa, en tanto que despuntaba la aurora y se disponían a la ceremonia de nombrar la capataz y su ayudante.

Pero como quiera que me rendía ya el sueño, no pude ver más.

### IX

Otra noche me despertó un endiablado cencerro. A poco rato salieron bailando los del Club. A<sup>1</sup> día siguiente supe, por sus conversaciones, que habían ido a dar seme\* jante serenata a algunos de sus amigos, razón por la que fueron a concluir en la comisaría, de la que tuvieron que echarlos inmediatamente. Contaban la mar de incidentes a cual más cómicos que les había sucedido, como el de que de algunas ventanas les echaron aguas sucias y que de otras querían matarlos a bala, porque así es todavía la gen, te aquí. Decían que de la Intendencia de Guerra salió la guardia en guerrilla y bala en boca, suponiendo que se trataba de una revolución.

### X

Como quiera que esa gente todo lo tomaba a broma, durante varias semanas se dieron a hacer la más furiosa propaganda socialista entre los soldados y entre los guardianes del orden público, a quienes los abordaban en

## EL LOCO

block. Por tal manera los convencían en menos de diez minutos, de manera que todos juraban ser los más eficaces propagandistas de la causa. Y llegó a tal punto su atrevimiento, que en la misma policía al comisario de semana, al intendente y a los centinelas llegaron a convencerlos que eran proletarios, y proletarios revolucionarios, y, consiguientemente, socialistas. Eran tan convincentes sus razones, que la policía de miedo los echaba a la calle, cuando caían presos por cualquiera circunstancia.

### XI

Un Jueves, después de almuerzo, el secretario, señor O'Winn, golpeó la puerta, preguntando si se podía. —Pase, señor O'Winn,— repliqué. Y entró insinuadamente ceremonioso. Claro está que yo le hice ver el placer que me proporcionaba. Y conversamos breve tiempo. Luego se fue.

Desde entonces sus visitas se hicieron frecuentes. Algún tiempo después se me presentó con un legajo al brazo, manuscritos que en su última visita me ofreció, mientras hablábamos del Club.

—Acá me tiene usted, señor, cumpliendo mi oferta.

—Cuánto me alegro, señor O'Winn.

—Espero, señor, que no le desagrade completamente esta lectura.

—Con el buen humor que despilfarra usted, no acierto a comprender cómo pueda desagradarme, mucho más si su intención es que pasemos un momento divertido.

—¡Oh! Muchas gracias. Usted es muy amable. Ahora veamos. Estas son las memorias del Nuwsishkohilaffiskypoykhasamha Club Limitado, escritas por el secretario (haciendo una gran reverencia) Cristóbal O'Winn, servidor.

Ese día durante dos horas, y al día siguiente otras dos, leímos los manuscritos aún inconclusos. Indudablemen-

## ARTURO BORDA

te que yo me iba a cuidar muy bien de dar mi opinión; él, por su parte, dando muestras de exquisita cultura, sin dai tiempo a que yo hablase, a sabiendas de lo repugnante que es dar o pedir opinión y mucho más inmediatamente, se despidió.

Algo de lo que más me hubo divertido fue, sin duda, el hecho de que dichos señores tenían durante algún tiempo una biblioteca, pero una biblioteca muy rara que se hizo un centro de atracción social por el misterio en que se hallaba envuelta y el delicioso recuerdo que conservaban de ella quienes habían alcanzado a pasar algunas ho ras ahí y que no obstante nadie quería revelar cuál era el secreto de aquel misterio.

El cielo y las cuatro paredes estaban decorados con multitud de telones superpuestos, representando ya las altas selvas, las altas cordilleras, las auroras boreales, ciudades maravillosas, jardines aladinescos, escenas amorosas en plena selva, nocturnos, incendios rojos, alta mar, la inmensidad azul, decoraciones negras, etc., etc. El piso era todo un gran colchón de plumas. La biblioteca constaba de doce gruesos volúmenes en cuarto mayor y de unas dos mil páginas a juzgar por su espesor. En cuanto a los títulos rezaban así, según recuerdo: Las tablas de la ley — Arte de hablar hebreo en una hora — La felicidad de una lección — Arte de aprender en media hora la astronomía — Los secretos del amor en un suspiro — El secreto de la máxima audacia — La vuelta al mundo en una lección y El secreto de la sabiduría en. una lección—. Así. En vez de sillas no se veía nada más que grandes almohadones. Había una notable combinación de invisibles focos de luz de todos colores, los cuales se encendían de acuerdo con la decoración que imponía la elección del libro a leerse. Nadie podía abandonar la biblioteca sin haber concluido un libro; los demás hacían las aclaraciones y los comentarios. En las cuatro esquinas había cuatro enormes jarrones antiquísimos y muy bellos. En una pequeña vitrina se veía una reducida pero escogida selección de vasos griegos, etruscos, asirios, romanos, etc., de los estilos más puros. Y en un estante aparte habían unas seis columnas de pergaminos que ostentaban el siguiente letre-

## EL LOCO

ro: — Archivo de documentos valiosos para la formación de nuevos libros—.

Con eso las personas que visitaban la biblioteca, a la que llegaban vendados y salían de igual manera, se hacían lenguas de la sabiduría de los honorables nuwsishkohilaffeiskypuykhasamhenisenses, de tal manera que eran considerados los más estudiosos y sabios, ya que en todas las horas libres y en las fiestas se les veía manejando sus grandes libros. Pero en la retreta de un domingo, a horas 12, en que la aristocracia efectuaba su paseo en la plaza, por la que a la sazón pasaban nuestros hombres, cada cual con su libro en el sobaco, provocando la consiguiente atención de todos por el gran entusiasmo con que iban, el secretario Cristóbal O'Winn, viendo a una hermosa mujer que pasaba, al saludarla con una exagerada cortesía, soltó el libro, el cual se descuajeringó al caer, descubriendo ser un excelente recipiente de buen vino añejo que corrió en la acera, tiñéndose de oloroso rojo. El hecho provocó la natural aglomeración del público y la más expansiva de las burlas, mientras que mis hombres desaparecieron aprovechando el barullo. De ese modo quedó el Club excesivamente desacreditado. Desde entonces estudiar significa emborracharse.

Ahora diré que me parece que las tales memorias son lo mejor que se ha escrito en América. Es un libro de buen humor, áticamente ameno, saturado de sensibilidad aristocrática, con lo que sale de la vulgaridad en que se ha plasmado la literatura americana y sobre todo en ese espíritu de imitaciones o sea el remedo de las corrientes extranjeras. Es un libro totalmente original en el que se ve graciosamente desfigurada la realidad.

La literatura que los de este hemisferio necesitan para sus solaces es precisamente la de las memorias a que me refiero.

Desde que el autor ofreció hacerme figurar en ellas, digo y estoy convencido que ese es un libro insuperable de gracioso buen decir, de la fina ironía en la legítima buena sociedad.

Algún tiempo después se fue O'Winn. Y no supe más de los envidiables nuwsishkohilaffeiskypuykhasamhenisenses.

***ZONA DE AMOR***  
***LA GOLONDRINA***

## APÉNDICE DEL PRIMER VOLUMEN

### NOTA IMPORTANTE

Cuando se iba a concluir la impresión de éste libro, el gobierno me despachó al exterior, con objeto de que estudiase una buena organización policial.

Como puedes comprender, lector, so pretexto de tal misión me di a divertirme durante dos o tres años.

Cuando regresé hallé en el buzón las cartas que a continuación verás.

Pero antes debo recomendarte, que, por ridiculas que las sepas, no largues la risa de primera intención; porque, seguramente, tú también en tus mocedades has debido tener esto que podríamos llamar el pecado literario de juventud.

Mas, no obstante de que estoy obligado, por ser el prologuista, a defender al autor, te insinúo leas en recogimiento estas cartas, porque hay en el fondo un no sé qué extraño, tanto en las de El cuanto en la penúltima, la de Ella.

Asimismo, encarezco quieras paáar por alto la falta de castellano, ya que parece imposible que esta laya de correspondencia sea castiza; sin embargo, podrás notar que *como* algo independiente y libre, la poesía se alza en toda su potencia del destrozo mismo del verso y de la prosa. Pero a pesar de eso vuelvo a insinuarte no rías ligeramente de una desgracia como es toda insania.

**Saúl A. Katari.**

## ZONA DE AMOR

### I

Señor

Saúl A. Katari.

Presente.

Señor:

Quisiera no escribirle, pero me siento muy inquieta y obligada por una fuerza interior a obrar en éste sentido, toda vez que mi corazón me anuncia haber concluido la íntima tragedia de mi amado.

La que esto escribe es aquella que durante la retreta en una noche de verano le entregó, en la plaza principal, un legajo de manuscritos, intitulado "El Loco", y que a causa de un alboroto que hubo en ese momento, nos separamos, sin embargo de que causas muy especiales me obligaban a hacerle revelaciones de gran importancia.

Un día he leído el legajo, porque en la carta con que me lo remitió, dice:

Lee los adjuntos manuscritos;  
son mi atormentado espíritu  
reflejando las almas.  
Léelos con cariño,  
porque los hice por tí.

Medita y verás en ellas un alma.  
Es la sincera tensión de mi espíritu, cual es;

**ARTURO BORDA**

te lo presento a modo de un trapo  
lavado y con manchas indelebles  
y que tomándolo por sus extremos  
se sacude y seca al sol.

Pero me asalta una duda:  
¿no será, más bien,  
un empuje de mi secreta vanidad?  
Es decir  
que ni siquiera supe ser vano?

Mas, en verdad  
¿es cierto lo que digo?

Sí, mejor es que no creas,  
porque yo también dudo de mí.

Debo decirle, pues, don Saúl, que no he conocido al autor de los manuscritos, pero sí, sé, por algunas cartas que recibí, que me amó sinceramente, si bien es cierto que lleno de una poesía abracadabrante y desde el misterio.

Y desde el día que obró en mi poder su esquila primera, o declaración, todas las noches, cual prolongación de la última campanada de las doce, salmodia una lúgubre flauta lejana, cual si saliese del seno de la tierra.

He aquí la primera:

No quieras ignorar que te amo:  
recuerda que un día pasó  
algo como el horrísono fragor de los truenos,  
haciendo retemblar los montes,  
por lo que te estremeciste,  
suponiendo que era la ira de Dios;  
y era, ese algo, sólo el eco  
de un cántico de amor.  
¿Recuerdas?

Luego brilló alegremente,  
cual nunca,  
la luz del sol;

## EL LOCO

la naturaleza exudó sus aromas,  
en tanto que los vientos te arrullaban  
con sus más dulces canciones,  
adormeciéndote en el recuerdo  
de un lejano ensueño.

El día aquel,  
desde la cumbre del monte  
esfumado en la bruma lila  
de lontananzas  
imploré así al universo:

—Préstame tus encantos  
¡oh naturaleza entera  
para entonar mí amor.

Y se estremeció el orbe.  
Entonces,  
¡oh mi Ella!  
desde aquella  
lejanía espectral  
te grité:

—¡Mi alma te ama!

Por lo que las cóncavas hoyas  
iban repitiendo así,  
en legión,  
haciendo temblar el firmamento:

—¡Te ama! ¡Te ama!

Pero tú,  
creyendo ser la ira de Dios,  
temblaste,  
sin comprender la inmensidad  
de mi pasión.

Ciertamente que no es amor  
esto que siento por tí:  
es algo como en las tormentas lóbregas  
un rayo de luz.

Cierto. Créeme.

## ARTURO BORDA

Tal es la carta, señor Katarí.

Al principio no hice caso, como era muy natural, y hasta más bien he reído a carcajadas. Tan loco y tan tonto. Qué enamorado tan cursi, me dije, aunque sin muchas ganas de convencerme de ello. Pero involuntariamente releída varias veces y por ese no sé qué que tiene distinto de los otros, usted comprenderá cómo en mi alma se ha ido insinuando una ligera melancolía que fue aumentando hasta que, sí, ya le amo.

Sin embargo, me pregunto ¿por qué me llama Luz De Luna? Tal vez se ha equivocado y en ese caso soy la muñequita de sus diversiones o me llama así por compararme con la apacible luz de luna?

Con tal motivo comencé a observar y sentir la influencia de su tenue luz, la que me llena ya de un no sé qué que concluye por serenarme siempre en algo como en ese dulce iniciarse de la somnolencia.

Luz De Luna es lindo nombre y me lo da mi amado. ¿Qué más? Pues yo quisiera ser su luz de luna. Cómo le envolvería excitando sus ensueños.

Señor Katarí, averigüe usted quién es ese hombre que lleno de amor se esconde en el misterio.

Yo iré a casa de usted a recibir las informaciones.

Señor Katarí, porque no me está permitido dar mi propio nombre he de usar aquel con que mi amado me nombra.

Suya de veras.

**Luz.**

P. D. — Le ruego no olvide hacer las averiguaciones necesarias.

Vale.

## EL LOCO

### II

Señor

Saúl A. Katari.

Presente.

Señor:

Estoy inquieta: no he recibido hasta ahora contestación a mi anterior, sin embargo de que ya estuve varias veces en su casa.

Con hoy hace justamente quince días que he recibido esta carta. Léala.

Sabe que tus breves labios  
jamás me nombrarán  
ni me verán tus célicos ojos.  
Así que cuando la vida haya burlado tu amor  
cerrando tu corazón resentido  
y el hado oiga impasible tu llanto,  
entonces reposa en mí tu fe;  
y cuando los años hayan arrugado  
amorosamente feroces  
la tersa belleza de tu tez,  
y tu alma  
rendida y en sumisión  
retorne sin cesar a tus ayerres,  
acuérdate de mí,  
que apenas seré ya una idea confusa  
en los lindes de tus ensueños amorosos;  
porque,  
mi bien amada,  
yo soy aquel que en tus ensueños buscas  
al deseo de tu boca  
murmurando cabalas  
en el lujurioso temblor  
de tus hinchados labios.

## ARTURO BORDA

Sufre,  
que amor  
sin dolor  
no es amor.

Y ya no puedo:  
mi corazón está angustiado;  
pues sobre ésta palabra  
acaba de caer una lágrima.

Señor Kataré, vuelvo a insinuarle quiera usted averiguar por El; que ya sufro mucho.

Y como llevo hoy demasiada prisa, no tengo tiempo para más.

En lo sucesivo ya no firmaré Luz De Luna, sino

**Ella.**

### III

Señor

Saúl A. Katarí.

Presente

Señor:

Dos meses, y nada. No me dice usted ni una palabra acerca de sus investigaciones.

Mis inquietudes se hacen demasiadas. Me duele sin dolerme el corazón, i

Anoche apareció en mi cabecera esta otra carta.

Este es un misterio que ha de concluir por trastornarme; pues empecé leyendo a carcajadas estas cartas, pero ya el deseo y la duda me hacen suspirar.

Cuando el ansia divaga, en las altas horas de la noche,

## EL LOCO

cuando reposa en la almohada  
tu linda cabecita  
sobre tus finas manos  
¿no sientes que tu angustia  
revuela en pos mía?  
¿No adviertes entonces  
el desesperado palpar de tu sangre  
en la certidumbre  
del imposible que nos envuelve?

¿Yo soy una sombra,  
menos que una sombra?  
o más que una sombra?  
No sé.

Tengo miedo; pero ámame:  
no soy insano;  
no ves que tú eres mi sinrazón.

No obstante, espera,  
que un vaho de salino amargor me oprime,  
sin embargo de que rebasas en mi alma.

Y presiento  
que en este instante hay en tus ojos,  
cual en los míos,  
lágrimas de amor, de dolor y odio, en pugna,  
estrangulándose en los ojos y la garganta.

Hay en nuestras vidas un silencio  
que horroriza;  
y temerosos de nosotros mismos,  
pretendemos comprendernos,  
siquiera sea en el silencio,  
pero nuestras lenguas se anudan paráliticamente,  
En vano centellean ira y lujuria nuestros ojos.

Mas, mi anhelo salva los espacios.  
Estoy, pues, a tu lado y sé lo que imaginas.  
¿No adviertes acaso  
cómo se presiona tu pecho  
con el inmenso peso

ARTURO BORDA

y cosquileo  
de mi deseo?

En esta lucha sin cruento  
del imposible amor  
¿no sientes cómo la vida se deshace  
en un inusitado zumbar de abejas  
en la densidad de las nocturnas sombras,  
en tanto que una asesina contracción  
fatiga los instantes?

Pero siento venir ahora  
una racha de esperanza  
¿Es que tú la envías?  
En cambio no experimentas,  
cual yo por tí,  
la fe de llegar al enigma de nuestros días,  
salvando espacio y tiempo,  
para domeñar nuestro sino?

Dime que sí,  
porque soy tuyo,  
tu él,  
aquel a quien anheló tu ayer,  
aquel por quien delira tu presente  
y aquel a quien tu porvenir llorará  
en el recuerdo de lo que pudiendo ser  
jamás será.

Somos los enigmas en el misterio.

Pero ahora que de súbito  
la esperanza me contrista,  
sé por ello  
que huyendo de nos  
ansiamos hundirnos en la nada.

Y sin embargo nos buscamos.

¿Cómo somos?

Tan pronto poseemos el corazón de Jesús  
como luego el de Moloch.

## EL LOCO

A veces pasamos indiferentes,  
temblando después,  
quizá sin causa, por nuestro mundo interior.

Te amo,  
me amas, nos amamos,  
queremos morir  
uno en otro  
en las vorágines del amor.

No te ruborices.  
¿Por qué ocultar el divino secreto?  
Pregunta a las estrellas  
y hasta ellas  
guiñando dirán que sí.

Estas cartas, señor A. Katarí, me parecen mensajes que en alas de la muerte hiciera mi corazón a mi alma; tanto dicen de lo que yo misma siento y considero aunque de modo vago.

Tenga usted compasión, señor A. Katarí, porque estoy cada día más triste y sola. Indague por El, y contéstemme por caridad. ¿Acaso la policía nada puede en este asunto?

Suya

**Ella.**

## IV

Señor

Saúl A. Katarí.

Presente.

Señor:

Le remito esta otra carta que apareció esta mañana en mi cabecera. Todas llegan así. Y se la envió sin espe-

ARTURO BORDA

**rar** ya su contestación, sin esperanzas de que sus oficios sean útiles, toda vez que no da usted ninguna importancia a este misterio que me aniquila; léala, que acaso se la remito únicamente por algo así como una necesidad de comunicar a alguien mis inquietudes.

Suya

**Ella.**

Por tí,  
sombra o verdad,  
que no sé si te vi,  
sentí  
o solamente hube de presentirte  
conturbando mi solitario existir.

¿Es el torvo sino  
esto que sin reposo  
me arrastra o impele  
a meditar sólo en tí,  
hembra, diosa, sombra o luz?

Hace días que te vi.  
Esa eres tú,  
aquella a quien dirijo ésta.  
Ella eras,  
porque yo no puedo ni debo querer  
nada que no sea la suma belleza  
y la infinita bondad,  
y eras tan linda; tan linda  
linda eras...

En llama viva  
se consumía la tarde  
cuando cejinegra,  
pálida y bella,  
vestida de luto  
pasaste altiva  
en el instante  
del más hondo misterio de mi alma,  
mientras que **yo**,

## EL LOCO

hermético y sombrío  
te adoraba en el sacrosanto recinto  
de mi conciencia.  
Es entonces que mi alma se anegó  
en melancolía sin **fin**.  
Desde entonces  
sordas y extrañas borrascas  
rebatan mi maldita ánima  
y mi corazón se diastosistola  
en sordos estertores,  
luchando con las vorágines de mi mente,  
porque pasaste divagando tus ojos  
en el cintileo de una lejana estrella  
hundiéndose en la luz crepuscular.  
Y pasaste acaso sin ni siquiera presentir  
que yo, tu él,  
existo incendiando mi espíritu  
en el enigma de tu alma.

Y ahora, sin cesar,  
cual Lázaro el mísero,  
implorando el deshecho mendrugo de un festín,  
tal ronda mi ánima,  
implorando el halago  
de una furtiva idea  
en la rara luz de tus **ojos**.

Mírenme, pues, tus ojos  
a través del ensueño,  
aunque sólo fuese con desdén,  
no importa, pero mírenme siempre,  
porque son el aliento de mi ser  
y la mi escala de luz,

Sí,  
¡oh sonámbula en los fantásticos jardines del **alma!**  
tus ojos me fascinan brillando versátiles  
cual las luciérnagas en la noche bruna.

Cuando absorta en el misterio veo una mirada  
que rasga las tinieblas,

ARTURO BORDA

mi alma se estremece,  
porque sabe que ella es el efluvio de tus pupilas.

Tus miradas,  
ora atentas,  
ora indiferentes  
o ya amorosas  
si no inquisidoras, severas y fijas,  
y aun lascivas y castas,  
tienen el poder de envolverme  
en las nébulas de un alto ideal.

Mírenme, pues, siempre tus ojos misteriosos,  
aunque sólo fuese por piedad, pero mírenme siempre  
en el fantasmagórico mundo de los ensueños,  
allá donde el goce y dolor son más;  
porque si ellos me faltan en mis noches  
el universo se me antoja  
un túmulo de fúnebre crespón.

Que nuestras ansias se entrecrucen en lo irreal;  
y así  
mi espíritu y tu alma se buscarán  
en el enigma doloroso.

Sé que al leer ésta,  
latirá asfixiándose tu corazón,  
y que el sublime instante  
del ideal que florezca en tu alma  
huirá al pretérito,  
perviviendo en tí,  
por tal manera,  
sólo el recuerdo de ese instante;  
mas,  
al mediar las noches sentirás  
que mi espíritu canta en tu ser,  
meciéndote en el ansia y la inquietud  
con que mi sangre te llama,  
¡oh suave y dulce virgencita!

## EL LOCO

### V

Señor

Saúl A. Katari.

Presente.

Señor:

He perdido ya el sosiego. ¿Quién es ese hombre cruel que, envolviéndome en su dolor, juega con mi corazón?

Ahora, don Saúl, por mucho que quiero reír, reír de rabia, sólo alcanzo a llorar, porque a pesar de todo ese individuo me arrastra en el misterio y yo voy amándole ya y a mi pesar, olvidada de mí, cual sonámbula, tanto que ya no puedo precisar lo que en mi existencia es realidad o no. Qué diferencia con antes en que iba a modo de la brisa libre, acariciando indiferentemente toda cosa^ cantando sin por qué en cada resistencia; en cambio siento hoy necesidad de gritar, gritar mucho, hasta romper el espacio con mis alaridos, y luego, quedo, muy quedo, decirle al oído a El: —Te amo.— Y así, abrazada a su cuello, refugiarme en la enigmática ferocidad de su pasión.

Pero ¿quién es El? Me parece que todos los hombres; y si camino y oigo pasos detrás de mí, al punto vuelvo la vista; mas la duda rae paraliza. —¿Será El?— me digo. Y siempre así. Mas la vergüenza me impide correr hacia ellos, al impulso con que mi sangre le clama.

En mis ayeres mi vida era igual a una clara fontana de agua cristalina, deslizándose alegre a pleno sol, serpenteando entre los rosedales, entre la grama y los robledales, despeñándose bulliciosa y adamantina de roca en roca, al beso de los céfiros y el canto de las aves, flexible, inocente, blanda, silenciosa en los llanos y cantarína en los saltos; pero hoy...

El está vagando en mi pensamiento, sin cesar ya, en forma de una sombra que me busca, que me asedia y me

## ARTURO BORDA

hiere, untando miel en mis labios. Hay momentos en que su imagen adquiere en mi imaginación las apariencias de un ser íntimo, a quien hubiese querido mucho, a quien hubiese amado, no sé cuándo, cómo ni dónde, pero que le conozco, que nos conocemos, que nos queremos y somos confidentes.

Y me desespera el que no quiera saber nada de mí; que me busque sin buscarme, sin hallarme. ¿Será que se burla o que me desprecia? Inútilmente en donde estoy hago por mostrarme y provocar su atención. Me siento impulsada como por el alma del huracán. No obstante, parece que hubiera metido su mano brutal en mi pecho y me estuviese estrujando el corazón, mientras que me besa en los ojos, en la nuca o en la garganta si no en los labios, sorbiendo y mordiéndome el alma. Sí, le siento aquí, aquí, en toda yo. No sé qué de angustia y deseo, de alegría y dolor, de esperanza y desilusiones me envuelve en su imagen.

Esa sombra está enloqueciéndome. Sí, sí, me enloquece y usted no me responde.

¿Acaso, don Saúl, siempre le habré de escribir inútilmente? ¿Usted también se burla de mí? ¿O es usted? Tantos meses en que minuto a minuto espero su respuesta. Cada segundo me parece una eternidad. Usted coopera a la angustia con que me aniquila ese hombre. Tenga compasión; ¡sufro mucho!; todo es misterio en este amor, tragedia o befa; pues jamás puedo saber cómo llegan a mi cabecera las cartas, mientras duermo. Hace ocho días con mañana que apreció esta otra.

Luz, Lucecilla, Lucecica,  
mi Luz De Luna:  
mi mía...  
cómo ansio rebujiñarme  
en el fúlgido irradiar  
de tus hechiceros ojos;  
en la leve cadencia de tu voz,  
asfixiándome en tus brazos,  
al entregarme en un hálito  
en tu sabrosa

## EL LOCO

y golosa  
boca  
loca.

Pero, Lucecilla, Lucecica,  
linda Luz,  
no, no es un simple querer;  
es más:  
en tus noches de insomnio y fiebre  
duermo enroscado en tu alma  
y en tu carne,  
hecho un calambre de pensamientos,  
así como siento yo  
que me nombras  
en las sombras  
de la noche, y que llegas,  
y que me ciñes y estrujas.

Sí, en mi constante deseo  
tengo la tantálica angurria  
de un beso eléctrico,  
hiriente en fuerza de leve.

El beso de tus labios  
es Amor danzando ebrio de placer  
en la inquieta y húmeda lengua  
o es el seductor brindarse del ensueño  
en la sonrisa que tu boca pliega.

Pero no;  
huye, mujer,  
y que jamás sepa de tí,  
porque los hechos matan el ideal.  
Además ¿acaso sé quién eres?  
¿Quién garantizará nada por nadie?

Esta mi pasión va al acaso a tí.  
¿Te hiere lo que te digo?  
Bien. Muy bien: sufre por mí;  
quizá ello me sea un lenitivo  
ya que estoy obligado

## ARTURO BORDA

a buscar en lo imposible  
una tregua a esta laceración de origen.

Tú, mi adorada, ¿tienes madre? ¿Sí...?  
Pues yo te odio y amo  
así, loco, satánico y divino.

Ese canalla, don Saúl, me hace tan infeliz como él;  
no se aparta de mi mente; y todas las noches acrece de  
modo fantástico mi ardiente desesperación a medida del  
lúgubre salmodiar de la misteriosa flauta.

¿Por qué no me contesta usted, señor Katarí? ¿Me  
aborrece o le molestan mis confesiones? Conmisérese,  
ayudándome á descubrir quién es El. Piense usted en mi  
inquietud: hace un año que espero sus respuestas.

En estos últimos meses he recibido las siguientes  
cartas, las cuales adjunto a la presente, porque supongo  
puedan ser útiles para sus investigaciones, y para que por  
misericordia cese este martirio. Por Dios, don Saúl, ¿es  
acaso que soy ciertamente el juguete de un loco?

### VI

Mi adorada Luz De Luna,  
ruega por mí a tu Dios.  
Está pasando por mi alma  
una infernal tempestad.  
Ruega por mí.

### VII

En este breve tiempo,  
señora mía,  
creo que han pasado muchos siglos;  
tanto he sufrido.

Pero anoche te vi:  
llegaste en forma  
de una grácil columnilla de humo,  
mas te íbas esfumando al decir:

## EL LOCO

—El Señor ha oído;  
descansa, pues, en El.

Y al momento comencé a sentir  
un sosiego tan mortal  
que se paralela con mi anterior inquietud;  
pero siempre te amo.

Mi actual estado  
no es justamente la serenidad,  
ni es...  
Es algo muy extraño.  
Sin embargo  
en tus sueños o en los míos  
no me mires ni me hables  
porque me dan rabia tus ojos y tu voz;  
eras tan hermosa, señora...

## VIII

¿Nada me conmueve ya?  
Estoy insensible y senil,  
viviendo porque sí,  
sin fuerza ni valor para morir.  
Me satura un algo incomprensible  
que no es cansancio,  
ni hastío,  
ni es desesperanza  
ni en la existencia o en la nada;  
en fin,  
es algo que no reconozco ser la resignación  
ni la protesta,  
tampoco descubro que sea odio o amor,  
menos sé  
que sea fe,  
placer o dolor:  
es algo siniestro  
sin que alegre ni espanté.

¿Será acaso el anuncio del arcano?  
Lo ignoro;  
pero siento que me estoy muriendo.

## ARTURO BORDA

Me muero, sí,  
en medio de un infinito y soporífero desgano  
del que todo se aleja  
rauda e indiferentemente,  
sin dejar huella  
en los ignotos confines del recuerdo.

Me siento solo, muy solo,  
dormido y sin ensueños ya,  
envuelto en algo como en el vacío  
y en el silencio gélidos.  
Es una infinita laxitud  
que sin cesar e indiferentemente aplana mi vida.

Y aun pienso en tí una vez más,  
¡oh mi Ella!  
pero sereno,  
porque necesito repetirme,  
una y mil veces,  
la urgencia de mi fin,  
para llegar consciente al último instante.

Sí, pronto ya nada conturbará mi calma:  
siento, pues, algo como vacío el cerebro  
y seco el corazón,  
no obstante de que mi pecho aceza  
tranquila y tibiamente,  
cual en plena salud  
y a pesar de que la tierra me llama:  
me está llamando;  
me hace señas:  
oigo que cruje ansiosa  
al abrirse acezando lujuria,  
mientras que yo,  
consciente,  
sin alegría ni pena,  
voy a ella envuelto en el vértigo de la **muerte**.  
Es que la tierra me llama,  
me está llamando, haciéndome señas  
y musitando misteriosamente a mi **oído**  
sus armonías sortílegas,  
atrayéndome a modo de imán

## EL LOCO

o querida ansiosa pasado el cielo.  
La tierra suda, lasciva y **cálida**,  
y se raja y abre ancha, honda y húmeda.

Así me llama:  
se brinda, me hace señas,  
mareándome con su misterioso canto de sirena,  
con su voz de agua, de fuego y viento,  
con su siniestra voz de sempiterna ramera.

Luego transcurre un instante  
y todo se difunde en la hora dilecta.  
Pero veo allá,  
repugnante y confusamente,  
mi cuerpo que se hincha  
hasta reventar en pus,  
la viscosa pudre de movedizas larvas.

Entonces me sobresalta una hiriente carcajada  
de mujer ebria o loca  
que pasa ahogando en su timbre  
los mil y un confusos rumores del tráfico  
bajo la brilladora luz del sol.  
Lo cual me impulsa a escapar.  
¿Adonde?  
¡Oh, no!

Bien veo que el amor,  
los extáticos horizontes  
y las nuevas brisas que un día ansié,  
no curarán ya éste mi raro mal,  
porque la duda se hace en mí duda.  
Y sin embargo...  
¡Oh soledad del alma...!

## IX

Ayer tarde, bien amada, mi alma se estremeció al paso  
del céfiro helado. Las hojas en la enramada simulaban un  
aleteo de mariposas, y las frondas, chocando entre sí en la  
umbría, poblaron la montaña algo como un himno de

ARTURO BORDA

besos. Entonces llegaron a mí en el crepúsculo tus aladas palabras en esta forma:

En mi alma  
y en silencio  
me habló tu espíritu,  
¡oh mi adorado!  
Por eso mi acongojada vida,  
revuelta en secreto llanto,  
bebe cicuta o népenthe  
en la tristeza de tu amor  
que me contagia su no sé qué..

Yo te pido,  
pues, desde la serenidad de mi pasado,  
que me devuelvas la paz del alma  
y las alegrías de mi ya herido corazón.

Infame, cruel,  
te pido por tí,  
por Dios y por mí.  
Sé bueno, hombre **malo**.

¿Quién eres  
aquel por quien apuro mis angustias?

Y, a pesar de todo,  
ahora pasa en mí  
un soplo del amor sacro,  
por lo que mis labios sonríen  
melancólicamente.

¡Oh perverso!  
¡Oh mi adorado imposible!  
devuélveme "a serenidad espiritual  
y el sosiego físico.

Dijiste, cuando rasgando mi espíritu sentí entrar en mis tuétanos un tu beso. E inmediatamente vi que te materializabas en la corola de un jazmín. Entonces, **con** el acento de una calandria herida, repetiste:

## EL LOCO

Devuélveme la serenidad espiritual  
y el sosiego carnal.

A lo que repuse:

Sufre,  
porque las futuras generaciones  
se habrán de estremecer  
ante nuestro amor.  
Suframos, pues,  
que sólo el dolor perdura.

¿No ves?  
Yo que te amo con delirio, huyo.  
Pero, no obstante,  
nuestra pasión palpitará en el alma de los siglos  
porque somos la fuerza de la pasión.

Y, sin que se moviese ni una sola hoja de la enra-  
mada, te ibas esfumando al huir.

### X

Señor Katarí, es verdad cuanto asegura ese hombre,  
tanto que parece que siente y piensa por mí. Esto me trastorna.

Si ha descubierto usted quién es, dígame que pido tregua  
a mi dolor, paz a mi alma y consuelo a mis ansias; dígame  
que...

No, no sé. Estoy para volverme loca.

Contésteme, por piedad, que me muero de esperanza.

Pero antes lea usted las otras cinco cartas que dicen:

### XI

Anoche también viniste.  
Estabas lívida y hermosa.  
El hecho fue así.

## ARTURO BORDA

Disipando el claro de luna entré en mi aposento el  
Espectro del **Umbral**. Se hizo entonces la tiniebla.

Unos minutos después temblé aterrado  
al notar en un ángulo del dormitorio,  
frente a mi cama,  
el siniestro fulgor de unos ojos fijos en **mí**.  
Y comencé a debilitarme,  
cayendo en agonía.

En eso,  
a modo de una ráfaga de luz,  
cruzó en mi mente tu nombre,  
¡oh Luz De Luna!  
por lo que el espectro desapareció  
temblando en la sombra  
y en el estrépito de sus carcajadas.

Entonces retornó a mi aposento  
el claro de luna,  
a cuyo apacible encanto  
me adormecí  
pensando en tí.

Luego surgiste en el ensueño  
llena de infantil donaire,  
envuelta en un vaporoso manto negro.  
De las robustas caderas  
se descolgaba la falda,  
flotante y leve,  
temerosa de marcar la pubertad,  
mostrando excitante,  
en seda acerada,  
las robustas y finas piernas  
ahondándose opulentas  
entre suaves espumillas.

Acaso esas curvas y proporciones  
hubieran dado el índice **ultra**  
del eterno fémica  
en los transportes **de algún artífice máximo**.

## EL LOCO

En seguida tus miradas infiltraron **en mi espíritu** el  
hechizo del plenilunio  
brillando en el agua de la **montaña**.

El eco de tu **voz**,  
que aún resuena en mi oído,  
dijera ser un enjambre de espíritus,  
que,  
refrescando mi corazón,  
llegasen en el rumor del misterio  
refiriendo la historia de su vida astral,  
con lo que luego parece que huyesen asustadas  
retornando aun más enamoradas.

De esa suerte arribaste con tu encanto de ondina,  
me miraste con ternura sin nombre;  
y tus labios,  
quedo,  
muy quedo, dijeron no sé qué  
invocando el recuerdo de un amor infinito,  
tan dulce,  
tan vago,  
que me arrodillé.  
Pero desapareciste cual el véspero  
al esconderse en la nube,

## XII

Ayer anduve por las afueras,  
a campo traviesa,  
agitado con el ansia de dar sosiego a mi tedio.  
Cuando atravesaba lo fragoroso de la sierra  
en los murallones andinos  
se movió fuertemente el aire  
al soplo de los vientos.  
Y al instante me tendí en tierra  
por no caer en el abismo;  
mas, para ver su fondo,  
me arrastré de bruces hasta **el borde**.

## ARTURO BORDA

Yo miraba la oscura y sorda profundidad  
cuando salió rugiendo un torbellino,  
en medio del cual iba girando una cuartilla  
que la atrapé cual felino que coge su presa.  
Entonces,  
en tanto entonaba el viento su lúgubre sinfonía,  
vi que la cuartilla contenía unos versos  
que los leí sobre el antro.  
Son así:

### "INVOCACIÓN

Búscame pronto, Muerte, aunque el verte me espante.  
¡Oh terror indecible!, ¡oh miedo espeluznante!  
dame tu abrazo eterno, tu abrazo frío y mudo,  
porque de todo sufro, porque de todo dudo...

No quiero de los hombres los abrazos amorosos,  
ni sentir en mis labios sus besos engañosos;  
quiero que me torture un sudor de agonía:  
quiero cerrar mis ojos a las luces del día.

Quiero que el estertor de los que ven la tumba  
apague este recuerdo que en mi cabeza zumba;  
quiero que este mi pecho no lata atormentado  
al contemplar las frías miradas de mi amado.

Si supieras la extraña sensación ultrafísica;  
si supieras que te amo con amor profundo  
y que decepcionada no quiero más el mundo,  
te apresuraras, Muerte, a brindarme la calma,  
porque tan sólo guardo pesares en el alma.

Amé mucho en la tierra, hoy sólo a tí adoro.  
¡Oh Muerte!, llega pronto, mira que por tí lloro...  
El llanto que me queda lo vierto para tí  
porque con la esperanza ya todo lo perdí.

**Zulema".**

Y quedé absorto.  
En eso oí venir,  
¡oh voz de Abril!

## EL LOCO

en las ondas sutiles  
de un eco perdido,  
el timbre moribundo  
de una risa infantil  
huyendo a la eternidad del silencio.

Luego mis ideas se obscurecieron **mucho tiempo**,  
soñando así hórrido sueño.

.....

En las penumbras sidéreas  
zumba la eternidad.

El eco de mi voz:

—En fuerza de amar tanto, tanto,  
hastiado de la existencia,  
sólo anhelo un odio terrible.—

Y en las sombras cósmicas  
no más que el silencio.

.....

Cuando volví en mí  
el viento era ya orquestal y **siniestro**,  
igual a un himno de la muerte.

En ello consideré  
que Zulema eres tú,  
mi Luz De Luna.  
Sí.

Pobre Zulema.  
Ven, que yo soy más que la Muerte:  
soy el loco. ¡Já, já, já!  
El loco... ¡Já, já, já!

Ven, infeliz,  
que mi amor estrangula el delirio:  
yo experimento el **paroxismo**  
sintiendo las agonías en mis **manos**.

## ARTURO BORDA

¡Ven! ¡Ven, que mis brazos no son brazos mortales!»  
son los círculos del misterio

con los que te ahorcaré  
al compás de mis más locas carcajadas.  
Y si quieres  
ni siquiera sentirás el beso de mis labios,  
sino que te congelaré de terror  
en el soplo más lento y frío.  
Pero ven,  
que el sudor en la agonía  
será la extremaunción.

Pobre Zulema,  
yo que sé de los misterios de la Muerte,  
apagaré el recuerdo que zumba en tu mente,  
y lo haré en la vorágine de mi corazón,  
donde oirás sólo un gran epinicio.

Sí, mi mía,  
sensitiva de los valles,  
no te repliegues ni tiembles  
al contemplar  
la helada  
mirada  
impía  
de tu amado de un día;  
antes ven a mí  
que soy la sinrazón del amor y la mar:  
yo sé de las emociones ultrasensibles  
en pleno imposible.  
Ven, yo mataré el grito de tus males de tísica  
al fragor de las tormentas de mi alma;  
así dormirás tu ansiado sueño sin aurora  
a la sombra de las alas negras de mi locura.

## XIII

Otra vez anoche estuviste acá,  
frente a mi lecho,  
recatada en el ángulo más lóbrego,  
a modo de una contraída espiral de acero,  
lista a saltarme.



## EL LOCO

Tus ojos fosforecían como ojos de gata en celo;  
secos, bien resecos tus labios  
y en tu boca,  
al tremolar la lengua,  
chasqueaba la saliva.  
Tu voz era un silbo  
de cobra.  
Y tus ojos,  
los ojos,  
esos ojos fijos y lascivos,  
no cesaban de mirarme de hito  
en hito provocando en mi cuerpo un ardiente hormigueo,  
cuando empezaste a sonreír y sonreír inextinguiblemente.

Después de un segundo de fascinación  
en que tus dientecillos se clavaban en mi alma,  
ebrio,  
temblando  
y con bruscos vuelcos el corazón,  
dando traspies iba a tí,  
rígido,  
entreabiertos los párpados  
y entornados los ojos,  
creyendo agotarme en tus crispadas formas,  
al igual de una mariposa que cae  
y chirría en las crepitantes ascuas.

Pero tropecé  
y me pareció haber despertado  
mientras que tú te desvaneciste  
para reaparecer aun más lejana.  
Luego,  
yo no me explico,  
me causaste asco  
cuando de pronto me sentí helado y pétreo  
como en la muerte.

Hoy  
¡qué cambio!  
Cuan alegre se me antoja la luz.  
Cómo alumbra el sol  
y qué fresca sopla la brisa.

ARTURO BORDA

¿Será que estoy mejor?  
¿Es que ya no me duele la idea?  
Pues,  
pese al invierno,  
advierto que la naturaleza,  
de severo aspecto en sí,  
ahora se halla,  
cual soberana coqueta,  
cubierta con su regio manto de nieve.

Sí, mi bien amada,  
en estrecho y loco abrazo,  
desnudos de todo cuidado  
iremos danzando en estos yermos:  
quiero entregarme a tí,  
sobre el hielo  
y bajo el cielo,  
en presencia del universo lleno de luz.

Ven y acéptame en esta mi alegría insólita,  
en remembranza de una lejana edad.  
Acéptame sin culparme:  
mira que llevo en el alma  
las armonías cromáticas y el iris;  
en el espíritu llevo las borrascas  
de todas las pasiones,  
donde sólo tú,  
¡oh mi Ella!  
estás como el reflejo de la luz en las olas  
de un infondo mar de amargura.

Acéptame sin reparos,  
cual nos recibirá un día en su seno la tierra.

XIV

Me horroriza la vida  
y me espanta la muerte;  
a tí vuelvo, pues, lleno de amargura.  
Yo... ¿Yo, qué?

No; es inútil:  
las vorágines de la eterna duda me disuelven.

## EL LOCO

¿Algo o quizá todo  
quise decir en una sola vez?  
Tal vez.

Mas ¿acaso no sientes  
el desenfadado tropel de mis locas pasiones?

¿Qué te diré, pues,  
ni para qué la palabra?  
Es verdad, mi mía,  
soy un absurdo:  
no sé lo que digo  
ni lo que quiero,  
ni lo que me hace bien o mal;  
pero sé que vivo en tu existencia  
tanto como tú en la mía.

La idea en tí es mi único refugio,  
si bien es verdad que dolorosamente,  
pero en amor.

Mi pasión te necesita con urgencia  
en tanto que mi segunda naturaleza te repele  
hundiéndome en torturas infinitas.

Debemos ignorarnos siempre;  
nuestro conocimiento sería un maleficio,  
es decir,  
la ruptura del sortilegio.  
El cotidiano  
desengaño  
es doloroso y prosaico;  
además tengo  
la eterna tortura  
de mi duda:  
no sé si eres inmaculada o meretriz.  
¿Y si no eres no podrías ser?

Huyamos, pues, a tiempo,  
porque el amor es sagrado:  
no turbemos su majestad.

ARTURO BORDA

Más bien ven a mi espíritu  
y ascendamos a las altas zonas,  
allá donde la quietud no sea alterada  
con ninguna esperanza o deseo de la bestia,  
porque el secreto de nuestras vidas quiere hablar.  
¿Es que no oíste ya esa angustia?

¿No sientes cómo navegamos ya  
en el infinito eterno y sereno?  
¿No ves cómo yacemos lejos de toda inquietud  
y que en éste espacio sin tiempo  
no se oye ni nuestro latido?

Pero ¡quieta, por Dios!  
No hables ni tiembles.  
¿Oyes?...  
Esa voz es el eco de nuestro amor:

LA VOZ

Ambos gozan en los orígenes,  
Pero ¿por qué te estremeces?  
Advierte que algo más quiere decir.

LA VOZ

Se aman sin origen ni fin.  
El amor es innato.

¿Oyes? El amor está hablando  
en éste infinito de quietud y vacío.

Pero ¿por qué llorar?  
¡Ah .. .Es verdad: yo también lloro.  
Ciertamente que habrá largas horas de olvido  
en que el hombre te desesperará  
en el brutal espasmo,  
mientras que yo desmayaré,  
posiblemente,  
en la mujer. Por tal manera,  
borrachos de lujuria

## EL LOCO

tendremos largos olvidos de amor.  
Somos humanos;  
mas el asco de nuestra carne  
macerada en lascivia  
repelerá al fin el bárbaro contacto.  
Entonces,  
en el frenesí de nuestras ansias  
nuestras almas se fundirán  
en las altísimas regiones,  
durmiendo en el hondo seno del Señor  
á donde sólo llega un alma de piedad y sacrificio.

Mas, he aquí que ya estamos  
agitados de agustia.  
De hoy más no busques, pues, tregua;  
sería en vano:  
estás al influjo de mi amor.

Sé que por esta laceración,  
anegada en llanto y maldiciones,  
me amas y odias á la par,  
por haberte conturbado,  
oscilando tus horas  
entre la esperanza y el desaliento.

Es así cómo eternamente sufriremos  
el glorioso martirio de ignorarnos;  
pero sabe que tal es  
la siembra de los éxtasis.

De esa suerte  
he aquí que apesar de mi voluntad  
no puedo resistir á la angurria de hacerte mía.

## XV

Sufro mucho.

Desde hoy alza tus ojos al cielo,  
que por la santidad de nuestra pasión, muero.

Escruta siempre los lejanos horizontes  
y cuando en torno de alguna cima  
notes el vuelo circular de los vultúridos...

Es singular cómo éste edificio ha comenzado á sostener ya toda mi atención. Hay en él muchos detalles que me hacen vivir una existencia remota y fantástica. En las junturas de las piedras han crecido el liquen y el musgo; de ahí proviene su coloración gris verdinegra. Se ve, además, en varios bloques una especie de digitaciones que con el tiempo hizo el agua.

Ahora noto mil minudencias que me intrigan diariamente.

En ésta época el caserón es una especie de golondriero. Las avecillas han hecho sus nidos en los alares y en las grietas.

Estos animales me recuerdan un notable incidente de mi vida.

#### UN DÍA

A principios de la estación entró una golondrina á mi aposento. Como estuve malhumorado desde por la mañana, levantándome maquinalmente de mi lecho cerré la puerta y maté á palos al avechucho. ¿Por qué? Qué sé yo por qué ¿acaso por divertirme, quizá por maldad? No sé. Pero lo que hay es que efectivamente la maté á garrotazos. Después, poseído de una furia inexplicable, la alcé. Y así erudita, aleteando todavía, me la comí tranquilamente, incluso sus piojos y plumas. Sus huesecillos crujían al quebrarse entre mis dientes, sonando en mi boca como en una olla rajada. Eso me llenó de una alegría salvaje que llegó al paroxismo cuando logré reventar entre mis muelas su cabecita, sintiendo que sus ojillos y sus sesos me salpicaron calientes al paladar y á la lengua, por lo que la masqué con más furia y precipitación. Los huesos ó las plumas me rasgaron el garguero. Luego me dije:

—¡Bah! ¿Aves ó alimañas aquí? Pues estoy por demás aun para mí mismo.

¡Oh! Sospecho que yo estaba admirablemente transfigurado; no haber tenido entonces un espejo...

## EL LOCO

### AL DÍA SIGUIENTE

A la misma hora entró á mi pieza otra golondrina. Como en el día anterior, cerré rápidamente la puerta á fin de cogerla, pero ella comenzó á dar vueltas y más vueltas, rozando las paredes de modo desesperado, incansable, y siempre en el mismo sentido, como bajo el imperio de una consigna.

Después de unos minutos de espera, encolerizado emprendí con ella á bastonazos. Pero el animalucho no cesaba de girar á modo de una maldición. Luego, impaciente y febril, le di de firme con las frazadas. Mas, ella aceleró su revolver, tanto que no parecía sino un círculo índigo y ondulante sobre mi cabeza. Entonces, iracundo, fatigado, anheloso, redoblé el ataque.

Pero desde ese momento lo golondrina me picoteaba en la cara ó en las manos á cada vuelta que daba, y esto con una saña y regularidad desesperantes. Por eso yo cesaba en mi empeño de matarla, sin embargo de que ya me iban faltando las fuerzas: los brazos se me caían pesadamente. Así en todo el cuerpo me recorría un sudor frío, desde los riñones, provocándome la descomposición del estómago helado ó vacío con las angustias de las náuseas. Las arterias y las venas de las sienas y del cuello se me hincharon con pulsaciones violentas. La congestión quería reventarme el cerebro.

Y cai.

Mientras estuve tendido no hice nada más que permanecer con las manos sobre los ojos á fin de resguardarlos.

En tales circunstancias, impotente, vencido y colérico, no pude menos que implorar perdón á media voz; tan rendido me hallé. Ella, oyéndome, cesó su vuelo, posándose en mi pecho, pisando aguda y penetrantemente.

Lo que hice al momento, sin recordar que luchaba con un trágico misterio, fué quitarme las manos de los ojos

## ARTURO BORDA

y atrapar á la avecilla, pretendiendo estrangularla. En eso mi alegría fué verdaderamente satánica. Así me la llevé á la boca para triturarla; pero sorprendido vi que nuevamente estaba volando silenciosa, fantásticamente, como una sombra.

Aturdido, ó feroz, me puse de pie á recomenzar la lucha. Le sacudí, pues, con las almohadas y las camas; pero ella, acaso atravesándolas, continuaba su vertiginoso y obsesionante revolar.

Esta vez ya tuve miedo, porque recordé que el día anterior me la comí viva á la golondrina que maté sin necesidad; de manera que instintivamente pensé en su espíritu y en la justicia inmanente.

De ese modo vencido me desnudé el tórax y con una correa hebillada me fustigué hasta sangrarme, orando por el alma de la avecilla. Mas, al fin, rendido ya, largué el látigo que al punto ella lo tomó con su pico, echándome al hombro. Pero como volviese á caer la correa, sin que yo la recogiese, la golondrina, dándome algunos picotazos más, la levantó de nuevo y me la echó nuevamente al hombro. Entonces comprendí que aun debía expiar mi culpa.

Reanudé mi penitencia, anestésico y maquinalmente. En eso la avecilla, volando siempre en torno mío, arrancó su más alegre trino á tiempo que yo caía desvanecido, meciéndome en los azules de un ensueño.

\*

Cuando volví en mí, la golondrina se hallaba fatídicamente parada á mi lado, cantando su extraño kric, kric; su arrullo. La miré asustado y quise, no obstante, agarrarla. Tenté, pero sólo era aire. Sin embargo no cesaba su canto misterioso.

Luego, apesar de que mi deseo era huir, me fui á acostar, porque mi fatiga era mucha.

Me tumbé en cama, notando que la golondrina me seguía. Paróse de un pie en mi almohada, como quien duer-

## EL LOCO

me ó sueña, á mi lado, quietesita, dando su piar, monótono é incesante.

De tal manera caí poco á poco en un hondo letargo.

## AL OTRO DÍA

El animalucho continuaba á mi lado, en la misma postura, murmurando su piar más suave.

Ante una tal persistencia y con el secreto temor de que bien podría enloquecerme semejante fantasma, sentí que me iba laxando en un largo desvanecimiento; pero noté todavía, como entre sueños, que la golondrina alzó el vuelo y se fue, cual si se hubiese conmiserao de mi situación. Pero no tardó en volver. Así que la vi, sentí dilatarse en la estancia el éter sulfúrico, lo cual me reanimó al momento.

A causa de semejante fenómeno le dije mentalmente;

—Vete, por favor, azulina mía: he purgado ya mi cul pa y necesito dormir.

Todo fué que así dijese, que al momento desapareció. Entonces suspiré hondamente, libre de un peso inso-portable. Pero ella volvió en seguida. Y, llegándose sigilosa a mi almohada, puso su pico en mis labios. Al instante sentí en mi lengua el sabor y la humedad de la adormidera y el nepenthe.

De ese modo caí en un sueño profundo.

\*

Desperté al amanecer.

La golondrina cantaba una vez más su extraño murmullo ó kric, kric.

Luego la vi volar y á medida que lo hacía se iba tornando más diáfana, cristalina, como luz, hasta que desapareció.

## ARTURO BORDA

### ALGÚN TIEMPO DESPUÉS

Un día estuve enfermo y escribí una carta á mi adorada Luz De Luna, porque me pareció haberla visto, en un sueño, de luto, en el alba, pidiendo á su Dios las estrellas para tejer con ellas una guirnalda para mí, y como deseé remitírsela, aunque fuese á la eternidad, pensé en el alma de la golondrina que ya otra vez me trajo éter, adormidera y nepenthe. Pero le dije:

—¿Y si mi Luz De Luna no ha existido nunca! Mas, como quiera que siento que alguien cautiva mi amor ¿dónde está, pues, mi Luz De Luna?

Entretanto el espíritu de la golondrina se hallaba volando en mi aposento, de modo tan veloz, que no parecía sino un círculo hipnótico hecho de sombra.

Mirándola quedé fascinado.

En eso sentí que la sombra, pasando por entre mi mano me arrebató la carta. Y desapareció.

Desde entonces el alma de esa avecilla á la vez que me sustenta es mi mensajera á mi Luz De Luna.

## VI

Seis meses después.

Señor

Saúl A. Katarí Señor:

Presente.

Estoy muy alegre, verazmente alegre. No ha muerto el amado; vive: pues antier recibí una carta suya, y fué al amanecer. Además desde anoche á las doce ha recommenzado el lúgubre salmodiar de la misteriosa flauta.

## EL LOCO

Otra vez soy víctima de los enigmas. Ya verá usted.

\*

Antier salí á oír la misa de la aurora, para comulgar en sufragio de mi amado. El tiempo estaba hermoso; el cielo bellísimo, especialmente en Oriente, donde apuntaba ya el alba. Las estrellas fulguraban aun.

Entonces, confundiendo en mi mente los conceptos de Dios y el de mi adorado, pedí mentalmente el cielo de ese momento, para tejer con sus estrellas una guirnalda luminosa y coronar con ella al dueño de mi albedrío.

¡Oh, don Saúl, que misterio tan hondo es el de la aurora! más solemne que el de la noche plena. Del reposo mismo de la naturaleza se siente elevarse la esperanza, el placer más largo.

Tal fué la más solemne alegría que jamás haya experimentado yo: fué algo como el misterioso goce de las anunciaciones.

Así embelesada, primero en el alba y luego en la aurora, me sorprendió la luz de la mañana, mientras que las estrellas iban desapareciendo una á una.

Y me quedé sin oír la misa y sin comulgar. Tan lindo era aquel amanecer.

Poco después volví al dormitorio, me deshice el manto y salí al corredor á gozar el inefable fresco de la **hora**.

Las puertas empezaron á abrirse, unas en silencio, otras estrepitosamente, chirreando sus goznes.

Las gentes salieron de sus piezas: esta, somnolenta; aquella, silbando, y la otra, frotándose las manos y tarareando canciones nacionales; de entre estas, unas se fueron a la calle y las demás se quedaron a encender los hogares, para tomar el desayuno. Mientras tanto en los tejados y en los nidos los pajarillos gorgoritan de lo lindo.

## ARTURO BORDA

En eso vi en el azul, á lo lejos, un puntito que llegó á intrigarme: venía ó sea se iba, moviéndose de uno á otro lado: ora se elevaba ó caía á plomo. Así desaparecía **para** reaparecer.

Era una golondrina que por tal manera de pronto descendió al patio, febrilmente alocada; y, rozando las paredes, dio dos ó tres vueltas. Entonces advertí que llevaba algo en el pico. En eso entró á una habitación, de la que salió al instante, por lo cual las gentes hicieron el alboroto del siglo, asegurando que alguien se iba á morir. Y la golondrina subió al segundo piso, donde dio infinidad de vuelta en los corredores, siempre rozando las paredes, hasta que entró a la salita de mi vecina, pero para salir más que volando. Luego la vi venir hacia mí a modo de una pedrada, de la que me defendí instintivamente con las manos; mas la golondrina había pasado ya rozando sus alas en mis labios. En seguida se elevó sobre el patio girando en círculo, tres veces, para después descender nuevamente y entrar en mi dormitorio. Corrí tras ella para cerrar la puerta y atraparla, pero había salido ya sin llevar el papel. De ese modo se perdió en el azul, hacia Ocaso,

Quedé muy triste en el corredor, oyendo los comentarios de la vecindad.

Después, aturdida por mil pensamientos, regresé a mi cama para recostarme, pero en mi almohada hallé la carta que a la letra dice:

### XVI

Acabo de saber todo.  
Se que en la aurora elevaste por mí  
una oración a Dios;  
se que anciabas mis cielos misteriosos  
con objeto de tejer para mí,  
con su luz, una guirnalda luminosa.

Gracias.

Y que tu místico deseo  
glorifique por siempre tu **nombre**.

## EL LOCO

Yo lo supe. Y te vi, anegado en el deleite  
de las fuerzas cuyo secreto poseo.  
Por eso invoqué a mi única mensajera,  
la golondrina.  
Y vino ella desde el arcano,  
volando ebria, incierta y alocada.  
Al verla le grité:  
—Deten tu vuelo, ¡oh locuela!  
y dime:  
¿En tus inciertos giros,  
más allá de la vida,  
oíste el himno de mi amor  
en las sombras sempiternas?

—Sí, sí sí — contestó.

-¿Sí!

Pues entonces deten tu vuelo:  
no hiendas más los azules;  
que mi acerbo grito  
sacude los átomos en horrible tempestad.  
Pliega, pues, tus alas,  
reposando aquí un instante.  
Pero quieta,  
no avances a mi corazón,  
porque el caos está en él  
donde sólo se oye sollozos de angustia  
y carcajadas de befa.

Esperé un instante  
La mañana se inició,  
mientras que los vientos se iban serenando.  
Y cuando el sol iluminó  
las altas crestas de la nevada cordillera,  
ordené en estos términos a la golondrina:

—Parte, azulina mía,  
y, extendiendo ampliamente tus opalinas **alas**,  
gira haciendo el triple círculo mágico  
sobre la existencia de la bien amada,  
entregándole esta esquila.

ARTURO BORDA

Sin par Luz De Luna,  
te hablo con caracteres humanos  
sólo porque tu densidad carnal  
te impide comprenderme  
en la trasmisión del pensamiento puro.

Mas, no te estremezcas;  
mira que estamos en alegría  
y que estás grabada por siempre en mi recuerdo.

Entre la noche que huye  
y la aurora que nace leve y místicamente  
se destaca tu silueta.  
La veo.  
Estás mirando las estrellas,  
envuelta en tu negro manto,  
jugando el rosario en tus ambarinas manos  
a tiempo en que se sonroja  
de pálido arrebol  
tu tez infantil;  
videntes, serenas y claras miran tus pupilas,  
mas, caen tus párpados y tiemblan tus ojos,  
ocultos ya.  
En tal estado vibra tu alma,  
tiembla en tus labios una oración,  
**y,**  
en el encanto de un oculto suspiro,  
pidés,  
*no sé si* a mí o a Dios,  
el cielo ...

¿Qué has dicho...?

¿Un cielo...?

¡Quién fuera Dios, oh traidora angustia!

Un cielo .. .¿Y es a mí a quién pidés?  
¿Ignoras lo que es un cielo,  
el cielo,  
todos los cielos?

## EL LOCO

¿Un cielo, dices?

Bien.

Mira, pues, atenta en tu alma de niña o hurí  
y veras sangrientos crepúsculos,  
radiantes canículas,  
fe sin causa,  
infinitas melancolías y divinas auroras;  
verás muchos cielos constelados  
de innúmeros espíritus por nacer;  
existencias diluidas en efluvios,  
en color,  
en aromas y amor.  
Escruta en tu alma  
y sentirás la comprensión divina  
en la amplitud de la vida:  
sonoridad de luz en percepción **supra**.  
Inquiérese cariñosamente en tu alma  
para saber del misterio en que se funde  
la luz de luna, difundiendo su melancolía  
en los jardines del ensueño,  
y sentirás las divagaciones del alma en lo ignoto,  
cual ensueños de amor fuera del tiempo.  
Amante y zahori sonda los arcanos de tu alma,  
y atenta,  
tan atenta como puedas,  
espera las concreciones micro y macrocósmicas  
— el TODO: tu Dios —  
así verás lo que ES, lo que FUE y SERA,  
cual si fuere en el relente  
al través de la claridad lunar.  
Mira en tu alma  
y veras la explotación del FIAT LUX.

• \* •

Así, amada mía, voló la golondrina.  
Y así llega a tu poder esta esquila.

Ahora ya es pleno el día  
y me hallo azorado ante la espectación del mundo.

ARTURO BORDA

Ahora más que nunca, señor Katarí, le ruego quiera  
usted averiguar quién es El

Suya

Ella.

VII

Señor

Saúl A. Katarí.

Presente

Señor:

Con hoy hace doce días que recibí esta otra carta, la cual  
se halla fechada el día Lunes; pero como estaba en prosa y  
sonaba como poesía, la he copiado en forma de versos.

XVII

Parece,  
¡oh mi Luz De Luna!  
que la naturaleza  
en esta hora  
hace una siniestra mueca:  
amontañada aglomeración de cúmulos  
entre lívidos resplandores  
horrorizan mi alma.

En esta mi hora dilecta  
de crepúsculo gris  
se dina que el universo hipa estertórico,  
envuelto en la agonía de mis días.

Y así, ensoñando en la tormenta  
que el firmamento prepara,  
me deleitó en espera  
de mi hora postrera.

## EL LOCO

Rápidos y difusos relámpagos  
iluminan las lejanas nubes  
de la oscura tarde  
y pasa cantando una sinfónica vocería  
del viento que arrecia.

Cierro los párpados,  
y como entre vórtices de luz y sombra,  
de silencio y estrépito,  
comienza la agonía.

Mas, cuando ya cruzan calladas  
las rachas más frías,  
portando la tempestad,  
siento que divina,  
¡oh mi Ella! rasa tu alma  
la zona de mi doliente pena;  
entonces,  
yo que sólo se de dolor,  
de apostrofe y llanto,  
quiero decirte  
quedo y al oído,  
que por tí...

Pero no;  
sigue huyendo en alas del viento.  
Huye de mí  
cual de la ígnea lluvia  
en Herculano, Sodoma y Gomorra.  
Mis horas están en erupción;  
llamaradas de ignívoma angustia  
incendian el cielo:  
el éter se envenena con mis ayes  
cual con el dolor de Orestes y Edipo  
o con la ira de las gorgónas.  
Ignescente de angustia  
arraso toda espera y fe,  
porque soy el maldito  
dé Dios y de los hombres:  
ascua en la conciencia de mis padres

## ARTURO BORDA

Por piedad  
mi bella Ella,  
alma de luz y aire,  
déjame morir: sufre mi alma  
y padece mi vida.  
Mi corazón vomita en este instante  
el exceso de toda amargura;  
huye de mí.

¿Hasta cuándo, gran Señor?  
Mi alma es ya el imán de la congoja **humana**:  
hay en mis horas  
tanta limalla de hastío,  
que ya cede mi ser.

Todos los odios y los amores,  
desalientos y esperanzas  
braman en mi larga agonía,  
rebatidos con lacerantes huracanes  
de bascas y desilusión.

Es que así,  
lo sé,  
mi espíritu en su tránsito te canta,  
¡oh mi bella Ella!  
canto de amor y pena.

Que todo ser huya  
de la zona mortífera de mi alma,  
y que, Señor,  
los simples y puros de perenne sonrisa  
se aparten de la dolorosa vía de mi tránsito;  
mas, que el plácido viento de la esperanza  
aliente en ellos  
no más que los mirajes bellos:  
que el caleidoscopio mágico de la fe  
les finja siempre lontananza de promisión,  
que yo, sin fuerzas,  
entregado  
a los ciegos giros del hado,

## EL LOCO

voy a la muerte  
cual asfixia sin fin,  
envuelto en las írritas vorágines  
de protesta,  
de dolor y tedio;  
pero por ello mismo  
hierven en los antros de mi ser  
el asco, el odio y la ira a lo humano,  
y de la impotencia  
para la justa y bárbara represalia  
del estigma del abortivo que llevo en mí  
nace esta mi pasión a tí,  
¡oh alma de amor!

Pero sabe que desde la fosca lejanía  
de mi alto retiro  
te acaricio suave y levemente,  
tanto como con las remembranzas  
de glorias y penas idas,  
cual con el recuerdo  
de un rayo de luz selenítica  
reverberando en las procelarias  
que nunca más tornarán.  
Te acaricio suave y levemente  
como con el recuerdo  
del aroma eterizado en lo ignoto.

Mas, en este hondo desconcierto de mi **vida**,  
por exceso de mi sutileza,  
te execro a tí y a todo cuanto alienta el sol.

En este último estallido  
del silencio y el dolor opresos,  
tiembla mi cuerpo  
con el trémolo de insana carcajada.

No te espante ello, vida mía:  
es que en mi conciencia borbollan,  
en lucha inaudita,  
Satán y Cristo;  
floración y pudre,  
hiél y ambrosía,  
cantárida y alcanfor.

ARTURO BORDA

De tal modo,  
¡oh mi tú!  
te elevo el soberano himno de mi pasión,  
como con bostezos del antro  
y gorgoritos de ruiseñor,  
canto de calandria en la aurora  
y graznido de buho en la sombra,  
murmullo de lejana fontana  
y ronco fragor de la tormenta en el confín;  
canto sagrado e himno profano;  
crujido de hielo  
y chasquido de fuego.

¡Oh, tú, la innominada!  
el universo te canta en mí,  
haciendo eco en el alto Olimpo  
y en el hondo Orco.

¡Oh, mi Ella!  
vano fantasma de luz y niebla,  
todo te eleva fantástica salmodia,  
desde el cataclismo de la Atlántida  
hasta el trémolo vago de la aurora  
en que señala tímida,  
en el confín,  
la ensoñada tierra  
a la vista absorta de Colombo,  
el intrépido nauta  
que en frágil carabela  
singla el misterio  
en la procela de inciertos mares.

¡Oh, mi Luz!  
invicta refusión de toda bella  
en el destello  
de luz y color  
de Venus,  
la estrella  
oye:  
que mi corazón te cantiga  
cual con lento gotear  
de la sangre

## EL LOCO

en corazón hueco,  
en el que a poco se ahoga  
en atropellados palpitaes,  
hasta que,  
como al arrancarse de una cuerda sonora,  
nervio o arteria,  
todo calla.

Es que mi sangre te canta hirviendo:  
es el canto del que nunca llega  
y esperas siempre, amante y coqueta,  
ya sea en el esplendor del día  
o en las sombras de la noche;  
es el himno doliente  
del que nunca ves fuera del ensueño,  
por el cual cruza como sombra esquiva;  
es el alarido  
del que en el paroxismo de su pasión  
te estrangularía  
cual boa, piel roja, toba o mataco  
y que te venera  
sin embargo,  
como girasol  
al sol.

Todo en la esfera te canta,  
¡oh mi amada etérea!  
Pon atento el oído  
y sentirás el repentino canto del gallo  
en la negación de Pedro a Cristo,  
ardientes besos de Francesca a Paolo  
y el beso aleve del Iscarote;  
desde la basca del espasmo hastiado  
y el llanto inconsolado  
de la de Magdala  
hasta el cantar de la razón perdida  
de Ofelia errante  
deshojando flores,  
todo te canta en mí.

En el misterio de mi alma loca  
**todo te canta,**

## ARTURO BORDA

desde el silencio ante la fe y pena de María,  
la madre laxa,  
hasta la ebria agonía  
en los de Terruel;  
desde el vuelo de Icaro  
hasta el **Eli, Eli, lama sabacthani**,  
la duda del Hombre Dios.

En mi sangre todo te canta  
desde el vaho de sangre  
en que se revuelca Elena,  
la adúltera,  
a la que canta olímpicamente  
el pordiosero ciego  
hasta el imponderable himno  
del torvo florentino  
y la virgen niña  
de **bianco vestita**;  
desde la horrendo refusión del alma humana  
en el dramaturgo de Albión  
hasta el canto sonoro de La Aurora  
en el alma polífona del teutón sordo;  
y desde el Juicio Final del casto pintor  
hasta el ensueño apocalíptico del viejo virgen,  
todo te canta en mi alma.

Te canto como a Walquiria,  
ñusta, bayadera o hurí,  
o como a puta o virgen;  
te canto con el delirio  
del amor de asceta,  
en rufián o señor.  
Entono el himno, sin pudor  
y entre arreboles,  
con dejo meretricio y sacro,  
porque desde el prostíbulo  
hasta el Olimpo  
todo respira amor  
y porque esta rapsodia es para tí,  
la imposible,  
aquella por quien el espíritu delira y vibra  
con tremor de luz agónica,

## EL LOCO

hundiéndose en el caos,  
o que canta al través  
de sutil gasa, niebla o bruma  
en el irisado destello del rocío.

Rehuyéndote elevo a tí mis antífonas  
sin implorar tu amor ni ansiar tu comprensión  
de las célicas auras y brutales fragores  
con que desde mi exilio acaricia tu alma,  
porque,  
¡oh vago rumor de migración hacia la luz!  
en este inaudito segundo de percepción **supra**  
en mi tránsito a lo ignoto  
te ofrendo el llanto de mi vida volandera  
hacia la muerte pronta.

Mas, en el universo oigo ya la señal  
de mi último instante.  
Te espero, pues,  
¡oh mi Luz De Luna!  
en el **silencio sonoro**  
del último misterio,

Pero no;  
pues aun tengo miedo y pena,  
porque en mi alma bullen todavía  
niágaras de amor.

Y estoy consciente: un inmenso y tibio peso  
empieza a presionar en mi pecho,  
asfixiando mi oculto anhelo  
de amor y gloria  
en placer y vida.

Así que atiende pía mi último ruego.

Cuando sientas el misterio de la vida  
en la soledad del alma,  
cuando temblando en la luz **crepuscular**  
dolientes y lejanas  
doblen las campanas;

## ARTURO BORDA

cuando tu existencia  
ebria de anhelo y armonía  
sueñe en el amor,  
piensa que un día pasé por tu lar,  
cual invisible sombra pasionaria,  
elevándote un apocalíptico himno  
en el secreto murmullo de mi alma loca.

¡Oh mi célica Ella!  
alma de amor y pena,  
sabe que para entonar mi espíritu  
en la pasión cósmica  
he transmigrado de universo a electrón:  
he temblado en el luminoso pestañeo  
de lejanas estrellas,  
palpitando en el corazón de poetas y aldeanos,  
retorciéndome en el secreto lirismo  
de los hipócritas ateos;  
me estremecí en el ansia del menstruado primero  
y en la rotura del capullo  
al empuje de la corola centifolia;  
he borbollado en la pasión del criminal innato,  
muriendo en las mil agonías  
de los infinitos deseos  
de la virgen senecta.

Tal he transmigrado  
en el amor de los seres,  
en el éter y en la roca,  
en la onda y en el fuego,  
sólo por cantar a tí.

Siquiera por ello,  
diariamente,  
a la caída del sol,  
a la hora en que la muerte  
sopla bocanadas de agonía  
en oladas de ensueño sidéreo  
piensa en mí.

Cuando en las fatídicas noches de insomnio  
sientas que tu cráneo ha de reventar

## EL LOCO

al impulso de los torbellinos del recuerdo  
y de las ansias sin sentido,  
mientras se presiona el pecho  
cual con aros de acero,  
cuando el cuerpo se extiende laxo y tibio  
en las abulias agónicas,  
piensa en mí.

Mujer, hurí o niña,  
quien quiera que seas  
y donde quiera que te halles,  
cierra los ojos  
dejando que la esperanza hormiguee en tu piel;  
y cuando sientas que tu carne,  
diáfana ya,  
se mece en el espacio,  
búsqüeme tu idea:  
tus claros ojos me vean  
envueltos en la refulgente luz  
de los altos cielos;  
y tu amor,  
inflamado en el deseo de la mente,  
del corazón y de la carne,  
venga hacia mí,  
como en el zumbido al fermento de la creación  
en la noche del origen; que yo,  
esenciado en la irrupción del ideal,  
en el amor de amores y luz de luces,  
irradiando pasión me entrego a tí.

Copulen mi espíritu y tu alma  
como se compenetrán luz y sombra  
en los fúlgidos crepúsculos.

Ahora,  
pese a mis desalientos y dudas,  
en este instante tengo la certidumbre  
de que tu corazón me busca  
en la inmensidad de la noche  
cual la melancolía al véspero,  
ora como la alegría a la canícula  
o como el insomnio al claror matutino.

ARTURO BORDA

Mi corazón dice que vienes a mí  
a semejanza del calor terrestre al éter  
en tanto que voy a tí al igual de un bólido.

Sé que estamos bajo el dominio de la pasión,  
en agitaciones tempestuosas  
a modo de los mares en novilunio.

Observa que la inquietud  
de nuestro secreto amor  
orienta nuestras angustias  
uno de otro hacia nos,  
cual fija el Norte la aguja magnética.

Mas, infeliz de tí  
si te aproximas a mi corazón:  
en él desaparecerías  
a modo de la mariposa incinerada  
con espejo ustorio;  
en mi amor te desorientarías  
al igual de la brújula en el eje,  
buscando en vano el Norte en los infinitos.

Ámame en la esfera de lo irreal,  
ya que tus finos y coralinos labios  
jamás dirán mi nombre  
ni me verán tus venustos ojos,  
porque en la tierra  
quizá nos separan fortuna y castas.

Quiera el hado  
que tu corazón se constriña  
en el dolor de lo imposible,  
porque así me desearás  
con amor samaritano  
y piedad cristiana.

Ahora me asfixia ya  
mi propia incomprensión  
y me espanta el **silencio sonoro**  
del último misterio,  
y huyendo de la muerte

**ARTURO BORDA**

desea triturtarte  
el grito de mi lujuria,  
hoy que la vida me falta.

¿Quién me comprenderá,  
si mi angustia emerge  
del tenebroso fundamento de la vida?

Y sé,

¡oh mi Luz De Luna!  
que mi verbo recorre  
helando tus nervios y tu piel;  
sé que mi verbo juega en tus mejillas  
con tus rubores  
y arreboles  
a la vez,  
porque es el limpio huracán de mis pasiones  
que te habla  
con el inmenso desconcierto de mi alma,  
ahora que se consume mi última hora.

Estremecida en el calofrío del corazón  
helándose recorre mi existencia.  
Es que esto concluye.

Estoy a modo de azogue  
resbalando en lisa pendiente  
suspensa en la eternidad.

Estruendo, vértigo y sombra,  
luego silencio y calma.

Leo esta carta, señor Katarí, y me rinde la impotencia.  
Es algo como la rueda de un organillo que da siempre el  
mismo cantar; y no obstante, vuelvo a releerla diez y veinte  
veces, medio comprendiendo y sin comprender, pero  
halagada, dolorosa y ansiosa, intentando escribir a mi vez el  
cántico que siento elevarse de mí.

Pero ahora me hallo totalmente desorientada en mi  
desesperación; pues tanta palabrería acaba por perderme,

## ARTURO BORDA

parece que de modo irremediable, tanto que ya ni siquiera sé si amo u odio o si vivo o no.

Esto es terrible.

Le participo ello, enviándole la carta vertida, no sé yo tampoco por qué. Quizás si sólo porque sí. ¿Nada más que por hábito? No sé.

Suya

**Ella.**

## VII

Señor

Saúl A. Katarí.

Presente.

Señor:

Le ruego tenga la bondad de hacer llegar a poder de mi amado la carta adjunta, si ya sabe usted algo de El, pero si aun no ha descubierto nada, le insinúo la publique, para que quizá así llegue a su conocimiento.

Don Saúl, he escrito la carta en forma de versos, porque me siento cantar; de manera que si es bella, si es poesía ¿qué importa fracturar el verso y romper la prosa, mezclándolos hasta no poder diferenciarlos, divinamente fundidos en el canto del alma? Verá usted *cómo* el amor es poesía, cómo cada latido, cada sentimiento, cada suspiro y cada sonrisa, corta por sí, naturalmente, en verso la prosa, sin ninguna necesidad de la inútil rima isócrona, ni del metro aún más inútil.

Suya

**Ella.**

## EL LOCO

### XVIII

#### A mi adorado El,

donde quiera que se **halle**.

Ojeras cárdenas circuyen por tí mis ojos.  
Hoy me vi en la serena y clara fontana,  
esperándote en vano en el cabañal.

Sin reposo insomnias tu amor mis noches,  
en las que mi cuerpo se retuerce y cruje.  
Pero perdona la impudicia,  
símbolo acaso de pubertad,  
y porque el arte cierto  
es la vida libre.

Yo no entiendo la belleza  
a tanto y cuanto  
en metro y tiempo.

¿Quién dirá el índice  
en la sonrisa y el sollozo?  
¿No es ideal todo ensueño  
y canto la voz del ave?  
¿Y no son más que arte  
eco, celaje y reflejo?  
Entonces  
¿cuánto más no será poesía el amor:  
el lloro y la risa de] alma,  
ya en algazara de cuna  
o en silencio funeral?

Como tú quiero romper el verso  
y deshacer la prosa  
para poder cantar  
al compás de mis latidos  
y al ritmo de mis anhelos  
en ritmo y compás de sangre y sueño,  
lírico alumbramiento  
en desgarrada placenta.

## ARTURO BORDA

Quiero entonar un himno que no sé  
en un idioma que ignoro,  
porque siento que mi ansia de vos  
se hace música en mi sangre y mi voz:  
himno de pasión en mis ideas.

Soy el aura libre  
que silba y canta,  
que gime y llora  
o implora  
si no ríe o blasfema,  
rompiéndose en toda resistencia.  
Cada rasgadura en los óbices  
me arranca gemido o carcajada  
por tí que huyes en vano.

¿Cuándo vendrás?

Yo necesito entregarme a tí,  
confesando cuánto sufro;  
pero soy mujer.  
Mas tengo urgencia,  
porque me acongoja  
un fatídico presagio;  
por eso te escribo  
ésta que quizá  
no llegue a tu poder,  
si es que tal vez...

Pero ¡oh, no, por Dios!  
¿Por qué me dices:  
—Hasta nunca más?—

Ven,  
Por Dios,  
por tí  
y por mí;  
que yo te espero  
inflamada en el deseo.

Entre las sombras de la noche vaga  
veo que,  
rasgando el imposible,

## EL LOCO

llegas jadeante,  
indómito y potente,  
loco de pasión;  
entonces mi corazón  
da un vuelco de alegría,  
por lo que mi ardiente carne  
se desmaya por tí,  
que te esfumas al llegar...

¡Oh, nunca arribas!

Hombre cruel,  
infame y vil  
¿qué me hiciste?  
Yo te adoro y sufro ya;  
torturas, pues, mi ser:  
en alma y cuerpo.

¿Qué me hiciste?  
Yo era feliz:  
ignoraba la pasión  
y tú me tornaste esquiva,  
sensitiva y sola.  
¿Qué me hiciste desde el misterio?

Mi ser languidece día a día,  
y en las tinieblas  
del enigma en que te escondes huraño,  
te presiento místico, santo y puro,  
aureolado de cárdena luz:  
me infundes horror  
y sin embargo te adoro y deseo más.

A tu sola idea  
siento que mi carne quema  
con pulsaciones de fuego. No huyas ni dudes.

Ven.  
Confía:  
El amor es fe.

ARTURO BORDA

Ven:  
soy la intocada.

Ven, mi bien amado,  
que te amaré como la ardiente sulamita  
en el Cantar de los Cantares,  
y, en la razón perdida,  
Ofelia pálida seré.

No puedo más:  
mi ser se magulla  
anhelando tus brutales y leves caricias.  
Mis nervios se entrecruzan y crisan,

Ven, *por Dios*,  
que si aun no he amado  
yo sabré amar:  
te embriagaré en la mística y profana pasión  
de la redenta de Magdala;  
te embriagaré en mis ansias,  
y, sumergiéndote en mi ardiente amor,  
te inundaré de placer  
en el supremo olvido de seres y cosas.

No retardes más:  
echa en mi arcano amor  
tus congojas y pesares,  
que serán luz y ambrosía  
en las tinieblas de mi solitaria existencia.

Ten piedad:  
en vano te busco en mis ansias,  
fracturando la vida al impulso de la pasión.  
Mi corazón trepida  
infiltrando en mí

algo a modo del bochorno veraniego;  
entonces mis sueños fingen  
disloques de casos y cosas incoherentes,  
contagio de tu fantástica pasión.

Hablo y siento, pues, ya como tú.  
Anoche,

## EL LOCO

en el laberinto de una inmensa selva,  
te vi llegar cual alma en pena.  
Yo corro anhelante,  
te busco y sigo,  
pero tú te evaporas bajo las frondas  
para caer en lluvia de rocío  
sobre un vasto vergel,  
en el cual me hube metamorfoseado  
en un extraño calofrío.

.....

A lo lejos se alborotan las nubes  
desatadas en acuosas crenchas,  
llegando impelidas por el furioso vendabal.

Las frondas de la selva milenaria  
balancean lentas y espectrales:  
ora se inclinan o se pliegan tímidas,  
ora se distienden,  
cual en un somnolento desperezarse,  
y los roñosos ramajes semejan  
entrecruzados brazos polidáctilos  
que se buscan crispados y febriles  
en abrazo inmenso, con ávido afán.

Arrecia el viento rapsoda  
cruzando veloz la intrincada selva.

Las ramas,  
suspirando roncas y sordas  
crujen y lloran,  
encorvando pesadamente sus frondas,  
cual hembras poseídas en dulce desmayo;  
luego se yerguen iracundas  
y sacudiendo sus ramas  
se desgajan y crujen  
al ímpetu del huracán.

Tal en la lucha, la arboleda  
soberbia y furiosa,  
se descrencha y brama sordamente,  
igual al inmenso lago en tempestad.

## ARTURO BORDA

La umbría así colérica,  
simula elevar poseída  
extraño cántico de sordo vocerío  
bajo la lluvia con que el ciclón la baña,  
resbalando entrador en membranas y rajas.  
El huracán jadea,  
empuja y se arremolina echando chorros;  
entre tanto la umbría se retuerce.  
Luego,  
lánguida y rendida ya,  
se desmaya y suspira.

Mas el huracán redobla el ímpetu;  
y la selva,  
coqueta y vencida,  
se inclina ávida por desgajarse,  
arañando a su violador  
con sus miles de millares de uñas,  
que tal simulan ser sus hojas,  
o ya dando sopotones con sus ligníferas ramas.

Después se oye el deglutir,  
el gluglú y los chasquidos entre la selva,  
en el agua y en el viento.  
En la eclosión forestal se oye  
el murmullo de los delirios misteriosos:  
inquietos besos  
y agitación lingual de húmedas hojas.

Tal la violó frenéticamente el huracán,  
revolviendo en su inmensa y laberíntica matriz  
un torbellino de esporos y pólenes.

De esa suerte pasó la tempestad.  
Y la selva,  
húmeda y lánguida ya,  
dormía rendida,  
cuando se esfumó en el ensueño.

.....

Ahora todo yace en paz,  
sólo mi ansia te espera,

## EL LOCO

¡oh mi bien amado!  
No te esfumes, pues, en las sombras;  
antes ven,  
que yo te recibiré cual la selva al huracán.  
Entra en mí como tempestad en abismo  
porque siento ansias de inmensidad y violencias:  
quiero ensueño, tajos y veneno.

¡Oh, cómo me envuelve el cálido espacio  
en un supremo soplo de calambres!  
¿Eres acaso tú el que me abraza y posee?

Por lo que aun te resta de savia  
y por los penates de tus viejos lares,  
ven a mí en carne y hueso,  
hombre sombra;  
ven, espectro de mis horas pasionarias.

¿Por qué después de encender mi loca pasión  
en forma artera  
y con amor aleve,  
desde la quimera,  
por qué cuando vienes te esfumas al llegar?

Ven ardiente y fuerte como te quiero,  
inmensamente leve, pesado y potente,  
que siento culebras de azogue y fuego  
en mis arterias;  
rechinan mis huesos al retorcerse mi cuerpo  
en espera de tus leves y bárbaras caricias;  
estremecidos mis ojos se entornan dolorosamente,  
y mi alma se va, se va...  
cuando me baña dulce y tibia languidez.

Ven,  
que en mi delirio por tí  
oigo en mi reseca boca ansiosa de tus besos  
el suspirante cuchicheo de Attys, Pyrrima y Cryma,  
y en lascivo saliveo,  
oigo la cántica de Teresa, de Safo y Lais  
a Xenócrates, a Faón y Jesús,  
y en el chisporroteo de mi cuerpo incendiadio  
entiendo un poema que te canta mi sangre.

ARTURO BORDA

Llega, pues, a mí en carne y hueso.  
¿Por qué desapareces en los relámpagos de mis  
(ensueños  
a manera de turbión en las nocturnas borrascas?

Ven,  
por tí hice mis zarcillos de bermeja tembladera,  
he puesto en mi cuello coralina gargantilla,  
son mis zapatitas de cabritilla bruna,  
llevo enaguas escarlata y ligapiernas rosa,  
tengo blanca la blusa y negra la saboyana.

¿Por qué rehuirnos?  
¿Acaso en la pradera no goza en su hembra el chacal?  
¿Acaso no ama en el Sahara el león a la suya?  
Sí; las libélulas se embeben de miel  
amándose en la floresta  
y el pirata muere amando  
en las furias y calmas del ancho mar.  
¿Es que no viste que en las tempestades  
licuando las inmaculadas nieves  
que besan a rayos las altas cumbres?  
¿No ves cómo aún en los antros  
se besan los hielos  
contactando estalactitas y estalagmitas?

Ven;  
yo te espero al nacer la primavera,  
cuando revienten sus capullos  
coquetas y margaritas,  
cuando las abejas y los colibríes  
liben golosos las mieles en los nectarios.

Te espero, pues, después del primer crepúsculo,  
cuando brillen la Luna y Venus;  
te espero desde la hora  
en que la sensitiva pliega sus hojas  
hasta la hora en que abre su corola  
la rosa de Jericó.

¿Por qué huyes si samaritana te espero?  
Ven,  
la ventura nos brinda su adén.

## EL LOCO

Y no vienes...

Siento el alma azotada por la alta marea  
de un océano de tristezas  
en la rara circunstancia de la hora,  
y tengo en lo íntimo una lucha inaudita  
de afectos monstruosos  
con sentimientos angelicales  
alborotando en mi conciencia.

En eso una vaga desolación pasa por mi alma,  
y oigo tu voz cual un eco fugitivo:  
¿presagio de melancolía sin fin?

¡Oh, ven amado mío!  
expira en mis brazos.

Ven, yo te espero.  
Ven a mi corazón,  
que en él todas las mudas decepciones  
esperan como último bálsamo  
la irradiación de tu sino  
en el inefable residuo de tu loco amor.

Hiere, mata: goza en mi dolor,  
que yo gozaré en tus furias:  
soy tuya, toda tuya,  
y tú mío, sólo mío.  
Dime que sí,  
que me perteneces en cuerpo y alma  
y que jamás ni fuiste de nadie;  
pero dílo aquí, entre mis brazos.

Si no vienes...  
No...  
Pobre corazón.  
Ruda es mi lucha:  
granítico el empeño de mi amado  
y frágil mi condición.

No, no puede ser:  
antes que yo perderte,

ARTURO BORDA

muerta ya mi esperanza. Sí, allí te esperaré.

Tu

Ella.

IX

Señor

Saúl A. Katarí.

Presente.

Señor:

¿No le mueven mis tribulaciones? ¿No me contesta usted? Gracias. De hoy más no le molestaré.

No sé lo que me pasa: estoy como borracha, porque acabo de recibir esta última carta. Léala.

**Su**

**Ella.**

XIX

Perdóname, por piedad, mi mía,  
cual te perdono yo.  
Perdóname, porque cuando leas ésta  
es que habrá terminado,  
hace tiempo,  
mi hastío y cansancio;  
pues mi obsesión  
lenta e implacablemente  
va anulando mi terror a la muerte.

La voluntad razonada  
nada puede contra el sino.

Mi naturaleza ya no resiste  
el efecto corrosivo  
de la revelación que me hizo

## EL LOCO

el que supuse mi padre.  
Desde entonces  
una y mil obsesiones retuercen mi existencia  
y mi idea se arrastra inconteniblemente.  
Ebrio de no sé qué  
avanzo dando traspiés,  
queriendo y sin querer.

Como comprendes,  
los instantes me son precisos.

Estoy con la prisa injusta.

Pero ahora atiende y sabe  
este mi extraño mal.

¿No es limpia mi cuna?  
No sé. Tan pronto como nací,  
sin pañal ni nombre,  
a modo de una peligrosa  
ascua de remordimientos  
fui arrojado al arroyo.  
En esas condiciones  
una mujer del pueblo me recogió.

Como ves,  
sin escrúpulos,  
con asco y vergüenza me echaron al mundo,  
en más baja condición que el pus y el excremento,  
cuando yo era todo inocencia,  
la inocencia misma:  
todo pureza,  
y sin embargo ya era la afrenta de mis padres  
en su conciencia,  
yo, su propio goce:  
su amor hecho carne...

Pero noto  
que a pesar mío hago esta confesión;  
pues siento que un algo indecible guía mi mano.

Esto dicho no te será difícil comprender  
cómo he pasado la infancia

**ARTURO BORDA**

entre el eterno aburrimiento  
de las Hermanas de Caridad  
y el sonambulismo de los expósitos.

¿A qué decir más?

¡Ah! ¡Cómo se asfixia mi corazón!  
Quisiera ser mujer sólo por un minuto,  
para poder llorar, buscando así el amor de madre.

Tú ¿tienes madre?

No, no leas en mi dolor,  
porque no te merezco,  
aunque no sé quién eres:  
yo soy la encarnación  
de la vergüenza de mis mayores.

Y parece que con eso basta.  
Pero no.  
Sabe Dios  
la encarnación de qué infamia seré.

No digas que no;  
yo sé a plena conciencia,  
en plena agonía,  
que soy ante Dios y mis padres,  
la maldición de Dios hecha carne.

En tal estado,  
sin tregua a mi desesperación,  
te amo y te deseo con furia,  
locamente,  
igual a una esperanza y a una consolación,  
¡oh reposorio amoroso a la pena más dura!

Por tí quiero robar  
para mi voz,  
el seductor y lascivo murmurio  
de las aguas,  
así como el suave y ronco  
musitar de los vientos;

## EL LOCO

quiero almacenar en mi alma  
la potente atracción de los abismos  
y anhelo, en fin,  
que con sus miradas  
mis ojos tejan su telaespíritu,  
para arrebatarte  
en el imperio de la insania.

Sin embargo huye, mujer,  
porque tiemblo conocerte.  
Yo sé lo que es la existencia.

Huyamos de imponer la vida que nadie solicita.  
¿Oíste acaso  
alguna vez  
dentro de ti,  
en tus entrañas,  
el eco de alguna voz que reclama  
el derecho a la forma?  
Aun suponiendo así,  
¿Cuáles serían las inmunidades que deparases  
a un ser cuyas miserias  
dependan exclusivamente de tu voluntad?

Se necesita ser infame  
para imponer una existencia llena de pesadumbres,  
sólo por el gusto de refregar nuestra carne.

Pero sabes que el amor es y debe ser  
la eterna pureza,  
la suprema piedad y el supremo sacrificio,  
el ansia de perfección  
elevándose a través de la vida:  
el estado élfsito de las inteligencias  
en el deliquio de las ultracomprendiones:  
un sacrificio de sacrificios.

No obstante el vicio y la necesidad  
son tan leves y dulces...

Mas, lo que ahora diré  
cuida de no revelar;  
cuánta no será su gravedad,  
que me hiela la sangre.

## ARTURO BORDA

Estás sola? ¿Nadie te observa?

¿Sí?

Bien

Respira fuertemente,  
muy fuertemente.

¿Nadie te observa?  
Pero ¿cómo te diré?

¿Sabes? He descubierto...

No, tú no comprendes,  
no puedes comprender;  
porque quizá eres feliz.  
¿Con qué fin he de perturbar,  
pues, tus alegrías?

Sin embargo, respira fuertemente,  
porque he descubierto...

Pero ¡silencio!  
Cerciórate de que nadie te atisba,  
porque... ¡Oh! ¿Cómo decirte  
que en el seno mismo de mi madre  
el abortivo... ¿Comprendes?  
¡Oh, Dios mío!

Mas, a pesar de todo,  
la naturaleza me vomitó lleno de vida.

¿Cuál es, pues, mi condición?  
¿Quién, cuándo y cómo soy?  
Estoy cansado, ignoro todo  
y me duelen ya el pensamiento y la idea,  
sentir, oír y ver sónme ya un dolor.

Yo como nadie tengo derecho a la duda.  
¿Incesto, adulterio o qué soy?  
¿El morbo, el vicio o el hambre  
de mis padres hecho carne...

## EL LOCO

Necesito justicia,  
porque la naturaleza pide venganza,  
pero ¿a quién acudir?  
¿Acaso los jueces mismos...?

Todos me dan asco y miedo,  
aun las criaturas y yo ¡oh Dios mío!

En medio de tal cataclismo  
en que se va consumiendo mi existencia,  
necesito descansar mi cabeza y mi corazón  
en un pecho enamorado  
y que unos ojos amantes valen con ternura  
mi sueño ansiado.

Para una tal mujer yo sería igual  
a una manta cuando me taladra el frío  
o como un mendrugo cuando el hambre roe.

Pero si esa bella y buena mujer fuese mi madre  
¡oh qué alegría! Cómo le arrancaba los pechos  
y, rompiéndole el tórax,  
hundía mi cabeza en sus entrañas,  
allá donde me quemó en el abortivo.  
Así, ahogándome en su sangre,  
le mascaba el corazón hasta rechinar las muelas.

Sí, que sobre ellos caigan mis maldiciones,  
infinitas y fatales, feroces, en tumulto vengador,  
cual las tinieblas sobre el pábilo cuando cesa la luz.

Pero no; yo quiero ser bueno:  
que mi existencia purgue por ellos.  
Rindo, pues, mi ser al perdón de mis mayores,  
porque tal vez sean inocentes.

¡Oh! ¡No saber nada! Esta duda...  
No más.  
Adiós, mi Ella.

Pero sabe primeramente  
por qué parto haciendo de tí un imposible.  
Es porque necesito amar.

## ARTURO BORDA

Y nada más bello que **tu nombre**,  
¡oh mi **Luz De Luna!**  
¿Soy por ello un loco?  
No, ya que es terrible mi historia:  
el nefando secreto del abortivo.

No, mujer o niña, yo no sé nada:  
ignoro todo. Acaso tú misma...

No, no puedo ni debo amar.

Sí; esto se acaba.

Te emplazo, pues,  
a las altísimas regiones,  
allá donde no llega  
ni siquiera el brutal beso de los labios.

Estoy de cara al cielo  
y me taladra ya el cierzo helado de la noche.  
¡Oh luminoso pestañeo de las estrellas,  
dividid por piedad mi ánima!

Aun veo a Denévole,  
a Verenice y la Cruz del Sur.

## X

Lector, nada tendría que agregar si no fuese aquello de que cuando regresé del exterior no pude saber nada absolutamente respecto a El y a Ella.

Las anteriores cartas, ridículas por cierto, me fueron enviadas durante mi ausencia.

Pobre chiquilla la de la bata negra; si se fue o ha muerto, lo hizo seguramente creidísima de que no le contesté por fastidio o por qué sé yo por qué?

Mis investigaciones no dan ningún resultado. No entiendo el misterio que envuelve este asunto.

## EL LOCO

Tengo pena y más ahora que por última vez releo esta correspondencia tan absurda y tan en serio así como a la par tan simple y complicada, revolando en un plano de imposibles ideologías, tanto que a pesar de todo se me anudan ya en los ojos y en la garganta la piedad y las carcajadas. ¿Qué es? ¿Acaso yo también me hallo enmarañado en esa vorágine de sinrazones? ¿Cómo entonces podrá aconsejar nada a nadie al respecto si en mí mismo siento escarcear ya por igual la tristeza, la incomprensión y la burla? ¿Qué locura es esta que nos traquetea entre la insania y la razón?

No; esto debe enseñarme a guardar siempre un largo silencio de análisis ante todo y por todo.

**Saúl A. Katari**

**Jefe de Investigaciones y Pesquisas.**

# *ARTE Y POESIA*

## ARTE Y POESÍA

Un helado y largo silbo del viento cruza la agreste y desolada llanura.

La tarde está helada y cenicienta:

Se oye el ir y venir de un cansado tropel de leyenda, bajo la glicina de armonías sordas que de rato en rato rasga el clangor de un cornetín en lejanía.

Ululan lastimeramente no se sabe si los ábregos o unos famélicos lobos, mientras se incendian de amaranto las nubes.

Y semejando un deshecho costal de harapos va un hombre por las sementeras, abstraído en sus pensamientos, tanto que cuando pasó cerca de unos individuos, dijeron: — Virtualmente ya es un muerto.— Lo miraron de hito en hito, dieron media vuelta, lanzando risotadas, hablando algo que no se oía. Y se fueron por opuesto lado. Pero se sentía en aquel hombre tal reconcentración de pensamiento y voluntad, que no obstante de parecer un cadáver, se hubiera dicho que absorbía a cuanto le circundaba. De ahí la molestia que producía en silencio y la inquietud que causaba su palabra. Por eso también prefirió callar; y no volvió a hablar. Y así iba, despreocupado de todo, inmerso en sus propias ideas, esforzándose en no molestar. Mascaba su orgullo, sin ambiciones perjudiciales al presente de nadie. Y pasaba semejando, sin querer, una tromba sucrosa. ¿Acaso comprendía en su silencio esa su potencia? A su sola aproximación se operaba en todos un estado retráctil, cual

## ARTURO BORDA

si se hallasen al borde de un abismo; pero él, bajando la cabeza, apenas si sonreía, apurando el paso.

La noche iba oscureciéndose tenebrosamente, mientras que los vientos pasaban suspirando, gimiendo, gritando, aullando, simulando vocerío de muchedumbres. Silbatinas, cánticos, murmullos, silencios de lejanía.

De pronto el cierzo de la noche trajo una cantarína voz de celestia a modo de un lacustre quebrarse de olas de cristal.

Después cesaron los vientos. Y cielo y tierra estaban en tinieblas.

\*

Hace días que otra vez me obsesiona la idea de huir muy lejos, donde halle sosiego esta impaciencia cardíaca, cerebral y muscular. Pero presumo que ya es inútil todo esfuerzo, porque donde quiera que me halle, ahí estarán esperándome las esfinges de mi duelo, de mis mayores y de Luz De Luna, a manera de una esperanza o promisión que alegre mis ensueños. No obstante, ella es la ordalia de mis quebrantos. Tan pronto como pienso en ella me asalta la idea del misterio de mi origen, y una voz me dice: —Loco, no ames, ya que aun no sabes quiénes son tus mayores.— Entonces, perdiendo toda esperanza de consuelo en el regazo del amor humano, hago de Luz De Luna un imposible. A causa de eso mi carne se pone iracunda y caigo en la melancolía del tísico, soñando deseos, nada más.

Anoche roe hallé en semejante estado. En medio de las sombras oí de pronto como si alguien acezase a mi lado, bisbeando fatigosamente alguna oración. Luego hubo, en el aire, el invisible agitarse de manos crispadas y uñas que arañaban en la sombra. Ahora mismo siento en mi corazón las presiones digitales de un dedo helado y blando.

Así, pasado el instante imponderable e inmortal del misterioso tránsito de la vigilia al sueño, recuerdo que comencé a elevarme en el éter, navegando suavemente én el espacio y en el tiempo sin espacio ni tiempo del ensueño.

## EL LOCO

Es así cómo me hallé al otro lado de los mares, en el exilio severo y hostil, pero conservando la memoria de cómo atravesé incorpóreo y raudamente, primero el llano y, por fin, la inmensidad del océano.

Mas, he aquí que de pronto no atino a decir dónde me hallo, envuelto en las tinieblas.

He oído el canto de las aves marinas entre los escollos. A mis pies la iracunda mar ruge y vocifera.

Entiendo que voy entre sirtes y arrecifes.

En eso, al rasgarse las nubes, las tinieblas se recogen en la infinitud. Un rayo de luna ilumina el paisaje.

Medio mareado empiezo a caminar en la helada y fina arena de la playa.

A lo lejos braman las olas, agitadas en retorciones de culebras espumantes.

Mirando el mar me hallo de espaldas a un roquero tajo inmenso y sombrío que limita la playa. Vuelvome a mirar el talud y advierto en él una enorme gruta que llena de tinieblas abre su fauce a la noche. Temo y quiero entrar en ella. Tirito titubeando.

Mientras tanto de nuevo se encapota el firmamento. Las tinieblas me rodean. Entonces ansioso pienso en ella. A lo lejos se va serenando la mar y en mi mente rondan mil esperanzas y recuerdos.

Ignoro el tiempo que permanezco así, mientras que el océano empuja en la costa su latir incesante.

La aurora albea tímidamente en lontananzas, allá donde en la bruma se besan cielo y mar, desde donde resalando en tumbos, unas de otras en pos, llegan las ondas,

murmurando no sé qué vagas voces al morir en la orilla.

## ARTURO BORDA

Acaso quieran hablar.

En seguida, al conjuro de las olas amargas que rumorean lo inefable, siento una vaga y dulce languidez; y digo:

¡Oh, adamantinas y verdinegras olas!  
¿qué dice vuestro armonioso canto  
que en el sosiego de la hora,  
lamiendo la arenilla morís a mis pies?  
cantad el mensaje que quizá ella os enví  
a desde el patrio suelo.  
Por piedad hablad,  
rumorosas olas.

Poco después en el murmullo de las ondas oí una voz que hablaba en estos términos:

Primero éramos la mar en calma,  
pero un día llegó un suave soplo  
y, presionándonos levemente  
nos fue rizando en leve oleaje;  
y a medida que nos alejaba de la orilla  
en mar gruesa,  
nos dijo de esta suerte el soplo:

Yo era el azul, mas Luz De Luna me absorbió en un suspiro. Luego, cuando ya supe el calor de su sangre, me dio al espacio en un largo exhalar de amor. Así soy el Céfiro.

Surgid ahora, ¡oh leves ondas! e id a la  
opuesta orilla del ancho mar,  
en cuya más desierta playa hallaréis  
el único lírico y excelso amador.  
Despertadle.  
El murmullo con el que habéis de morir  
sea el verbo con el que le diréis  
cómo nacisteis y quien os envía.

Además diréis que su invicta Luz De  
Luna le ama ya, esperándole cual a un hálito  
de vida.

## EL LOCO

Decidle también  
que cuando ella le ve surgir silencioso  
en lo hondo de sus ensueños,  
le increpa **así**:

¡Oh mi dulce bien!  
¿por qué enmudece tu habla  
si la visitación delata  
lo que esconde tu silencio?  
¿y por qué entonces,  
cuando mi amor ha de estallar  
en su alarido a tí,  
por qué te esfumas en la nada?  
No obstante  
¡oh sonrisa loca y cruel!  
mi ánima te sigue sin rumbo  
en el misterio en que te deshaces.  
Si te amaré por maldición  
yo que sueño morir  
en las embriagueces de tu pasión,  
yo que quiero consumir  
el ascua de mi deseo  
al fuego y succión  
de los besos de tu boca.

Tal nos dijo ¡oh Loco! el Céfiro,  
de parte de **Luz de Luna**,  
despertándonos en las costas americanas.

Y así diciendo, al morir en las playas, murmullan alegremente las olas.

Luego soplaron los vientos y en mi entreabierta boca  
estalló el céfiro o suspiro de mi sin igual Luz De Luna.

Y desperté. La aurora licuaba en la escarchar el alegre rutilar de las estrellas.

\*

En el amor todos ansian y sueñan ser amados hasta lo imposible, elevándose en una dulce agonía hacia toda infinitud.

## ARTURO BORDA

Sin excepciones, en esta esfera, en fuerza de ser absolutamente humanos aquellos sentimientos, no existe el ridículo, por absurdos que parezcan los deseos y las fantasías.

Pero esto digo cínicamente por querer disculpar lo anterior.

\*

Cuando se come bien y se está harto y se lee inmediatamente, la mirada y la atención van casi mordiendo letra por letra, a modo de cremallera; pero cuando se está débil, la mirada pasa por las ringleras, uniendo el principio de la primera palabra con el fin de la siguiente, cuando no salta dos o tres vocablos, y concluye por querer enterarse casi de un modo intuitivo de toda la obra.

Las gentes gordas o satisfechas de yantar, al hablar o al respirar parece que tuvieran la comida embutida en los carrillos y hablan con tal aplomo y la voz ahuecada y cascajosa a modo de potentados hartos de satisfacciones, en una repugnante posesión de la vida.

\*

La resignación es posible aun en plena miseria; pero cuando llega además su cortejo de dolencias, entonces la resignación del santo Job mismo es un hueso para otro perro. La rebelión es lo más hermoso y varonil.

\*

Cuando sueña el poeta dijérase que el Orbe queda en suspenso: el Universo contiene sus efluvios a semejanza del hombre que contiene su aliento en la espectación ansiosa de la amada.

El ensueño es el Sinaí donde el poeta dialoga con Dios.

Cuando el trovero desciende de aquel avatar, entonces recorre un estremecimiento en el corazón de los hom-

## EL LOCO

bres, porque presienten que él dirá lenitivos sutiles que resbalando tibia o blandamente alegrarán el infortunio de los tristes.

El vate es el mensajero de Dios o sea de la Suma Bondad. El poeta es, pues, el soplo de la misericordiosa armonía hecha carne.

Se dice nomás.

La publicación previa de artículos o versos, o lo que fuera, sirve para hacernos ver con claridad los defectos de que adolecen; porque al verlos ya en letras de molde, lo releemos con espíritu quintaesenciado de crítico, desesperado por perfeccionar el fondo y la forma a la vez que arrepentidos de no haber meditado mejor. Y forzamos entonces por lograr la mayor perfección que vislumbramos; pero nos limita nuestra capacidad. Sin embargo ya dimos lo más.

No obstante, antes de publicar más, es muy útil leer a gente sencilla, de criterio claro, aunque no comprenda, pero que tiene no sé cómo ojo certero para acusar los defectos.

Pero...

No sé; cuanto más me observo, menos me comprendo.

\*

En el hombre el uso del espejo acusa narcisismo.

\*

La despreocupación es indicio de que se va tomando ciertamente posesión de la vida.

\*

Todos deben poner en su obra las más grandes formas de esperanza, de ensueño y de promisión, para que sirva de varita mágica a las posibilidades de éxito de la juventud que va empujando, y, si es posible, hacer compren-

## ARTURO BORDA

der hasta la evidencia, echando mano de millares de ejemplos, que la miseria, la impotencia y la ignorancia mismas son las fuerzas más terribles para conseguir todos los éxitos que se pueda imaginar, y esto sólo a condición de querer y obrar a modo de águilas y leones hambrientos.

Suprímase la forma petulante de ésto, pero entiéndase bien el fondo.

\*

Y estoy recostado, mirando distraídamente la lenta oscilación de la sombra esfumada en las paredes de la fría y destartalada buhardilla, porque una linda mariposa debe revolando somnífera hacer flamear la débil llama de la ve-lita chorreada que se consume chisporroteando.

Luego, igual al recuerdo de un ignoto organillo, zumban quedamente unas alitas en alguna telaraña de los tirantes carcomidos del tumbado.

Entonces el silencio se ahonda más.

.....

Pero al través de esa puerta entreabierta y de la impenetrable sombra de la noche de conjunción se oye un distante y dulce parloteo y en seguida una lejana voz que entona una canción de amor, hasta que concluye como absorbida por el silencio y la sombra.

.....

De tal suerte encantado  
ingreso en el ensueño.

\*

Y ante la tenebrosa lobreguez de  
mi sombrío espíritu, sería acaso cual  
Semíramis o una linda princesa en  
Alejandría

## EL LOCO

si no como la sin par Luz De Luna  
en el esplendor del día  
o a la hora lila en el alba,  
que hermosa, erguida,  
llena de ensueños,  
con regio andar de leona y soberana  
la vi llegar a la hechicera EUa  
que se dijera ser una nivea fúxcia  
de internos pétalos grancées  
que fuesen la condensación  
de los celajes carmesíes  
en el albor de la aurora,  
o,  
mejor aún,  
una recta, elegante y fina cánula  
de azucena florecida,  
amorosamente cimbrada  
al soplo aromático  
de un cálido viento de oriente  
en la fresca alegría de la mañana.

De esa suerte su epifanía ha incendiado el amor en todo,  
eclosionando en el místico murmullo de la naturaleza entera el  
secreto cántico de la pasión. Todo se orienta en ansia hacia Ella,  
entonándole hosannas, desmayando en la delicia de admirarla.

Tan bella  
es Ella...

Sí, a la gentil gracia de una gacela  
y al don grácil en la reina de Saba  
sabe el donaire en la mi dama,  
de quien el aire mismo recelando cela.

¡El alma de la estirpe está en tu sangre,  
—¡oh la hija del inmortal Sol—,  
quien te adora y puso en tu tez, ¡oh Nora,  
leche y jugo de mora!

Y cual la diáfana y clara columna de nieve  
en la nube que hiende la inmensidad azul

## ARTURO BORDA

al soplo leve y rudo del huracán,

eres, ebria de luz, la encarnación de Hebe.

Dije. Después, mirándome cual si soñara, —sus ojos absortos, entreabiertos sus purpurinos labios, y toda ella transfigurada en amor,— ha sonreído tan dulcemente seductora, que ya sé y creo al fin en la sonrisa divina, en aquella que finge ser siempre un celaje en el alba y es en la hembra nubil la joya magna.

Luego...

\*

Pero al despertar, cuando la luz de la velita se había extinguido, sólo el tenebroso lóbrego de la noche me envolvía severamente, apelmazando en el recuerdo los locos latidos de mi sangre.

### I

El artista necesariamente se ha de familiarizar con el ridículo, porque siendo zahori en ello podrá distinguir mejor la belleza, en virtud de la ley de oposición. Después es necesario que entre en el alma del paisaje, donde podrá entrever la majestad de la belleza impasible ante el hombre. Así, arrobado por la serena divinidad de la vida fuera de él comprenderá aquello que revuela en todo, sin que sea posible expresarlo jamás.

Este es el medio seguro para tener siempre alerta la atención tan fundamentalmente necesaria al artista que requiere crear, en cuanto fuese posible, lo sublime en la vida, utilizando ineludiblemente de la fealdad y de la belleza que se hallan a nuestro alcance.

Aquí diré que el aborrecible crítico tiene la inapreciable ventaja de la carcoma en los talones y que por tal manera obliga al artista a buscar sitio cada vez más alto y puro.

El día que el crítico haya conseguido morder en el corazón, ese día surgirá la obra sublime o por lo menos

## EL LOCO

será uno de los medios que obligue a encaminarse a ese logro.

Mientras tarde en llegar un hombre tan óptimo, sea el artista su autocrítico y séalo despiadado, canibalesco y sardónico. Beba, pues, su hiél con miel.

Esto es lo que hago, ya que nadie se ocupa de mí, mientras necesito.

\*

Es inútil hablar de estética si antes no se sabe lo que es la belleza. Y como el conocimiento de ello es casi imposible en la definición, lo cual implica el conocimiento, la estética resulta, en consecuencia, ser vana y en grado superlativo, ya que por estética se quiere entender los misterios de la armonía, como si la estética fuese más que la armonía. La armonía es la inteligencia, la fuerza y el origen de todo origen.

\*

La fuerza de expresión en el arte nace del contacto analítico directo de la vida y de los hombres. Es necesario saber por experiencia el medio en que nos movemos y por tal manera saber no el idioma que hablamos sino el lenguaje. Y no hay que confundir.

\*

Anochecía.

Mi mente se sumergió en extrañas nébulas, en las que embarcándome en ligera falúa hacia los ignotos mares, y tan dulcemente como al pronunciar el nombre del ser amado, yo iba escribiendo febrilmente lo que sigue:

Mis heredades son selvas vírgenes y escarpados montes. Mis dominios abarcan desde los trópicos hasta los hielos árticos y antárticos.

## ARTURO BORDA

Ahí cojo mi maná o panacea:  
fruto en flor de nieve,  
el más exótico:  
néctar y panacea a la vez.

Mis heredades son huertos selváticos  
y punas bravas;  
hay en ellas niágares y aguas dormidas,  
surtidores y acequias;  
hay auroras boreales  
y crepúsculos en el mar cantor.

Nadie puso ni pondrá sus pies en mis solares,  
porque están en lo infinito de mis ensueños:  
en nieblas y misterios,  
allá donde escondo  
un serrallo de hadas intangibles:  
divinas imágenes de las bien amadas.

A mis dominios sólo se llega soñando,  
adormecido,  
en la inmensidad de los imposibles.  
Las maravillas,  
los encantos y los prodigios  
son el aire de mis tierras sin tierra.

Para ir al imperio de mis ensueños  
se va inconscientemente,  
adormecido,  
flotando en un océano de sombras.

¡Oh, mortal!  
si un día llegases a mis dominios  
sería para que fueses  
soñador para siempre.

En eso sopló un viento propicio hacia levante y me hice  
dulcemente a la mar abierta, en medio de la ebriedad que se  
despejaba, cuando...

Amanecía. —

## EL LOCO

### CRITICA ESTÉTICA

Desde el otro día estoy pensando escribir algo acerca de estética, pero día a día se me han ido las horas, sin darme cuenta. Ahora diré.

Lo clásico en el fondo y en la forma debe significar la perfección en todo sentido, desde la perfección en la estupidez hasta en la sabiduría, desde lo de lo bello a lo horrendo y feo, en el fondo y en la forma.

Pero aquí forzosamente debemos preguntarnos: ¿qué es y cómo es la perfección?

La perfección en el arte es la imitación máxima a la naturaleza. Esto en la esfera del arte, que la perfección en la vida es la vida misma. En la existencia no hay organismos imperfectos.

Mas, aclararemos. ¿Qué cosa es más perfecto que la reflexión inversa de la imagen en el espejo de las aguas dormidas?; ¿qué cosa más inquietante y llena de misterio que el milagro de la reflexión?; la apariencia íntegra en detalle y en conjunto y con movimientos, aunque sólo en una faz. El maravilloso arte pictórico realista ¿no queda infinitamente por debajo de un hecho tan simple y que consiguientemente se produce sin esfuerzo? ¿El eco y la esponja acústica hallada en el litoral griego no son otros ejemplos, para no citar más?

Pero la ciencia y el arte se contactan en este punto emocionante de imitaciones. Y si no veamos que los submarinos son la imitación de los anfibios; las aeronaves, de las aves; el fonógrafo, de la esponja parlante; el espejo y la pintura, de las aguas quietas. Aquí hay un milagro de relación entre el ensueño y la quietud: la refracción inconsciente desentrañada para que mediten los cerebro? capacitados. Yo lo comprendí, pero me falta el léxico y las imágenes para explicar; la música es la imitación del canto de las aves, de los silbos, del gemir y musitar de los vientos: gritos, imprecaciones y clamores, y del gluglú de las aguas. En fin, la música es la orquestación universal.

## ARTURO BORDA

Y los números, la estética, la belleza, la mecánica, la lógica y la sinrazón, todo se amalgama en nuestra ansiedad voluptuosa de emociones, semejando un mareo lúbrico, ante el que desaparece cual por conjuro, maleficio o ensalmo, el valor de la armonía en el concepto humano. Y así nos hallamos de pronto sumergidos en la armonía sin preceptos de la naturaleza.

Nada más imperfecto, para nosotros, que la perfección de las nubes, de los montes y de los valles. El árbol rugoso y de ramas retorcidas, esquelético o frondoso, liso o roñoso, sobre cualquier fondo y aún sobre fondo sin fondo es siempre algo que nos conmueve, sea que esté desgajado, sus ramajes pendientes bajo el peso de la nieve o bajo el peso de sus frutos. El árbol así es lo que se dio en llamar lo bello. El claro sol, la florcita en la arena, el céfiro y el huracán sin formas, como el arrullo de la torcaz y el sordo rumor de las remezones terrestres que llegan anunciando la catástrofe, todo habla no de la perfección de la forma, sino que del impulso del espíritu, en acción o en potencia.

El monstruo humano es tan perfecto como el que no lo es. ¿Cómo podríamos entender un monstruo perfecto? Esa perfección existe: es la naturaleza quien la hace y la hace acaso si para reforzar la conciencia del hombre en su libertad, en cuanto a lo que su destino le otorga. ¿Cuáles son, pues, los índices o el canon del monstruo? El humo en dispartadas espiras al viento que sopla o en compactos airones, y los celajes fundiendo todos los matices ¿no descuajeringa toda regla humana, respecto a la línea y al color, encantando nuestras almas?

Así en el arte, dentro de un restringido límite, la perfección es o debe ser la expresión de la verdad en la emoción de lo que se manifiesta, ya sea en verismo de los sucesos de a bulto, simples vulgares o en el laberinto inexplicable de los procesos del ensueño en la fiebre. Y con esos elementos llanísimos de la verdad pura se puede construir algo que ante los que no piensan ni observan finja exceder los límites de lo fabuloso, tan imposible como parecería el trasunto fiel, si fuese dado, del inaudito jue-

## EL LOCO

go de los celajes y las nubes en los crepúsculos menos fantásticos. Y esto sin llegar, siempre dentro de la verdad, a la expresión de lo estupendo inimaginable en nuestra comprensión del cosmos: prodigio de prodigios que nos intuye la magnificencia de lo eterno y de lo infinito en la materia, en el alma, en el espacio y en el tiempo.

Hasta aquí nos referimos solamente al mundo real, objetivo o subjetivo, a través de nuestro temperamento, independiente de nuestra voluntad; que si llegamos a considerar también lo ilimitado de la fantasía consciente, veremos, si somos razonables, que lo clásico en el fondo carece de límites en todo sentido, por lo cual nos hallaremos cada vez más capacitados al ejercicio ilimitado de nuestra libertad en el mundo del arte.

Así que aquello clásico, perfecto, para la humanidad, es decir, para el Rey de la Naturaleza, y esto es vergonzoso decirlo a su ilimitada soberbia, se reduce... ¿A qué — diréis? Pues, eso es, se reduce a la simple forma: a la obra del artesano.

La perfección para la humanidad pedante se reduce a establecer normas para la representación de las apariencias de a bulto y al primer golpe de vista, y pragmáticamente surgidas no de la vida misma, sí que únicamente como consecuencias de las obras de arte que se elaboraron ignorantemente, ni más ni menos como la gramática es una miserable consecuencia de la lengua: la onomatopeya. ¿Y con eso se quiere castrar la libertad?

Para el logro de la gran obra es de primordial necesidad el conocimiento del espíritu, la intuición de la fuerza de las atracciones; entonces no hay forma, por ínfima que sea, que no se transfigure en lo indefinible de la seducción fascinadora, y, por tal manera, se está en plena poesía. Esta es la vida hacia la liberación en el mundo del arte.

Pero no está por demás no olvidar que antes de aprender anatomía, euritmia, escala y gramática, es necesario saber lógica; porque aun la sinrazón, la noche y la muerte, están bajo el dominio de la lógica de la existencia.

## ARTURO BORDA

Mas, en definitiva, y ante todo, no olvidéis hallar vuestra personalidad: tener conciencia de vuestro modo de andar, de oír, de hablar, de mirar y ver, y aun de dormir, es decir, algo que so pena de la muerte no deja de estar en cada uno, aquello que va cantando a pregón en la risa o en el llanto, aquello fatalmente inevitable, cuyo conjunto forma el yo y que imbécilmente la mayoría de los seres tratan de ocultar imitando a los demás. El yo es el destino individual, aciago o feliz. ¿Cómo es, pues, que nadie ignore lo que él mismo es? ¿Cómo es posible que él mismo se considere en nada, imitando a los otros, aunque el modelo fuese un genio? ¿Cómo es eso? Mas si ello es así, bien merece el hombre ser despreciado del mundo. Pero ignoramos que siendo lo que cada cual es, cumple su destino. Sin embargo, sea pues tu divisa no imitar.

Y acabando de escribir me da ganas de lanzar una estrepitosa carcajada al simple hecho de pensar que una cantidad de gente meditará con suma gravedad acerca de estas tonterías que me estaban arañando por dentro; pero también es de suponer que otros verán que todo eso no es nada más que una burla. Mas, lo que hay de efectivo es que con ello he logrado pasar alegremente uno de estos instantes de terrible aburrimiento y provocar que los demás piensen en su personalidad como individuos, y, consiguientemente, como personalidad de pueblo y raza.

\*

El reloj da las nueve. Abro la ventana. La noche está oscura. Veo una sola estrella.

A mis pies, en la acera, hay dos hombres que hablan.

—¿Aun no salió la luna? —

Todavía.

—¿A qué hora sale esta noche? —

Pasadas las doce. (Pausa)

## EL LOCO

—¿Qué? ¿Corneta?

—Es el toque de silencio en el cuartel.

—Entonces, ¿nada más que las nueve?

—Sí.

—¿A qué hora principia la sesión?

—A las doce.

—¿Irá el médium?

—Seguramente; los espíritus no faltan.

—Así es.

—Parece que el maligno y su corte andan sueltos. Hay no sé qué inquietud en la población. El que menos camina sobresaltado. Observa especialmente a las mujeres y verás que al caminar se vuelven sin cesar como bajo la impresión de alguien que las sigue o llama.

Hay una gran agitación en los corazones, tanto que dijérase que la neurosis arrastra a todos hacia la locura.

(Pausa)

—¡Eh...! Aseguraría que alguien ha pasado por **acá** o está entre nosotros.

—Yo también.

—¡Hombre...! Y sin embargo...

\*

Y sin hacer ruido cierro la ventana y me tumbo en cama.  
Oigo vagamente las voces de los hombres.  
Se alejan.

## ARTURO BORDA

Vuelve el silencio y parece que zumba.

Comienzo a dormitar.

### UNA VOZ

Un día tembló el Universo  
en el angustioso espasmo  
de la Eternidad  
y apareció en la tierra  
una misérrima criatura.

### Y la IRONÍA dijo:

Vive desdichado,  
fruto del más doloroso parto;  
vive recogiendo  
el dolor y el cósmico espanto,  
que en tu insondable tristeza  
se vaciará la miseria universal,  
con cuyo inquietante filtro  
matizarás, aromando y nectando,  
con rutilas armonías  
el mundo moral de los seres...  
sí te oyen.

### Luego la ESPERANZA replicó:

Vive, misérrima criatura,  
que porque nada tienes  
lo poseerás todo;  
y, porque eternamente  
la dicha apenas te será un anhelo,  
el todo se infiltrará en tí:  
vivirás la infinitud amarga  
de todas las existencias.  
Por todos, pues,  
sufre en silencio,  
llora y muere,  
que a la hora de tu tránsito  
modularás la síntesis  
en un hálito expiratorio;

## EL LOCO

mas, el eco de tu voz  
temblando un día entero  
poblará de deliquio el orbe  
y la luz estelar  
descenderá cintilando  
sobre ya tus lívidos labios.  
Luego se cernirá en el mundo  
el olvido eterno.  
Tiembla, misérrima criatura:  
eres... el poeta...

### SEGUNDA VOZ

Hay en arte algo que escapa a toda técnica, a toda disciplina, y es precisamente lo que constituye el arte, el verdadero arte.

Es muy sensible que el arte no se reduzca a la técnica, porque de ser así... cualquier artesano sería artista.

\*

Al rumor de la lluvia y al encanto de los vientos, durante el insomnio de la pasada noche, me pareció oír una voz que decía:

—Es en vano descorrer el velo: Isis ignora lo que esconde.

Calló la voz e inmediatamente vi que detrás de un irisado velo yacía indolentemente recostada en un aroma-de lecho de pétalos encarnados y tibios, una joven, bella sin comparación, más que Afrodita, ofreciéndose en impúdico abandono, envuelta en su negra cabellera en ondas, mientras que sus lánguidas miradas sonreían tanto como una leve sonrisa en sus ojos y en sus labios.

Primeramente fui con sagrado respeto a ella, suponiéndola mi Luz De Luna, y poseo de hondo terror descorrí el velo...

Mas, no sé cómo, la visión resultó más lejana, densamente velada. Entonces corrí ardiendo en deseos, y, loco de pasión, rasgué el tul...

## ARTURO BORDA

Pero otra vez una gasa oscura la cubría, conservando de mí la distancia primera.

De esta suerte, autómata ya, insistí en vano cien y mil veces; la escena se repetía siempre en la misma forma, hasta que la voz que venía del rumor de la lluvia y del canto de los vientos, tornó a expresarse en estos términos:

—Corre, infeliz, cuanto quieras, que levantando el velo con el sacrosanto temblor o rasgándolo sacrilego en el frenesí de tus apetitos, siempre hallarás delante de la cruel Perfección el eternamente último tul o niebla.

Corre, corre, desgraciado, que la perfección no se dará al más lerdito ni al más intrépido, por infatigable que sea, ni aún en la consumación de los siglos, sino que en la cosa misma; pero citará tu ansia hasta el paroxismo, romperá tu corazón, y esa será la perfección no de tu arte sino que de tu vida.

\*

Dijo la voz y desapareció la fantasmagoría.

Entonces me di a pensar mis eternas tonterías, en la más deliciosa y ociosa de las divagaciones. Cierto.

Pero ociosa y deliciosa son consonantes, por consiguiente, pueden formar dos versos.

¡Versos...! No obstante, verso y poesía no son la misma cosa.

A propósito.

Todo verso, novela o historia, tiene la facultad de remontarnos a una doble distancia de tiempo al que en verdad se refieren; y cuándo se refieren al porvenir, sin saber ellos ni notar nosotros, retrocedemos instantáneamente a edades inmemoriales.

De mis observaciones saco la conclusión de que en la obra de arte no existe el futuro: nótese que en la simple-

## EL LOCO

descripción de un objeto nuevo y presente se echa de ver ya una especie de pátina ancestral; he ahí por qué el sello clásico de la obra de arte será el pasado.

El futuro en ella, por lejano que se le evoque, súbitamente pasa al pretérito del lector, espectador o auditorio.

Me explicaré.

Decimos, por ejemplo, el fin del mundo, y al instante sentimos la zozobra de un hecho, consumado.

Por eso en toda inquietud augural presentimos la tristeza de la consecuencia, saltando por la imagen del hecho.

Estoy seguro de que sin esta condición no hubiera existido ningún profeta, aunque las profesías sean simplemente pasatiempos de buen humor, cuando no se basan en la lógica de ías deducciones, y así alguna vez se da en el clavo, porque no siempre ha de ser en la herradura.

\*

El poeta, abstraído en su labor, avanza envuelto en la melancolía de la impotencia de infundir vida independiente a sus creaciones que se multiplican con la rapidez de los efímeros. El querría ser multibrazo, a semejanza de Visnú, para modelar en toda arcilla y a toda hora. Es así cómo en el delirio de sus alegrías, al fulgor de la creación aun sin forma, se arrebata de su propia tristeza e inicia su obra en poliinfinitos mirajes de esperanza, y quizá de fe. Pero si en su egoísta silencio audaz para ver cara a cara la verdad, diciéndose lo imposible de dar forma a su obra, fuera de aquella pálida, de reflejo, de mera sugestión, entonces sucede que igual a un autómata sigue burilando en su obra ya empezada, pero con el ansia puesta en nuevas creaciones que llegan en tropel, a empellones, en tumulto; mas, él sigue puliendo su trabajo primero, ciego casi ante él, porque al mismo tiempo va retocando las nuevas imágenes que vagan difusas en su mente calenturienta. Y cuando cree haber dado el último toque a su croquis o

## ARTURO BORDA

mármol, a su partitura, lienzo o estrofa, es apenas un boceto, un esquema, un apunte: el capuz de la honda desilusión, la desesperanza innombrable: el tedio, la basca... ¿qué sé yo? Cae en el silencio místico.

El crítico, disperso en su labor, va, sin saberlo, hacia el tedio de la belleza, por lo incompleta que halló la máxima perfección de obra humana. Así, pues, en fuerza de buscar la obra sublime, aquella humana compuesta con el ridículo mismo, lince por tal manera, sólo en pos de lo máximo hermoso, y habiendo encontrado no más que lo imperfecto, lo mezquino y lo baladí, resulta involuntario y hábil conocedor de lo necio, de lo fatuo y repugnante. De ahí el origen de su gesto de desprecio burilado en su pliegue nasolabial: marca del anhelo insaciable de aquel para quien ha concluido la necia burla y la candida sonrisa, para aquel que huraño y fuerte ya sólo busca lo sublime en la callada meditación de su retiro: en la sagrada contemplación de la naturaleza y en el pavoroso silencio que le envuelve.

Y así, por opuestas vías, crítico y poeta, si lo son en verdad, van en pos de lo sublime, incomprendidos uno de otro, pero llegan a lo más profundo del silencio y de la soledad: a la gnóstica unidad de ideas; mas, sólo cuando cesa ya la vida.

\*

El espíritu poético del varón corresponde en el mismo grado a la coquetería infantil, porque en el uno y en la otra son fuerzas innatas: el amor, el misterio y la belleza, están fatalmente en ellos como el calor en el sol.

La coquetería a que aludo no es aquella intencionada, adquirida en el roce mundano, sino la otra, cuya mejor comprensión se la tiene observando la de la infancia: la coquetería sencilla, púdica e inevitable, aquella bajo cuyo poder el sayal más burdo adquiere el prestigio del más rico tisú; la mirada, la voz, la sonrisa, cualquier melindre hecho al acaso y, pasmo, su quietud misma, tienen la virtud de obrar en nuestro interior algo como una epifanía de

## EL LOCO

ella. Sin saberlo, la coqueta innata exalta nuestro amor, marea nuestro deseo, enardeciendo nuestra carne, en virtud de su gracia irresistible y fatal. En ella sentimos hecho carne nuestro delirio de amor y belleza.

Así el espíritu poético del varón, no es el adquirido en tratados de estética, sino que lo posee fatalmente: él, llora o ríe, apostrofa o canta, implora o baladra, y, maravilla, su silencio mismo nos embriaga y eleva, como cuando quedamos meditando ante los párpados cerrados de quien renace o perece en el ensueño. El poeta sin saberlo nos purifica en la hornaza de su destino; él es parte integrante de todos: sabemos por su canto los misterios indecibles de nuestra existencia. Su emoción indeleble en nuestro recuerdo en su signo.

\*

## ESTÉTICA — REGRESIÓN

Vate, que etimológicamente es vaticinio, significa poeta, es decir, artista, y su oficio es sondar los misterios del impulso de las intuiciones.

El ejemplo más tremendo e inconcuso de esta verdad está en el hecho de que la humanidad ha presenciado en los años anteriores a la catástrofe mundial estallada el año 14. Aquello fue un ciclo de angustias y tal desorientación en el mundo del arte, que todo el Olimpo se vino abajo en una especie de pesadilla augural de cataclismos, envuelto en las vorágines sin precedentes del impresionismo, el futurismo y el cubismo. Era un trepidar sordo, de tormenta o algo más: semejaba, para el pensamiento, un heraldo del hondo rumor de la tierra que anuncia los terremotos.

Y así fue. El cubismo que daba la nota más desconcertante en todas las artes, la face más aguda y demoledora del ideal clásico.

Y la miseria y el hambre se dilataban en el mundo: la devastación pasa en el globo como un soplo maldito; el

## ARTURO BORDA

arte ha enmudecido, oculto en las catacumbas, adscrito en la contemplación de las cosas divinas y atento a las intuiciones del misterio. Entonces, en su espíritu rendido de fatiga cruza el ansia de un retorno pleno, sereno y humilde, a la madre tierra: se sueña en la Arcadia feliz, acaso en la edad de piedra: en la paz patriarcal.

No más joyeles damantinos y artificios de filigrana; mas, si al entregarse candido y gozoso al simple arroyuelo murmurador, al amor de las zagalejas, aspirando el aroma de la flora silvestre y curtiendo la tez a la intemperie, recibiendo a flor de piel la suave caricia de los vientos, rasgando los aires al canto de la vida campechana.

Y el milagro de la intuición del arte por venir está consumado.

Poetas, cantad a las nuevas formas de regresión a la plenitud de la vida: sed simples a modo de los niños o los salvajes, porque a pesar vuestro os veréis obligados a ser ingenuos; tanto os habrá zarandeado el cansancio de la agitación humana. Irá tan allá el apego a lo simple, que sólo será tolerable la coquetería infantil. Habrá roturación de tierra virgen y acaso exhumación de ciudades prehistóricas, restauración de las teogonias primitivas. Ceres tornará a llamarse llanamente la Tierra. Y así las demás deidades: Céfiro, Sol, Iris.

Es la hora de las incubaciones en las fuentes mismas de la vida.

Se ve en los albores de los porvenires los lejanos destellos fascinantes de una aurora imponderable y serena.

En los manantiales, en la luz y en los ecos, en los vergeles y en los antros, desnudos de toda vanidad el hombre y la mujer cantarán sus oraciones vesperales y matutinas sólo a los fenómenos cósmicos.

El estilo de la naturaleza plena y el de los libros sagrados refundirán su alma en una.

## EL LOCO

Se ve en los albores de lo porvenir los destellos fascinantes de una aurora imponderable y divina.

\*

Y ahora, a propósito de la Gran Guerra. Como si en el reloj de los tiempos hubiese sonado la hora para una selección misteriosa, la humanidad se encarnizó en una lucha horrorosa de más de cuatro años, en la que perecieron siete millones de hombres; pero después, cual si eso todavía no fuese suficiente, según los altos designios, en 1922 la naturaleza con un pequeño terremoto en el Japón en cinco segundos mató más de cuatro millones de nipones.

Ello incuestionablemente es, pues, un clarinazo de la potencia originaria a la conciencia de los hombres hacia procedimientos más suaves y simples.

## URALEY

### I

Allá, a la mañana, a la hora vital del día, cuando a las once el sol remoja las energías a semejanza de una promisión, seduciendo con su infantil coquetería, —¡oh amor!— Uraley, la locuaz y gentil princesita de la escuela, el encanto de los ensueños vagos, el deseo de las adolescencias, la que inocente pasa impávida a manera de auras en torbellino, ella, Uraley...

Mas ¿qué tiene Uraley, que al venir se detiene inquieta y luego huye, incendiando de arbol en lozana tez?

## UNA VOZ

No injurias, sacrilego, su candor; cierra los ojos: hay lujuria en tus deseos. No la mires: inflamas por siempre su sangre.

Y Uraley escapó triste, sin saber por qué.

En el terror de las medianoches y en los éxtasis de las auroras, arde la colegiala en un tenaz presentir de ad-

## ARTURO BORDA

venimientos misteriosos: en muñecos vivos y en ternuras que se retuercen y suspiran.

La gentil virgencita, el encanto de la escuela, ya no entretiene las horas de sus condiscípulas, relatando cuentos de hadas y gnomos. Uraley está silenciosa y pensativa, de vez en vez sus tersas y frescas mejillas se diluyen leche y púrpura.

Uraley languidece, abismándose inquieta en la melancolía de su impreciso y dulce deseo.

### II

Ansiosa, palpitante, Uraley, la encantadora joven, cogía rosas en las enramadas cuando desapareció en los torbellinos que arremolinaban hojas y pétalos entre libélulas y mariposas al canto de las alondras y el ruiseñor.

Después, en la odorífera selva, mientras las aves trinan en un infinito concierto, los arroyos murmuran somníferos.

### III

En la polvorienta carretera, cuando el crepúsculo lo amorata el firmameto, muy triste y muy pálida la arrugada viejecita, arrastrando los pies a paso menudo, recogiendo los mendrugos y seguida de unas nenas esqueléticas, atrae insensiblemente en una corriente de extraña simpatía y...

Pero ¿por qué huyen como heridas por una descarga eléctrica?

### LA VOZ

Cierra los ojos, canalla: no ultrajes el infortunio de Uraley. ¡No la mires! Tus ojos obscenos han quemado su vida.

Y la senecta Uraley con sus nietecitas se internaron asustadas en la densa noche, en la que desaparecieron, tragadas por la sombra.

## EL LOCO

Los hazmereír que hacen esfuerzos por fabricar chistes a la minuta, gratis y para cualquiera, en toda reunión, valen tanto como aquellos otros que no pierden oportunidades de exhibirse, demostrando los tristes esfuerzos de sus facultades.

Pero la verdad es que me molesta hablar con tanta claridad, lo cual ha de molestar mucho más a los que se supongan aludidos. Sin embargo, no quiero volver a escribir de un modo enrevesado e incomprensible, buscando deslumbrar con un léxico extraño. Me parece qué la belleza es tanto más bella cuanto más fácilmente se la comprende.

Pues todo lo que no ha menester cocimiento, es decir, todo lo que se ha de comer o beber crudo es el alimento que no empalaga, lo que la naturaleza da justamente sazonado. En cambio, todo alimento de preparación es empachoso y empalagoso.

La experiencia es muy sencilla.

Tómese el número de individuos que se quiera y dividiéndolos en dos grupos, désele al uno únicamente golosinas en bebidas y comidas, y al otro grupo únicamente agua y fruta y se verá que mientras éstos están apenas saboreando, los otros ya no podrán tolerar más, vaciándose en vómitos.

Igual fenómeno se puede observar en el arte, especialmente en pintura, escultura y, de modo aun más particular en la literatura, sea prosa o verso, en que la excentricidad atildada de la forma, siendo en muchos casos hasta lo absurdo, es verdad que empieza por gustar, como el almíbar, pero luego concluye por empalagar.

Mas, aun debo decir algo muy importante respecto de la simplicidad y la majestad.

Existe una incompatibilidad aparente entre ambos términos que parecen extremos.

La simplicidad es la expresión neta; vale tanto como representar el hecho mismo. Y los hechos, y esto nótese

muy bien, son graves, solemnes si se quiere, aun los hechos puramente ridículos por ser ya lo irremediable de la vida. Pero entre la representación y el hecho media alguna diferencia de consideración y es que el hecho jamás puede ser aislado: fatalmente se halla ligado con sus antecedentes y consecuentes, que es lo que establece la gravedad del ridículo; en cambio, su representación puede ser totalmente aislada, puramente como ridículo.

Me explicaré con un ejemplo.

Una hermosa señorita va en compañía de su enamorado, y, cuando están más ensimismados, la chiquilla resbala y cae con las enaguas remangadas, suspendiendo brazos y piernas. El galán se atolondra, tanto que al alzarla' cae encima, gesticulando horriblemente por disimular su situación. Ambos hacen esfuerzos por levantarse, pero caen en postura aun más cómica.

Se verá, pues, que el ridículo aislado es completo.

Ahora veamos lo solemne y grave del hecho por antecedentes y consecuentes.

Es el caso que el joven enamorado tenía un rival que quiso vengarse de la muchacha y sabiendo que a determinada hora ella debía pasar con el novio por un sitio dado, hace jabolonar el espacio necesario para que se produzca el incidente referido, a consecuencia del cual la niña cae enferma con viruela, quedando en consecuencia horrorosamente desfigurada, mientras que el joven que se quebró el brazo tuvo que aceptar la amputación.

Pues bien: ahora veamos por medio del mismo ejemplo la **representación ridícula**. Y no se confunda con la representación **del** ridículo.

Erase —¡ay dolor—una pareja en divino coloquio a la hora de los ensueños, cuando el alma, borracha de esperanzas y delirios, se desdobra, flotando ligera y suave en los olvidos supremos del querer, ¡oh amores! ¡Oh ensueños! ¡Oh transitoria gloria de la vida! En tan divino ins-

## EL LOCO

tante... ¡cataplum que cae patas arriba, con las polleras remangadas, y encima, chillando, el amator, a la vista y paciencia del público. La canalla espectadora —oh infamia— larga de pronto la carcajada y el estornudo, queriendo evitar el estrépito.

Véase cómo se diferencian la simplicidad y la majestad de la representación ridícula y grosera. Pero la indiada, la ignorancia, necesita comenzar por ahí.

\*

Cuanto más tímido y respetuoso el individuo, tanto más educado y moral (!!).

\*

El patrimonio de la cobardía  
es la mezquindad,  
así como de la valentía  
es la generosidad.  
Envidia y venganza  
muerden su propio corazón.

\*

Mientras que los que pudiendo debían dar, huían refunfuñando a cerrar ridiculamente a doble llave su oro, yo miraba retraerse en los corazoncitos, heridas por el desaire, las almitas de las chiquillas floristas, que eran lindas a la mañanera luz del sol, semejante a las palomas que se yerguen arrullando en los surtidores del huerto en primavera. Y ora al desgaire y con donaire, iban ágiles y zahones, ahuyentando el egoísmo. Más de una de aquellas bellas constriñó en el deseo mi corazón; y por ellas, por ella que alegra mi sangre, mientras llegaban aunadas, la ees-tilla florida a la cintura, pendiente del hermoso cuello con olorosas cintas, fui soñando en el origen de:

## LA FIESTA DE LA FLOR

### I

En el denso ambiente ondulaban las ondas ultrasuti-les de la inmensa congoja. Tanto habían sufrido las almas

## ARTURO BORDA

de los huérfanos y de las viudas, tanto los dolientes lisiados, que al llegar los rayos del sol crujían en un océano de lacerias.

El aire era salobre y agrio, pesado y opresor.

### II

Un día la Belleza, impaciente ya, en su infinita bondad, despertó a Flora, quien soñaba sus amores en la nemorosa Idalia. Entonces ella, estremecida de tristeza, siguiendo con la vista a donde señalaba el índice de la Belleza, vio alia todo lo que había de inhumano en el no querer oír ni ver el silencio hurraño y furtivo con que resbala el llanto en los infortunios.

Flora, un alma en hilo, tembló de compasión al ver en el mundo las retorciones de infinitas agonías de labios que en la miseria jamás supieran la sonrisa, y en los hinchados párpados que diariamente languidecían más pesados.

Y acordaron alegrar un día entero las miserias de los desheredados.

Entonces ambas se abrazaron, sellando su afán con un beso. De ese modo partieron, a la sombra del ensueño, desapareciendo bajo el dosel de la selva en Abril.

### III

Luego, ágil y buena, la Belleza, desatada entre sombras nocturnas, en el mundo de los espíritus, legiones de hadas, que, revoloteando levemente en los ensueños, exaltaban los corazones de las virgencitas, la sangre de todas las bondades en sacrificio, infundiendo calor de holocausto y gloria en los labios de la mujer, mientras dormía.

\*

Entre tanto mediaba la noche a la luz de la luna, cuando a su vez en los vergeles Flora segaba los capullos

## EL LOCO

más lindos de las más olorosas rosas, de los más rojos claveles, de los más grandes pensamientos y de las más bellas cinerarias; resedas, geranios, jazmines, fucsias y madreselvas, daban su vida al amor.

### IV

El alba. Los éteres se sonrosaban los nocherniegos se recogían, ebrio el cerebro en los humos del champaña, y cuando los que madrugan van entumecidos a la misa de la aurora, entonces todos vieron en el firmamento ráfagas de niebla activa, que, como fantasmas, iban, venían, tornaban y retornaban, entre una especie de lluvia de petados, que, arrastrados por los vientos, esenciaban la atmósfera.

El día amanecía misteriosamente embriagado.

### V

Y llegó la mañana. Las gentiles princesitas de la escuela, las impúberes y púberes que ansian amor, despertaron inquietas, al alba, a causa del ensueño que les agitara: eran rosas, eran lirios: eran aroma, luz y color: un prodigio de encantamiento que iba misteriosamente a ellas. Por eso contemplaron sorprendidas los jarrones milagrosamente floridos durante la noche. Y tomando de ellos millares de ramilletes, salieron a la mañana las colegialas, a semejanza de la encarnación de los ensueños de alegría y luz. La ciudad palpitaba sonrisas en la invasión de la belleza desbordada y que, hadas floristas, entre sonrisa y risa, vendían con melindres rosas y margaritas, claveles y dalias.

Así la virginal belleza se desbandó a todos los vientos, encantando los ojos, seduciendo los corazones, excitando la caridad. Iban ora cohibidas, empurpuradas de candor, o audaces al impulso de la, innata coquetería, ofreciendo en los nectorios la neta y dulce miel, el aroma y el color, en corolas que se abrían. Mas, entre los mercaderes vi avaros bárbaros, que al saberse graciosamente insinuados, rispida y repelentemente ponían hosco el seño a las princesitas que sacrificando el orgullo de su belleza se atrevían a ellos para llevar un alegre y suave alivio a los

## ARTURO BORDA

hogares olvidados, a los lechos donde la vida, decrepita o moza, se extenua en el gesto de la congoja, sin pan, sin luz y sin esperanza.

A la tarde, en los tugurios, en los conventillos, en hospitales, en inclusas y panópticos, allá donde eternamente el dolor exprime la amargura de los corazones, allá, cuando el crepúsculo de la tarde moría, todas las vírgenes más bellas, las princesitas de la escuela, derramaban el oro a raudales, entre esencias y luz, en las manos esqueléticas, en las manos sarmentos y paralíticas. Y en cada labio del sempiterno rictus doloroso se iluminó una sonrisa, acaso la única, como en invierno, cuando las abuelas relatan, a la luz del hogar, los cuentos de las hadas buenas y de los obsequiosos duendecillos que socorren las miserias con bálsamos y alegrías que son panaceas de un día.

### VI

En eso en los últimos celajes que se desvanecían en Oriente, sonreían esfumándose abrazadas la Belleza y Flora, como en los sueños.

\*

Entretanto llegaron a mi las encantadoras floristas. Y aquello era un reventar de risas y pétalos, de colores y voces de cristal en el murmullo de las fontanas. Fui, pues, víctima de un envidiable mareo. Por tal manera quedaron esquilados mis bolsillos, que como por milagro atesoraban unas monedas; pero en el ojal de mi americana, deleitándome con su aroma, temblaban mustiéndose juntos, en íntimo secreteo, un pensamiento y una margarita.

\*

Si yo tuviera la bienandanza: instrucción amplia y un buen legado en dinero contante y sonante...

¡Oh, no saber el valor del pan que se come! Quien  
tuviera padres, pan y un reposorio de amor.

## EL LOCO

¿Cómo lucirá el sol cuando la vida es fácil, cuando no hay deseos insatisfechos? ¿el cielo será más azul; el día, más alegre?. ¿Alegre, digo? Sí, alegre. ¿Y las gentes serán más buenas?. ¿Nadie nos herirá el corazón con su desprecio?. Presiento que en todo se habrá de sentir algo así como un ágil revolotar de la sonrisa amable: el musitar de los vientos y el murmullo de las aguas elevarán su himno a la esperanza, en vez de la queja y el sollozo que en ellos entiendo.

Si en torno mío revolara la ventura, yo haría algo grande, estoy seguro, porque siento que en mi sangre chisporrotea el fuego sagrado. Mas, esta tristeza, luego el frío ambiente...

Y la noche está lóbrega y profunda. Habrá tempestad, pues los vientos silban.

Si sería en una noche análoga en la que vine al mundo, para que me echasen a modo de ascua maldita, no bien hube nacido, para que el odio...

Y yo que pude amar tanto. No, no sé cómo hacer para arrancarme con las uñas, de entre mi corazón o mi cerebro, la fatídica idea de mis padres, para arrojarla en la pocilga de sus amores.

Pero esta duda... ¿Acaso ellos no serán acreedores a mi perdón? ¿no pesará también sobre ellos el castigo de algún crimen ancestral, del que ellos y yo somos las víctimas inocentemente expiatorias?. Quién sondeará el designio del Eterno?.

Entretanto ¿quién me libra de esta duda?. ¿Quiénes son ellos y dónde y a que hora los hallaré?. Si fuese ahora... ¡Oh!

Pero la noche está honda y fría.

Ya comienza a rumorear el silencio. Mi tristeza y mi inquietud se agravan. Temo la visitación del espectro; pues, aunque muy apenas, pero ya se oye el lejano aullido

## ARTURO BORDA

del perro invisible y algo como un perdido eco de órgano o voz humana. Ojala no fuese otra cosa que algún enamorado avanzando en el alma de la noche, rasgando el silencio con sus lamentos, al compás del acordeón; pero mi corazón y mi acezar se atropellan. Si será el alma errante de Helionoto, quien vaga en las sombras...

Ahora el aullido es más quedo y lastimero y hay un vago tintineo de esquila.

La luz fugitiva de un farol, acaso la del mago, ha iluminado un instante la estancia, al pasar por mi ventana y después se ha perdido en el espacio.

Luego las nubes se han rasgado, mostrando un girón del cielo. Miro el fulgor de las estrellas y cierro mis párpados, cual si me desvaneciese. Entonces mi cabeza, torpemente pesada, finge crecer sin medida. Y de pronto parece que ha de reventar. Pero al instante comienzo a mecarme suavemente en sombras muy densas, sordas y rumorosas, por lo cual circulan en mi piel millares de azogadas culebrillas que sobreexcitan mis nervios, estremeciéndome, y oigo en mí un sutil chirrido de garfios que roen mis huesos.

Mas, presto cesa ello. Y a semejanza de la luz que en obturaciones repentinas entra en la cámara oscura, tal súbitamente fulgen en mi cerebro las imágenes y las ideas, anegándome en el tropel de la honda inquietud, en ese no sé qué de zozobroso y grave, de lo que todo participa. Y es justamente ese gran misterio en lo que todo se hunde, lo que me agujonea a crear algo sublime de inmortal emoción; la quinta esencia de lo bello, del amor y de la verdad. En fin, algo que arrobe en deliquio el espíritu humano. Quiero hacer sentir el todo a los hombres al través de mi alma y...

Pero aquí da comienzo mi impotencia.

Así esos instantes mortíferos en la desesperación de trasuntar éste qué sé yo qué que hay aquí, hacen trepidar mi corazón con inaudita violencia. Es así como en

## EL LOCO

estos segundos me consumen los años, a mí que anhelo dar un salto de plena juventud hacia miriadas de siglos futuros a fin de averiguar la verdad de ese algo que lo presento en mí, de modo indecible, lo cual me hace pensar que la vorágine en que me pierdo ¿acaso no sea más que el ansia loca de hender en vértigo la ilimitada inmensidad, no más que para perder la razón, o será, cual espero también, por adquirir la longividencia de círculos cada vez mayores de infinito y eternidad?.

Pero, no obstante, sé que hay en las profundidades de mi espíritu el reflejo borroso e inexpresado de la eterna verdad, cuya forma de expresión huye de los lindes de mi comprensión que anhelo y desespero comunicar a los hombres, porque aquí, en mi corazón, roto, vacío, oigo que van cayendo lentamente las últimas gotas.

Sea. Pues así incorpóreo, anticipándome al fin humano y deteniéndome fuera del tiempo gritaré la última verdad profética, porque hay ya en mi cerebro una tal acerada fijeza de pensamiento, que me paraliza como en la muerte. Es algo cual la rotura de la vida en el corazón o cual un calambre en el cerebro, con lo que *mi* atención, sorda al mundo, escruta los gélidos arcanos.

Ahora mis nervios ópticos se crispan dolorosamente y mis ojos se entorpecen inmediatamente mirando dentro de mi cráneo, en el que a poco veo el inmenso cintileo de los astros que se destrozan en el lóbrego; luego en la inmensidad se rasga un velo opalino al empuje de las tinieblas que llegan en infinita muchedumbre. Entonces mi atención, más tensa todavía, concluye por desorientarse en el caos, en el cual se originan, poco después, flotan y pueblan, las informes brumas de la creación; en seguida pasan rachas de misterio y cendales de nebulosas. A lo lejos una débil luz difunde su tenue claror.

En tal instante se oye el sordo y ponderoso movimiento del misterio que infunde pavor; pues hay ludir de universos en el angustioso palpitar de los corazones. Pasan tajando mi piel soplos veloces de hielo.

## ARTURO BORDA

Lentamente se rarifica el aire. Me falta la vida. Quiero gritar en el vacío mis ansias y horrores cuando suena en mi alma el **raj kraj**, por lo que siento en la sangre el cálido vaho que se desborda a borbollones. Veo en la inmensidad mares de fuego, cuyas llamaradas danzan chasqueando en frenético desconcierto o batahola, mientras que me ahoga el inucitado redoblar de mi corazón.

E incendiando rápidamente mi existencia en espasmos y escalafrios de agonía, me asfixia una bocana de la tierra madre, el terrible SOPLO INMORTAL.

Entonces mis ojos se nublan con lágrimas candentes que resbalan en mis heladas mejillas.

Entretanto gime lejana y misteriosa una flauta, cuyo son cesa en el vago rumorero del silencio.

Y caigo en la melancolía aplanante de quien ignorando la forma pierde por siempre la sonata y el poema inmortales.

\*

## LIBERTAD DE CRITERIO

Ciertamente que la libertad económica es uno de los factores para 3a libertad de criterio, es decir, para cierta clase de criterio, para el criterio político público, por ejemplo. Sin embargo en los cobardes...

Pero entendámonos bien.

La libertad de criterio o sea la libertad de criticar, está constantemente en actividad en el secreto de todo el que no sea un imbécil. Cada cual critica todo para sí y a su manera. Pero como a los gobiernos y a las religiones que yo conozco no les conviene que respecto de lo que son nadie tenga criterio libre, hacen uso libremente de los entredichos, las excomuniones, las cárceles y los extrañamientos. No obstante ellos llaman criterio libre al criterio unilateral, al que les elogia, o más bien dicho, al que les.

## EL LOCO

alaba, llamando envidia o locura al que critica, al que hace uso de su criterio libre: al que censura o alaba, según merezcan las cosas.

Mas, el criterio libre es demasiado raro, tanto que personalmente casi no conozco a nadie que le tenga. Entre los novelistas, los historiadores, los poetas y los científicos, y entre los filósofos, ni más ni menos que entre los políticos de uno y otro bando, su criterio es de la parcialidad más repugnante: mientras comen o tragan a sus anchas, el gobierno o la religión que los sostiene son humanamente inmejorables, o se están punto en boca los muy sanchos; pero todo es que los echen a puntapiés por inútiles o por canallas, que ya desde esa instante el criterio de su despecho censura del modo más acre lo que ayer no más soportaban elogiando alegremente hartos y seguros.

Y en esto no hallo distingos, por lo pronto; me parece que de Papa a lego o seglar y de Presidente a simple soldado de línea y covachuela, todos van cojeando del mismo pie.

Para la libertad de criterio se necesita primero saber pensar: ser capaz de distinguir lo útil y bueno de lo pernicioso y malo; seguidamente ser valiente: ser capaz de arrostrar las consecuencias que provoque la divulgación de la verdad; y en tercer lugar, tener una verdadera pasión por hallar la verdad, sacrificando ante ella el amor, el hogar, Dios y la patria, y aun la vida: todo, por eso, por la verdad, y no por la utilidad material que pudiera reportarnos de los unos o de los otros.

En fin, siento ya no poder hablar con mayor claridad apesar de que no hago literatura crítica.

Así entiendo que un criterio libre jamás puede nacer de la opulencia, jamás de quien tenga algo que defender a dentalladas: el criterio libre, la gran justicia, sólo puede venir de la gran rebeldía desasida ya de toda cosa y enamorada de la justicia, por la justicia y para la justicia, sin miedo ni a Dios ni al Diablo, ni a la vida ni a la muerte, ni al placer ni al dolor.

## ARTURO BORDA

Y que vayan a hablar al Diablo los que no saben hablar de la libertad, de la justicia, etc. sino a sueldo, con el sueldo y por el sueldo.

\*

Era ella. La vi en la acequia de la pradera, ágil y gentil, saltar de seco en seco, salvando el barrizal. Y quise en el desasosiego de mi deseo, rompiendo el silencio de la tarde, gritarle mi confesión de amor; pero mis labios estaban inmóviles. No obstante ¿acaso ella sintió mi deseo?. Ello es que me miró sorprendida y como en espera de quien le murmurase al oído un secreto; mas, yo, viendo temblar sus pechos, esquivé mis ojos. ¿Quién diría si palpité por mí su cálida sangre?. En seguida, aun la veo, alta la falda, finos los tobillos y breves los pies, oh ligera gacela, huyó en las sementeras, saltando surcos y atajos. Negras eran su falda y blusa; leche y rosa es su tez; negra su cabellera recogida en ondas, y su mirada, nostálica y vaga, dice de ensueño, de amor y torturas. Y se fué. Entonces, la tristeza de mi silencio en medio, sentí elevarse en el alma la recóndita armonía que pugnaba en mis horas sedientas de amor.

\*

## RUISEÑOR, GALÁN Y. PALOMA

Y en una tibia noche soñé ser el galán ruseñor y ella mi casta paloma, dando así alas a los hondos misterios que dormían en mí. Concluido el ensueño, supe que aquella poesía apenas podría cantar a ella en el zumbido de sus vagos ensueños y un lacerante delirio en aras del amor. Sabiéndome impotente para ello, escribí estas páginas:

Las aguas lústrales dormían reflejando el azul turquí. Alcé la vista al cielo y ni una mancha empañaba la inmensidad. Pero de pronto primero sólo fue algo así como la simple idea de un punto blando, inestable. Luego fué la duda. Después, al fin era algo, allá, donde se diseñó la nube. Y así fueron surgiendo muchas que el viento las alongó en cendales a cuyo trasluz se vertía el sol.

## EL LOCO

Más tarde llueve. En el lodazal y en las charcas mur-mullaba el agua el somnífero gluglú.

Entretanto al ruiseñor cantó desde la húmeda fronda a su monja paloma. Ella, retrechera, con trémulo acento arrulló su honda cuita. Ansias y presentir latieron sus corazones.

El viento sopló una ráfaga odorífera de vainilla, de tamarindo y cedrón, cual si fuese de un ignoto amor en la Idalia o el Himeto.

Tal entonaron al mediar el día, rondel o cantilena, silenciando por siempre en el lóbrego de la noche fría.

A la mañana, cuando desde lontananzas el sol empujó hielo y sombras hacia el nadir, no llegó a deshelar el cuajo mortal de la yerta paloma y el rígido ruiseñor que, pasados los días, fueron mísera carroña, no más.

Aquí concluye el relato de mi ensueño, que, por ser ni sombra de lo que fue lo entrego al fuego. De ese modo sea esa págida el azul. Así ella ignorándome aspirará mi pasión. Por tal manera aquello que silencian mis labios digan a ella el silbo y canto de los vientos.

\*

## LA BOHEMIA

Ahora contaré un incidente que me sucedió cuando fui muchacho.

Es el caso que tuve por vecino a un jovencito, músico y bullicioso como pocos, a quien visitábale una turba de muchachos tan cascabeleros como él! De vez en cuando descorchaban alguna botella, creo que de whisky. Era de ver cómo entonces la reunión era un pandemónium. Cuando eso llegó al colmo, es cuando después de algunos meses consiguieron, mediante acuotaciones y mil trampas de que después tuve noticia, un violín antiquísimo y un pianito no menos viejo y que sonaba algo así como organillo o guitarra.

## ARTURO BORDA

A esos pobres bohemios, que de esa manera se titulaban, más de una vez los oí delirar por la adquisición de los instrumentos ya nombrados. Adquiridos, uno de los poetas hizo la odisea del piano; y a causa de que no faltó quien hiciera chacota de las malas trazas que llevaba el violín, otro poeta se encargó de hacer la apología del inmueble.

Entre los muchachos, casi todos eran cantores: uno de ellos, bajo profundo, como que parece que siempre dormía al raso; otro, tenor; aquél, contralto; el otro, soprano. Etc. Además los más eran poetas; alguno que otro, arquitecto; otro, escultor. Parece que también había un pintor, tan mediano como los demás. Pero era gente alegre y graciosamente inocente.

Toda vez que se les subía el whisky a la cabeza, quintaesenciaban la farándula y me quitaban el poco de sueño de que por entonces solía gozar, de lo que les disculpo, en mérito a que las más de las veces sus miserias terriblemente ridículas, al' par que candidas, me ponían del mejor humor posible, precisamente por eso.

He notado también que esos muchachos caían de tiempo en tiempo en estados de postración, aunque los más por snobismo, y era entonces que había que oír sus improvisaciones guirigayescas, en canto, en música, en prosa y en verso. De todo ello estoy seguro que quedará algo para marcar una época en estos lares.

Era un grupo de esos que se llaman intelectuales y que a la sazón estaban reñidos con otro grupo que pretendía ser no menos intelectual, según la acepción vulgar. Y pelearon por lo que tales gentes pelean, injuriándose a sotto voce o^ por la prensa, sacando a relucir las inmundicias de su vida privada. Digo que luchaban porque con anhelo y empeño muy laudables, cada grupo y cada individuo quería ser el representante intelectual de su época, el geniecillo nacional, algo como un péñate. En fin, como digo, ambicionaban mucho, sin embargo que los pobres muchachos... No digo que les faltara mollera; pero se comprende fácilmente que la cultura intelectual y senti-

## EL LOCO

mental indígena, blancos o mestizos, que para el caso supone lo mismo, está en su iniciación. Pero a mí me agrada que luchen con ambiciones tan elevadísimas, y ojalá fuese sin los chismes de verduleras que aquí como en todas partes luchan. De lo contrario sería preferible que se planten un par de balazos, pero eso requiere un valor muy raro.

Durante un ágape que tuvieron, según he entendido, con objeto de replicar a las injurias que no se sabe quién les dirigiera en la prensa, y a medida que a guisa de postre iban haciendo música, escribí unos párrafos acerca de lo que entiendo por la bohemia. Y como quiera que yo les estaba atisbando desde un parche roto en la vidriera que nos separara, eché por ahí el articulillo, mientras que mis bohemios se hallaban apiñados en torno a los músicos. Cuando concluyó el de profundis clamabat, que era lo que ejecutan, se desvandaron satisfechos en la estancia, haciendo comentarios y aplaudiendo a palmoteo limpio.

Entretanto yo me acosté.

Momentos después, posiblemente cuando alguno pescó el papelucho, oí que preguntaban que quién había escrito aquello. Nadie sabía de lo que se trataba.

Por lo que hace a mí, estuve inquieto, escuchando desde mi cama, y al galopante compás de mi corazón iba pensando en un mundo de incoherencias.

En eso los muchachos habían enihudecido y uno de ellos daba lectura a mi articulejo. Leyendo con voz grave y monótona decía:

.....

De tarde en tarde asoma en las lejanías algo así como una bruma. Luego pasa por los poblados un estremecimiento del ensueño. Después alguien pregunta: — ¿Qué es? — Y la idea o el sentimiento responden: — Nada: es un soplo de locura, acaso un oscuro fulgor del querer o de la belleza. Son los soñadores que pasan: insanos, lisiados,

## ARTURO BORDA

pardioseros, inquietantes y ebrios de imposibles. — Jamás nadie supo de dónde vienen de vez en cuando tales hordas, semejando olajes solitarios en la mar en calma. ¿Qué urbe, qué villa o siquiera que cortijo no los vio?.

Así pasaron los que vi en mi último ensueño salían de los confines perdidos en la noche, venían como sombras de la inmensidad, floraciones palpitantes del enigma, entregados al impulso de su destino.

Esos que aun los veo, son los precursores, gérmenes para una floración enorme y remota, que van borrachos de ensueño, soñando imposibles, con hambre y sed de misterios, escrutando los cielos, fascinados y sonámbulos.

Iban tan maltrechos y al parecer tan despreocupados, que los lugareños sonreían ma'évolos o misericordiosos, y muy especialmente las mujercitas, y más y con más intención cuanto más bellas. Por eso saltando el crítico de la farándula declama:

Sin considerar el  
don del carbón  
ni sospechar el dón  
del pávilo y de la leña,  
revolando sin concierto  
las lindas nenitas  
rompen o queman  
sus anacaradas alas  
en el seco brillo  
de las inútiles espadas  
y en las útiles llamaradas  
de mil fuegos fatuos  
en que sucumbe su amor;  
luego sus horas son  
en un recuerdo incierto  
meras lápidas de pasión  
en que la muerte sueña  
escondiendo en su sombra  
sólo leña, pávilo y carbón  
del reflejo y la lumbre  
que se extinguieron  
para nunca más.

## EL LOCO

Tal la comparsa en llegando a poblado planta su tiendalar, representando en seguida la sublime farsa; luego cogen un poco de lodo en el que modelan lindas Ledas o Venus y fabrican recios Anteos, Proteos y Prometeos. Acto continuo cantan sus divinas futelezas al son eléctrico de extrañas músicas, enajenados al impulso de sus deseos. Después con esencias y óxidos pintan el sol.

Entretanto los comarcanos, extasiados con ello un día entero olvidaban sus miserias; pero, pesado el breve encanto, se desataban en furiosa silbatina contra los vagabundos, uno de los cuales, perorando cómicamente, decía a los lugareños:

— Hermanos, la paz sea con vosotros, ya que sólo amamos la eterna armonía del cosmos, macro y micro, reflejada en el espejo negro del abismo sin fondo de nuestras almas, y no buscamos otra cosa en la existencia que los medios de sondar en los secretos del alma, de la mujer, del amor, de las cosas y de las fuerzas: nos entregamos soñando y con fe al aire y a la tierra, al agua y al fuego, aspirando el vaho de nuestra propia sangre que se crea al calor del más intenso destello de la esperanza.

Nadie se inquiete, pues, suspicaz, al ver pasar la bohemia tarambana, porque quizá el hado nos dé el sacro tic para legaros un fulgor de lo sublime en la existencia o en la belleza.

Dejadnos; porque no buscamos el odio: tristes o alegres, sólo vamos en pos del corazón, en pos del encanto de una sonrisa o una seductora lágrima; en fin, de algo que en el espíritu o en la materia os alegre siquiera sea un segundo. Dejadnos al viento de nuestra locura, ya que para vosotros sangramos los peregrinos de una ilusión.

¿Qué os importa que fuésemos lo que fuésemos, si al fin nuestro fin es esenciar vuestras almas con el aroma acre de una flor cultivada con nuestra sangre?.

Nosotros anhelamos suprimir las edades, borrar aun los límites arcifinios y refundir los idiomas en la trasmi-

## ARTURO BORDA

sión de la idea pura, casi el sentimiento mismo. Nuestro grito bohemio es: LA HERMANDAD HUMANA.

¿Qué más, decis?. Casi nada: delirios de poner a fin en el amor a la humana especie.

Soportamos un instante, siquiera, toda vez que sólo queremos, a ser posible, no más que el imperio de lo sublime. Nadie en el lar recele de nuestro tránsito; pues somos los desorientados, cazadores locos de los destellos del Ideal; mas, dejadnos recoger el mendrugo salvador del instante, porque sabed también, que el corazón y el cerebro se cansan errando sin tino en pos de los misterios; más bien dadnos el deshecho mendrugo de vuestro diario festín y os devolveremos milagros, prodigios, maravillas y revelaciones en las epifanías de los ensueños y en los ocultos enigmas del trágico cotidiano.

Toleradnos, ya que, si queréis, seremos menos que nada, nosotros, los mendigos de amor: los que vamos ebrios del sumo bien, olvidados aun del calambre de nuestras lacerías.

¡Aquí, pues, vuestras carcajadas! Pero si nos herís por arrancarnos nuestra mejor y abscondita flor ¡Gloria a la divina traición! ¡Gloria a la puñalada en las sombras!

Y en seguida se fueron, perdiéndose de vista en el horizonte, el cual desapareció en la luz de la aurora, cuando yo desperté.

.....

Concluida la lectura, todos quedaron meditabundos ante una manera tan imprevista de responder a las injurias del anónimo asesino, y se fueron retirando uno a uno, a la vez que en silencio yo me desternillaba ya de risa, considerando que en el corazón de la sociedad contemporánea no hay otro método de lograr la victoria que imponiéndose a viva fuerza.

A los ocho días de ese incidente se marchó mi vecino.

## EL LOCO

### CARNAVAL

El fuego fatuo brilla  
flameando febrilmente  
al soplo de las inquietas auras  
o de los juguetones céfiros,  
consumiendo sangre y tuétanos  
de la pubertad  
en domingo de Carnaval,  
entre nubes de harina,  
de serpentinas, gritos y colorines  
y de papel picado y son de cornetines.  
La farándula mueve libremente  
sus músculos,  
impulsando la suave ondulación  
de sus sedas, muselinas y gasas,  
a cuyo trasluz  
cada mujer adquiere el empuje de un océano  
reventando bajo el sol  
en espuma de fantástica pedrería,  
cantando rumoroso  
al romperse en los escollos.

Realmente que me da **pena**  
considerar que mis días más **parecen**  
las ideas de un borracho  
que la realidad misma;  
¡qué tumultos de cosas  
que ruedan zumbando en derredor  
en éste círculo de soledad **encantada**  
que me circuye  
en silencio de contemplación!

Qué acíbar el que filtra  
la soledad resentida  
en que se recluye el alma  
que por cada explosión  
de su infinita ternura  
sólo recibe un sarcasmo,  
como respuesta  
de la existencia que se divierte.

## ARTURO BORDA

Así, ni para qué salir  
si la opaca burla  
será el eco fatal en cada paso?

Y con qué ira sin esperanza  
uno se prende a su soledad;  
aunque mejor dicho  
ello es una mezcla absurda  
de odio y amor  
a la vez que tiene de adherencia y fuga.

Cuánto esfuerzo doloroso  
cuesta ser fuerte,  
ahogando la revelación  
de nuestra naturaleza,  
simulando frialdad de granito;  
pero un día será.  
¿Cuándo?  
Quizá si sólo  
cuando el recuerdo de la juventud  
se halle esfumándose ya  
en los brumosos confines de la melancolía,  
cuando se hiele el alma  
y el ave ya no cante.

¡Oh la obsesora charanga de esos organillos  
coreando al tintineo de los cascabeles  
y a las agudas voces en falsete  
de los enmascarados en comparsa!

Salgo al balcón a ver las rondas.  
Qué lujuria de ostentación incisiva  
de las retrecheras ancas de las hembras  
al través de sus sedalinas livianas

Pero como al verme  
irrumpe de pronto en la multitud  
el siniestro grito,  
grito maldito de ¡El Loco!,  
retrocedo y cierro la ventana.

## EL LOCO

Ciertamente que es una fatalidad  
—que sano, sin beber ni saber cómo —  
vivir una terna ebriedad sonámbula  
en abandono de ilota,  
cuando todo canta amor,  
cuando cada pájaro tiene su nido  
en que reposa aun la exasperación.

Sentir hondo, amar mucho  
y pensar aun más  
¿por qué incita el odio y la burla social?  
¿Es acaso que todos no sienten  
ni aman o piensan?  
Y más ellas, las amadas,

en cuyas excitantes curvas

se enrosca a besos  
el ardiente deseo  
de un insaciable amor?.

¡Loco...! ¡Locoo...!

Entre sonajas y tamboriles,  
dilatando alegremente  
sus corazones  
y sus pulmones,  
pasan el Carnaval,  
exprimiendo sus fuerzas  
en el agotamiento de su alegría.  
Y, en esa mar de ebriedad juvenil,  
yago cual un sombrío escollo.  
Y la algazara sigue pasando  
ola a ola,  
rumoreando citas y esperanzas,  
cánticos gozosos  
y dolorosos desmayos,  
hasta que la bullanguera hora se aleja  
dejando en el silencio  
no más que el cansancio  
de la efímera llamarada  
en la tristeza  
de la ceniza.

## ARTURO BORDA

Divertirse  
es sortear inconscientemente la idea;  
sentir es reconcentrar todo  
en el dolor,  
y pensar  
es anular  
en el imperio de la conciencia  
aun la noción de la existencia.

Se divierte el ocio,  
ama el dolor  
y piensa la abstracción.

\*

Seguramente no está bajo nuestra potestad el que podamos guiar los veleidosos e inverosímiles giros del mundo de los sueños.

Prueba de ello.

Anoche soñé con mil y un casos y cosas imposibles. Recorría el mundo de polo a polo. Y era tal la multitud de escenas que vi, que casi todas se hundieron ya en las brumas del olvido.

Ahora sólo recuerdo las dos últimas.

### I

Un día se fué mi Sentido Crítico e iba en el universo, como azogue, a modo de águila o ardilla, haciendo sus correrías, absorto en la fuerza de su atención; mas, de pronto le vi volver. Se extendieron mis manos y lo atrapé, para engallirmelo cual si fuese una golosina.

Y se puso a caminar en las tinieblas del laberinto inimaginable de mi cerebro, recorriendo todos mis nervios, arterias y venas, buscando mis secretos, para estudiarlos a la luz del sol. En eso llegó a mis nervios ópticos, acomodándose en el fondo de mis retinas, como en un palco de primera.

## EL LOCO

Yo seguía andando en el mundo. Y desde mis ojos mi Sentido Crítico se mataba de risa.

## II

Resintiéndose por nada, con susceptibilidad de criminales o de prostitutas, iban los hombres haciéndose gestos más o menos ridículos, de asco o de desdén.

— Mi Sentido Crítico dijo: — Pueblo chico, infierno grande

De tal manera iba pasando la caravana. Todos se hacían guiños femeninos, hasta que al fin dos de los hombres se fueron a las manos, dándose puñadas y puntapiés, que era una satisfacción. Hubo chichones y un poquitín de sangre, con beneplácito general.

Pasó la de varapalosas y vi que mi Espíritu Crítico hablaba con uno de los camorberos.

### ESPÍRITU

Haces mal en dar oído por nada a tu sangre.

### CAMORRERO

No, no es por nada: era una calumnia.

### ESPÍRITU

Gracias a Dios. Felizmente fue calumnia. Cuánto me alegro. Te felicito.

### CAMORRERO

Loco... ¿Qué dices?

### ESPIRITU

Digo que felizmente fue calumnia; que lo terrible para tí hubiera sido que lo que te dijo sea verdad, porque sabe que la verdad es la prolongación del hecho.

**ARTURO BORDA**

**CAMORRERO**

Así es. Pero una calumnia me subleba.

**ESPÍRITU**

Dando gracias por agravios comercian los hombres sabios.

**CAMORRERO**

Ya lo sabía.

**ESPÍRITU**

¿Sí? Pues no basta saber, es necesario que entiendas, porque si sólo te detienes a observar lo que el céfiro deshace, jamás comprenderás aquello que perdura resistiendo el aquilón de los siglos.

La arenilla de la vía con que el aura hierde tus pies no haga apartar tu vista del lucero del alba. El primero siendo un mundo es el anuncio de la maravilla del sol, y el segundo, siendo también un mundo, es el luminoso heraldo de las constelaciones que irán en la noche de Levante a Poniente, demostrando con su existencia la nimiedad del sol y de la arenilla con que el aura hierde tus pies.

Hombre, alza tus ojos más allá de los horizontes y mira la eternidad en los abismos sin fondo de tu alma; entonces tu naturaleza quedará anestésica a las injurias del tiempo y de los hombres.

Hombre, no te extasíes más en tus indumentos, ni sea tu cuerpo...

**CAMORRERO**

¡Uf ¡ Acabáramos, Loco.

**ESPÍRITU**

Hermano, dado el tiempo en que andamos, ser loco, sucio y pobre, es, lo se, un delito y acaso si hasta un estigma; así yo sé que tú y los demás ignoran que...

**EL LOCO**

**CAMORRERO**

Bravo. Estás divertido. Pero di aquella maravilla que tú sólo pretendes saber. ¿Acaso es un secreto divino?

**ESPÍRITU**

Algo así. ¿No ves cómo en medio mismo de mis cóleras amo todo con amor infinito?.

**CAMORRERO**

Eso es verdad o por lo menos así parece. Pero larga de una vez aquel tu secreto que ya me va intrigando.

**ESPÍRITU**

¿Eso...?

**CAMORRERO**

Sí.

**ESPÍRITU**

Es sencillamente el secreto de la misericordia sin fin. Lo diré.

Pero ¿no te avergüenza aprender de la boca de un insano? Eso... ¡já, já já! ¿Sabes mi secreto? Yo respiro con el corazón.

**CAMORRERO**

¡ Já, já, já! ¿Cómo se entiende?.

**ESPÍRITU**

Pues medita y considera que te doy el secreto de la paz interior ante los ultrajes de la vida.

**CAMORRERO**

No entiendo. Di de otra manera.

ARTURO BORDA

ESPÍRITU

Hay sugerencias que no se las ha de dar sino de una sola manera.

CAMORRERO

¿Por qué?.

ESPÍRITU

No sé; pero más provecho te reportará el que averigües por tí mismo. Lo que se aprende sin la limosna del profesor es lo único que se aprende a conciencia.

CAMORRERO

Mas, dime, entonces ¿por qué hieres a los demás?.

ESPÍRITU

Por amor, por aquello de que **quien bien te quiere te hará llorar**; porque si los mismos y las insinuaciones no llevan a los que amamos, entonces es menester herirles para que por tal manera se eleven.

CAMORRERO

¡Já, já, já! Estás sublime, Loco. Sublimemente rematado.

ESPÍRITU

Sí; no niego. Pero tú estás bobamente cuerdo, tanto que necesitas látigo.

CAMORRERO

¿Por qué?.

ESPÍRITU

Porque para arrancarte una chispa del fuego que inflama y purifica, es decir, del Holor, el amor y la belleza,,

## EL LOCO

necesitas un golpe violento. Sólo al choque del acero el pedernal enciende la yesca.

**CAMORRERO**

¡Hum...

**ESPÍRITU**

¿Y callas ahora, tú, el hombre sensato? ¿Ya no largas tu carcajada? ¿meditas?.

**CAMORRERO**

Loco ¿es que acaso hieres por amor? ¿Y cómo puede ser eso?.

**ESPÍRITU**

Ya lo creo; y si supiese que asesinando he de arrancar a mi víctima la nota sublime e inmortal, y esa víctima fueses tú, aquí mismo te quemó a fuego lento.

**CAMORRERO (asustado)**

¡Loco! ¡Loco...!

**ESPÍRITU**

Silencio, cobarde... Pues ahora por tí y para siempre he de grabar con mi sangre esta tragedia en tus pupilas.

\*

En eso una densa niebla veló la escena y se oyó el angustioso jadear de la lucha, mientras yo fui despertando poco a poco.

**CRITICA**

Un día, inocentemente quise dar mi opinión acerca de un libro recientemente publicado, y eso por encargo; pero como quiera que las primeras intenciones adolecen

## ARTURO BORDA

siempre del capital defecto de la inocencia, hablando socialmente, y, por consiguiente, buena intención, no lo hice, de lo que me alegro en el alma, ya que toda opinión es particularmente del sujeto que la emite.

Quizá eso de la opinión de los críticos esté muy bien para los muy ignorantes o para los insensibles, y lejos de tratar de levantar el estado intelectual y moral de los hombres, vela, más bien la intención aviesa de rezagarlos, impidiendo el ejercicio de su propio discernimiento, lo cual entiendo que constituye la más alta forma de criminalidad.

Hogaño, gracias a Dios o al Diablo, irá disminuyendo el número de los imbéciles, sabiendo que el individuo para saber lo que siente o piensa no requiere de magister, mentor o bedel. Hablo de la gente que todavía vale más o menos.

Como digo, ahora cada cual, en conciencia o por simple soberbia, debe querer saber lo que él mismo siente y piensa y hace.

Felizmente debo suponer que ya no existe más de una veintena de aquellos desgraciados, entre la juventud, que para saber lo que ellos mismos sienten y piensan y hacen, les es necesario que previamente hable el crítico. Si habrá nada más ridículo para el Rey de la Naturaleza.

Es en verdad una gran vergüenza para los tiempos idos el que tuvieran sus hombres la necesidad de vivir pendientes de la opinión del crítico, mentor o maestro, sancionando así su absoluta incapacidad de inteligencia y libertad, su nulidad total de propio gobierno.

Por eso haremos que todos se burlen de la **opinión**

que es el despotismo y la más odiosa tiranía de las conciencias, imbuyendo en la juventud el hecho ultracósmico de que primero, ante todo y sobre todo es el YO, en todo orden de cosas y fuerzas, y que sepan que en arte muy especialmente, lo que viene del corazón va directamente al corazón, como en la vida de relación amorosa, esforzando-

## EL LOCO

se así el artista en remover el máximum de las pasiones. Para eso recurre muchas veces a verdaderos excesos de técnica, cuyo análisis sería soporífero para los neófitos y aun para los técnicos. Pero la técnica es asunto de pura forma, lo de menos valor, ya sea en el arte o en la ciencia; el valor absoluto siempre está en el fondo.

De modo, pues, que no hay nadie que no esté capacitado para juzgar la obra de arte, desde el momento que a lo que debe concretarse uno es a decir llanamente, y esto puede parecer un sacrilegio: —• Me gusta, o, No rae gusta. — Y ello es definitivo para el individuo y para la obra con relación a él, porque toda apreciación siempre es absolutamente personal, por mucho que se haya recogido la opinión de los demás y creamos haber ajustado nuestro pensamiento al sentir del común de las gentes. Yo sé que absolutamente nadie puede sentir ni pensar por mí mi propio pensamiento ni yo puedo hacer eso por nadie. Es por ello que hay muy pocas personas que se hallan acordes, conscientemente, respecto del valor de la obra artística. Y la dispersión de apreciaciones será mayor en asuntos exóticos de forma o de fondo; en cambio aunará mayores pareceres, siempre que se trate de asuntos que física, moral e intelectualmente, comprendan los hechos y las fuerzas más sencillos y generales.

Esto aún a pesar de la Pitonisa de Delfos, que dice: Conócete y conocerás el mundo.

Aquí debo decir que todo artista lo primero que debe buscar es el misterioso tic emotivo, y debe hacerlo con la misma emotividad de ansias que con la que los mendigos buscan una moneda cuyo ruido han oído cuando caía en el pedregal.

Decía que el arte es esencialmente individual, tanto para el hecho de la apreciación cuanto para el de la creación y ejecución. Y así es, a tal punto, que temo no haya una segunda persona que experimente la emoción del autor, que es justo suponer que tal debería ser la emoción a sentirse por los demás, toda vez que ella es la verdadera, por ser la genitora y llevar en si esa intención y ese he-

## ARTURO BORDA

cho. Pero esto mismo resultará un juguete, sabiendo que el mismo autor jamás experimenta la misma sensación cuando concibe que cuando ejecuta y menos aun cuando la considera y aun más a la crítica después de algún tiempo, sin que él mismo atine entonces a expresar el valor cualitativo de su primera emoción. ¿Cuánto menos, pues, un extraño sabrá dar, por sabio que sea, el valor intrínseco estético de la obra puesta en tela de juicio?.

He ahí por qué reniego contra los críticos que en materia de arte quieren imponer sus teorías, so pretexto de apoyarse en los fundamentos estéticos, cuyos orígenes y modalidades de acción aun no se sabe a ciencia cierta, no obstante los enormes esfuerzos de cerebros verdaderamente privilegiados en la materia.

El corazón del oyente o espectador acepta o rechaza de plano, y no hay después razones suficientes que modifiquen dicho fallo; ya se puede disertar durante siglos por convencerlos en sentido contrario que no se lograría ninguna modificación concienzuda, porque sencillamente no ve, oye, siente y comprende, si no es lo que oye, ve, siente y comprende, según su constitución orgánica, es decir, según la limitación a que le sujeta la naturaleza.

Por eso, para que cada cual sepa lo que le satisface o no, no ha menester de la opinión antelada de ningún crítico, aunque él se llame Goethe, toda vez que el sentido íntimo universal del individuo acerca del amor, de lo bello y de lo bueno, es constitucional a despecho de todas las teorías pedagógicas, y está por encima de todo razonamiento intuitivo de cualquier extraño, más bien dicho, de cualquiera sugestión, aunque fuese gnóstica, ya que esa facultad de comprender el ideal no es cuestión de simple cultura, sino que, como queda dicho, es orgánica.

\*

A veces tengo ganas de refundir estas ideas dispersas. Pero sería para que ya nadie lea; en cambio, de estas cosillas que salen en forma de chispazos, queda siempre algo, en virtud del carácter sintético que llevan como se-

## EL LOCO

llo. Pero es de urgencia inaplazable arrancar las caretas de los críticos y pedagogos simuladores, dedicados a amedrentar e imbecilizar a la juventud. No señor, a la juventud hay que salvarla, y no adulándola con zalamerías, atrapándola en esas telarañas para luego esclavizarla con imaginarios deberes de gratitud, con objeto de utilizar su apoyo en los éxitos de la exhibición egoísta. Eso no. A la juventud hay que salvarla educándola en una escuela de impúdica verdad y justicia despiadada, conduciéndola rectilíneamente por la senda de la dignidad, y esto con el ejemplo personal, por dolorosa que sea, sin esperar ni querer su apoyo para nada, estimándola, más bien, como a mendiga que luego nos habrá de arrebatar nuestros derechos en el tiempo y en el saber. Sólo así se obra honradamente con la juventud: haciéndole el bien y rehuendo sus favores. Lo demás es hacer lo que hacen todos los vividores: corromperla con el ejemplo para utilizar sus servicios.

La justicia y la verdad imponen ser duro.

\*

Cuanto más psicólogo sea el individuo, será tanto más depravado; porque sólo puede conocer el corazón y la mente humanos quien haya sondeado los abismos de las pasiones más bajas y haya igualmente escrutado los horizontes de todo ideal.

Así, pues, la sabiduría está en razón directa del grado de malicia, o, lo que es igual, del espíritu crítico, para lo cual es necesario poseer la perversión y la sublimidad, ambas quintaesenciadas.

He aquí cómo la sabiduría, el orgullo de algunos necios, no es otra cosa que algo así como la letrina del género humano. ¿Quién quiere ensoberbecerse con tal inmundicia?

Nada enseña tanto el laconismo como el hastío. El movimiento acusa peso.

## ARTURO BORDA

La potencia economiza cantidad.

Amaneció y me puse en trabajo. La pieza estaba decorada al estilo rococó, rosa bajo y verdemalva. Los cortinajes eran de tela pérsica rielada de oro y plata. Fina alfombra de Damasco: muebles asimétricos y calados, cual si fuesen de una Alambra desarticulada; estatuas femeninas que se dislocan; juguetes en multitud y en dispersión: tanagras, sevres y mayólicas. En el aire danzan mil espíritus alados, lascivamente inquietos. En todas partes véese maceteros floridos. Todo se abigarra como en los antiguos salones provincianos de las bisabuelas. Durante el día mi trabajo fué alegre. Al anochecer, porque la habitación no tenía luz y porque las sombras eran ya impenetrables, cerrando fuertemente la puerta pasé a la otra pieza.

\*

## SUPERVIVENCIA DEL PASADO

Salón espacioso y severo. Grandes ventanales a los cuatro vientos. Ni un adorno. Iluminación uniforme, suave y láctea. No se sabe de dónde viene aquella luz que con el azul unánime y pálido del recinto, sugiere la inmensidad y útiles de trabajo en una mesa. En ella, con agua hasta la mitad, un esbelto cáliz de cristal, en cuyos bordes se mustia un geráneo. Estoy trabajando en silencio serenamente abstraído; pero de pronto oigo, en la sala que abandoné, una voz chillona, que a modo de cotorra no cesa su parloteo fanfarrón. Tanto dijo, que cien veces quise, inquieto ya, entrar e imponer silencio; pero la puerta estaba cerrada a cal y canto. Luego salí muy agitado a los balcones. La noche era lóbrega. Cuando se insinuaba el alba vi con sorpresa un individuo a mi lado, que me habló entablando la siguiente conversación:

—Hace mucho rato que te observo. ¿Por qué te impacientas? No debes interrumpir tan a menudo tu quehacer; pierdes lamentablemente tus horas.

—Eso es cierto. Pero ¿no oyes? A mí que desde el amanecer estuve trabajando, y ya llevo mediada la noche,

## EL LOCO

no me deja esa maldita voz de la habitación contigua. Tiene para mí la impertinencia de una obsesión en la neurosis. Es una voz ruda y jactanciosa, cuando no meliflua, que ya no puedo tolerarla. Nota cómo aminorándose quiere esconder las pretensiones que trasuda

—Eso se comprende sobradamente. Es la humildad y la modestia pregonadas; es el asco de la simulación ostensible e impotente.

—Ya lo creo. Ahora presta atención y verás que cuanto más rebusca los giros, ya para ser elegante y conciso, o para ser lato, deslumbrante y laberíntico, es repelente y pegajoso. Pues ¿quieres hacerme un servicio?

—El que gustes, si es para que continúes tu faena.

—Gracias. Ahora anda donde ese sujeto y ruégale que se vaya a donde yo no sepa más de él; háme hastiado hasta la repugnancia.

—Conforme. Pero ¿y si aun por malas no quisiera?

—¿Si no quisiera, dices?

—Indudablemente. Es necesario prever siempre lo posible. ¿No sabes acaso que hombre precavido jamás es vencido?

—Pues entonces, por favor, por caridad, mátalos. Yo me hago responsable. Ni sospechas lo fastidiado que me tiene: soy capaz de matarme a fin de librarme de él.

—Entonces, bueno; iré —dice y sale para volver pronto, riendo a carcajadas. Y agrega: — Es inútil todo esfuerzo; no hay modo de convencerlo; ni siquiera se mueve. Le tapé la boca y su voz seguía resonando en los ecos, en legiones infinitas. Y habla de un modo impasible, cual si fuese un autómatas, sin fatiga ni impaciencias. Su voz es una fatalidad: imposible reprimirla.

—¿Dices que no hay cómo obligarlo a callar? Entonces yo me voy. No puedo ya con su gritería.

## ARTURO BORDA

—Es en vano; ni debajo de tierra te libras de su voz. Más aún: ni muerto.

—¿Por qué...?

—Porque eres tú mismo: es tu pasado el que grita.

—¿Qué...? ¿Mi pasado...? ¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Ah, si yo pudiera corregir mi ayer! Te juro enmendarme hasta adquirir la simplicidad del niño.

—Eso está muy bien. Pero sabe que en el individuo su destino es cincelar con el presente únicamente su pasado. Y como no se puede retroceder en el tiempo, el pretérito es lo irremediable; de manera que la enmienda **sólo** puede ser presente. Yo te perdono. Ahora sé paciente y laborioso, porque tienes que robar tiempo a tu sueño, casi a resarcir el tiempo perdido, hasta que tus días sean la ignición deslumbradora de la verdad.

Dijo descansando su mano en mi nuca mientras que yo tomaba asiento.

Y rendido por las veinticuatro horas de trabajo caí rendido en un sueño pesado.

\*

Posiblemente serían artistas. Iban delante de mí. Uno de ellos hablaba entusiastamente, preguntando a cada momento; pero el otro no contestaba; parecía seriamente preocupado.

\*

La primera armonía a la que es susceptible el ser es a la de la música, se entiende que conscientemente. Pero cuando el corazón, dolorido ya, no lo tolera, busca su goce en la línea y el color; mas cuando el alma se sensibiliza tanto que ya no tolera ni estas sinfonías mudas, es que se refugia en el silencio y en las sombras. Pero llega también un instante en que el espíritu halla en el silencio y en las

## EL LOCO

sombras otras más sutiles armonías sin forma. Entonces, cuando en tal condición de aislamiento y mudez sufre todavía el alma con la música insonora, entonces... sepa cada cual lo que pasa en sí.

La expresión artística es lo bárbaro del ideal, es su materia bruta.

Eso que forma el arte mismo en la música, eso no suena ninguna lira, ni la de Apolo, ello jamás halla eco en la trompa de Esculapio, porque desde el mudo suspirar hasta los fragores de la tempestad de la alta poesía, todo pasa en el misterio del silencio, sólo repercute en la bóveda impalpable del ensueño.

La iniciación en el verdadero arte, en su sentido más real, artificio, está en la ciencia; es ella quien desentrañando impasiblemente la verdad se ahonda en el misterio, navegando en las ondas filosóficas, sobre las cuales emergen las imágenes de lo sublime, a cuyo imperio se hace en nosotros el ensueño, para el trasunto de lo cual obra el arte plástico o subjetivo. Mas, como la manifestación de ambas formas es hierática, origina en el espectador la insatisfacción y viene la imagen poética en el verso melódico que nos arrastra hacia la música. Pero cuando ella agota su divina virtud en nuestros tensos nervios, es que ha llegado a la suprema percepción de la eufonía cósmica, y nuestra alma será ya una filomela.

De tal zona se desciende con la muerte. Se está en el reino del Señor. Entonces se hace audible el bosquejo que la eternidad hace del hombre el Ser Supremo.

Pero semejante condición es perfectamente incomprendible aun para los mismos músicos. Infelices Beethoven, Palestrina o Mendelsson, sonad vuestras trompas, vuestros atabales y clarines, en sonatas, pastorales o barcarolas, para los sordos al silencio, que habéis creado cence rros insufribles, intentando exteriorizar el rumoreo del silencio en vuestras almas.

Hasta ahora no encuentro ninguna obra de arte que responda al concepto y necesidad que siento del arte; in-

## ARTURO BORDA

cluso lo sublime en la música, deja vacíos de infinito en mi espíritu. He ahí la causa de mi silencio místico.

Sin embargo, existen algunas obras en literatura, música, arquitectura, escultura y pintura y coreografía, que se puede recomendar como notas máximas de la potencia humana. Pero como nada hay escrito acerca de los gustos particulares, puede que yo esté equivocado, por eso me privo de indicar esas obras que las hay tanto en el arte antiguo como en el moderno.

Y es curioso cómo cualquiera creería que hablo en serio. Pero en realidad ¿cómo es?

Dijo. Pero el otro no contestó.

\*

No hay cosa más insoportable que la compañía del que está pensando, porque aunque nos responda con la más amable de sus sonrisas nos sentimos perfectamente inútiles, quizá si ni nos mira ni nos oye, casi sentimos que ni siquiera le servimos de estorbo. Y a veces cómo nos molesta ese aislamiento de sí mismo del meditabundo, como si nos hubiera robado algo de nosotros, huyendo fuera de sí a zonas insospechables, succionándonos el alma y dejándonos ausentes de nosotros mismos. Pero cuando se es el que medita, entonces, cual si nos halláramos mecidos dulcemente abstraídos en la serenidad de los azules, oímos como con teléfono a los que están a nuestro lado, mirándolos cual si fuera con un antejo de larga vista, mientras que nuestra mente se va alejando veloz en la eternidad de los infinitos.

\*

## EL VIOLIN

También de negro, llevando como siempre su violín en esa su especie de ataúd, pasó, la virgencita, esbelta, gentil, soñadora, elástica, nerviosa y túrgida, oliendo a amor. Me saludó. Por toda respuesta la seguí. Su olor, sus formas y sus miradas me arrastraban.

## EL LOCO

Así entramos al teatro.

La orquesta, no sé si la del Círculo de Bellas Artes o la del Conservatorio de Música, se hallaba ensayando la Danza de las Horas.

Y después, cuando concluyó esa danza, extinguiéndose sus sonos en el gran mutismo de aquel teatro escueto, ella sólita empezó a ejecutar un solo que repercutía litúrgicamente en el silencio ecoico de esa mansión abandonada. Y yo, a través de la densa penumbra, disimulado aún entre los rojos cortinajes del palco más distante, la estuve contemplando en adoración sacra y profana a la vez. Era ella, así como estaba, la más hermosa imagen del ensueño. Había que verla. Mientras que con el arco arrancaba arpegios extraños, inclinó dulcemente su cabecita en la sonora caja del violín, entreabriendo sus purpurinos labios, mientras entornaba los ojos al cerrar los párpados, cual si soñara oyendo en éxtasis las lejanas armonías del recuerdo o las vagas promisiones del amor ansiado. En eso me sorprendió ver que poco a poco ella misma se iba transformando en su propio violín, en tanto que al influjo de rarísimos estremecimientos sentí que mis nervios eran las cuerdas, en las que ella con sus dedos alargados en arco de fluido magnético, arrancaba, ante el asombro de los concertistas, sonos tan admirables que en ritornello modulaban claramente las palabras.

### MIS NERVIOS

En esta misteriosa cita  
de un leve y dulce no sé qué,  
yo no sé, yo no sé,  
¡oh mi gentil princesita!,  
yo no sé cuánto te quiero,  
que sin esperanza te espero.

Mas, oye ya, cómo delira y vibra  
de nuestros seres cada una de sus fibras

### NUESTROS NERVIOS A DÚO

El poeta pide tan poco,  
casi nada:

## ARTURO BORDA

es un limosnero de amor.

¿Qué...?

¿Amor he dicho?

Nada.

Mucho menos:

una sonrisa o una frase le basta,

y no para él,

sino que para su obra.

Y si no decide:

—¡Qué bello! ¡Qué hermoso!—

refiriéndose a su estrofa y a su mármol

o a la euritmia de un croquis;

alabadle una pincelada

o la melodía de una partitura

y luego atracadle un puntapié

y no habrá en el orbe soberano más feliz.

Pero él es también la eterna insatisfacción,

por eso se le ve,

cual un eterno Proteo,

harto de esperanzas,

recomenzar

mil y mil veces

incansable y longividente.

Y así se sumerge

en los vórtices de la belleza

y en todos los misterios,

en pos siempre del sublime toque.

Si en su largo buceo descubre el **quid**,

ciego de alegría arranca un girón del misterio,

huyendo ebrio en un calofrío de la gloria

para dilatar los corazones

en el arambel de su armonía.

Pero entonces musitadle:

—¡Qué feo! ¡Qué ridículo!—

y.

pese a su incansable vigor

y a su indómita audacia

para increpar al misterio en las tinieblas,

gemirá en agonía

entre la glicina de sus rubores,

## EL LOCO

en lo profundo de su retiro,  
él,  
curtido en la inclemencia de todos los fragores.

Pobre almita de niño grande.  
Mas, disimulando la sangrienta burla,  
silbadle al oído el falaz:  
—¡Sublime! ¡Sublime!—  
y será, inocente y crédulo,  
un nuevo Lázaro  
que con loco e indómito afán,  
olvidado de la vida,  
solo,  
iluminado el corazón,  
se internará en vértigo  
en el caos mismo  
para arrancar la suprema armonía,,  
formando en ello el escabel de la bien amada.

## SUS NERVIOS

El poeta pide tan poco,  
casi nada:  
es un limosnero de amor.  
Entonces,  
como premio  
al dolor  
y misterio  
del bohemio,  
dadle en caridad  
de amor y piedad  
una esperanza y un abrazo.

Dijo mientras que abrazando con cariño su violín; resonaba toda ella, ¡oh caja musical!, cuando sus ojos y sus labios parecían sonreírme en el silencio en el silencio de aquella desierta penumbra, en la cual sonaron extrañamente mis palmadas de aplauso, produciendo un estremecimiento en los concertistas, en tanto que el teatro fingía haber adquirido proporciones de infinitud.

¡Y salí a carrera! No sé más.

**ARTURO BORDA**

**LA ILUSIÓN, POESÍA CLEPSIDRA Y LA CELESTE GRACIA**

Cerré los ojos y comencé a dormir. Y como siempre, floreciendo de las sombras más densas, apareció Ella, entrecerrando sus párpados, casi desnuda, tendida en el lecho de sulamita, mientras que a mi lado se incorporaba mi cuerpo.

**EL ALMA (asustada)**

¡Silencio! Pasito a paso; no respire, Cuerpo mío.

¡Oh, cómo duermes! Cómo al acezar suben y bajan sus pechos duros y vírgenes. Cuan suave y fresca es su tez.

Pero quieto, Cuerpo; pasito a paso. No hables. Ella es el alma de los ensueños: viene cuando comienzo a dormir y se va al despertar.

Qué sueño tan dulce.

**MI CUERPO (agitándose)**

Y su anacarada carne es un zahumerio de amor.

**MI ALMA**

Mira, Cuerpo mío, cómo todas sus formas se diseñan al través del leve tul que la cubre.

**MI CUERPO**

El vaivén de sus pechos se acelera y sus labios sonrín.  
¡Oh amor!

**MI ALMA**

¡Chito! Pasito a paso; no hables, Cuerpo. **MI**

**CUERPO (avanzando excitado)**

No más, ¡oh Luz De Luna!...

## EL LOCO

**ELLA** (sonríe, se ruboriza, entreabre levemente sus ojos soñadores y desaparece sin moverse)

.....

### MI ALMA

Cuerpo imbécil... No sabes que la Ilusión no se toca; sería una injuria. Ahora despierta para tu mal

Y desperté en mi destartada buhardilla oscura y fría.

\*

Esta mañana, entre la modorra del último ensueño, quise clasificar los actos de mi vida, es decir, quise hacer un examen de conciencia; pero mi pasado, desde el momento más próximo, sólo me dio el miraje de lejanías espectrales: seres, cosas, efectos y causas. Todo pasó esfumándose allá, en los confines del recuerdo, donde como una promisión surge Ella, imprecisa también, mas, entre ella y yo se interponen dos sombras muy negras, sobre los confines.

Y es tanta la imprecisión de mi pasado en el mistero de mi origen, que el concepto de la existencia se me presenta terroríficamente en algo como en un reloj de arena o Clepsidra: una eternidad arriba, pasando segundo a segundo por nuestra vida hacia la otra eternidad hacia abajo, así: /

LA ETERNIDAD DEL  
FUTURO PASAN-  
DO POR  
YO  
HACIA  
EL PRETÉRITO QUE  
ES LA OTRATERNIDAD

¡Oh! la eterna filtración del Origen en mí, hasta que, gastado ya mi cuerpo, en el instante dado todo se precipita. De modo, pues, que si no hay tiempo para ver el mi-

## ARTURO BORDA

nuto, que pasamos, ¿qué tiempo habrá para revisar lo que fue, sin perjuicio de nuestro segundo? En este punto la historia me parece el sarcasmo de la vida al hombre.

En resumen, ¿qué hacer y para qué?

\*

## LA CELESTE GRACIA

El gentío hormigueaba con rumor de colmena. Lindas niñas y mujeres, y apuestos hombres, y jóvenes, entretejían el ambiente con sus miradas de secretos sádicos, en tanto que al soplo de las auras y en las ondas de una alegre música diseñaban sensuales las muselinas el vaivén de las excitantes formas:

Y en el abandono carnal de una especie de lascivia, mientras el deseo resbalaba en las ebúrneas turgencias a través de las sedas a modo de sombra de cristal, cerré los párpados, porque yo estaba abstraído en una idea que no quería precisarse en las profundidades de mi ser. Entonces, sin inquietarme y, más bien, arrullándome leve, lenta y dulcemente, igual al murmullo de un manantial, noté que tu voz sonaba en mi pensamiento que se hundía en las tempestades de la abstracción, acompañándome. De ese modo estaba ausente mi espíritu, buceando en las eternidades de mi existencia a la vez que tu acento semejaba ya el rumor de las olas empujando de soslayo la nave a la orilla.

En eso abrí los párpados y vi que de tus ojos soñadores llegaba a mi en alma y carne tu deseo, abriéndose infinitamente. Tu belleza me inundaba y absorbía. De esa suerte nuestras miradas se penetraron en la angurriente desesperación de los estranguladores abrazos erijas gozosas y dolorosas desfloraciones, asfixiándonos en la succión de las bocas hambrientas del beso más hondo y leve; sin embargo, estábamos rojos, igual a dos enemigos petrificados, viviendo, no obstante, simultáneamente uno en otro a semejanza de lazos que se retuercen y anudan. Mas el silencio se alargaba ya una eternidad y visiblemente quería-

## EL LOCO

mos estrecharnos las manos; pero los espectadores de tan singular e instantáneo duelo, se interpusieron circulando animadamente.

Es incuestionable que ahora sólo el recuerdo verbenea en nuestros corazones. Yo pienso que si me amabas y deseabas así en la potencia de tus miradas con tu alma aun más soberana en la gentil majestad de tu belleza, debí hacerte mía aunque hubieras sido mi Ana Bolena, y tú ¿no piensas que debiste hacerme tuyo aunque hubiera resultado yo tu Otelo? Di ¿no querías consumirme en una vorágine de ansias seráficas y criminales, como yo ansiaba aniquilarte hasta la nada: sólo mía en la posesión más íntegra de mi egoísmo?

Pues bien, tú que sentiste aquella misteriosa posesión suave y brutal en la súbita penetración de nuestras miradas, acuérdate que ese milagro sucede sólo una vez, si no se posee el secreto de las fuerzas ocultas, y...

¡Oh! El pensamiento me repugna ya, porque no me deja amar: me succiona todo el tiempo en un incesante zumbido cerebral.

## UNA VOZ

Cierra los labios  
y no cesará la celeste gracia.

Era en los últimos días de invierno. Las postreras nieves estaban desheliéndose en las cumbres del lado del Ocaso. El sol iba a hundirse; su luz era pálida y fría, tanto que sugería no sé qué de cadáver. Soplaban un viento agudo y taladrante hasta los huesos. En los campos mustiados, alguno que otro gorrión cantaba tristemente. Cansado de la caminata, me senté en un pedrón a la vera del camino, detrás de un tapial, protegiéndome del vientecillo norte. Entre tanto oí pasos en el pedregal, como si mascasen arena, y un gangueo de voces que discutían, las cuales poco a poco se iban haciendo más claras, más distintas, hasta que por último se las oía bastante claramente:

## ARTURO BORDA

—Naturalmente. Pero yo no puedo dejar; porque casi ya es en mí una necesidad orgánica el vaciar mi alma en la expresión de mis sentimientos.

—Pero si tu obra no ha de llevar el sello de tu alma empapada en el calor de la vida, abandónala; pierdes tiempo. Para el arte no basta la simple emoción, pues hay cierto tic misterioso que sólo intuye el hábito de una aguda observación que está y no está a la vez en el fondo y en la forma, donde además no ha llegado hasta la fecha ninguna crítica que yo sepa.

—¿Y entonces...?

—Entonces yo te diría, no emprendas nada, sin considerar que es tu último instante. Mas, si continúas respirando, prosigue; porque ¿quién sabe si hagas algo grande, si bien es cierto que apenas será un imperceptible destello? Pues tan efímera es la existencia, que, consagrada íntegramente al buceo de lo incognoscible, dala por bien habida si logras un solo signo de la verdad y de la belleza. Y serás original.

Tales eran las últimas palabras que oí, mientras pasaban. Después el rumor de sus voces se fue confundiendo con el crujido de las piedras a cada paso que daban. Mientras tanto yo los estaba mirando cómo se alejaban, andando lentamente, con aspecto muy preocupado, hasta que desaparecieron detrás de una colina. Y como la noche se intensificaba rápidamente, yo también regresé a la ciudad, pensando en ese fragmento de conversación que oí, aunque es verdad que no alcanzo a comprender claramente su sentido.

\*

## LA PLUMEA BARCA

Había razón; tantas cosas me sucedieron durante el día... Sobre todo, lo que me sublevó fue que sin causa que yo sepa esas gentes se me hayan mofado con tanta crueldad. Pues recuerdo que no hice nada más que pasar preo-

## EL LOCO

cupado en mis asuntos, sin darme cuenta de nadie ni de nada; y ellos que de pronto me escupen su brutal carcajada. Pero ¿por qué? Si es para matarse de rabia. Sólo les oí decir: ¿Su ideal...?

En fin, ya pasó.

Sin embargo, reponiéndome los reconocí y la tranquilidad se ha hecho en mi alma; pues a varias de esas gentes las he visto caer locas y ciegas, a unas por simples amorcillos carnales, y a otras por conseguir un poquitín de oro, moviéndose para ello con la inocente torpeza de verdaderas criaturas. Por esta razón me he preguntado ¿qué desesperadas locuras impacientes no cometieran si tuviesen que someter su entusiasmo a un largo sacrificio resignado^ para el logro de un gran ideal?

Mas, dejemos ya este asunto, porque ahora lo que me desespera es que por falta de tiempo no pueda describir el deseo, las ideas, el amor y las imágenes que suscitó en mí aquella hermosa hembra que pasó mirándome con tanta insistencia, sonriendo con su linda boquita, aun cuando haya sido con la misma intención de aquellas otras gentes que se me burlaban.

Este andar y andar... Que no se pueda leer, ni contemplar, ni pensar, ni escribir: pues, ¡anda que andarás siempre en pos del maldito mendrugo...!

Cierto que es preferible ser perro, porque con qué facilidad halla su roña para roer en su perenne tiempo libre, mientras que nuestras altas facultades del espíritu, rabiosas de desesperación van arañando en el cerebro y el corazón.

De veras: aun cuando fuese por maldición, si uno fuese de una vez siquiera Ahasvérus, estaría bien. Pero ni eso.

Esto de tener que sentir, leer y escribir como ladrón, a salto de mata. Y andar y andar...

## ARTURO BORDA

Felizmente ya está atardeciendo; pronto llegará la noche. El olvido en el sueño es tónico reparador del que sufre.

Por eso hace tiempo que estoy enfermo de una in-nombrada tristeza que me sume en nirvanas de honda pena en que de por sí mis ideas son cantos; pero al escribirlos o decirlos siento algo así como si me muriese, o, mejor dicho, cual si la escritura y la palabra matasen mi libertad interior: solamente me siento vivir en el silencio de la melancolía que me consume. ¡Qué vuelos entonces los de mi alma! Mas, no siempre me entristece la tristeza; a veces me indigna o me alegra. Ahora es pena, porque yo que quisiera publicar estas cuartillas, veo que muerto yo se las llevará el viento en ceniza y humo. ¡Quién tuviera un poco de oro!

Meditando de tal modo caminé largo espacio hasta que me quedé contemplando la siguiente escena.

Eran los últimos rayos del sol poniente cuando la paloma descendió como sobre un pedestal a la coronación de la chimenea, que se destacaba fuertemente sobre un cielo rosa luminoso. Entonces con una de las patitas se rascó activamente la cabeza; después, extendiendo un ala, llevó debajo de ella su cabecita, para limpiar con sumo cuidado con su pico las plumas que las iba alizando. Así la otra. En seguida de igual modo hermoseó su cola. Acto continuo el plumón tornasol de su blando peto abultado lo dejó lindamente reluciente, destellando las gamas del iris. Después, esponjándose toda ella, se sacudió. Parecía que bailaba dando alegres aletazos. Acto seguido, echándose al aire extendió sus alas y alzó el vuelo. La vi irse hasta ser invisible en los azules de la lejanía.

A poco rato, en forma de góndola iba pausadamente en el aire una fina plumita esmeralda con visos nacarados. Daba gusto verla irse leve y blandamente, semeando la barquichuela de un cuento de hadas.

La tarde caía en las sombras nocturnas.

Es así cómo mi fantasía se echó a volar también.

## EL LOCO

Aquella barquita llevaba un Hada **recostada**, que iba soñando, dulcemente mecida en las ondas del aura. Yo me embarqué, dando un saxto. La abracé, besándola, arañando y mordiscándola. En fin, yo *no* sé qué: yo la iba matando, como ahogándola al sumergirla en las ondas del océano, asfixiándola en las bocanadas de mi acezo a la vez que pretendía penetrarla por todos sus poros. Era el amor.

Y en aquel batel  
fue un beso,  
de tan hondo,  
más aleve  
que un beso,  
el beso aquel  
en el mar infondo.

Mientras tanto el ensueño, hecho música, preludiaba un verdadero encantamiento.

De pronto yo pensé en mis padres. Y del origen mío salió un gran silencio que se fue dilatando en lo eterno, en lo cual todo se iba apagando en un silencio sagrado.

De esa manera estuve volando por sobre la infinitud de la existencia, cuando repentinamente esa estaquilla de mi zapato, que cuando no la golpeo me molesta, me recordó que yo estaba andando en la calle. '

No sé si me da asco o pena, pero todavía he suspirado inconscientemente. La verdad es que ignoro aún si ello me da risa o qué; pero yo sé que todavía no soy yo.

He suspirado inconscientemente, es verdad, pero mi voluntad ha estrangulado por la mitad a ese suspiro fugitivo.

Lo evidente es que no sé cómo se va sintiendo y pensando la vida íntima del alma, cuando nuestras urgencias dispersan locamente nuestros sentimientos e ideas en la ropa, en el pan y en el techo. Y los instantes que huyen de ese modo robándonos el tiempo a la forja de nuestra obra. No obstante, tanto se acostumbra uno a la miseria, que des-

ARTURO BORDA

pues ni la gloria ni la fortuna nos conmueven. Nada: somos la muerte que pasa.

Si yo tuviera...

Pero recuerdo  
que una vez,  
inconsciente  
y súbitamente  
me había vuelto  
un espinal erizado,  
porque me querían...  
proteger...

¡Yo era un espinal!...

A propósito.  
En una ocasión  
a un ignorado  
se le propuso  
la oportunidad  
de dar su gloria  
a la eternidad.

¡Ah! Esta causa de vanidad...  
No: mataré mi nombre  
—dijo el artista—  
y ya no fue más.

\*

Llegando a casa me acosté y dormí; pero pronto tuve que despertar y hacer la luz, porque alguien ha suspirado cerca de mí.

Esos suspiros y ayes que se oye en la noche, como de persona que se acurruca y sufre al pie de nuestra cama, tienen todo el intrigante dulzor de la curiosidad, tanto como aquellas voces suaves, dulces, femeninas, que suenan y repercuten dentro de nuestro cráneo, llamándonos desde lejos por nuestro nombre.

## EL LOCO

Luego era cual si las aurículas se me rompiesen al fin. Entonces igual a un eco de voces que acaban de hablar, del murmullo de mi sangre salían estas palabras: —Pero, ¡imbécil! ¿Por qué no llorabas? ¿Por qué no gritabas cuando era tiempo, cuando la angustia se podía desahogar?— Mas, eso sólo sirvió para que mi orgullo se retrajera violentamente colérico en las reconditeces de mi alma, mientras que el corazón me seguía doliendo como con el estrujón de la blandicie del amor. Es verdad: me da ganas de sacarme con los dedos el corazón y el cerebro, hacerlos picadillo con mis uñas, incluso la localización de la memoria.

La verdad es que me enfurece en un frío de muerte la sobrehumana caridad con que estas gentes me desprecian o compadecen. ¿Por qué? —me pregunto—. ¿Acaso porque tienen plata, Dios sabe cómo, y porque visten lujosamente? ¡Vaya qué cascabeles! ¿Qué hicieron de noble, de grande, de desinteresado en su vida en beneficio de los más, si no fue buscar avaramente oro y honores no más que para divertirse, explotando a todos (!)? ¿Por eso mis immaculados andrajos les da asco... a ellos...?

¡Oh, qué repugnancia, Señor!

Y me parece que yo soy la rebeldía de todas las miserias.

No; nada. Siento que entre mis dedos y mis dientes estoy despedazando cielo y tierra, que luego los escupo y pisoteo.

Es cierto; mis esfuerzos todavía son inútilmente inauditos para sobreponerme a las reacciones de mi derrota que pugna en vano por hacer triunfar la miseria en que me debato solo, altivo, indomable y mudo.

No obstante, lo supremamente horroroso en la secreta rebelión de la indigencia, dentro de la humana moral, es ir taconeando con gran desprecio, en la más absoluta soledad y silencio del yo, todo lo que hay de más sagrado en el alma por cristalización sin crítica, y sin embargo permanecer incorruptible, fuerte y puro como la luz. Esto es lo divinamente macho en la conciencia.

ARTURO BORDA

Mas he aplanado tanto mi vida, que ya me da pena de mí mismo; pero...

La inquietud me obliga a describir mis recuerdos y emociones. Estoy escribiendo en medio de una enorme rudeza que me satura en un desgano y tibieza de convalecencia, cuando como una estrellita que pestañea alegremente en una noche lóbrega, así me hace sonreír el placer de trasuntar mis complejos procesos espirituales, sumergidos en esta maldita tristeza sin causa, que me asalta siempre en lo mejor de mí inocentes alegrías. Es así de qué modo mis sonrisas al iniciarse en lo íntimo de mí ahí mismo desaparecen.

\*

Ahora leo, por distraerme. He tomado un pedazo de periódico que hallé en el zaguán.

En la sección política he leído cosas que me han causado un profundo malestar.

.....

Nada repugna tanto como la adulación que tiene su origen en el sexo o en el estómago, y más aún en el servilismo de la sabiduría de los potentados.

Para el adulator no existe la lealtad, porque por cualquier beneficio del instante del amo que paga hoy, vomitará toda su baba de ingrato al amo de la víspera que le hartaba su holganza hasta ayer no más a trueque de su silencio cómplice.

No hay capital que rente tanto como el servilismo del adulator a sueldo o sin él.

En sus labios, en sus manos y en su cabeza, como en su corazón, yo veo un letrero que dice: —SE ALQUILA—, ni más ni menos que en los muebles, que en las bestias, en los bandidos y en las prostitutas.

## EL LOCO

Lo efectivo es que estamos hartos, cansados, aburridos y agotados de simuladores cotizables, sean intelectuales burgueses o misérrimos proletarios, ignorantes o sabios, aritócratas o plebeyos, pero serviles.

El servilismo tiene dos expresiones manifiestas e inequívocas: la sonrisa y la voz, que van gritando su condición.

Basta ya.

.....

En la sección literaria he leído este pensamiento de Ramón y Cajal:

—"Cuando veáis un hombre despojado de altos ideales, **quiere decir**, que ni anhela ganar el cielo ni granjear honra, apartaos de él; es un vividor disfrazado de persona decente".

Confieso que pocas veces me he sentido tan triste: pues de porrazo le veo convertido al gran Ramón y Cajal en un vulgar oteador de sueldos, de pergaminos y medallitas, y acaso, ofuscado por su ortodoxia, esperando ganar el cielo, sin darse cuenta que reposando a conciencia en tierra firme nos hallamos gravitando en cielos de eternidad.

Pobre Ramón y Cajal, porque independientemente de que confiesa de modo paladino que jamás ha hecho el bien por el bien, desasido de toda cosa y de toda aspiración de provecho personal, está, pues, comprobado que ni siquiera ha sospechado la existencia de tales hombres.

La verdad es que cada cual es de su propio tamaño. Pobre Ramón y Cajal. Y qué lleno está el mundo de Ramones y Cajales, aunque sin su ideal.

.....

Después he visto transcritos los fragmentos admirables de un libro cuyo autor ignoro. Largas horas estuve embelesado releýndolos.

## ARTURO BORDA

Hay veces que algunos autores me arrollan con la vigorosa potencia de su espíritu, con el acierto con que cogen la grandeza de sus temas, con el soberano desarrollo que le dan y la gran belleza con que expresan; y enamorado yo de ese su estilo, me siento arrastrado amorosamente un instante: pretendo imitarles. Pero al momento, súbitamente parte del fondo originario de mi ser una especie de silencioso rayo colérico que al atravesar esas deleitosas sublimidades, explota pulverizándolas. Entonces se plantea repentinamente esa cólera, como ahora; e inmediatamente se pone a recorrer temblando todavía en todo mi cuerpo, a semejanza de esos caballos de pura sangre, que después de dar un gran salto se hallan febrilmente dispuestos a reemprender su carrera, hasta reventar. Y comienzo a escribir precipitadamente lo que dictan mis emociones sin ley.

\*

La transmisión y recepción de la idea en las ondas magnéticas a través del espacio, del tiempo y de la materia, en *la* humanidad, se opera por los ojos, el oído, la voz y las yemas de los dedos, luego por medio del cuero cabelludo que se eriza y por la epidermis de las rodillas y de los hombros. Puesto en trance el individuo, el fenómeno se experimenta de modo inconfundible y sensible; sólo que, según la naturaleza del mensaje, se localiza en alguno de los sitios indicados.

## LA CAPILLA

### I

La vetusta capilla de la Concepción se halla en la cima del montículo de Sopocachi, de frente al Illimani. He llegado a ella entre un vago murmullo que se aproxima al silencio.

Ha comenzado el crepúsculo. Un gris rosado refleja en las sombras.

A esta hora las arcadas del atrio en ruina se imponen con una especie de prestigio fabuloso. Es la hora.

## EL LOCO

### II

Después de un instante de espectación muda, tomo asiento en un poyo de adobes y noto que el silencio se hace más hondo.

\*

Los celajes escalonados en franjas fingen ser regueros de bronce hirviendo sobre un fondo de escarlata oscura, en el cual se destaca pálidamente el Illimani.

\*

Y, mientras estoy abismado en esa contemplación, las sombras de la noche principian a esfumar en tinte ceniciento los contornos de las cosas. El viento que sopla cortándose en las arcadas silba el callado himno de los misterios.

### III

Luego todo queda en calma. Han cesado nuevamente los vientos. Parece haber pasado un inquietante soplo de somnolencia en un lento tañer del Ángelus que huye desliziándose en el espacio y como acariciando toda cosa.

\*

Largo tiempo estuve meditando no sé en qué. Entre tanto la noche me envolvía. Millares de estrellas fulguraban en el firmamento.

El Illimani parece un túmulo de tinieblas. Detrás el cielo se aclara insensiblemente, hasta que salta la luna, como apoyándose en la cima que parece hundirla. Luego se eleva lenta y segura en el cielo tinto, en el que parece disminuir, y aque su única oposición comparativa es el infinito.

### IV

De pronto, despertando de mi letargo al soplo de los vientos que volvían, oí el vago rumoreo de la tierra.

## ARTURO BORDA

La luna está alta y los sapos croan alegremente en las ciénagas.

A lo lejos algún indio toca su quena, como dialogando con el vago rumoreo de la noche. Los perros aullan lastimeramente, cual si fuera ante el paso de un espectro.

Ahora la música se aleja, entonando siempre el mismo son, cuyo eco en los montes huye a hundirse en las legendarias glorias de un imperio deshecho para siempre.

\*

Han pasado los años. Reviso estas cuartillas y voy de paseo por la misma región.

\*

La zona de Sopocachi se ha urbanizado. Han refaccionado la capilla: en vez del techo de paja que tenía, lleva de calamina pintarrajeada. El atrio y la arcada, ya no existen. Es una cosa ridícula. Quizá después de cien años, una nueva vejez le dé algún otro signo de belleza.

\*

A propósito.

Nunca puedo recordar ningún tiempo por la fecha, sino que por sus líneas, colores, aromas, luces, afectos y odios que me impresionaron en el momento; de manera que tal o cual vez es para mí esa mujer, aquel paisaje, tal escena, este perfume o cual otra circunstancia. El tiempo así me resulta algo tan infinitamente personal como mi propia respiración; de manera que el tiempo es absolutamente mío, distinto sin embargo de que así es el verdadero tiempo, toda vez que la eternidad y el infinito no tienen un tiempo índice para su todo. Pero ¿quién podría medir la eternidad de un solo instante de la reconcentración geni-tora de la conciencia? Así, por ejemplo...

Pero no.

## EL LOCO

En estos días hay un poco de animación espiritual entre los lugareños, debido a que un andariego va dando conferencias de propaganda teosófica. El teatro está suficientemente concurrido. No me ha sido posible asistir a ninguna de ellas; pero por la agitación que despertó, estuve tentado de ir y hablar sin más ni más. Y cuando se fue, me puse a pensar una noche lo que posiblemente le hubiese dicho.

\*

Al hacer uso de la palabra, es decir a este selecto auditorio su benevolencia para estas mis pobres frases.

\*

El peregrino de las tierras del Himalaya, de las tierras de Kristna y Devanaguy, la virgen inmemorial y sin par, llegando a Elora a manera de niebla en la aurora y que nos visita en la helada meseta de los Andes entre el Illímani y el Illampu, ha sentido ya el hielo dolmenítico de la serena alma andina y quizá ha podido sospechar también el fondo mediativo de la raza. Ella escucha, oye, atiende y piensa y pondera sin exaltaciones, y ello tanto más cuanto que se refiere a asuntos de altísima contemplación. Tal en el presente caso: la teosofía. Es así que el ilustre peregrino comprenderá que hemos oído con placer sus conferencias y que las hemos meditado con la mejor buena voluntad.

De ello quisiéramos hablar con detención, pero el sitio que ocupo en el rol de esta fiesta me obliga a ser breve: sintético y claro.

En esta hora única en el curso de los siglos, a la que se le podría clasificar como a la descomposición de todas las teogonias, que si bien en su esencia misma llevan un fondo de bondad, sus métodos y sus prácticas los han desvirtuado aún para sus mismos adeptos y apóstoles. Es así que la historia nos muestra a todas las religiones semejantes a ejércitos sanguinarios, destrozándose a sangre y fuego o con la insidia en una lucha sin término. Es decir, que

## ARTURO BORDA

en nombre del ser supremo, a quien todos los credos religiosos estiman como a la infinita bondad (y que sin embargo—según ellos— instituye glorias y penas eternas, llevando por tal manera un cruel cilicio de dudas y temores al espíritu humano...). Digo que a nombre de ese origen, al que convergen todos los dogmas, han hecho del mundo moral, espiritual y material humano un sangriento campo de batalla, luchando entre sí por lo mismo y para lo mismo. De esa manera se rebaten olvidados de la esencia divina de sus doctrinas, buscando únicamente su predominio particular, brutalmente material.

A base de estas objetivaciones, comprendemos que no necesitamos de tales doctrinas.

Es por ello que los que en el universo mundo vemos, oímos y sentimos desde un punto de vista analítico, de hecho, incrédulos ya, nos hallamos fuera de sus esferas, vemos con el deseo de una esperanza, que al fin aparece en el haz de la tierra una doctrina que acaso en fuerza de una mayor comprensión del principio teogónico, y por ello mismo de una mayor verdad, la inmutable bondad de la fuerza divina, va reuniendo en su seno, y en virtud de su suprema tolerancia, a religiones de todos los credos, de todos los pueblos y de todas las razas, en una infinita aspiración de amor y paz y perfección humana. Y llega esto en el mundo en una hora en que la humanidad se halla fatigada en su conciencia de las infecundas y bárbaras luchas en que se debate toda la historia en una perfecta desorientación espiritual.

El peregrino del Ganges que hace hoy su tránsito en los Andes y las aguas del lago sagrado, verá en su travesía por el mundo, que tal es la condición espiritual de la humanidad. Es la extraña hora de la siembra y la cosecha simultánea en esta agitada ansia de sosiego en una amplia paz de comunidad universal.

Aunque hemos leído algo de la literatura teosófica, comprendemos poco el punto substancial; sin embargo, hemos podido desentrañar de la nueva doctrina esta síntesis exótica para todas las teogonias de todos los tiempos y de

## EL LOCO

todos los pueblos: en la teosofía no hay descensos, no hay castigos: no hay infierno; todo es la onda universal y cósmica en ascensión infinita y eterna hasta el retorno a Dios. Entonces el teosofismo es un dogma impulsor y de consolación. ¿Es que la divinidad se humaniza o que la humanidad llega a la comprensión de la divinidad? Sea como fuere, parece que pasa por el mundo un soplo de redención, y sea abriendo hondos surcos y esparciendo prolífica simiente. Esto deseamos los hijos del Sol en este hemisferio a la nueva fe de occidente a los de los hijos del Trimurti, en quienes aún oímos los preceptos en El Canto del Señor en los Vedantas.

Son tales las condiciones de los elegidos de Dios en los Vedantas, que llegan al completo dominio de sí, de donde arranca sus principios el teosofismo. Preceptos antiqüísimos de la prehistoria hindú para la conquista material y espiritual de sí y por consiguiente para la conquista moral del mundo; lo que más tarde confirma la pitonisa de Delfos: —Conócete y conocerás el mundo, o lo que quiere decir: Vécete y vencerás.

Pero el teosofismo no es esa, ni esta ni aquella, ni la otra religión: es un nuevo credo religioso esencial; es decir, que parece estar sobre todas, ya que desbrozado de todo prejuicio y traba del mal del ansia universal, hacia su ascensión de bien, o sea purificación y perfeccionamiento, no retrocede ni espiritual ni materialmente a ninguna forma de pena inferior, cual imaginan en sus infiernos todos los credos.

Y es incuestionable y perfectamente sensible la suave atracción influyente de quienes se han penetrado de esa doctrina.

Esto en el inmediato terreno de las realidades cotidianas y tangibles.

Es por ello que ante la nueva nueva se habrán de levantar en todos los puntos de la rosa de los vientos las altas murallas del ciego materialismo, disparando sus armas de combate contra los predicadores del comunismo de la

## ARTURO BORDA

hermandad y paz humana. Mas, ellos aromarán el corazón y la vida con su amor que esparcen y dilatan en la sementera de los siglos, siguiendo el precepto de Sdarta que dice: El hombre honrado debe caer al golpe del malvado, como cae el árbol del sándalo, perfumando el hacha que le hiere. De esta suerte oírás también el verbo de Cristo cuando dice: Si alguien quiere venir tras mí, niegúese, tome su cruz y sígame; a la vez que aun seguirá tronando en el orbe moral el vozarrón del Eclesiastés en estos términos: —Si el hombre engendrare ciento y fueren numerosos los días de su edad y su alma no se hartó del bien, yo digo que en vano vino y a tinieblas va y que más mérito lleva éste que aquél.

Y así.

Se verá, pues, que si tales son los principios sintéticos de la teosofía, es lógico que los métodos, modos y maneras de su expansión educacional y cultural tome las vías más directas, limpias y sanas al mayor bien humano.

Y esto considerando, el espíritu se aligera de pesadumbres ancestrales que bajo este punto de vista agobia a la conciencia humana, y mucho más en este siglo de desorientación ideológica en todo sentido. De donde resulta que parece haberse roto o quebrado todo punto de apoyo, para el equilibrio de las fuerzas anímicas; por lo que por todas partes se ve deslizarse sombras errantes sin oriente ni luz, yendo de tumbo en tumbo en todo libertinaje, llevándome en frío y vacío cascabel del alma algo igual a nada y que ya ni es siquiera lo que en otros tiempos fuera la duda. ¡Qué desalentado correr tras el efímero doblón! ¡Qué olvido sonámbulo!

De esta suerte, emergiendo de semejante lóbreo o caos y sin saber si comprendo o no o si ésta es o no es duda ya, contemplando el fondo mismo de la teosofía, me pregunto, refiriéndome a la inmortalidad del espíritu, aceptada y proclamada por todos los credos y esforzada por acción del espiritismo, ¿si esa supervivencia del ser —alma y espíritu, o sea conciencia, es inmortal— por qué en el terreno de las realidades psíquicas o materiales, no existe,

## EL LOCO

que se sepa, en nuestros días, ni siquiera en forma de milagro, es decir, fuera de las leyes eternas y cósmicas, ningún testimonio tangible y fehaciente? No hay revelación ultratúmbica concienical del espíritu que se puede experimentar sin artificios. ¿Es que el avaro arcano está cerrado en ese orden a esa sed infinita del ansia humana de saber y conocer? ¿O es que por espíritu hemos de entender el impulso, la simple fuerza ciega, regidora en lo eterno y que desintegrada en las partículas del ser, vuelve, en la muerte del individuo —la conciencia—, pero sin la conciencia ya, a formar nuevos organismos, en calidad de fuerza centrípeta, mas sin el recuerdo y la conciencia de su vida anterior, por estar subdividida infinitesimalmente.

Ciertamente que para nuestra ignorancia necesitamos en este sentido explicaciones sensibles, sencillas, claras y comprensibles, por quienes estén capacitados para ello en todos los credos que sustenta tal principio.

Y qué llegamos al punto troncal del teosofismo, se gún nuestra limitada capacidad de comprensión.

Aseguran los teósofos que todo emana de Dios y que en rondas sucesivas de perfeccionamiento por etapas vuelve a Dios, a lo incognoscible e incomprensible en todas las religiones. Si Dios es la suma perfección y de él emana todo, se deduce lógicamente que todo emana sumamente perfecto, ya que todo es Dios mismo. Es aquí que ya no podemos comprender cómo ni por qué ni para qué se divierte consigo mismo o se prueba Dios en los seres, las fuerzas y las cosas, que somos él mismo, irradiándose en sí mismo, sin poder salir de sí, ya que todo es él mismo, para luego de ese juego absorberse en sí también. Entonces nuestra existencia y la existencia de todo no puede explicarse sino por un mero capricho de Dios, en el cual el bien y el mal, así como el castigo y los galardones, carecen de todo sentido racional e irracional. Luego, ¿para qué esa inútil e incesante mutación eterna e infinita?

Y sin embargo, en el fondo del alma o la fuerza o lo que fuere, hay el deseo de una esperanza que se dilata y desvanece en lo incognoscible, lo cual nos sublima y exta-

## ARTURO BORDA

sía más que en la idea de Dios, con ser lo *más* enorme imaginado; y esto aun cuando la conciencia individual sólo sea un fulgor instantáneo de cada existencia. Pero en seguida caigo en la más profunda tristeza de la eterna duda que suscita la existencia misma.

Sé que todo principio es simple de toda simplicidad, precisamente por ser principio; y quizá si por ello mismo estriba en eso nuestra incapacidad de comprensión.

Necesitamos, pues, de todas veras que se nos explique con claridad meridiana, porque en el principio está todo fundamento de todo desarrollo, por complicado y lato que sea y porque la humanidad siente en los más profundos repliegues de su inconciencia o conciencia una tenaz y feroz angurria de la esperanza en una existencia mejor, sea aquí en la tierra misma o en cualesquiera infinitudes siderales; porque la aspiración es una condición inherente a todo ser o fuerza: nada existe en la vida que, ya sea consciente o inconscientemente, no aspire a más. Tal es la verdad del desarrollo, o sea de toda fuerza, que tiende a expandirse. Digo que los electrones, con ser tan menos, es de suponer que dentro de lo infinitamente pequeño, sea cada uno un universo de existencias.

He ahí que por tal forma de raciocinio, (¿será acaso porque yo no me hago a ningún credo en cuerpo de doctrina que tienda a colegiar en sectas o religiones las inteligencias?), digo y sostengo que cada conciencia es una religión; y que, por consiguientemente, hay en el mundo tantas religiones cuantas conciencias hay, sin que por ello o porque estén todas agrupadas, haciendo fuerza, influya absolutamente en nada en las fuerzas eternamente cósmicas, sean o no sean el concepto que de Dios se han formado las humanidades.

Además, ¿para qué han servido, históricamente, las religiones como corporaciones, si no ha sido para degollarse y descuartizarse unas a otras, con más saña que entre hienas, lobos y chacales?

Por eso sostengo que siendo la religión un asunto netamente concienial, es profundamente individual. Y en la

## EL LOCO

vida se ve, por donde quiera que se mire, que todo progreso viene de la reconcentración del individuo —la conciencia— en su soledad y en su silencio; y no en una simple reconcentración, sino que en una reconcentración obsesa, casi hasta ingresar en los dominios de la locura, en las terribles ideas fijas, que casi siempre anulan al individuo para toda otra actividad. Y si no, buscad el origen de los grandes progresos en todo orden en las vidas de inventores y descubridores y hallaréis siempre los datos que demuestran un flagrante desequilibrio de la razón reconcentrada poderosamente en un solo punto. ¿Dónde, cuándo ni cómo ninguna clase de multitud, si tuvo o podrá tener conciencia colectiva, ha producido o produce ningún género de progreso benéfico para la humanidad, a no ser cuando en plena paz se ha dado oportunidad al aislamiento individual, es decir, cuando las corporaciones o multitudes han dejado de ser el redil, solamente cuando cada cual puede ejercitar en el más absoluto silencio de su soledad la más plena posible libertad de su conciencia?

De este modo veréis que el progreso no es patrimonio de ninguna naturaleza de creencias particulares; pues ved en toda la historia y no encontraréis ningún invento, descubrimiento o o aun mal llamado creación, que no haya salido de la abstracción de una sola conciencia de individuos antípodas en fe, en razas, en tierras y en lugar.

Por eso mi doctrina es, en lo concerniente a lo educacional e instruccional, formar, antes que nada, conciencias o sea la libertad de cada individuo, y no que sea un juguete al sople de cualquier sofisma: hacer de cada cual un anarko.

Y bien; ahora tomando pie en el concepto teosófico también, y como siempre, ya que en esa doctrina todo tiende a su perfeccionamiento, es decir, que yendo de ronda en ronda va su liberación, empecemos a proclamar la urgencia de que cada cual en una férrea reconcentración de su propia personalidad, su propia fuerza en acción y en potencias, su propia personalidad, su propia fuerza en acción y en potencia en la más plena borrachera de sus concepciones y el mundo se poblará de libertos.

## ARTURO BORDA

Pero digo, para mi criterio particular, aquí, en vida, en la tierra misma es que debemos hacer nuestro perfeccionamiento y nuestra liberación, ya que no obstante de todos nuestros buenos deseos, esfuerzos y esperanzas, ignoramos lo que pueda ser del alma, el espíritu o la conciencia después de nuestra muerte; pues fuera de nuestras meras suposiciones al respecto, lo cierto es que hasta ahora no hay ningún testimonio fehaciente, y lo malo es que ni en pro ni en contra.

Quizá no me hubiese animado a hablar con esta claridad en ningún otro centro; pero dado que el teosofismo es, dicen, de suma tolerancia, me induce a ello el deseo de que se me absuelva estas dudas, que naturalmente son interrogaciones. Pero las interrogaciones en esta esfera de especulaciones que a la fuerza deben remontarse al primer principio, no resuelven nada en cuanto al conocimiento en la práctica, en lo referente a la situación del individuo en sus días, si no es provocar las absurdas represalias de los creyentes en general, muchas veces aún de los científicos.

Y a propósito, diremos que no obstante de que por incrédula que sea la ciencia y por teísta que fuese la religión a ese principio convergen, sin que, por otra parte, absuelvan nada. Pero la ciencia se detiene, medita, induce y deduce y afirma únicamente lo que sabe mediante procesos de comprobación, en tanto que las religiones sueñan y aventuran sus afirmaciones nacidas de meras deducciones de una lógica de puras suposiciones. De ahí que los principios de la ciencia sean de unidad universal por antípodas que sean y los principios religiosos sean perfectamente dispares y encontrados. En este sentido, creo que a cada cual le es lícito deducir lo que mejor le pareciere según su criterio.

Pero, de todas maneras, de esta suerte cooperamos a que el taladro de una fuerte cerebración aclare en algo lo insondable, sin embargo de que en la bibliografía humana, casi la mitad se ocupa de ello, sin que desde un principio hasta la fecha se haya avanzado nada. Estamos como al comienzo.

## EL LOCO

Luego es necesario que estas aclaraciones comiencen por el principio, porque, por ejemplo, en un orden lógico, se dice que para la construcción de un edificio es necesario empezar por construir los cimientos; y según sean ellos tendrá mayor o menor consistencia y amplitud el edificio. Pero he aquí que considerando con un poco de atención en este orden de cosas, los que no hallamos base efectiva alguna sobre qué sustentar las doctrinas de esa naturaleza, deística en general, que empezar por el principio es de por sí ya otro problema teogónico y cosmogónico, ya que el principio es a la vez el fin. Por eso los hartos de indagar inútilmente en el misterio, comprendiendo la inconsistencia de las consecuencias emanadas de segundos principios, nos hemos reducido a la realidad positiva del presente, sin pretender rompernos más la cabeza en el vacío para nada. Es por eso que quienes deben aclarar esos aspectos especulativos son sus propios apóstoles, puesto que con ello en la vida son los únicos beneficiados.

Pero, sea como fuere, mientras tanto oremos todos a nuestra propia voluntad, para que al fin llegue a una era de unión, de amor, de comprensión y tolerancia, para que todo ascienda a una máxima perfección y bienestar universal.

## GRAMÁTICA

Y descendiendo a la cripta N° 18, la cual se halla iluminada con una suavísima luz opalescente. Al centro en una urna incrustada con maravillosos camafeos se hallan las cuartillas que siguen y que en un ángulo de la primera lleva el siguiente dibujo:

Formando un armonioso marco  
se abre un claro en la enramada  
que margina las lilas lontananzas,  
y en primer término,  
sobre los horizontes que se esfuman  
se destaca alegremente,  
sentada en una roca de la vía,  
una encantadora chiquilla,  
la que inclina la cabeza

ARTURO BORDA

y cruzando abstraída las manos  
las descansa en su falda,  
en actitud de espera.

A continuación se halla escrito lo siguiente:

Nivea soy y son lilas mis signos. Nadie me busca y hace evos o décadas que espero inmóvil en esta helada cripta.

Cómo es de triste la espera de una página olvidada, página de una existencia confidencial a todo el que la mire apenas, entregándose en absoluto y constante dación.

Esperar, esperar en silencio, sola, abandonada, como muerta, helada y...

¿Por qué fui escrita, si nadie me busca, si nadie me llama? Cada signo que raya mi pureza es el latido de un corazón y el impulso de una idea.

Léeme, pues, pasajero, por favor, ya que soy para tí. Álzame y mírame: no sé cmé miríadas de tiempo te espero inmóvil, hablando en silencio y sin voz.

Leo y copio. Y a raíz de ello agrego esto que al respecto se me ocurre:

Ahora veo que nada me sume en una más dulce desesperanza y melancolía que estos formidables deseos de forjar algo inmensamente bello, algo que sea en fin capaz de colmar mis deseos de emociones pasionales en paroxismo. Y caído en la más honda tristeza de una tibia laxitud que tiene más del don serenador de la bondad.

Tal, yo que no sé  
ni oración ni cántico,  
sea en prosa o en verso,  
escribo sólo así  
al impulso del ritmo que siento  
exprimiendo la existencia  
en cada línea arbitraria  
de aquestas cuartillas vanas.

## EL LOCO

Cuando en harapos,  
viejo y triste  
y sin esperanza de gloria  
baje la pendiente áspera y larga,  
quisiera ver siquiera  
cómo al acaso y a hurtadillas  
lee suspirando  
mis églogas de amor y pena  
una linda virgencita  
escondida en la discreta penumbra  
del huerto en el abandonado cortijo;

quisiera ver siquiera  
acezar inquieto en su pecho  
su sangre y su alma,  
con el desesperante goce doloroso  
de las grandes pasiones  
que incendian en fulgor de gloria la vida,  
saturándonos en un ensueño inmortal;

quisiera ver siquiera  
en cumbre de alta cordillera  
o en cabana de hondo soto  
un fornido mancebo  
de corazón rebelde  
y alma noble,  
ardiendo de coraje  
fundirse en llama de héroe  
en mis cantos de esperanza y redención.

De este modo se reaviva en mí,  
en el rescoldo de los lejanos recuerdos  
las ternuras de mis íntimas ansias  
yertas en las esperanzas más largas.

Por tal manera y acaso sin aparente hilación, pienso que se puede ver que cuando se tiene así un tal anhelo que mata y quita todo deseo por los fines regulares que persiguen las gentes, entonces en justicia jamás se puede ser para ellos un obstáculo de rivalidades ni a luz ni a sombra, porque si los medios y los fines de la conquista que se persigue están en el fondo, no ya siquiera de nues-

## ARTURO BORDA

tra alma, sino que de nuestro espíritu ¿con quién había de luchar hasta morir un tal, si no es solamente consigo mismo, arrebatando sus propias fuerzas? Luego nadie debería recelar de quien fuese así, si para ellos sus sitios, sus títulos y sus mendrugos son en aquel su menosprecio, y más si se considera que su única y gran pasión es más que simple éxtasis en lo bello existente, ya que es forjar de la nada en lo más profundo de su conciencia la excelsa belleza. Por eso, porque en cada frase se vacía la concentración de la existencia, en la portada del primer libro que escribiera pusiera lo que sigue:

¡Tus ojos! ¡Tus ojos! Tus ojos, lector...

Mírame así.

Ahora lee.

¿Estás leyendo? ¿Sí? Pues bien. Tus miradas están aquí ya, en esta palabra que la puse sólo por tí, por hablar contigo. Por eso vine a tus manos y traje hasta este signo tus miradas y la inquietud de tu corazón: porque me ames y porque te amo a través del tiempo y del espacio.

Yo amo tus miradas suaves y ansiosas, y en ellas las emociones de tu corazón. Todo mi amor está temblando en estos signos al calor de tus miradas; y tú, sin saberlo, estás esperando la resurrección de mi espíritu en tu alma y la floración de mi idea en tu cerebro.

Gran milagro diario sin importancia.

Estamos en amor, en armonía, íntimamente, constantemente, sublimemente: estoy temblando en tus miradas, en lo profundo de tus pupilas: en tu cerebro y en tu corazón: en el misterio de tu alma eterna e infinita; por eso mientras me miras, leyendo signo por signo, tu sangre se agita y en tu mente bullen suscitadas mil ideas confusas que acaso luego serán pensamiento y acción.

Y yo, la palabra, te digo, a tí que me miras letra por letra: —soy la angustia de un corazón que un día alentó esta palabra: es la pulsación electrogalvánica al través de los siglos.

## EL LOCO

Pero nota ya que sobre cada una de mis letras están palpitando dos corazones, el tuyo y el mío, al unísono; y que sobre esta página hay un revoloteo de espíritus: los nuestros.

Siento el calor de dos existencias que se funden en este signo.

\*

Y ahora a tu albedrío y sin resistencia quedo en tus manos, lector; mas si eras la niña gentil y bella, para tí soy.

Vengo desde los confines de la tierra desde edades inmemoriales, buscándote de Levante a Poniente. Por tí me fui fundiendo minuto a minuto con los más hondos sentimientos, para que a semejanza de un himno mudo pueda entrar por tus pupilas a los repliegues de tu alma.

Así es cómo un loco ha ido filtrando en mis páginas las gotas más rojas de su sangre en la armonía de aquestas palabras tintas en sangre; para cada movimiento de goce y dolor que su corazón sintió se retorcían angustiosamente las circunvoluciones cerebrales, buscando el verbo taumaturgo.

Soy la sonda en el tiempo y en el espacio, en las fuerzas y en las cosas, y te canto mil revelaciones del misterio. El dolor de una angustia alquitarada y sin término se ha internado en el seno de todos los horrores, no más que por hacer la resurrección de tu espíritu poético.

¿No oyes el agudo y cristalino vibrar del hierro al golpe de la comba en el yunque? Así la poesía que centellea a cada golpe del dolor.

Ante la presión de los imposibles que a diario estrujan tu pecho ¿no has sentido que arrancándose de su co\* razón sube al cerebro un sentimiento, semejando aguja sonora y luminosa que enciende mil ideas?

Ven al laboratorio sutil en que un espíritu te revelará por acto reflejo las maravillas de tus propios secretos;

## ARTURO BORDA

entra a probar la miel de las torturas sagradas en el mismo nectario de las realidades en los ensueños, aquí donde oirás cantar las alboradas de tus horas muertas y fecundas: el hidromel de tus resurrecciones. Y canta tú.

Y ahora quedo en tus manos y a tu albedrío.

Y después de revisar lo escrito, salí triste y pensativo, conservando el recuerdo de algo que no puedo explicar en medio de estas mis rápidas fugas de ideas.

Recuerdo a propósito que muchas veces releendo mis viejos manuscritos he sentido una honda repugnancia por ellos, por ese algo fofo y de blandicie escurridiza que sentí trasudar, sin poder explicarme que qué se hizo todo ese fuego y calor solemne, grande, noble e inquietante que supuse poner al impulso de la creación. Es hiriente esta desilución. Oh estas palabras huecas, sin sentido, con frío ni siquiera de cadáver...

Qué hermoso y útil sería que la palabra escrita tuviese todo ese dinamismo contagioso y propulsor de la palabra hablada... Pero yo no hago nada más que hablar estupideces.

\*

Estoy yendo calles de extramuros. Veo al pasar una ventanita con recios barrotes de hierro. Los vidrios están quebrados, los más. Una lucecita que flamea en el interior de la pieza me Tama la atención. Observo, no sé por qué. Es una velita encendida a una imagen. Estoy como fascinado, mirándola arder a chisporrotazos, hasta que se hace una gran llamarada, con el papel que la ajustara, la que a su vez fue disminuyendo juntamente con el pabilo, que se cayó. Esa velita encendida, quizá con cuanta esperanza, a un Dios cualquiera, me divertía cómo iba convirtiéndose en el aire helado del invierno que le envolvía, haciendo dar a todos diente con diente. Felizmente se acabó con el viento que soplabla en esa soledad. ¡Y cómo se acabó! Chorreándose toda ella, alimentando el pabilo que la consumiera. Al fin ya no fue ni sebo.

## EL LOCO

En esto también creo ver un símbolo, que naturalmente entristece, porque aunque en el recuerdo pueda ir alentando la esperanza, al fin no será ni eso.

\*

Prosigo mi camino, pensando. Y empiezo a hilvanar un cuentecito.

¿Cuento? No: si lo veo.

\*

Desde que amaneciera hasta la hora de nona, ese individuo *i* que había macerado su cerebro y su corazón en estricnina y vidrio molido, en la lepra, en el tifus y la tuberculosis, en la anemia y en la sífilis de todas las hediondas mugres de la miseria: en el triturante dolor del hambre que sublimiza al ideal originario de la sed insaciable, como en un delirio de querer beber, las eternidades ... Pues bien, ese individuo iba haciendo en un almirez, golpe a golpe, una extraña pomada gris-negra de su cerebro y su corazón, la cual luego de formar de ella pildoras de rara farmacopea, las puso en una retorta que la acondicionó en una hornilla. Después quitó la retorta en la que cayeran algunas lágrimas. Entonces, batiendo aquello, vació en el crisol, el cual lo acomodó en la hornaza. Pero como el fuego dormitaba en el rescoldo, abriéndose el vientre con una navaja, se extrajo el sistema digestivo, reseco ya, y atizó con ello el fuego, cual si fuera con leña. Y, tomando entre sus nerviosas manos sus pulmones, los utilizó a modo de fuelles. Las llamaradas, como si estuvieran al influjo de una potente presión, alcanzaron hasta tres metros. En eso llegó la noche, lóbrega, inmensa y fría. En torno a la hoguera todo reverberaba un rojo amoratado. El viento bramaba silbando. Más tarde, al empuje del huracán, cayó el hombre en la hornaza. Su carne churreaba alegremente al chamuscarse, y sus huesos reventaban a modo de coetes o fusilería. En la negra inmensidad de la noche desierta, aquello era apocalíptico y dantesco: las llamaradas alcanzaban diez metros ya. Mas, cuando a la mañana se extinguió el fuego y se carbonizaron el crisol y

## ARTURO BORDA

la hornaza, que el ventarrón deshacía en ceniza negra y al fin no quedó nada más que una mancha en el suelo, cuando saltó el sol se vio brillar cual si fuese el refulgir de las estrellas o el destello de gotas de rocío, una multitud de brillantes fulgurando el cromatismo del iris, que formaban esta leyenda: —A todo lo que en mis días formó mi patria: padres, hermanos, sobrinos, amigos; a mi tierra: sus llanos, sus montes, sus selvas; su aire, su luz y sus aguas, y sus hembras: a todo lo que me inflamó en amor, en goce, en dolor, en ternura o pasión, en alegría o en cólera...; a todo lo que se tragó mi largo silencio. — El viento traía rumor de voces, cual si fuese de espectros que vagasen en el aire. Y acaso ellos, pero el caso es que desapareció la pedrería. Mas, a la tarde, como se desencadenasen los ciclones que iban barriendo la ceniza a la vez que cubrían de arena el sitio aquel, todo fue quedando en el silencio y la soledad, como si nada hubiese sucedido. Así los días y los años pasaron hasta la consumación de los tiempos en aquella desolación de los Andes.

\*

En éso me sorprendió estar andando la calle Comercio, tropezando con todo el mundo. Indudablemente que me tomaron por borracho; pues...

.....

Si no son recuerdos, todo es esperanza y al fin somos la soledad, quieras o no quieras y estés como estés: sombra que desaparece. ¿Qué dice al respecto Salomón? Como humo, como nube, como nave...

Eso es; pero yo soy la reconcentración de mí en la obsorción del instante. Pero ¿para qué? ¡Phist... Yo suspendo los hombros y paso de largo en el tumulto de la existencia que va a desaparecer en su nada.

.....

Mas ¿qué hay en el silencio y en la soledad, que a través de todo revientan su potencia como interrogando por los horizontes que no quieren descubrir...?

## EL LOCO

Esta soledad del silencio dentro de nosotros...

.....

!Ah! La sombra me envolvía besándome. Yo era feliz en aquella reconcentración, cuando aparecieron de brazo el Silencio y la Soledad. Al pasar junto a mí suspiraron discretamente. Yo temblé.

¿Y si aquellos dos viejecitos que pasan fuesen mis padres?

A propósito.

Una vez yo tuve un sueño que aún me estremece. Mis padres, andrajosos y hambrientos en la senectud, estaban pidiendo limosna, mientras que yo vivía en la opulencia ... Felizmente el miedo me hizo despertar.

\*

Ahora estoy en casa.

El trabajo que me cuesta ordenar mis ideas cuando en las retorciones de una se interponen diez, veinte o cien a la vez. Por eso a veces escribo en una página la primera; y cuando a mitad del trabajo cruza otra, con ella comienzo a borrar una nueva cuartilla. Si en el desarrollo de esa fulgura otra, casi al mismo tiempo estoy desarrollando otro tema en otro pliego. Así con varias más. Después vuelvo a la primera o a la quinta o segunda, con las que concluidas ya, formo un artículo o las dejo sueltas. Esta, por ejemplo.

No hay método que valga cuando ebulle la idea en el cráneo a modo de una marmita al fuego de la sangre que congestiona el corazón.

Cierto. Es curioso cómo cuando se suspende estas reconcentraciones parece que saliéramos de una atmósfera

## ARTURO BORDA

distinta en que la vida retoza feliz; pero al despertar o volver a la normalidad nos flaquean los pies y el aire nos descompone el estómago cual si estuviéramos trepando forzosamente las altas cordilleras en un día sombrío y frío.

.....

Por muy conservadoras que sean las gentes, al fin llega un instante en que ya no tienen qué ni de qué hablar; justamente cuando comienza la urgencia de la mediata-ción. pe ese cansancio por necesidad de descanso, se llega a la contemplación, en un deslumbramiento de comprensiones, sin ideas. (Hágase por entender esto) porque hallo muy difícil explicar esta especie de contrasentido. Pero esta misma dificultad puede inducir a llegar a la experiencia, que seguramente será mucho más beneficiosa a cada cual.

.....

De un modo muy regular y muy frecuente sucede que el responsable del mal es el bien mismo. A ello se llega analizando hasta los principios, en lo posible. Al respecto no sé quién dice en el cristianismo: Hago el mal que detesto y no el bien que anhelo. ¿Será ese a^o de fatalidad o eso llamado el destino? Qué terribles misterios los de la existencia.

.....

La meditación es el examen ocioso de la idea alquitarada por el pensamiento; y la contemplación es el crisol que funde ambos tres estados.

.....

Después de contemplar el sol cara a cara —se entiende que luego de ímprobos y largos ejercicios— parece que ya no hay nada que ver. Se entiende que cuando ya contemplando al sol se puede bajar la vista a la tierra oscura sin que la vista sufra ninguna ofuscación. En este ejercicio los ojos se lavan con luz.

## EL LOCO

Toda revolución por la libertad es un proceso imprescindible de santas y divinas traiciones, porque la libertad es sagrada y divina.

Oh seres venturosos, volad a levantar lo hondo de las miserias. Sentid y ejercitad el soplo divino.

.....

Me parece ver que las razas y los pueblos se caracterizan más aún en sus hembras, aun a pesar del transformismo de las modas, que en sus machos, por esa fuerza de tierra que trasudan en la expresión de su alma y su espíritu.

.....

No hay nada fijo en la existencia ni en el infinito, los que en el fondo son sinónimos. Falta el punto de referencia. Qué enorme incertidumbre la de la vida...

.....

La fuerza armada... ¿Armada... la fuerza? Esto parece una burla, eso que se llama albarda sobre albarda. Pues ¿acaso la fuerza que gobierna los universos no es lo más inmaterial e invisible que existe y su arma no es acaso esa misma fuerza intangible e incomprensible, aquello mismo que produce el rayo? De consiguiente la fuerza armada, en el sentido en que se le comprende o se le quiere comprender, por hábito de oír constantemente esa frase, sin analizarla, es un absurdo incomprensible. ¿Será que la impotencia del pensamiento y de la idea se traduce en pedradas y garrotazos y otras armas?

.....

Cuando el espíritu se ultrasensibiliza, le es muy sencillo y frecuente presentir los acontecimientos sociales, individuales o geológicos: en el ambiente social y en toda la naturaleza misma, cual si palpitara en todo el espíritu humano, se siente latir la inquietud augural. Entonces esa nuestra subconciencia vigil hace las veces de un sismógrafo-

## ARTURO BORDA

fo. Es por ello que en algunos la manifestación de los acontecimientos no alteran en nada la tranquilidad de su espíritu. Ya sabían o presentían... Pero los que hayáis llegado a eso, guardaos de revelar nada; os tomarían por locos, y consiguientemente serviríais de befa...

.....

Todas las madres tienen el mismo corazón, y todos los padres la misma fuerza. El Padre y La Madre: Sol y Tierra.

.....

Los senderos que he abierto a tajo limpio en la enmarañada selva de mi mundo interior, serán derroteros de invisible atalaya que sólo vieron un día mi silencio y mi soledad.

.....

Hay un instante en cada época en que el se opera el retorno al hecho y sentido natural en la vida humana y desaparece la inversión de valores. Se está en el imperio de la ley natural. Es que el espíritu de la tierra vuelve por sus fueros.

En la sombra que elavora no se ve ninguna forma; es el misterio que obra.

\*

## VAGANDO

Al entrar a la fonda pedí el almuerzo. Luego me trajeron la sopa. Tomé, pues, la primera cucharada, cuando ya mi pensamiento estaba volando al disparatado compás del atolondrado charloteo de los comensales, que como casi siempre, era de buen humor. De manera que mis pensamientos se sucedían acordándose con las inconexas frases que llegaban, unas, graves, y otras, burlescas, por lo cual sentí una amarga indignación, como si ellas fuesen enderezadas a mí.

## EL LOCO

El humorismo, la sátira, la burla, en general todo lo que tiende a provocar la risa, esconde siempre un fondo de crueldad; no así lo que provoca compasión y meditación, que esconde invariablemente amor en sed de saber.

De veras. El amor es el principio de la sabiduría y no como dicen los cristianos, que: —El temor de Jehová es el principio de la sabiduría—; pues nadie quiere saber de lo que teme, porque el temor es más bien el principio del odio; en cambio ¿quién no quiere saber y poseer%o que ama y se hace amar?

\*

Entonces veo como si un tren se detuviera en una estación.

Continuando al andén se suceden al aire libre los puestos de venta. En reducidas mesitas enmanteladas se ven botellas de cerveza, vasos, platos ajíes. Etc. Las cholas venden vestidas de filosedá. En el suelo las indias, de cuclillas, se hallan vendiendo empanadas, panes, fruta, carnes frías y chicha. La indiada pulula vestida de colorines chillones.

De pronto de segunda descenden en algarabía una multitud de chiquillas y jovencitos, esparciéndose en los puestos de venta, donde comen rápidamente ajíes y beben cerveza o chicha, confundiéndose en ese hormigueo, a la vez que reparten boletines de propaganda socialista revolucionaria, cantando La Internacional, entre los soldados y oficiales de la guarnición misma.

Luego pita la máquina, por lo que suben apresuradamente a ocupar sus puestos, entre vítores de la concurrencia obrera.

Les sigo.

E inmediatamente me repele la atmósfera cargada de sudores, alcohol y humo de tabaco, con olor a lana sucia y coca mascada de la indiada que se apiña comiendo

## ARTURO BORDA

chuño, a la vez que ensucian el piso con sus escupitajos y con cascara de fruta y huesos de chalona. Una criatura se ha devacuado en sus pañales mugres; pero nadie se altera; porque ya el tren se ha puesto en marcha. Sólo abren las ventanillas.

Nuevamente entonan La Internacional. Se oye el acompañado de guitarra y mandolín, cuando en la estación atruenan los vítores al Cuadro Dramático Obrero Rosa Luxemburgo.

Poco después, uno de los jóvenes, se impone dando fuertes palmadas, y ordena recomenzar los ensayos, por lo que el alboroto acrece. Unos gritan: —El primer acto de Los Canallas; — las chiquillas, saltando, dicen: —Más bien La Serpiente Humana o el tercer acto de Los Eternos Esclavos.— Así, después de una gran algazara empezó el ensayo.

Era muy interesante ver cómo los pasajeros, fuertemente intrigados, no perdían el menor detalle. Por eso y por el gran deseo que trasudaban los jóvenes y las simpáticas chiquillas, ansiosas de representar del modo más correcto sus papeles, contribuyendo con toda su docilidad, me incorporé a ellos.

Después de algunos momentos hice algunas críticas, las que fueron aceptadas de muy buen grado, en seguida de haberlas observado debidamente, con tal claridad de juicio que me sorprendió. De tal suerte me tomaron como a director de escena.

Los ensayos continuaban animadísimos, absorbiéndonos por completo, tanto que sólo cuando estalló un gran aplauso nos dimos cuenta de que los pasajeros de primera se habían trasladado a ver los ensayos, y eran ellos quienes nos aplaudían, no obstante de que nuestra campaña era más que notoriamente contra el capital, el Estado, la aristocracia y la burguesía, y, en fin, contra toda la actual organización social.

En eso me di cuenta de la gran ductilidad de mi espíritu que tan inmediatamente podía encarnarse en niño,

## EL LOCO

en viejo, en emperador y mendigo, en santo y rufián como en cargador y gran señor, dando vida a la expresión de todas las pasiones.

Entonces pitó nuevamente la máquina, por lo que nos aprestamos para aparearnos cantando La Internacional.

Así fue.

En la estación del pueblo las comisiones obreras nos recibieron con bandas de música; pero la policía nos detuvo, hecho que provocó un grave inconveniente callejero. Sin embargo salimos con el compromiso de no hacer propaganda contra el gobierno ni ninguna de las empresas mineras y otras. Y a pesar de eso la Municipalidad **hizo** fracasar la primera función. No obstante hicimos lo inaudito para dar siquiera una, ya que la comparsa no contaba con recursos de ninguna naturaleza, fuera del espíritu de sacrificio, pero, quizá si por eso mismo, hasta el Presidente de la República, nombrándonos agitadores, nos calumnió ante el Congreso, aseverando que habíamos robado, o algo así, las cajas de resistencia de las organizaciones obreras. Pero dimos dos funciones, las cuales nos costaron entrar a la cárcel por algunos días, razón por la cual perdimos nuestros pasajes.

Al regreso encontramos en primera, en el coche comedor, que estaban bebiendo sendas copas de champaña varios generales del ejército con unos panzudos misioneros de Cristo, por lo cual muchos de nosotros que íbamos a diente, sin abrigo y en segunda, hicieron los comentarios más sangrientos. Y había razón.

En la capital, por orden del gobierno nos cerraron las puertas de todos los teatros, impidiéndonos por todas maneras la colecta para nuestros compañeros confinados so pretexto de que se hallaban comprometidos en manejos revolucionarios, porque las ideas...

Pero ya me fastidia pensar, porque la idea sólo tiene fuerza en la inteligencia: en el animal y en el vegetal no se ve ninguna acción sensible de ella, o, por lo menos, nada que nos conste.

Luego oí que en una mesa próxima hablaban de no sé qué misérrimo artista fracasado, que no habiendo podido realizar sus obras ni aun en subasta sin base, es decir, en algo así como en un obsequio, o peor, si se quiere, ya que por tal manera no obligaba en nada a nadie, optó por donarlas a un centro cultural, por no incinerarlas, acaso creyendo ingenuamente que como labor de autodidacta significaría siquiera una lección de voluntad en las generaciones a venir, en las cuales el odio y la envidia no tengan pito que tocar, y considerando, además, tal vez, que sin la guerra sorda del silencio y el vacío, ni abandonados únicamente a sus propios esfuerzos, los grandes horizontes que se abren ante un pueblo que sepa colaborar noblemente de sujeto a sujeto. Pero los unos estaban en pro y los otros en contra, ya burlándose o hablando muy en serio.

Alguien dijo: —Como no es el primero ni el último entre los infinitos millones de los que fracasan, no hay por qué ocuparse, si no es por lo que significa la necesidad general de saber encontrar la propia senda, en la que nadie se puede extraviar; pero ciertamente que fuera de ella lo que no vale es claro que no sirve para nada, constituyendo, por lo contrario, un verdadero estorbo; caso en el cual es mejor que no exista. Y un obsequio de esa naturaleza no sólo es boba, sino que hasta constituye un ultraje.

Yo creo que debe ser un idiota ese **individuo porque en**

vez de remitir esos trabajos a esa sociedad, debía haberlos entregado a nosotros, que los hubiéramos rifado en muy buen precio, a la vez que con ello hubiera recibido una lección útil de saber vivir según el siglo y según siempre, pero humanamente. —Otro dijo: —Es muy sensible que los éxitos artísticos y los económicos mismos dependan todavía puramente de la presentación más o menos bien, no ya de la obra, sino que del individuo y de su condición social o política, de política militante sobre todo, por la influencia que ello importa mediante oportunos sobornos de babosa o la incondicionalidad en la servidumbre. Pues, al que quiera ser uno mismo, según el imperativo mandato de la naturaleza, enarbolando en alto su dignidad, si no cuenta con bienes de fortuna, al fin no le queda más

## EL LOCO

remedio que caer aplastado entre sarcasmos al peso de los prejuicios ambientes. Tal es aquí el verdadero índice de la cultura, en la que parece mentira que habiendo puesto el pintor en remate sus cuadros durante cuatro meses, después de liquidarse nueve a vil precio, salga debiendo todavía el valor de los cuadros liquidados. Pero creo que la caída, toda caída de un carácter debe sacar la mayor chispa para inflamar la hoguera una de las últimas reservas, dando la más viva llamarada, por lo mismo que dicha muerte es más dolorosa que la física, ya que nos consta que sobrevive en ella, a despecho de todo, la conciencia, o sea el recuerdo roedor. Sí, que la última llamarada inflame, si es posible, la inmensidad. Claro. Y luego ¿qué importa, si al fin ya sólo es el fuego fatuo de un cadáver, aunque es verdad que ello suele asustar? ¡Oh luz funérea que no quema, alumbrando sin utilidad para sí! He ahí que el fuego fatuo a la vez de ser una realidad y una verdad, es también un símbolo; sea, pues, la de un verdadero rebelde vencido.

Por lo que lanzaron una estrepitosa carcajada; la cual dio motivo a que todos charlasen simultáneamente, como en una merienda de negros, ya escarneciendo al autor o defendiéndole; alguien dijo: •—**Obras son amores y no buenas razones.**— Y otro agregó: —Por eso en el Círculo han rasgado a navaja los mejores de los cuadros obsequiados. Eso sin contar indudablemente los muchos que le han robado y rasgado también en sus varias exposiciones. Pues de más de .dos mil cuadros apenas si ha vendido cinco. Todo lo cual da indudablemente la medida de la cultura del medio y de la bebería del autor.— En eso el fonógrafo ganguetaba mordiendo ásperamente una extraña danza, la cual ya no me dejó oír nada más que palabras sueltas y de las otras mesas.

En seguida me puse a considerar que al último fracaso se llega sin exaltaciones ni de cólera ni de tristeza; se llega en algo como en la aceptación de un hecho previsto, más bien dicho, en la indiferencia de lo que ya no tiene interés. Yo sé eso muy bien.

He ahí que en forma de sucesivas oladas los intelectuales de cada generación van repitiendo las observaciones

## ARTURO BORDA

de los mismos sucesos, ideas o sensaciones, o sean los hilos invisibles que ensartan la humanidad, hasta que alguien las fija con la emoción más fuertemente bella.

\*

Y cuando quise empezar a almorzar, grandemente sorprendido me di cuenta de que ya había concluido y que estaba justamente bebiendo los últimos sorbos de agua.

Luego sonriendo del papel desairado de mi cuerpo, con relación al imperio de la mente, anudé la servilleta, tomé el sombrero y salí de la fonda, meditando cómo la idea había anulado la sensación y la conciencia nutritiva; pues yo no recuerdo haber almorzado, mas siento en el estómago la fatiga de la indigestión. Es, pues, indudable que debo haber almorzado, pero no creo prudente preguntar al mozo.

\*

Hoy quiero escribir a Luz De Luna, porque recuerdo la imbecilidad de mi Conciencia que me obligó a romper una carta anterior, o más bien dicho, la última. Ha creído mi Conciencia que quiero dármele de letrado o como dicen, de **leído** y escrito, sin comprender que no hago-nada más que poner mis ideas y sentimientos como buenamente puedo. Claro, a veces mi alma canta. ¿Y por qué no había de cantar? Pero como no hago en verso, me veo obligado a buscar una forma que se aproxime a mi condición espiritual. Quizá si ello constituye la forma e<sup>^</sup>mental del verso. He aquí que no niego mi ignorancia; pero a un expósito sin educación suficiente, no se le ha de exigir más. Y eso no debe dar cabo para que mi Conciencia proceda tan bestialmente; mas, vaya mi carta por esta su derrota. Ella dijo:

—Aprende gramática o renuncia a escribir. Yo le repliqué involuntariamente:

Déjate de tonterías. Tú apenas comienzas lo que yo ya he olvidado. Lo primero, lo necesario y lo urgente es decir y dar a los demás nuestros sentimientos y reflexio-

## EL LOCO

nes, tal cual vienen del origen, cálidos, palpitando, en forma de inspiración: poesía pura.

La palabra es el guiñapo más bárbaro con la que se ridiculiza lo bello de la idea en sí y lo sublime de la inspiración en sí.

No merece cantarse la poesía.

Yo debería vivir en una época en la cual la palabra sea arcaica ya, sustituida por la trasmisión del pensamiento y del sentimiento puros.

A poco que analices el arte, si tienes un ápice de mollera, acabarás en risotada. Dónde o cuándo me provoca más hilaridad es cuando se trata de representar el paisaje, porque creo que una de las facultades, y acaso la primera, si no la única, es dignificar lo representado, lo que en el paisaje estoy seguro que no se ha conseguido; pero puede dignificar al hombre y a las bestias, es decir, no al individuo, sino que su imagen.

Mas, bien visto, todo es absurdo: la naturaleza, Dios y el arte.

A esto replicó la Conciencia:

Serénate, Loco, y no disparates más. Estás como la puérpera que en sus transportes dice al hijo: ¡Negro! ¡Bandido! ¡Corazón!— y concluye haciendo un monstruo del nene.

\*

¡Voto a Cristo! Disparato que es un contento. Ni dije nada ni mi Conciencia contestó en tales términos; todo lo que hay es, en verdad, que me hallo pensando lo que debería contestar si alguien me hiciese esas observaciones.

Analizándome, a causa de semejantes incidentes, temo estar con la cabeza mal. Y precisamente con este otro concepto me hallo tejiendo mil disparates más, que... Que bien pudiera ser que fuesen verdades de a puño.

## ARTURO BORDA

Pero mejor es estar punto en boca, porque en realidad no sé si todo esto pasa en serio o en broma.

Esto me alarma nuevamente.

Sin embargo...

De veras. Es curioso cómo la idea cuando ya se ha conseguido traducirla en pensamientos con palabras, nos sorprende la diferencia de sus ideas con el sentido original, es decir, con la idea misma.

Es incuestionable que casi nadie se detiene a hacer estas observaciones; pero que ensayen y sentirán su sorpresa al descubrir que, a pesar de todo, idean, imaginan y piensan algo así como en moldes, de modo que su pensamiento no responde a su idea.

En la poesía, allí donde más parece que se opera ese milagro, es precisamente donde menos está, porque el artista desde el principio se hace arrastrar por la belleza de la sonoridad verbal: por la belleza puramente de forma. Dónde y cuándo se puede observar más claramente dicho fenómeno es en el verso; la rima les hace decir cosas que no sienten y ni piensan.

\*

El lenguaje vulgar está precisamente en paralelo a la simpleza del alma; empero a medida que el espíritu se eleva va buscando léxico más selecto, más misterioso, aquel que representa los enigmas del arcano, y llega un instante, cuando la mente se abisma en las hondas meditaciones, en que ya no hay verbo humano equivalente a la verdad ir revelada y que en ese instante se patentiza; pero entonces llega el silencio sempiterno.

Se habla únicamente lo que se siente y piensa. Es la correlación de alma y verbo.

\*

Ayer, y de modo casual, me hallé delante de una ventana y vi, sin querer al principio, que una señora semi-

## EL LOCO

desnuda, bellísima y de cutis sonrosado, se hallaba contemplándose en el espejo, y lo hacía con tan infinito goce, que por ella he llegado a comprender el conocimiento que Jesús tenía del corazón humano, lo cual se ve cuando dice:—**Ama a tu prójimo como a tí mismo.**— Es decir, como lo más que se puede amar: el precipitado del egoísmo más inconcebible. Y eso ordena el Hombre-Dios,' y refrenda. ¡Claro! porque la vida para la conciencia parte de la existencia del individuo. Eso es salvaje y bárbaro, pero la pura verdad.

Como digo, sólo entonces pude comprender la magnitud de ese mandamiento. Ahora considero que si eso fuese posible, es absolutamente indudable que reinaría en la humanidad la paz eterna, porque...

¡Oh, cómo se contemplaba en el espejo aquella hermosa!

Pero es sensible que aun dentro de la pasión busque cada individuo no más que su propio deleite, en la posesión misma del ser amado, sin hacer nada por satisfacer la urgencia del placer ajeno.

En el fuego y en el agua, en el cielo y en la tierra, esta es la ley del hecho cósmico:

Lo que existe para el individuo  
es en virtud de su propia existencia;  
pues, muerto él, todo cuanto le es o no asiduo  
desaparece para su apariencia,  
absolutamente todo, arte o ciencia.  
En el sujeto nada tiene consistencia.

De esa inaudita verdad en el fundamento de la vida de cada cual nace la imposición irreparable del egoísmo, como principio de la vida.

Pero qué bello es el ensueño del inocente Jesús.

\*

No sé cómo, pero el caso es que de pronto me hallé en un país donde Hércules, Teseo y Jasón serían menores

## ARTURO BORDA

en su fama, con relación a la talla de los habitantes que vi. Estos inmensos cual Himalayas, Cáucagos o Illimanis, con su sólo andar producían tal estruendo que superaba al de los terremotos; sus voces retumbaban a semejanza de truenos en las alturas. Su vocerío y trajín, simulaban, por el estruendo, la hora del cataclismo cósmico.

El momento menos pensado me hallé al borde de un abismo sin fondo ni orillas opuestas. El terreno que pisábamos era de pedernal o de amianto y radium.

Quise huir; pero uno de los cíclopes, percatado de mi presencia, me tomó entre su índice y pulgar, procurando no maltratarme; luego me largó en la palma de su mano, en la que supuse estar en un desierto, desde donde, poco después, pude ver lo que pareciera un abismo: era un pozo artificial en el cual los gigantes echaban cuanto documento existía sobre el haz de la tierra, como testimonio de la sabiduría humana. Y el boquerón se tragaba basílicas, pirámides y pagodas, obeliscos, mausoleos y monolitos, pergaminos, libros y tablillas, laboratorios, pinturas y esculturas. En fin, todo cuanto decían del saber humano.

Luego vi que sobre el tanque existía una prensa que hacían funcionar dos hombres. Las pesas esferoideales giraban a manera de dos mundos en sus órbitas, mientras descendía lenta y pesadamente la plancha, apelmásándolo todo. Tal era el ruido de esa maniobra, que parecía el des-cuajeringamiento de la tierra.

El simple acezo del hombre que me tenía en su mano, hubiérase dicho que era el soplo del bóreas. Pero yo estaba atento, observando.

Cuando ya no hubo qué arrojar en esa especie de cráter, los cíclopes empezaron a atizar la hornaza. Sus llamaradas y el resplandor me hicieron creer en el incendio del infinito.

Caí aletargado.

.....

## EL LOCO

Cuando desperté, el humo era acre; pero desapareció en poco tiempo. Entonces los gigantes hicieron girar la prensa en sentido contrario. El chirriar de los hierros me sugirió el desquiciamiento universal. Y la plancha de la prensa se elevó a semejanza de un cielo sólido. En esto aquellos hombres, más que mundos, se agolparon para ver el fondo del abismo. El que me tenía en su mano, me sostuvo sobre el centro, en cuyas tinieblas pude ver que con caracteres luminosos decía:

### AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS

Ama a tu prójimo como a tí mismo.

Amaos los unos a los otros y creced y multiplicaos.

### EL DEMOLEDOR

Y contuve mi carcajada, porque, como se comprende, era la inocencia del Buen Jesús. ¿Amaos, para ser escarnecido, explotado y expulsado?

Así, el esfuerzo por contener mi carcajada me despertó.

\*

Un día, de eso hace ya más de una veintena de años, a raíz de haber leído Los Comentarios Reales del Inca Garcilazo de la Vega y algunas biografías de hombres célebres, en medio del ignorante aturdimiento de mi juventud, mirando repentinamente más allá de mis lontananzas, en una especie de relámpagos que iluminasen los más lejanos montes, ingenuamente inflamado en el amor a la gloria, me dije: —Hollaré la más alta cumbre.— Y me resolví a recoger mis atenciones y mis querer dispersos en el dejarse llevar de las horas mimosas, orientándolo todo hacia esa lejana cúspide que la presentía entre nebulosas; pero mi naturaleza habituada a la vida silenciosa se hallaba indomable. Por eso luego con la hermética tristeza de la fatiga de esa lucha interior durante semanas, meses y años, permanecí amodorrado en la tenacidad de mi idea,

## ARTURO BORDA

esforzándome aun en medio mismo de mis crápulas, hecho que me fue tornando taciturno, de lo cual todos se me reían, remarcándome más que nunca el mote de El Loco, ya que mi presencia les resultaba ser aguafiestas y apaga-luces; sin embargo yo hubiese querido gritarles la dolorosa tensión del esfuerzo constante en que estaba mi voluntad, domando mis instintos y mis desordenadas costumbres, mas sólo alcanzaba a morderme los labios en mi oculta reconcentración, comprendiendo que aquello hubiera servido no más que para provocar las risotadas generales de los que me conocieran inquieto, alegre, decididor despreocupado y juguetón, llevando a todos el calor del entusiasmo. De ese modo y a pesar de todo en esa mi calma de profundidad oceánica, mi deseo era ya una especie de imanación de mis más leves atenciones a flor del instante, hasta que después de varios años de dormir así, noté que mi vida se hallaba subordinada, la cual aun más en silencio y quietud, se dispersaba a voluntad en el orbe a recoger no más que lo necesario. Tal iba contra viento y marea a semejanza del nadador que zambulle atravesando las olas. Y cuando era mucho el acopio de los elementos constructivos, tanto que su peso me rendía en medio de la silbatina ambiente, sólo entonces comprendí que en el seno del amor es donde reposa la idea fuerza, de donde nace el pensamiento acción sin palabras. En seguida me tocó reír de buen grado de la haragana actividad de los que reían de mí, inquietándose inconscientemente no más que por disimular su nulidad para sí y los demás; pero todavía aun así yo me sentía ruborizado ante ellos por lo que en el fondo de lo futuro constituía acaso mi orgullo: ser El Loco befado. De modo, pues, que aun a través de mi liberación obraba el ancestro en plena inconciencia. Pero dando ahora imagen a lo dicho, escribo lo siguiente.

### LA BELLEZA

El designio se ha cumplido.

En un principio, como en todos, todo era en mí desperdigación de energías y tiempo, cuando apareció ella en medio de extrañas claridades de un fantástico ensueño de solemnes amplitudes.

## EL LOCO

Ciertamente que era bella, tanto que mi corazón se asfixiaba con inconcebible violencia, atolondrando a mi cerebro en sus caóticas vorágines. Era tan bella que no sé decir más. De pronto nos hallamos juntos. Su mejilla tocó en la mía; mas no sé si me besó o no, pero mi fervor me bañaba en sudores de muerte. Era tan bella...

Y lo curioso es que cuando desperté, conservaba una especie de memoria, cual si ella rae hubiera dicho: —Seré tuya si me lucas. Pero aun cuando eres misérrimo, puedes empeñar tu futuro hasta tu último instante; en cambio seré íntegramente tuya una vez.— Y yo me quedé pensando dónde, cuándo y cómo será, porque ¿cómo lucirla si no la encuentro y estoy ya sin futuro? Pues no hay judío que acepte nada sobre el más allá.

Así he empezado a ser mi propio pasto, hasta consumirme, sin saber si la Belleza ha sido ya mía o no, por que a veces relampaguean en mí algo a modo de reminiscencias de haberla poseído en vagas ebriedades de amor.

Era tan bella, tanto que en su recuerdo mí existencia es una especie de licuefacción en las ondas del mar.

.....

De esa suerte en las postrimerías estoy tan iluso como al principio, avergonzado de que acaso mi suprema actividad no haya sido nada más que el disimulo de mi ociosidad.

Me compadezco.

No obstante sé que matar la compasión es franquear el arco del triunfo en la víspera del absoluto dominio de sí; sin embargo ¡qué tristeza tan honda se experimenta por sí mismo y los nuestros, casi una tristeza de rabia! Pero, a pesar de todo, eso también se va enfriando en la calculadora indiferencia impía. De ese modo se entra en la gélida zona de la autocrítica. Y lo que salga de tal laboratorio deberá ser la sanción hasta en los más remotos siglos.

## ARTURO BORDA

Es notable cómo todas estas ideas, tal como las he estampado, me impresionen, después de releídas, cual si hubiesen sido dictadas por el interés de un gran entusiasmo, a pesar de que han sido escritas apenas, lentamente, con todo el desgano y repugnancia del cansancio y de la pena que sedimenta la conciencia de la inutilidad final de todo. Pues con la misma indiferencia digo, por ejemplo:

\*

Los ojos son inútiles para la contemplación y comprensión de las bellezas intelectuales y morales.

\*

Más que el espectáculo el ruido da mejor conciencia de la sociedad.

Un sordo con buena vista está más solo que un ciego de oído agudo.

Así como la ceguera aviva la inteligencia la sordera la embota.

Pero ni Homero ni Beethoven son excepciones, por que cuando empesó en ellos el mal, estaban ya en la producción del enorme arsenal acumulado en plena posesión de sus sentidos, la pérdida de los cuales excitó seguramente el máximo de sus esfuerzos.

\*

Para la victoria social de los comerciantes, de los sacerdotes, de los políticos, de los militares y de otros, les es imprescindible erguirse, echar atrás la cabeza, alzar la voz inflexible, mirar duramente de alto a bajo, andando ruidosa y marcialmente, es decir, imponerse y dominar instantáneamente con la parada, impresionando el oído y la vista; pero para imperar en las inteligencias y en las conciencias no hace falta la presencia, ni arrogante ni humillada del individuo, ni siquiera ya sea su nombre o su sombra, basta la silenciosa presuación de la lejana palabra

## EL LOCO

escrita o de la tradición. Por eso los primeros imperan en el momento y los otros en el porvenir; de manera que en la imposición vibrante de los unos y el olvido de los otros se halla palpitando la infalible compensación de la naturaleza.

\*

Tal ejemplo me demuestra que la literatura no vale nada ni como valor de causa ni como medio del fin que se persigue, ya que en este momento trato de dar lectura a esto en alta voz, y oigo que mi palabra tiene un sensible acento de la indiferencia del tedio, lo que me induce a tener certidumbre del silencio y fastidio de mi espíritu y de la somnolencia en que se va desvaneciendo.

Y a pesar de eso me pregunto: —¿Para qué tanto esfuerzo en la constancia, y, por último, para qué estos últimos empujes en el campo mismo de la indiferencia?— A lo que me respondo cual si fuese en una idea remota: —Para que sirva de esperanza reactiva a todos los fracasos, a todas las rendiciones y capitulaciones, siguiendo por tal manera la ruta del avance cósmico en espíritu y materia. Pues de ese modo llega el hombre a identificarse con la fuerza misma.— Digo al escribir lentamente, durmiéndome en la relajación fatigada de todo mi ser, en una verdadera consunción hasta la nada; y sin embargo en el fondo de mi espíritu sigue repitiendo inconscientemente aquella voz que hablara en medio de mi libertinaje, diciendo: —Hollaré la más alta cumbre.— Mas, para velar esa especie de audaz rubor que por ePo me turba, pienso que hablar de sí, conociéndose, es referirse a los demás, por ser idénticos los grandes principios básicos en que nace, se desarrolla y muere la naturaleza humana; resultando que no hay nadie que con deseo y voluntad no pueda ser lo que otros fueron, sean quienes hubieran sido.

Y como lo dicho dulcifica mi amargura, tonificando mis decaimientos, a fin de no recaer en mis laxitudes, aquí pongo punto final.

## ARTURO BORDA

### FUMADOR DE ALMAS

Ayer, cuando estuve en el Montículo de Sopocachi, sentado en un banco, pasaron bulliciosamente unas muchachas simpáticas, muy perfumadas, en compañía de unos jóvenes elegantes que fumaban ricos cigarros habanos, lo cual me hizo dilatar las narices, olfateando esos aromas, mientras que ellos se me burlaban.

Pero yo encendí tranquilamente un humilde cigarrillo Capricho, dándole dos fuertes chupones.

Y mientras estuve asoleándome casi en estado letárgico, leve y dulcemente saturado de bienestar, noté que mi cabeza, apoyada en mi mano, me parecía hundirse en un extraño mundo de sombras flotantes.

Todo fue salir de la selva, que entré en una gran tabacal en flor. En eso me sorprendió que las imágenes y los nombres ocultos en mi recuerdo iban adquiriendo su aspecto propio en cada una de las plantas; es decir, se metamorfoseaban, resultando que yo me hallaba en una extraordinaria poblada, pero sólo por un instante, porque cuando pestañee para cerciorarme, las imágenes ya no eran nada más que otra vez las plantas del tabacal en flor, cuyas hojas, secas de pronto, se iban cayendo por sí, por lo que indudablemente que me apresuré en recogerlas. Mas me sorprendió cómo se reducían con suma rapidez, tanto que apenas si alcanzaban ya para formar un solo cigarrillo, el que, por lo demás, lo hice tan pronto como pude. Y lo fumé con verdadero placer, porque su humo era tan embriagador, que me hizo soñar largamente un sinnúmero de maravillas. Al salir de mi boca, ensortijándose, después de reconstruir pausadamente escenas, seres y paisajes de mi agrado, escribía en el azul: —FUMADOR DE ALMAS—, por lo que me incorporé muy inquieto, pues...

Pero en eso un dolor agudo en los dedos a causa del cigarrillo consumido al soplo de un fuerte soplo de viento de cordillera, me hizo despertar. Entonces con un fuerte papirotazo eché lejos la colilla.

## EL LOCO

Las parejas seguían pasando burlándose a la vez que me saturaban en su perfume, llevándose mi deseo las chiquillas, cuyas risotadas me punzaban en el corazón.

\*

## LA EDAD

Sábado, Plenilunio. Medianoche.

No me inquieta ni me avergüenza aparentar o ser niño o viejo; pues lo que interesa a la humanidad es la obra, la calidad de la existencia del individuo y no ni siquiera como ejemplo sino que como utilidad; esto es lo que define nuestra edad, aquella que había tenido.

Hay quienes que jamás fueron otra cosa que niños; quienes que eternamente son hombres; otros, viejos. Y no faltan los decrepitos antes de nacidos. Pero hay también los hombres sin edad. ¿Quién se atrevería a fijar los años de Jesús? ¿No es ridículo y falso decir tuvo, treinta y tres? ¿Y de Beethoven y de Shakespeare? ¿Quién de Homero, del Dante o Buonarrotti, etc.? Ellos han ido fuera del tiempo, fuera del espacio, más allá de las horas de su carne, fuera de la vida, en las sombras de la gran locura: han vivido en el infinito horas de eternidad: el conocimiento de la existencia: son los nonatos e inmortales: han existido siempre.

Entonces, por humilde e impotente que sea el individuo ¿por qué no ha de aspirar a ser la más alta personalidad, mucho más si al fin de cuentas a nadie quita oro, tiempo, bienes y provecho alguno? Es decir ¿si en fin de cuentas será sólo él quien haya perdido en vano su tiempo, su trabajo y su vida misma, tentando ser útil al futuro?

Domingo, mediodía.

Cuando he de callar tengo que decir que el silencio es lo más noble y cuando me urge hablar, nada me cuesta asegurar que el silencio es una cobardía. Y aún~más: cuan-

## ARTURO BORDA

do titubeo cobardemente, sin afirmar ni negar, entonces hago el elogio de la prudencia.

Para todo hay razón y para cada razón un tumulto de argumentos.

Estas disculpas las disimulo satisfaciendo mi vanidad. En esto soy ni más ni menos que cualquier parlan-chin social, político, industrial o religioso, y sobre todo literato. No obstante, la diferencia es enorme ya que yo sólo hablo conmigo.

\*

Releo, al atardecer.

En este momento noto también que me refiero a los demás sólo cuando ya no se me ocurre nada respecto de mí.

Pero el que quiera ser algo efectivo en la vida tiene que hablar y pensar únicamente de sí y de los suyos o, mejor dicho, en lo suyo, en su trabajo, porque las atenciones corteses para damiselas de salón son exclusivas de los estériles dandyes; de los ignorantes que se roban su atención taumaturga, maltratándola en distraer ignorancias con futilidades. Han perdido su futuro.

Ten este noble egoísmo y ganarás tu porvenir para los demás.

\*

Indudablemente que de ayer, a hoy existe una contradicción para aprender a buscar la verdad.

## GOETHE KANT

Leyendo a Juan Pedro Eckerman en sus "Conversaciones con Goethe" uno siente realmente que habla con Goethe: él está con toda la majestad del genio, sereno y

## EL LOCO

llo de sabiduría, con esa serenidad y esa sabiduría que pueden dar sus millones a un inteligente burgués que no tiene que pensar nada más que en instruirse. ¡Claro! El jamás hubiese podido escribir ni imaginar toda la inquietud y desesperación de "El Hambre", por ejemplo, de Knut Hamsum. ¡Qué grande es Knut Humsum! Otra cosa es estar escribiendo tranquilamente en la poltrona hasta que le lleven la comida en regio servicio de oro y plata y con vino del Rihn, y otra cosa es correr todo el día en pos de un mendrugo y exprimir la vida en un canto verdadero. Mas, Goethe también es admirable; pero Knut Hamsum es adorable.

Pero estábamos hablando de Eckerman. Por mí yo afirmarí que Eckerman consultaba y hacía corregir sus escritos con Goethe, porque tanto está Goethe en aquellas conversaciones, que me parece que está más que en sus propias obras y Eckerman está tan servil... que me repugna, aun a pesar de ser Eckerman el autor admirable de otros libros.

Bueno. En las conversaciones dice Eckerman que Goethe dijo: ..**éste pensamiento** (el de la muerte) **me deja completamente tranquilo, pues tengo la firme convicción de que nuestro espíritu es un ser de naturaleza indestructible, que continuará viviendo de eternidad en eternidad.**— Indudablemente que teniendo plata y que por ello nada le faltará en la vida, es natural que ni por sospecha imaginara que la vida pudiese faltarle después de la muerte, de manera que considera que su vida, su conciencia post mortum, ha de seguir; pero si diariamente no hubiera tenido con qué pagar su techo y su pan, corriendo de Ceca en Meca, de aurora en aurora, trasudando sangre, y minuto a minuto todo, todo le fallase, debido a sus andrajos, a las sospechas que originan en los demás nuestra miseria, entonces por lo menos hubiera dudado como Jesús, el Hombre-Dios, en el Gólgota, cuando dice: — **Eli, EH, lamba sabacthani.**— Digo que sólo entonces hubiera pensado Goethe en el único valor del espíritu, de lo que entendemos por nuestra vida: la conciencia. Pues particularmente para mí, siento que el espíritu como simple fuerza inmersa y actuante en la fuerza inconsciente de la vida univer-

ARTURO BORDA

sal desaparece en el hecho de la muerte. Y no hay ninguna prueba de lo contrario. Y si Goethe ha considerado el espíritu, o sea **su vida, como la simple fuerza** cósmica sin conciencia ninguna, entonces el concepto de **su espíritu** no tiene ninguna importancia.

\*

Quizá más que Goethe y Spinoza, más que Descartes, más que Pascal y Newton, Kant es el más comprensible, precisamente por ser ampliamente explicativo, tanto que, si se me permite la imagen, toma una selva para analizarla hoja por hoja, nómada por nómada. Así que quien le sorprenda en un segundo de su labor, sin conservar la idea del todo que abarca, no entenderá otra cosa que una especie de capricho de un loco que sigue la ruta de una hormiga en lo envejecido de los zarzales o que busca la raíz más lejana de un baobab.

De esa suerte el curioso que observe a Kant en *lo* que daremos en llamar la razón de la selva, saldrá de ella riendo a carcajadas o dando voces de espanto, loco o necio, porque todo lo que sabrá decir de lo que vio, es que el filósofo hace el servicio vulgar de un hortelano, y que luego, poseído de extraña locura, indaga el origen de las aguas, el curso de los vientos, y que después desciende al fondo de los abismos, donde con signos inexplicables, lenguaje indescifrable, misteriosos exorcismos, increpa a las sombras, dialogando en serio con el aire, siempre grave, imperturbable y minucioso.

Así la mayoría de las gentes que no harán nada por comprenderle, porque le falta a Kant un Sancho hazme-reir. Pues nadie haría nada por entender al Quijote si no fuesen las socarronerías del buen Sancho.

No por nada dice Kant: **...no merece sacrificar la profundidad para la comprensión de la plebe...** intelectual, por aquella a la que es menester soplarle al oído, uno a uno, ya que todos suponen ser la excepción, diciéndoles: —Quieres comprender, que la comprensión llegará a su hora.

## EL LOCO

## EL AVARO

25 de Diciembre. La Navidad.

Estoy considerando el renacimiento del Hijo del Hombre.

¿Cuál es su significado?

Es una fuerza que pretende arrancar del cieno los espíritus y elevarlos desasidos en la altísima contemplación a las zonas del sumo bien. Su esfuerzo está en hacer que cada hombre sea un hombre libre; por eso en su tránsito, su mano hecha sólo para la bendición asió el látigo para la expulsión de los avaros que inflados de soberbia no respetaron ni el templo.

Cuando Jesús hace silbar el látigo con la siniestra, es únicamente para castigar la avaricia, que es la hipocresía misma, la simulación de la miseria, la más repugnante de las simulaciones.

El avaro es el egoísta en toda su plenitud; a él ni el arte ni ninguna teogonía podrá purificarlo, porque en él aun la armonía es la artimaña para succionar el oro, esté donde esté.

Averigüe cada cual lo que es cada individuo y huya del avaro, porque está maldito de todas las religiones conocidas y por haber, a causa de que por ocultar su fortuna no tendrá a menos robar a los limosneros mismos.

El avaro es la sanguijuela de todos los panes.

Una niño avaro es tan repugnante como un poeta o su sacerdote avaros, los cuales absolutamente no tienen derecho a referirse a Dios ni a la Belleza, porque están empuercados en la mentira constante.

El avaro es el prototipo de la envidia: física, moral e intelectualmente, todo quiere para sí solo; por eso es déspota y tirano, a semejanza del clásico perro del horte-

## ARTURO BORDA

laño que no come ni deja comer; es el tipo siniestro del egoísta.

El avaro es aquel que por un palmo de tierra instaaura juicio a sus padres, arrastrándoles a los tribunales de justicia y aún a la cárcel: para su inútil e inhartable sed de oro no hay nada sagrado.

El avaro es candidato a homicida, filicida y parricida.

Si el hombre honrado es enemigo del fraude, el avaro es el eterno fraude; si el hombre sincero odia la mentira, el hombre avaro es la hipocresía misma; si el hombre justo siente horror a la opresión, el avaro es el dogal judío, la ventosa fatal; si el hombre justo repele el vicio y la iniquidad, el corazón del avaro es el nidal de infamias y vicios, porque la avaricia es la oposición de la caridad, del amor y de la belleza. Estos conceptos en el avaro son la traidora telaraña. ¡Ay de los incautos! El avaro es sau-rio, alimañana y felino en acecho. Huya de él, el hombre de bien, como del cáncer y dé la muerte.

## LUZ DE LUNA

Luz De...

No. No. He dicho que no la nombraré a pesar de que su nombre es ya una especie de suspiro involuntario que cuando queremos reprimirlo ya ha concluido.

\*

Me propuse no hablar más de Luz De Luna, pero dentro de mí hay una voz que la nombra sin cesar. En vano constriño mi cerebro.

\*

Mil veces he escrito cartas muy locas a mi Luz De Luna y mil las he roto, luego...

## EL LOCO

Pero ya hice propósito de no hablar más de esta insensatez que no sé si es mi reposorio o mi tormento.

\*

Ayer vi el sepelio de una prostituta. Hubo discurso, igual que de cualquiera, se dijo que era la virtud misma, porque, y esto no debe sorprender a nadie, dentro del vicio y del crimen existen las virtudes del vicio y del crimen, pero como refinamientos del oficio. En este caso virtud se ha de considerar como lo que es: fuerza.

Y estuve pensando en ello. Morirse constituye un manifiesto peligro, por aquello de las peroratas.

Veo pues, que para mí no faltará quien hable, aunque nadie sepa nada; pero resulta que esa misma ignorancia sería motivo adecuado de sermón fúnebre, ya que para quien tiene la lengua larga, y la ambición de hacerse visible, hasta la nada constituye un delicioso venero de explotación oratoria.

Y así las gentes, en su afán de calumniar, no se paran ni al borde del sepulcro, lo cual, imagino, que resulta algo así como hacer narices a las calaveras.

Esto me advierte que por vía de precaución, debo hacer mi oración fúnebre, ya que nadie podrá decir de mí aquello que sólo yo puedo expresar.

He aquí mi discurso, que desde ya debe ir impreso.

\*

Señoras y señores:

Yo, el cadáver, es muy posible que esté muerto o que no lo esté; porque sucede que un sinnúmero de veces entierran a los vivos, ya sea por sus capitales o por sus intereses, y en otras ocasiones por equívoco, cuando no por ignorancia de los facultativos.

## ARTURO BORDA

A propósito.

Una vez en un apartado villorrio murió una señora y sin más razón que el haberse estirado, dieron con ella en el hoyo, allá donde concluye toda esperanza.

Pero pasó un día, otro y otro, y... Pues ¿qué imaginarán ustedes? Al otro día —y cuidado que con este es el cuarto, no hay que perder la cuenta— se presentó espantado en el pueblo el panteonero, haciendo esta relación: —Señor, guiado por mi deber, hacía esta mañana el recorrido cotidiano de la necrópolis, cuando en el nicho donde sepultaron a la señora y oí como si alguien se quejara. Inmediatamente hice abrirlo y... ¡Señor! También hasta los sepulcros tienen sus tragedias: la señora agonizaba sencillamente, ahogando en su sangre al hijo que acababa de dar a sombra.

Seguramente, distinguido público, que acerca de ese suceso se puede suponer un mundo de casos y cosas; quien, por ejemplo, no diría que el esposo o el amante, por librarse de ella y de su hijo, en razón de... En fin, mucho se puede conjeturar, y eso sin que se comprometa el honor de los médicos, las matronas y la parentela.

Pero, señores y señoras, olvidaba el objeto de mi discurso.

Si hay alguno que desea hacer mi panegírico, que se abstenga, le ruego, porque todos sus ditirambos, cascabeles y sonsonetes jamás llegarán a expresar lo que diré.

Ruego prestarme mucha atención.

Nací sin pecado original. De manera que se comprende sin esfuerzo, —que es lo que justamente quiero ahorrarles,— se comprende, digo, que mi existencia ha sido de una perfecta honradez, por lo menos en cuanto a mis intenciones. Fui inmaculado, no obstante que ni Sísifo, ni Atlante, ni Talión, ni nadie ha resistido lo que yo en mi tránsito. Mas, esto no es todo: tenía que forjar mil mun-

## EL LOCO

dos. Sí, señores; pero ya ven: no puedo. Ahí se quedaron las intenciones.

Y viene al caso preguntarles si no tienen nada que hacer. Yo creo que no; de otro modo ¿cómo se explicaría vuestra presencia acá? ¿O es que sois inhábiles, haraganes o, en su defecto, rentistas? A menos de haber conseguido el milagro de la inmortalidad, no sé cómo se pueda perder tan miserablemente el tiempo.

Así que, muy estimable concurrencia, os invito a que tornéis a vuestros quehaceres, máxime si ninguna de las personas presentes ha recibido invitación mía.

Y no se crea que ha de servir de disculpa el gastado pretexto o mandamiento de enterrar a los muertos; no, de ninguna manera: gente hay rentada para tal menester, y eso por simple higiene. Esto sin contar con quienes ne gocian con ello. Además eso de enterrar a los muertos no reza con los que se atavían de regios trapos y con rica pedrería, halagando ostensiblemente su vanidad, sirviendo más bien de estorbo al desempeño rápido del chauffeur y del sepulturero.

En definitiva, no sé que ninguno de los presentes se largue a ningún sarao y ni a la jarana más miserable, sin previa invitación del festejado; y como ahora yo soy el de la fiesta...

He dicho.

Y como si efectivamente yo ya estuviese muerto, me pongo a lamentar el tiempo perdido. Digo mal... mas bien dicho, *no* digo nada o, más propiamente he dicho un absurdo.

El que trabaja para otro, aun cuando sea para comer, se hace robar su tiempo.

, Prometo enmendarme, porque aún la belleza y la verdad son el resultado del egoísmo máximo, sin el cual no existe nada grande.

## ARTURO BORDA

### POR LA MAÑANA

Luz De Luna debe estar inquieta. Anoche pensé en ella todo el tiempo y con tal intensidad que he sentido mi desdoblamiento. Le abracé dándole mi beso ardiente; pero ella se ha estremecido de terror. Estoy satisfecho, y, sin embargo, no sé dónde está ni quién es ella. Esta preocupación me atormenta. ¿A dónde va mi espíritu en busca de ella?

¡Claro! Ya no puedo ver ninguna niña, joven o mujer simpática, linda, hermosa, graciosa o bonita, de la que al instante no me enamore, preguntándome: —¿No será ella mi Luz De Luna?— qué martirio, Dios mío.

### POR LA NOCHE

Me molesta lo que escribí ayer, porque tiene tres aspectos intolerables: la primera, el asunto mismo; un sepelio de hetaira; la segunda, la indisimulable intención de gracejo, y por último, la tercera, el fastidio que ocasiona la hibridez de conjunto, admirablemente chabacano.

Así como se enseña, lo que se debe hacer, es urgente enseñar lo que no se debe hacer, y esto quizá más que lo otro.

### UN SABIO

Hay fenómenos muy curiosos. Ayer, por ejemplo, estuve sentado en la plaza durante tres horas, somnolento, tomando un baño de sol, sin notar nada en medio de esa modorra, cuando de pronto me fijé que hacía rato que un viejecito se hallaba sentado en el banco de enfrente, y no pude nada menos que reír de su traza ridícula, que daba la impresión de un individuo que de puro pequeñito desaparece de por sí. Y todavía causaba más risa sus gesticulaciones al leer una considerable cantidad de papeles que quizá eran cartas. La verdad es que yo sentía ganas de ir y jalarle la oreja; porque su presencia invitaba a burlarse cruelmente de él. Derrepente, volviéndose a mí me miró atentamente con sus ojitos de mostacilla, ensombrecidos

## EL LOCO

por unas hirsutas cejas. Su carita muy arrugada tenía no sé qué de ratónenlo. Pero cuando subió de punto esa su comicidad fue cuando montó sobre la punta de su nariz unas enormes gafas que le cubrían casi toda la cara. Había en él tal gravedad, que el contraste con su insignificante contextura me produjo un verdadero escarceo de carcajadas. Entonces, naturalmente, ya no pude contener la más franca risa, la que iba aumentando a medida de que mi personaje fijaba en mí más atentamente su mirada. Felizmente en ese momento pasaron dos ministros extranjeros, Sapiens.— El contestó aun más cortesmente.

Y aquí está la cuestión.

Inmediatamente recordé que el tal Sapiens, —según decía la prensa,— era un famoso sabio que se hallaba recorriendo el mundo, estudiando ni sé qué misterios, y que habiendo descubierto muchísimas cosas de enorme importancia para la humanidad, llevaba escritos unos libros estupendos acerca de todos los problemas. Pues bien, instantáneamente ese hombrecillo que tenía ante mis ojos empezó a crecer de tal manera ante mi vista asombrada, que mi burla se transformó en una especie de respeto de culto sagrado, porque cada detalle parecíame adquirir un valor extraordinario en la reacción de mi conciencia. Hasta tuve miedo, porque siempre creo inconscientemente, que los individuos para ser y tener alguna autoridad, debían ser altes, formaos y buenosmozos.

Poco tiempo después dos individuos tomaron asiento a mi lado y luego de unos instantes principiaron a charlar mofándose de la facha de mi tipo, quien continuaba leyendo atentamente sus papeles. Ya no pude con la indignación que aquello me causaba, que sin más ni más le largué un bofetón a uno de ellos, razón por lo que en el acto me emprendió a golpes. Nos trenzamos. Así se armó la trifulca del diablo. Y fuimos a dar a la comisaría. Pagando una buena multa salí a escape. Regresé al mismo sitio. El vejete continuaba leyendo; yo le saludé con toda atención y pasé de largo, rendido de fatiga.

A propósito.

## ARTURO BORDA

Lo grave del cansancio es cuando se lo siente ya en el corazón. Esa flojedad o pereza con que late la sangre en una especie de dulzura de agonía o muerte, o en algo así como de sueño enorme, lo que tiene de trágico es la sensación que provoca cual si fuera del último bienestar.

### BORRACHO

#### I

Aquel día de sidéreo esplendor pasó él lentamente, abismado en sus ideas, con la vista fija en el suelo, sin embargo de que parecía bailar todo en los céfiros con la luz del sol; y las hermosas mujeres retrecheras agitaban dulcemente la sangre con el ondulante vaivén de sus ancas. Las sonrisas y las carcajadas, tanto com el aura, el agua y la luz, todo era como un soplo de alegre salud animando *el* encantado paisaje de la hora. Y él estaba hermética, huraño y agrio.

Hecha la noche pasó él, pero borracho, dando tumbos; y deteniéndose al pie de un foco de luz, leyó unas cuartillas que luego estrujándolas las arrojó a media calle. Después, dando traspíés siguió su camino. Yo que bajé a recoger los manuscritos garrapateados con la letra más desigual, pude leer apenas lo siguiente:

En éste claro día  
en que pliega coqueta,  
la leve brisa  
una amable sonrisa  
en los labios rojos  
y en los ansiosos ojos  
de las hermosas  
hembras amorosas,  
en las que se oye que canta  
con aguda esperanza  
su argentina garganta  
un fervoroso  
**sursum corda**  
que se desborda

## EL LOCO

infundiendo la confianza  
en los míseros en verdad,  
¡gritad, gritad!  
de esta suerte  
en sus celosas  
almas ansiosas:

¡Oh, sedientos  
y hambrientos  
de infinitas pasiones!  
en vuestros corazones  
la sangre brame con arrojo  
su cántico más rojo.  
Arriba, pues, los corazones  
de todos los sedientos  
y los hambrientos.

¡Oh seres angurrientos!  
entonad su oda a la gloria de amar,  
y sea un regio canto  
en todos los vientos  
cual rugen en pleamar  
las cerúleas ondas en alta mar.

Cantad el goce de vivir;  
que tan alegre hora  
se habrá de extinguir.  
Ya que todo habrá de cesar  
¡cantad, cantad!,  
con viril anhelo,  
¡oh sacro celo!

Mas, no escuchéis la cantilena  
de las almas en pena,  
en las que impera el acerbo  
de un rudo verbo  
que en su ser anida  
consumiendo su vida.

De esa suerte,  
todos,  
de pronto en niños convertidos

## EL LOCO

oid sordos  
a este siniestro clamor  
e irrumpid en carcajadas  
entre aromas y luces,  
en florecidos rosedales,  
cual las alegres auras  
en las ondas marinas.

Así, ya que se abre infinita  
la lujuriente existencia,  
huid alegres,  
entonando lírico canto  
en un haz de radiantes rayos.

Hoy, leyendo estos versos atrabiliarios, estos versos de borracho, aún revive en mí esa alegría saludable de aquella luminosa tarde en que todo invitaba a reír y gozar: el césped, el cielo, el aura y el aire, así como las mujeres y los azules montes en las lejanías, todo sonreía en aquella tarde, cual si fuese en un inmenso éxtasis.

## II

Parece una fatalidad, pero el caso es que siempre he de topa con todo lo que reaviva y ahonda el martirio de mis obsesiones, porque... O no será nada más que mi cerebro, o sólo mis nervios, la fuerza anímica de mi obsesión que todo lo enderezan o retuercen hacia un fin? Sea lo que fuere, he de referir este otro caso.

## LOCURA

Quizá si porque he sufrido algo análogo, y no obstante que me daba risa, llegó a interesarme el desgraciado vagabundo a quien seguí disimuladamente, mezclado entre la multitud de pilluelos y otros canallas mayores que iban tras el hombre, rechiflándole en un formidable mos-cardoneo a la vez que los más audaces le daban de puñetazos con la consiguiente traición plebeya de que son capaces, haciéndole dar verdaderos barquinazos entre la multitud; pero él, como si no sintiera ni viera nada, iba ha-

## EL LOCO

blando al pueblo, sin perder el hilo de su cántico. Hubiérase dicho un loco, un mesías o un borracho; pero no: era un simple convencido de sus doctrinas y que por el triunfo de ellas sufre todo aún a pesar del cansancio que suele insinuar en las más recias voluntades la sumisión rendida ante las promesas de un halagador bienestar. Pues, ni más ni menos que un mercader obsesionado en acaparar solamente oro para la satisfacción de sus egoísmos.

Pero aquí el mal estaba en que el vagabundo, según unos, y bohemio, según otros, no pensaba en él, sino que en el bien general: por eso tan mal traído y tratado. Y por eso le seguí hasta que saliendo del suburbio se sentó a descansar en los extramuros, con 3a cabeza entre las manos, tapándose las orejas. Así, sin darme cuenta, noté que yo estaba cerca de él, por lo que me disimulé discretamente tras unos setos. De esa suerte pude oír que hablaba, pero en frases ininteligibles, como cuando se habla soñando; mas, poco después su palabra era clara aunque baja. Decía:

Esto sí que es hablar sin esperanza y hasta sin deseo. Cierto: mi palabra ya no es nada más que un eco de mi corazón que lo han roto, asfixiándolo en el vacío, ellos: todos, con su duda, con sus burlas y con la misericordia de su avaricia. Han roto más que mi corazón, han roto la esperanza y con ella el deseo; y todo porque les di a voz en grito los secretos de la esperanza y de la fuerza de la fe. De ese modo me han cerrado todas las puertas, llamándome loco o borracho, porque con la esperanza y la fe les abrí a ellos la puerta de su porvenir, sacrificando yo hasta la esperanza de mi bienestar: y por eso hoy hasta mi canto les hiere y me responden con ultrajes, vigilándome, por mi aspecto, cual si fuese ladrón, a mí que les di mi oro y mis andrajos y la esencia que la vida exprime dolorosamente de mi anemia roedora en un pan dos veces ácido.

.....

Siento en mi pecho un acezar angustioso,  
siento mi ánima anegada en lágrimas  
y siento mi llanto opreso en dolor.  
Un hálito de agonía me sofoca;  
quiero gritar y el silencio me ahoga.

## ARTURO BORDA

Y ya no pude oír más: verdaderamente consternado me retiré a hurtadillas, escondiendo una furtiva lágrima, pensando, sin embargo, que al **que** quiere celeste **que** le cueste. Y punto en boca. Por eso es bueno ser rústico, porque las manos encallecidas, o callosas, encallecen también el corazón, de igual manera que la necedad es el antídoto de la canicie y de la calvicie. ¿Quién ha visto idiotas canos o calvos si no son de degeneración ancestral?

## BORRACHERA

Después de atravesar las calles más bulliciosas de la ciudad regué a la taberna, en los extramuros en que la vida se desliza quieta, silenciosa, apagada, como en esos lejanos villorrios en que impera una paz patriarcal.

Entré y tomé asiento, en el de costumbre, en el rinconcito más discretamente disimulado.

Al principio yo estaba mirando con gran atención una oleografía muy mala que de una de sus puntas pendía de un clavo en la pared de enfrente. Y lo que más me distraía fue el movimiento oscilatorio que le daba el viento. El cuadrito representaba una costa con las olas tan torpemente pintadas que más semejaban rocas calcáreas estrellándose a lascas. En el cielo con grandes nubarrones, cual si fuesen de barro, iban, de manera que parecían ensartadas, una centena de golondrinas, las cuales eran todo lo que daba una apariencia de perspectiva al paisaje. Y así, mirando, mirando bobamente, sin más interés, ni para sonreír, de pronto dejé de percibirlo, de modo que súbitamente mis ideas acerca del océano se confundían con mil distintas para volver en cien formas diversas, hasta que mi pensamiento se fijó en cierta clase de recuerdos afines con la taberna, que sin pensar yo estaba murmurando de éste modo:

\*

¡Ah! Por fin aquella tarde, cuando dando tumbos iba a caer en tierra ese borracho consuetudinario y oportu-

## EL LOCO

namente le sostuve en brazos, pude oír lo que mascullaba torpemente, con la incoherencia del caso, cuando le pregunté:

—Pero, ¿por qué bebes tanto? Te estás embruteciendo y matando. ¿Por qué bebes, tú tan bueno, inteligente y honrado ?

—¡Já, já, já! Porque siendo que fui como dices, limpiamente, no soy capaz de simulaciones, de hipocresías, no me sirvió nada más que para hundirme en impotencia de miseria. ¿Para qué, pues, la virtud, la voluntad ni los dones de la naturaleza? Entonces quiero ahogar en alcohol la lucidez de mi razón, de mi inteligencia y de mi fantasía; por eso ya no hago nada más que beber, por obscurecerme ante mí mismo: por entrar en tinieblas: por no saber más de lo que siento ni de lo que pienso. Quiero ser feliz. ¿Comprendes? Quiero conquistar la vida desde los bajos fondos. No soy tan idiota que al fin no comprendo que tal es la imposición de la existencia. Al beber de esa suerte se siente todo el áspero y agrio placer de precipitar a conciencia el resto de nuestras fuerzas, así como rotos los frenos y sin conductor se va la aeronave a toda máquina rompiendo el cielo a estrellarse en tierras.

Es el deleite de ser a la vez conductor, máquina y pasajero, cielo y abismo. Todo en un solo vértigo. Sí, no bebo como un medio para sacar amor, fuerza o belleza de mi cerebro o de mi corazón, cual recurso de la impotencia, sino que es precisamente por embrutecerme, para que estas vísceras suprasensibles se emboten, ya que di inútilmente tanto cuanto quise. Además, esta es una linda diversión de incoeíbles desesperaciones al querer cazar en vano algunas de esas imágenes diabólicamente locas que surgen fugaces a millones en cada segundo, echándose en el deseo sus anzuelos. Y luego éste vivir la existencia como una vida lejana, imposible, envuelta en brumas de ensueño. Después todavía ese doble encanto que tiene algo de latigazos de cilicios: el agudo aguijón de las necesidades abandonadas a su exasperación en lucha con la enemiga vida, esa ramera sacre. ¡Ja, já, já!

## ARTURO BORDA

—¡Hum...! Haces muy mal de perderte de ese modo en semejantes chirivitiles, mezclándote en la hez de los vicios con la bazofia de todas las escalas sociales, conviviendo su depravación que anula tu sentimiento y la lucidez de tus ideas. Te ruego. No vayas más a esos antros.

—No. Te aseguro que en esos tugurios, en esos rincóncitos oscuros y malolientes, allá donde hacemos nuestro paso anónimo los trashumantes, los reprobos de los vencedores, sofocando nuestras miserias unas veces en disparatadas algazaras, llenando de humos, de tufos y vahos el estrecho ámbito con diabólicas musiquillas de fandango que agitan soeces parejas que se crispan sádicas, impúdicas, atrevidas y grotescamente provocativas, o bien en aquellas otras tabernas vacías, mudas, frías y hoscas, que parecen el refugio de las soledades largas, fatigantes hasta la agonía; en esas tabernas hez de heces, que son los crisoles de cieno hediondo en que al fuego de las pasiones en que se funden mejor los ideales... ¡Oh! Si esos caramen-cheles revelasen el secreto de los cantos que incuban ¿no srían el orgullo y la envidia de los grandes centros intelectuales y artísticos?; porque a esas sentinas llegamos los vencidos, inflamados de la última desilusión, la efervescencia máxima de la energía que aun sabiéndose hundida entona su himno rotundo, claro y bárbaro, rompiendo su último silencio, así, solos, altivamente acorralados en la indiferencia o desprecio ambiente los que fuimos mendigando y dando amor en vano.

Cierto: lo único efectivo que hacen las sociedades en 3 a miseria es suscitar el odio.

Además, de todo lo que he vivido en el sentimiento, en la idea y en la vida, ahondándome hasta el fondo en cada motivo, ¿qué hice al fin que me satisfaga siquiera como deseo de una esperanza? Si esta ansia no ha llenado la fuerza dinámica de mis anhelos, ¿cómo puedo esperar ya en el porvenir, si la esperanza está muerta en la fuerza que cesa, cuando todas las derrotas por lo mejor y más puro me han aislado impiamente en una especie de vergüenza y desprestigio, en esta nada de las bazofias mismas? ¿Cómo volver a la juventud, a esa frescura del entusiasmo en los anhelos?

## EL LOCO

Sí, si el tiempo es ido por siempre para mí que reconcentré en fuerza y virtud mi existencia para el logro de los supremos ideales, que renazca mi raza con más suerte en tiempos de educación más propicia, con ideales y fuerzas más potentes y en sociedades más aptas.

Tal no mi grito sino que mi alarido al porvenir.

—Aun hay remedio; pero no bebas más.

—No, hombre: jamás me siento más grande que cuando voy bebiendo almas... Oh! ¡Beber! ¡Beber...!

—No te comprendo: no sé lo que sientes ni lo que piensas.

—Cierto. En realidad ¿qué quiero sentir...? ¿Qué quiero pensar...? O, más bien dicho, si mis ideas y sentimientos son vorágines yo me río también de la síntesis, esa gran gloria del siglo. ¿Qué síntesis puede haber en el tor' bellino de todo? La vida es tan grande y el arte tan nada., como la ciencia... Sin embargo, ¿qué siento y pienso o quiero sentir y pensar a través de todo?

Alma mía, hay algo tan hondo y sagrado en el fondo de mi ser, que ya no sé nada, absolutamente nada en esta desorbitación en que voy en pos de la dilatación de mi alma en la eternidad.

Pero ¿qué quiero sentir o pensar o vivir?; porque hay algo, algo que...

No sé; no me explico; pero es algo que me dice" ^- ¡Canta!— Mas, ¿qué, cómo, a qué, por qué y para qué,. si al fin...

No: yo no quiero ni sentir, ni pensar, ni cantar, ni vivir...

Así se mueren todos los amores: todo...

Ella...

Sí. A propósito. Una gran parte de mi vida se ha consumido queriendo descifrar y decir cómo se ama a la ama-

## ARTURO BORDA

da, y no he podido; hoy quizá, después de tanto dar vueltas a esa idea, me parece que diciéndole: ¡—Te amo más que a mi secreta ansia de goce—, está, porque ¿por qué se ama si no es por el placer que ocasiona el amor y el amar? Y agregaría en esta forma: —Mi amor a tí es más que el alto deleite de la meditación, ese sumergirse audazmente en los indecibles enigmas y misterios del pensamiento, allá donde la razón se voragina en los ilogismos más inconcebibles, en espasmos a que solamente el espíritu llega en insospechables quietismos que hacen explotar acaso si la fuerza originaria misma, cuando el ser se sabe el sumo creador. Pues bien: más que eso te amo, amor mío, así, sin lirismos, hurgando la verdad brutalmente desnuda: por sentirte morir de placer en mis goces de tí en tí.

Y quiero...

¡Oh! Este horroroso palpitar que duele de tanto latir, empujando el deseo hacia una idea que pueda forjar algo tan lindo, tan sublime y bello, que llene de éxtasis el alma, la carne y la vida; este incesante palpitar en la porfiada impotencia desesperante de no poder hacer algo tan enorme que conmueva el mundo por su pasión y belleza infinitas, que llene la existencia de sonrisas, de recuerdos, de esperanzas y de dolor en el corazón: ese algo que sea el goce pleno en la existencia más loca y potente al par que más refinada; ese horroroso palpitar que duele de tanto latir siente ya ansias de muerte ante su impotencia y la indiferente vida no menos impotente para realizar nuestros ideales.

No obstante el goce de ir anulando y matando nuestros segundos más grandes en el amor y en la inteligencia es también otro de los grandes placeres: ir acechando instante a instante en el olvido el milagroso fulgor de nuestros sentimientos y pensamientos que chispean al choque del acaso y que nunca más serán. Aunque, la verdad, tampoco hay nada más cruel que mientras se inflama alegremente la esperanza ir ahogando en silencios de nirvana los deseos más queridos...

Las altas disciplinas son las más dolorosas.

## EL LOCO

Y a pesar de todo, lo que indigna es que uno es tan instintivamente como es, que da cólera. Tan de poco sirve en esto la voluntad que no sé al fin si dé más risa que rabia.

Mas, cuando desde los lagrimales hayas hecho retroceder tu llanto inconsciente del odio, del amor o de la cólera, entonces también drás que ingresas en el dominio de tí.

Luego sucede por paradoja que se aprende a dar todo como si nada valiera y a recibir todo cual si fuese por caridad.

Dijo. Y lo dejé tendido en media calle. ¡Claro! ¿Quién sabe del alma de los demás, si ni siquiera sospechamos de la nuestra? ¿Acaso en miles de veces ese inaudito florecer del sentimiento y del pensamiento no nos arrastra a nuestro pesar hacia la locura y queremos no sólo la ebriedad sino que la muerte misma?

Y pasé de largo, reconociéndome en él, ya mismo: mi doble.

\*

Elucubrando de esa suerte ni sospecho qué tiempo habrá transcurrido, siempre mirando aquella mala oleografía, porque al volver en mí, si tal se puede decir, había una multitud de gente ante aquel cromó, mirando con tal curiosidad que me llamó la atención; mas como ese gentío observase alternativamente al cuadrito y a mí, molestado por tal impertinencia pagué y salí a la disparada de aquel burdel, a tiempo en que entraban dos mujeres guapas, andando de modo que provocaron mi curiosidad.

En las mujeres se distinguen muy claramente dos formas esenciales de caminar, de las cuales derivan muchas otras. La primera es aquella en que el torso descansa pesadamente en las caderas, ocasionando el obsesor meneo de las ancas, y el segundo es el que parece que todo el peso del cuerpo estuviese suspendido por los hombros, de manera que la persona más que andar simula que resbala.

## ARTURO BORDA

Fuera de ello noté que la ropa que llevaba una era muy elegante y sencilla, mientras que de la otra horrorosamente ridícula; lo que me indujo a deducir que ver el vestido de la mujer es casi conocer instantáneamente su cultura. La elegancia del pliegue amplio, suelto, de tela leve que trasluzca o sugiera las formas que veía, y, en seguida, por contraste, la churrigueresca aglomeración de perifollos en faldellines, o cosas así, que hacen desaparecer el encanto de las curvas, establecen una verdadera oposición que nos enseñarán muchas otras cosas si prestamos una suficiente atención.

\*

El sentido de la guerra es lo que resuelve la guerra y no el estudio y la técnica de la guerra.

Estoy de tránsito, alojado en un hotel.

Le vecina que tengo es una señora cuya hija, más o menos de unos doce años, duerme en la pieza separada de mi dormitorio por la vidriera. He notado que la señora, dejándola echada llave a la chiquilla, se va al atardecer y regresa muy entrada la noche, pero no todos los días. Se ve que sufre la muchachita. Además he oído que conversa desde la ventana con una persona en la calle. Y oigo que sus sueños son muy agitados: se revuelca, suspira, reza, gime, habla con gongosidad sonámbula y...

¡Oh, siniestras magullaciones de intocada carne y delectación silenciosa bajo el encubridor manto de las sombras!  
¡Oh, el solitario devaneo febriciente de la doncellez!

\*

Pero, mañana ya no dormiré en casa; hoy recogieron sus bártulos.

Yo también me marchó.

Cuando ya nada exista, al fin de los tiempos, en las eternidades, entonces...

## EL LOCO

La verdad que ya ha sido comprobada por los hombres y las edades, es lo que se llama... proverbio. El proverbio es la ley incontrovertible o sea la fatalidad de las leyes eternas. Ejemplo: —La luz es la ausencia de la sombra; pero la sombra no es la ausencia total de la luz.— De manera que el otro nombre de la verdad es proverbio, y nó tolera ni de lance la oblicua mirada de los ojos entrecerrados de la duda; tiene la pureza y la fuerza del origen: no acepta subclasificaciones, porque es prístino.

\*

Yo tenía unos amigos de quienes se podía esperar algo, pero es el caso que el aura del éxito fácil los mató, atrofiando sus facultades.

En pueblos donde no hay verdadera cultura inte\* lectual, moral o física, cualquiera obtiene el más ruidoso éxito a condición de ser...

\*

Cuando al acaso oigo que alguien se refiere a mí, súbitamente siento un sutil revolar o mareo de mi más oculta vanidad que atolondra a mi corazón, turbando mi razón, dulce y fugazmente. Hasta ahora no puedo domeñar esta exaltación inconsciente.

Veo, pues, que en el dominio de sí, el último y más reacio reducto es el de la subconsciencia, porque es ya algo como la solidificación de la conciencia filtrada en la experiencia, razonada o irrazonada de la vida, que hace las veces del agua sucia filtrada en la tierra. Tal, pues, la subconsciencia es lo irreductible: más que dogma, más que fe, más que experiencia: es lo adquirido segundo a segundo y que así llegó a intensificarse con el instinto.

En la escala del conócete la subconsciencia es el último velo. Es a la inversa del proceso en el conocimiento del mundo exterior: de la sombra a la luz.

Se sabe que se humilla el león, mas no el águila. Pero si el símbolo del rebelde es el águila, al colibrí es del

## ARTURO BORDA

satánico, porque él prefiere romper su cráneo en sus rejas, antes que resignarse.

Tales iniquidades he visto en mis días, que ya no creo ni en mi propia honradez.

A condición de encontrar un tonto, pobre o afortunado, el individuo más limpio, aun el que goza de mayores prestigios catonianos, hará las más endiabladas y habilísimas pillerías, y más si es abogado, porque sus bribonadas siempre estarán apoyadas en las leyes que, por tal manera, no sólo resultan excelentes instrumentos de iniquidad, sino que son la iniquidad misma.

He comprobado que la honradez de los hombres, en su gran mayoría, no es nada más que temporal.

A mayor vejez, mayor bellaquería; a mayor experiencia, mayor hipocresía; a mayores miserias, mayor avaricia, y a mayores sufrimientos, mayor crueldad.

Así, pues, desconfiar de todos es el modo de estar más seguro. Es necesario no confiar ni en nuestros propios huesos. No por nada se dice que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Esto no es poesía; es una experiencia vivida.

### I

..... prodigio de un enorme reposo

de la carne abandonada, mientras que el espíritu, casi desligado, duerme en el éxtasis que infunde el más...

¿Cuál es, pues, entonces el valor de la vida para con el individuo? —me pregunto—. ¿Será un trastrueque universal, en el cosmos interior, en el cual la inversión de los valores hace, bienaventuradamente, en el individuo algo a modo de la conciencia del ensueño en el ensueño? Si eso es así, es indudable que nada hay tan apetecible como ser un fervoroso creyente en Dios: Es indiscutible que la idea más enorme que ha podido imaginar la humanidad es Dios.

## EL LOCO

Pero sospecho que la bienaventuranza que infunde, tal cual la percibo, exenta de toda impureza en el concepto ario, apenas si será patrimonio del uno por un millón.

Entiendo que en tal situación no hay ultrajes, humillaciones, vergüenzas que lleguen a conmover las profundidades del creyente y así se arrulle en sus sueños, habitando en zonas incomprensibles para el vulgo.

La esperanza en Dios es la esperanza más grande que he podido experimentar a pesar de la infalible desilusión que le sigue; y es pues la insaciable sed de la vida de reposar en una última seguridad.

\*

Cada vez me admira más la ignorancia con que los hombres juzgan todo a vista de transeúnte. El otro día, mientras estuve mirando en una vitrina los disparates que se exhiben, no pude menos que sonreír al impulso de una especie de desdén, porque habían varios individuos que hablaban de corrido, refiriéndose a la risa, como si fuera la alegría, y el llanto, cual si fuese el dolor. Indudablemente yo no tenía ni noción de que la alegría es algo muy distinto de la risa, y el llanto, del dolor.

Sé que la alegría es un hondo estado de espíritu; quizá el más hondo, que se manifiesta más bien en la quietud, es decir, en la tranquilidad. Es el resultado de la serenidad. La alegría es un perfecto estado de salud y amor. No así la risa, que siempre es el resultado de una excitación violenta, que igualmente se puede producir por ira que por dolor; acaso sea una manifestación especial de la burla. Con el llanto sucede algo parecido, ya que lo mismo brota por odios que por amor. Pero debo suponer que dichas diferenciaciones las conoce cada cual por experiencia.

Aquí debo anotar un hecho curioso, el cual es que más de una vez mi espíritu se hallaba ausente, sumergido en tristeza, me ha sorprendido notar que, bañando mi glacialidad, mis ojos y mis labios estaban sonriendo.

## FIN DEL SEGUNDO TOMO

## INDICE DEL SEGUNDO TOMO

### LA MISERIA

|                             |     |
|-----------------------------|-----|
| La miseria.....             | 443 |
| II.....                     | 443 |
| III.....                    | 450 |
| I.....                      | 465 |
| II.....                     | 465 |
| III.....                    | 465 |
| IV.....                     | 466 |
| V.....                      | 466 |
| VI.....                     | 466 |
| VII.....                    | 466 |
| VIII.....                   | 467 |
| IX.....                     | 467 |
| X.....                      | 467 |
| El hallazgo y jolgorio..... | 469 |
| I.....                      | 473 |
| II.....                     | 475 |
| Sport.....                  | 475 |
| II.....                     | 485 |
| La cteria.....              | 486 |
| Al otro día.....            | 488 |
| Medianoche.....             | 489 |
| II.....                     | 490 |
| III.....                    | 492 |
| IV.....                     | 493 |
| V.....                      | 495 |
| VI.....                     | 495 |

|          |     |
|----------|-----|
| VII..... | 496 |
| VII..... | 499 |
| IX.....  | 502 |
| X.....   | 518 |
| XI.....  | 518 |
| XII..... | 519 |

|          |     |
|----------|-----|
| I.....   | 521 |
| II.....  | 522 |
| III..... | 522 |

|          |     |
|----------|-----|
| I.....   | 525 |
| II.....  | 527 |
| III..... | 527 |
| IV ..... | 528 |

|                         |     |
|-------------------------|-----|
| Sábado.....             | 529 |
| Domingo.....            | 530 |
| Lunes.....              | 543 |
| I.....                  | 544 |
| II.....                 | 546 |
| La muerte natural ..... | 546 |

#### DE LA AUSENCIA

|                     |     |
|---------------------|-----|
| De la ausencia..... | 569 |
| Jueves.....         | 605 |
| Viernes .....       | 606 |
| Domingo.....        | 608 |

|                |     |
|----------------|-----|
| Lunes.....     | 610 |
| Martes.....    | 612 |
| Miércoles..... | 614 |

#### NELLY - LA SINFONÍA DE LOS CORAZONES

|   |     |
|---|-----|
| Nelly * La Sinfonía de los corazones..... | 641 |
| II.....                                   | 663 |
| III.....                                  | 663 |

|              |     |
|--------------|-----|
| IV.....      | 670 |
| V.....       | 674 |
| Nelly I..... | 676 |
| II.....      | 677 |
| III.....     | 691 |
| IV.....      | 691 |

|                                |     |
|--------------------------------|-----|
| Sinfonía de los corazones..... | 693 |
| II.....                        | 696 |
| III.....                       | 706 |
| IV.....                        | 707 |
| V.....                         | 708 |

|          |     |
|----------|-----|
| I.....   | 709 |
| II.....  | 712 |
| III..... | 712 |
| IV.....  | 712 |
| V.....   | 712 |
| VI.....  | 714 |
| VII..... | 723 |
| IX.....  | 724 |
| X.....   | 724 |
| XI.....  | 725 |

#### ZONA DE AMOR - LA GOLONDRINA

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| Apéndice del primer volumen..... | 731 |
| Zona de amor.....                | 733 |
| II.....                          | 737 |
| III.....                         | 738 |
| IV.....                          | 741 |
| V.....                           | 745 |
| VI.....                          | 768 |
| VII.....                         | 774 |
| VIII.....                        | 786 |
| IX.....                          | 796 |

## ARTE Y POESÍA

|                               |     |
|-------------------------------|-----|
| Arte y poesía.....            | 807 |
| I.....                        | 816 |
| Crítica y estética.....       | 819 |
| Estética - Regresión.....     | 829 |
| Uraley.....                   | 831 |
| II.....                       | 832 |
| III.....                      | 832 |
| <br>                          |     |
| La fiesta de la flor.....     | 835 |
| II.....                       | 836 |
| III.....                      | 836 |
| IV.....                       | 837 |
| V.....                        | 837 |
| VI.....                       | 838 |
| <br>                          |     |
| Libertad de criterio.....     | 842 |
| Ruiseñor, galán y paloma..... | 844 |
| La Bohemia.....               | 845 |
| Carnaval.....                 | 851 |
| Supervivencia del pasado..... | 864 |
| El violín.....                | 868 |
| Celeste gracia.....           | 874 |
| La plúmea barca.....          | 876 |
| La capilla.....               | 884 |
| II.....                       | 885 |
| III.....                      | 885 |
| IV.....                       | 885 |
| <br>                          |     |
| Gramática.....                | 895 |
| Vagando.....                  | 906 |
| La belleza.....               | 918 |
| Fumador de almas.....         | 922 |
| La edad.....                  | 923 |
| Goethe y Kant .....           | 924 |
| El avaro.....                 | 927 |
| Luz De Luna.....              | 928 |

|                    |     |
|--------------------|-----|
| Por la mañana..... | 932 |
| Por la noche.....  | 932 |
| Un sabio.....      | 932 |
| Borracho.....      | 939 |
| Locura.....        | 936 |
| Borrachera.....    | 938 |

DE LA PRESENTE EDICIÓN EN TRES TOMOS DE  
"EL LOCO", DE ARTURO BORDA, SE HICIERON  
950 EJEMPLARES EN RUSTICA IMPRESOS  
EN PAPEL OBRA DE 70 gr., CARÁTULA  
DE CARTULINA DE 260 gr.  
Y 50 EJEMPLARES IMPRESOS  
EN PAPEL PLUMA DE 60 gr.  
ENCUADERNADOS EN  
TELA; LA PRESENTACIÓN  
Y CUIDADO  
ESTUVO A CARGO  
DE LA  
SRTA.  
ALCIRA  
CARDONA  
TORRICO, DIRECTORA  
GENERAL  
DE CULTURA DE  
LA MUNICIPALIDAD, RESPETANDO  
LOS ORIGINALES  
DEJADOS POR EL AUTOR. LA  
IMPRESIÓN Y ENCUADERNACION  
SE REALIZO EN LA IMPRENTA TALLERES  
GRÁFICOS BOLIVIANOS", DE LA PAZ,  
BOLIVIA, TERMINÁNDOSE LA MISMA EL DÍA  
LUNES 10 DE O C T U B R E DE 1966 AÑOS.